

"La Bonaerense"

Historia criminal de la Policia de la Pcia. de Buenos Aires

Carlos Dutil y Ricardo Ragendorfer

LA POLITICA

Cada vez que se habla de seguridad en la República Argentina, la gran mayoría de sus críticos se refieren a la provincia de Buenos Aires. Desde hace unos años, coincidiendo en cierto modo con la "colonización blanca" de sus espacios verdes, el énfasis aparece puesto en el conurbano bonaerense; ese gigantesco cordón donde los extremos socioeconómicos se codean, se sobresaltan mutuamente.

No solo está en juego la proverbial sensibilidad propietaria de la masa votante de la clase media y media-baja; también, la sensación térmica de los ricos, de los famosos, de los funcionarios y ex funcionarios enriquecidos, de los empresarios más poderosos del país. Ningún político que se precie desconoce esto y la importancia que tiene el tema en una gestión de gobierno; mucho menos, lo lacerante que puede ser en determinados momentos. Sobre todo si su ámbito de acción es, precisamente, la provincia más rica y poblada del país.

Un hombre como Eduardo Duhalde, de larga militancia en el áspero sur del Gran Buenos Aires -el de las tradicionales islas de Banfield, de Lomas, de Adrogué y Burzaco, de Temperley, verdaderos bolsones de clase media-alta rodeados de fábricas y sindicatos, y de villas con la mayor de las miserias, no puede desconocer la importancia de la seguridad. Es más, necesita estar empapado del tema. En particular, de los mecanismos para hacerla efectiva.

Duhalde ejerció con habilidad el gobierno de Lomas de Zamora, uno de los partidos más conflictivos del GBA. Conoce el territorio y a sus habitantes lo suficiente como para haberse convertido en su indiscutido líder político por años. Creció en esa geografía de calles inevitablemente destruidas, imposibles de ubicar, caóticas; adonde llegaron los asentamientos de las víctimas del modelo neoliberal antes que los countrys amurallados. Acaso por provenir de uno de esos abigarrados nudos comerciales que entrelazan las distintas realidades sociales del conurbano, Duhalde mantiene relaciones de larga data y buen cimiento con la Policía Bonaerense; una virtud fundamental.

y en tiempos de transformación y ajuste como el impuesto por el menemismo -del que Duhalde es un componente tan esencial como Domingo Cavallo, en los que inevitablemente se agudizan las contradicciones sociales (con perdón del setentismo), la Policía pasa de ser un resorte importante para gobernar a convertirse en un arma

estratégica. y los Patas Negras, como los bautizaron sus pares de la Federal en despectiva alusión a las botas cortas que alguna vez lucieron en su uniforme, jamás fueron una fuerza fácil de manejar para el poder político. Si un federal no está de acuerdo con una orden, te lo va a discutir hasta la insubordinación; ya vos te queda claro que ese tipo no va a cumplir con lo que le mandaste, sino que va a tratar de que quedes como un idiota. El bonaerense, en cambio, te va a decir siempre "sí, doctor, lo que usted ordene", de un modo a veces servil; pero cuando diste la vuelta, te clavó un puñal por la espalda -graficó el secretario de un juzgado federal bonaerense.

Con efectivos mal equipados, mal pagados y, sobre todo, mal reclutados y peor instruidos, *La Bonaerense* convirtió algunas de sus tareas en parte de su sistema de sobrevivencia: capitalistas de juego y comerciantes irregulares trabajan desde hace décadas en sociedad forzada con las comisarías, pagando un canon para seguir existiendo...

Todos los poderes de la sociedad conocen desde siempre esta situación y la consienten, por aquello de la crónica escasez de recursos y de la no menos crónica corruptela del poder político, que siempre supo sacar provecho. Fondos para bolsillos particulares y campañas electorales, complicidad en los propios negocios turbios, mano de obra disponible, son razones de peso.

El lugar de subordinación que ocupa la Policía dentro de los poderes del Estado torna imposible creer en su autonomía delictiva; éstos son, en todo caso, los verdaderos ejemplos aislados. Punteros barriales, concejales, diputados, gobernadores, son sus mandantes o protectores, según cargos y capacidad de acción.

Detrás de todo gran policía corrupto hay siempre un gran político. Hace veinte años, cuando el general Ramón Camps se hizo cargo de La Bonaerense, durante la última dictadura militar, se produjo un "salto cualitativo" en el estado de corrupción policial. Como siempre en estos casos, lo que empieza como "autofinanciamiento operativo" se convierte en operativo de financiamiento personal; sin que una alternativa sea mejor que la otra, aunque sí distintas.

El militar genocida y su temible director de Investigaciones, el comisario Miguel Etchecolatz, convirtieron a la Policía y especialmente a sus brigadas de Investigaciones en máquinas de matar que trabajaban a destajo y cobraban sus horas extra de entre los bienes robados a sus víctimas.

El asesinato y la tortura; el secuestro y su figura anexa, la extorsión; el "botín de guerra"; la rapiña, fueron las prácticas habituales en las cuales se formaron los hombres que hoy conducen la Institución, todos ellos mayores de 40 años. Especialmente los agentes "operativos", como los llaman en su argot, es decir, los que van al frente de batalla policíaco: la calle.

Los "pozos" de Banfield, Quilmes y Arana, El Vesubio, Coti Martínez, el Puesto Vasco, el Sheraton, La Cacha, fueron algunos de los nombres que los Patas Negras dieron a las dependencias policiales que convirtieron en su propio "Circuito de Campos Clandestinos de Detención, dentro del Area 113", según reza el *Nunca más*.

Pero no fueron las únicas: subordinadas al esquema militar de Camps y del siniestro jefe del Cuerpo I del Ejército, Carlos Suárez Mason, en todas las comisarías de sus unidades regionales, en todas sus brigadas se practicaron los mismos métodos criminales.

Aquellos años de terror estatal marcaron a fuego a la Institución: el reglamento por el cual todavía hoy se rige internamente es el mismo que impusiera Camps allá por 1980.

y en 1985 Etchecolatz fue acusado de integrar una célula golpista junto al hijo del ex general y otros terroristas de Estado "desocupados", La Bonaerense resistió asimismo cada intento por dar de baja al apropiador de hijos de desaparecidos, el médico experto en torturas, Jorge Antonio Vergés.

"La Bonaerense es un nido de víboras imposible de gobernar. Los tipos que se formaron con Camps no conocen otra vida, están cebados. y si los enfrentás, te pudren todo. No hay que olvidarse que ellos pueden llevar el nivel de delincuencia a niveles insostenibles. Los militares ya no tienen margen para aventuras golpistas en esta sociedad, pero la Policía le va a plantear más de un desafío a los políticos."

El comentario, efectuado en una charla informal allá por 1984, pertenece a un comisario del escalafón profesional, con muchos años de trabajo en el edificio de la Calle 2 de La Plata, sede de la Jefatura. El hombre acababa de jubilarse y no era muy optimista en su análisis. El tiempo le dio la razón.

Las sucesivas depuraciones que las administraciones democráticas de la provincia se vieron obligadas a efectuar debido a los desmanes policiales no impidieron que, todavía hoy, los cuadros de La Bonaerense hundan sus raíces en los años del terrorismo de Estado. El remedio que ensayó la administración radical fue peor que la enfermedad. El gobernador bonaerense Alejandro Armendáriz no tuvo mejor idea que desarmar los bolsones más conflictivos de la herencia militar, desparramando criminales de uniforme por toda la provincia, contaminando los pocos vestigios de salud que podrían haber quedado en la Institución.

En una fuerza que a diferencia de la Federal se caracteriza por el alineamiento político de sus cúpulas, el peronismo, en cambio, siempre tuvo un mayor *rapport* con sus jefes. Al fin y al cabo, fue durante el primer gobierno peronista que se firmaron las leyes que crearon la Policía Federal y sus hermanas provinciales y les dieron la uniformidad militarista con que hoy las conocemos. Una de las pocas cosas que la "Revolución Fusiladora" de 1955 dejó en pie. Fue entonces cuando la Policía Bonaerense se constituyó como tal.

y si la Renovación resultó un fallido intento por entablar otro tipo de relación, el duhaldismo significó un regreso a las fuentes. El ex vicepresidente de la Nación había aprendido la lección que recibiera su antecesor, Antonio Cafiero. Luis Brunatti, el documentalista que el otrora jefe de la Renovación Justicialista nombró como ministro de Gobierno, había cometido el peor de los errores: ladrar, sin tener con qué morder. Sus intentos por democratizar y expurgar a los Patas Negras sin contar con aliados de peso dentro de su estructura lo llevaron al extremo de tener que pedir una pistola para llegar hasta su casa, durante la última de las muchas concentraciones que los uniformados le hicieron en la plaza San Martín de La Plata.

Duhalde hizo de la seguridad una bandera en su campaña por la Gobernación. En 1991 el tema estaba al tope de la lista de preocupaciones de la población y él no se cansó de prometer "mano dura" contra la delincuencia, uniéndola en su discurso al combate contra el narcotráfico. y dispuso que la Policía fuera parte esencial de su relación con la embajada norteamericana. Contra la opinión de la oposición, que criticó constantemente la falta de una "política de seguridad", el Gobernador demostró tenerla; y bien clara. La fue explicitando en la práctica; la puso en marcha.

Comenzó por la propaganda: la "Policía del siglo XXI" fue el primero de una recurrente lista de eslóganes a los que rindió culto.

Además, convirtió a la Subsecretaría de Seguridad en Secretaría, sacándola de la órbita del Ministerio de Gobierno, y la puso bajo su control directo. De un plumazo, Duhalde logró lo que jamás pudo Menem con el brigadier Andrés Antonietti, y su engendro apaga-incendios. El ministro Carlos Corach todavía busca con su proyecto concentrar en la cartera de Interior todas las fuerzas de seguridad de la Nación.

Enviaba así un mensaje claro a la sociedad -policías incluidos- acerca de la importancia que le otorgaría al tema.

Gracias a uno de esos ardides leguleyos que tanto gustan a nuestros abogados-políticos, sustrajo a la nueva Secretaría de Seguridad y a su Policía del control de la Legislatura, cuyo reglamento le permite interpelar sólo a los ministros del Ejecutivo.

Para el mando político de la Fuerza eligió, en dos ocasiones, a ex jueces federales con buen *rating*, claras simpatías en la embajada norteamericana, notorios vínculos con policías duros de la dictadura militar y no tan pasados amores con agrupaciones neonazis y grupos carapintadas. Carentes de inserción en el aparato partidario, el Gobernador fue la Única fuente de legitimidad política de Eduardo Pettigiani, primero, y de Alberto Piotti, después. Su propia injerencia en el área quedó en claro con la designación de un amigo en el vértice de la cúpula del brazo ejecutor de su política: Pedro Klodczyk, quien no necesitaba pedirle permiso al secretario de turno para entrar al despacho de Duhalde.

La elección no fue caprichosa. Corrían los últimos días de 1991 y, tras la muerte del jefe Juan Angel Pirker, la Policía Federal se debatía en medio del escándalo provocado por el secuestro del empresario Mauricio Macri a manos de "La banda de los comisarios". Duhalde necesitaba diferenciarse y, al mismo tiempo, lavarle la cara a la anárquica policía con la cual debería mantener la seguridad en su provincia. y Klodczyk era el hombre ideal para mostrarlo como "El Pirker de La Bonaerense", el segundo de los eslóganes agitados por sus operadores de prensa. Claro que, para ello, Duhalde le daría una mano decisiva. Su promesa electoral de convertir a La Bonaerense en la "Policía del siglo XXI", en el marco de un impreciso Plan de Seguridad Provincial, descansaba sobre un pacto con los uniformados.

El gobierno se comprometía a re equipar a la Fuerza y a no interferir en sus asuntos internos. A cambio, pedía subordinación, presencia en las calles y mano dura. La propuesta sedujo a los Patas Negras; más allá de sus defectos y virtudes profesionales, en la Policía provincial nadie desconocía la amistad que unía a Duhalde con el Jefe, Klodczyk y esa amistad era, precisamente, la prenda que garantizaba el cumplimiento de las promesas, para los policías, y de la política de seguridad, para el Gobernador.

El énfasis fue puesto en el armamentismo en detrimento del "factor humano". Duhalde disciplinó a su bloque parlamentario en apoyo de la financiación presupuestaria para las compras millonarias de equipos; aun a costa de la transparencia de las mismas. Deseducó, porque no otra cosa es, en esta época, no actualizar ni perfeccionar la educación de los hombres de la Fuerza.

En todo este tiempo, la capacitación de sus hombres corrió con notoria desventaja frente al armamentismo desatado, y el compromiso asumido ante la sociedad de una mayor exigencia en la selección e incorporación del personal fue lisa y llanamente olvidado. A tal punto que cada vez que alguna crisis se lo exige Duhalde vuelve sobre el tema.

La realidad muestra que hoy, aún carente de un marco jurídico-político que ponga la Institución al servicio de la población, sin instrucción, sin una estructura idónea ni controles, y con armas de todos los calibres, el de Duhalde semeja un ejército de monos con navajas. Los resultados no tardaron en palparse. Pese a que los datos de la realidad, las denuncias, los números incompletos de las estadísticas, hablaban de un nivel de corrupción y violencia en constante aumento, sólo algunos casos salieron a la luz. Aun así, Duhalde logró que no adquirieran la trascendencia que su gravedad merecía.

Para la segunda mitad de 1993, las consecuencias de la política duhaldista eran inocultables: el espionaje ideológico realizado por la Policía en toda la provincia puso en negro sobre blanco sus lineamientos más profundos. La desaparición de personas a manos de los Patas Negras, denunciadas por el informe anual sobre Derechos Humanos del Departamento de Estado de los Estados Unidos, era apenas la punta del iceberg.

El remedio para Duhalde consistió en cambiar a Pettigiani por Piotti, un hombre que

mantuvo siempre fuertes lazos con la derecha más violenta y una estrecha amistad con los uniformados que habían llegado a dirigir La Bonaerense.

La elección confirmó lo que aparece como uno de los nudos gordianos de la carrera política del Gobernador desde que decidió acompañar a Carlos Menem como vicepresidente: su alianza con la DEA.

Como parte de su cacareado compromiso de luchar contra el narcotráfico, o por la "buena letra" que algunos aseguran que se vio forzado a cumplir a partir de la supuesta existencia de dos comprometedores *dossiers* en manos estadounidenses, la "guerra al narcotráfico" signó su relación con la embajada norteamericana.

Las dos versiones se contradicen con la práctica. Si La Bonaerense se convirtió en el paladín de los grandes operativos antinarcóticos contra bandas internacionales que utilizarían a la Argentina como "país de tránsito", también aparece hoy como protectora, socia o empleada de las bandas locales vinculadas a aquéllas.

A pesar de la opinión de su cancillería, ala DEA pareció importarle poco la metodología de sus aliados, en tanto sirviera a los nunca claros intereses de su cruzada contra los grandes carteles de narcotraficantes. y los métodos yanquis derrapan a menudo fuera de nuestra legalidad.

La política de seguridad de Duhalde permaneció incólume; sólo se trataba de "errores", de "excesos", de "casos aislados". A la comparación con Pirker y el mote de "jefe antidrogas" con que lo promocionaban, Pedro Klodczyk agregó el título de "Mejor Jefe de la Historia" Una y otra vez prometió "investigar hasta las últimas consecuencias", comisiones anticorrupción, tribunales de ética, castigos y purgas; y cada vez convalidó la práctica del no-puedo, los relevos que terminaban en traslados, la teoría de que el más indefenso tiene la culpa: la más alevosa impunidad.

La Policía Bonaerense fue aligerando gatillos al mismo ritmo con que Menem y Duhalde insistían en la instauración de la pena de muerte: la ponía en práctica, extra judicialmente. Ya medida que la situación social fuera deteriorándose, el delfín menemista lo necesitaría cada vez más.

La gran prueba llegó en marzo de 1996. Con la brutal represión policial contra estudiantes y periodistas en La Plata, Duhalde mostró las garras; y no trepidó en apelar a la violencia para acallar el descontento. En los días previos a su salvaje demostración, el gobierno bonaerense se había ocupado de dejar en claro que no toleraría "estallidos" en su provincia. Todo el país vio por televisión a los estudiantes, a los dirigentes de los Derechos Humanos, a los transeúntes ya los malditos periodistas, puestos en el nivel del Enemigo Público Número Uno, apaleados, detenidos y baleados por obesos jefes policiales desbocados. y los acusados de la jornada no fueron, claro está, sus mastines; si no Hebe de Bonafini, la omnipresente agrupación Quebracho, los remanidos "agitadores". Su Policía no había hecho más que cumplir órdenes y preservar el orden, más allá de algunos "excesos" casi comprensibles.

No fue muy distinta su reacción cuando, en julio de 1996, el juez federal Juan José Galeano ordenó la prisión y el procesamiento de doce policías bonaerenses comandados por el comisario Juan José Ribelli, hombre de confianza del Jefe, por "asociación ilícita para delinquir" y "participación necesaria" en el atentado contra la AMIA; parte al menos de la cadena de obtención de la camioneta Renault Traffic que fue utilizada como coche-bomba contra el edificio de la calle Pasteur.

Para Klodczyk, para Piotti, así como para el Gobernador, seguía tratándose de casos aislados que La Bonaerense había autodepurado. Como el de los narcopolicías de Quilmes. Pero la investigación de Galeano no sólo comprometió a jefes de la Institución en el peor atentado terrorista ocurrido en la Argentina, sino que expuso en detalle la perversa relación

de la Policía con el hampa y destapó un estado de corrupción generalizado que permitió, por ejemplo, que durante casi dos años un falso testigo -preparado por policías dentro de unidades policiales- distrajera la investigación judicial de los policías implicados. Dos de ellos fueron piezas importantes en la primera fase de la pesquisa, y su jefe trabajó en la misma en el momento en que era comandada por un comisario de vieja relación con el principal "testigo" de la causa, el reducidor Carlos Telleldín, el hombre que había "doblado" la Traffic que le sacaron los policías. y en su búsqueda de la verdad jurídica, Galeano no descarta que sean también uniformados los que conforman el siguiente eslabón de la cadena que llevó a la camioneta a la puerta de la AMIA.

Galeano, además, giró a la Corte Suprema bonaerense escuchas y actuaciones que muestran hasta qué punto estaba comprometido con la "piratería del asfalto", el robo y doblado de vehículos, y el narcotráfico, nada menos que el jefe de la División Sustracción de Automotores, a la sazón Juan Ribelli. La lista de delitos cometidos por sus hombres en directa relación con el atentado se ampliaba y multiplicaba a todo su ámbito de acción. y esto ya era otro cantar. Si el neoliberalismo puede justificar e incluso alentar los "errores" de la violencia estatal, la protección policial a la delincuencia que se supone combate y que tiene por objetivo los bienes de la clase alta local y extranjera, su asociación con ella aun en el medular tráfico de drogas. escapa a su paraguas.

No en vano Domingo Cavallo se despidió del Ministerio de Economía anunciando que, luego de domar la inflación, se disponía a luchar contra la corrupción en la Seguridad y en el Poder Judicial, dos poderes estrechamente relacionados, subordinado el uno al otro, mandante y natural contralor, convertido en los últimos años casi en cómplice. y la avanzada de Duhalde sobre el Poder Judicial de la provincia no fue a la zaga de la llevada a cabo por Menem en el ámbito de la Nación.

No parece casual que los dos hombres del entorno duhaldista que pilotean su relación con el Poder Judicial, Alberto Piotti y su tocayo Pierri, presidente de la Cámara de Diputados, sean los que mayor conocimiento e influencia parecen tener en la Policía.

El presidente Carlos Menem se llevó a los Estados Unidos los resultados del trabajo de los hombres de Galeano, para mostrarlos como un logro de su gobierno. Como si el máximo responsable político de los terroristas no fuera su delfín, su principal fuente de votos, su más íntimo aliado.

En Buenos Aires, mientras tanto, se habló de internas políticas y policiales y se especuló con que el "intento de robo" de que fuera víctima el senador Eduardo Menem en los días previos a la caída de Ribelli era, en realidad, una devolución de favores ante la inminente decisión de Galeano.

Desde entonces, la escalada de sospechas, suspicacias y desplantes entre Menem y Duhalde fue en aumento. y con ellos, el nivel de violencia en la discusión política.

Las encuestas realizadas por aquellos meses del '96 indicaban que el ochenta por ciento de la población temía o no confiaba en quienes deberían ser sus protectores. No se trataba ya de los "desmanes" conocidos de "los muchachos de siempre" sino una parte sustancial del meneado "riesgo argentino".

A esa altura, la Policía Bonaerense aparecía como el verdadero enemigo de una sociedad que quiere dejar atrás el terror de otros años, pero no se anima a enfrentarlo, y como una concreta amenaza contra la propiedad, la economía y la vida de las personas que habitan la provincia de Buenos Aires.

El esquema de corrupción y poder de los Patas Negras sufrió un quiebre decisivo. Pero los jefes de La Bonaerense, siguiendo el ejemplo de Menem y Duhalde, prefirieron culpar de su mala suerte a las "exageraciones" de la prensa.

Esta vez, el Gobernador levantó el tono de sus promesas y anunció dureza en el castigo,

reformas estructurales, más tribunales de ética y hasta renunciadas. Esbozó incluso una autocritica por "falta de tiempo" para la renovación policial.

Pero, fiel a su estilo, avaló a sus hombres cuando volvió a calificar como "el mejor jefe que tuvo la Policía en toda su historia" a Pedro Klodczyk y le entregó el diseño de la cúpula que debería sucederlo. Fue el día que anunció su relevo. También cuando convirtió el reemplazo de Piotti en un incongruente ascenso a la Secretaría General de la Gobernación. Quedaba claro que se había visto obligado a efectuar los cambios; por las encuestas, por las internas, por la prensa.

El mensaje fue transparente. Como cuando eligió, para poner en práctica los cambios políticos anunciados, al comisario general retirado Marcelo Ferreira, mano derecha dura y enriquecida de Eduardo Pettigiani, a quien Duhalde había promovido a ministro de la Corte Suprema provincial unos meses antes.

y los avaló cuando designó para acompañar a Ferreira en la conducción de La Bonaerense a la dupla Adolfo Vitelli-Domingo Lugos, hombres del riñón del Jefe, según reconocen los propios funcionarios bonaerenses. Un enroque perfecto.

Calculó mal.

La nueva cúpula policial era casi un premio a los "duros" más cuestionados. Poner en la Secretaría de Seguridad a un uniformado no sólo significaba el logro de una añeja reivindicación policial, sino un avance político que eliminaba intermediarios entre La bonaerense y el Gobernador. La oposición a la designación de Ferreira llegó desde distintos sectores y Duhalde tuvo que desandar sus pasos.

La del Procurador General de la Corte Suprema bonaerense Eduardo De Lázzari como secretario de Seguridad fue una elección forzada por el compromiso de sanear la Fuerza. y esta vez, la purga llegó; pero de la mano de un funcionario judicial ajeno a su entorno, distinto del que Duhalde había elegido. No quedaba mucho margen.

La oposición que encontró De Lázzari al poner en práctica la Ley de Prescindibilidad e impulsar realmente cambios profundos en los "usos y costumbres" policiales -los ilegales y los legales también lo dejó en claro. Como los relámpagos que anuncian las tormentas eléctricas.

Los rayos se descargaron con el asesinato del reportero gráfico José Luis Cabezas en Pinamar y pusieron en evidencia el descalabro, la situación terminal de la Policía Bonaerense. y la carrera política de Eduardo Duhalde quedó al borde del abismo. La hidra uniformada pareció volver una de sus cabezas contra su jinete y exacerbó la tendencia de los políticos justicialistas a comprender la vida toda como el resultado de operaciones políticas. .

.La reacción de Menem y su coro de ministros deslindando responsabilidades y tratando de apropiarse, con patético atropello, de los supuestos avances de la Justicia en la causa, fue para los duhaldistas la confirmación de todas sus aprensiones. y para cualquier observador, un dato más que preocupante.

Una vez más la Policía Bonaerense dejó sus huellas por todas partes: en la organización y ejecución del crimen, en la destrucción de pruebas, en las zancadillas puestas a una investigación que de tanto desviarse carece de un rumbo creíble, en la preparación de falsos testigos.

Una vez más el caso puso al descubierto la vinculación de sus oficiales con el tráfico de drogas, el robo de autos, las prebendas personales, las internas políticas.

El homicidio de Cabezas fue el más brutal atentado contra el periodismo desde el retorno del país al orden constitucional. Un verdadero mensaje mafioso, como el propio gobernador resaltó. Por el lugar en que fue cometido y sus características de espanto, por su metodología heredera de los años de maldito horror, fue un crimen político, como el

atentado contra la AMIA.

Pero ahora, además, el propio Duhalde fue objeto de adjetivos como "traidor" y de amenazas que prometían "alfombrar la provincia de muertos", sacar al gobernador "de las patas, por la ventana de su despacho" y describían un "estado de insubordinación total", amén de la fracasada huelga programada para el 24 de marzo. Mientras desde la propia Secretaría de Seguridad se especulaba con la responsabilidad de altos jerarcas -en retiro y en actividades la comisión de estos delitos, el expediente naufragaba entre monigotes. Entre las certezas de los hombres de De Lázari y el proceso de Dolores parece haber algo más que las dificultades propias de la recolección de pruebas que requiere la Justicia. ¿Qué llevó a un político como Eduardo Duhalde a encubrir y defender a tamaños delincuentes? ¿Qué le impide realizar la purga que la sociedad exige? ¿Amenazas? ¿Compromisos? ¿Cálculos erróneos? ¿Los designios de la DEA?

No puede alegarse, en todo caso, ignorancia. El Gobernador se encontró así frente a su propio Omar Carrasco, su propia María Soledad, su Semana Santa. Todos esos casos muestran, con matices, la particular condición de las mafias en la Argentina: su dependencia del Estado.

La reacción del general Martín Balza y del ex gobernador catamarqueño, Ramón Saadi, ante cada uno de esos asesinatos, pueden servirle de ejemplo. También la del ex presidente Raúl Alfonsín ante el patoterismo carapintada. La ambigüedad de que hizo gala cuando de respaldar a De Lázari se trató, su triunfalismo al presentar personalmente a la última banda de payasos delincuentes, no parecen indicar que comprendiera la lección.

Como sea, parece evidente que a la estrategia del delfín menemista se le cayó una sota. O mejor dicho, dos patas.

Las patas negras.

cliente; el único que estaba era su marido, Lucio Monticceli, preparando los encargos para el mediodía. Entre ellos, la comida que diariamente proveían a Medicine.

La mujer entró dando un portazo, agitando los brazos: -Llamá a la policía, Lucio Están asaltando Medicine -dijo. Mientras el anciano rotisero trataba de comunicarse con la comisaría de Del Viso, la mujer se apostó en la puerta. Advirtió entonces que en la esquina de Chiclana y la ruta había un coche bordó con dos hombres adentro, estacionado junto a una camioneta blanca ocupada por otros tantos; parecían hablar entre ellos. De pronto, el coche bordó arrancó a toda velocidad. En la retina de Juana López quedaría grabado un detalle: el auto llevaba abierta la puerta trasera izquierda.

No terminaba de hacerse una idea de lo que estaba sucediendo cuando vio cómo Hemán Rau abrió el portón de Medicine para salir en la ambulancia con la sirena a todo lo que da. También vio correr al doctor Flores hasta la ambulancia que estaba estacionada en el frente, para partir como una exhalación detrás de su socio. Desconcertada, se aventuró a asomar la cabeza a la calle para ver cómo la Ducato hacía una complicada maniobra y salía disparada detrás de las ambulancias.

En tanto, don Lucio había logrado comunicarse con la comisaría de Del Viso. Fue una llamada difícil: el hombre trataba de hacerse entender a los gritos, sin oír bien lo que le decían desde el otro lado de la línea. Ni siquiera supo con quién había hablado.

En la Ducato, sus ocupantes se sentían superados por los acontecimientos. Y, para colmo, ignoraban el cariz de los mismos. El oficial ayudante Leandro Maidan había tratado de comunicarse varias veces con el otro móvil, pero el Movicom de Labarre seguía apagado. Por lo tanto, carecían de instrucciones.

A las nueve y veinte, aproximadamente, la misma ambulancia que al salir de Medicine los tomó por sorpresa había vuelto a pasar junto a ellos como una ráfaga, antes de doblar por Chiclana y detenerse en Medicine. La única diferencia radicaba en que ahora pasaba en sentido opuesto y llevaba un acompañante.

Los tres policías de la Ducato siguieron esos movimientos con atención, como si en ellos estuviese la clave de lo que iría a suceder. No sabían cómo actuar. No contaban con ninguna orden judicial que respaldara su intervención y, más que la posibilidad de que allí guardaran una camioneta ilegal, carecían de motivos para irrumpir en aquellas oficinas. El Monza surgió de pronto a toda velocidad y clavó los frenos, sacudiendo la puerta trasera que seguía abierta. Más que una llegada, fue una aparición.

Habría transcurrido un minuto desde que pasó la ambulancia. El inspector Consard, que parecía hechizado por el manubrio que tenía entre las manos, hizo rugir el motor unas cuantas veces, mientras el principal Labarre, dibujando ademanes con la Browning, explicó a los alaridos:

-¡Se la dieron a Sosa! ¡Le dispararon desde una ambulancia que se nos escapó!

Maidan intentó extender un dedo para señalar el vehículo estacionado a cincuenta metros, pero Labarre, que seguía gesticulando con la pistola, ordenó:

-Encárguense ustedes. Nosotros nos vamos de raje al hospital. Enmudecido por la noticia, el uniformado reaccionó girando los ojos hacia Sosa, pero lo único que pudo ver fue un par de pantorrillas que se asomaban a través de la puerta del otro auto. Fue una imagen fugaz; el Monza retomó de golpe la marcha.

Pero no se había apagado el eco del chirrido de sus neumáticos cuando fue reemplazado por otro, no menos sobrecogedor: el de unas sirenas que venían ululando hacia ellos. Los policías se dieron cuenta de que la situación otra vez los descubría con la guardia baja. En esta oportunidad, en vez de una, fueron dos las ambulancias que pasaron junto a ellos. Los tres policías no perdieron tiempo y se lanzaron en su persecución, para lo cual el

sargento Rueda tuvo primero que encender el motor, poner marcha atrás y girar en "U". La maniobra le demandó casi medio minuto.

Apenas habrían pasado las nueve y media cuando las ambulancias llegaron a la calle Belgrano con las sirenas encendidas. La que manejaba Rau iba adelante, separada de la otra por una veintena de metros. Las sirenas, gradualmente, dejaron de ulular. No había señales del Monza que los había interceptado un rato antes, ni del supuesto herido; el lugar parecía desierto. Los tres hombres se apeaban de los vehículos, cuando advirtieron a la Ducato blanca que llegaba detrás de ellos.

De la cabina, casi en cámara lenta y con cierto aire de incomodidad, emergió el sargento Rueda, un tipo cuarentón, de rulos y mostachos canosos. Llevaba su pistola en la mano, pero sin apuntar a algo en particular; miraba para todos lados, confundido. Parecía no entender nada. Detrás de él bajó el oficial ayudante Maidan, también de uniforme. Ambos se acercaron a la ambulancia de Rau. Este, a modo de saludo, les entregó la pistola Bersa junto a la tarjeta de "legítimo usuario" y el certificado de tenencia. Los policías revisaron los papeles nerviosamente. Consultaban entre ellos mientras el empresario alzaba la voz para explicar que habían intentado asaltar a su socio.

-¡Fui yo, fui yo! -gritó entonces Flores.

Los agentes del orden se abalanzaron sobre el médico y lo redujeron de manera, digamos, contundente, arrancándole de la mano la pistola cromada; también secuestraron la escopeta que estaba en el interior del vehículo. A él lo cubrieron de insultos. El médico, con la cara prácticamente aplastada sobre la ambulancia y las manos sujetadas por la espalda, gritó, no sin cierto humor:

-¡Esperen! ¡Yo soy del bando de los buenos! Me quisieron asaltar. Uno de los policías lo cortó, tajante: -Le diste a un policía, imbécil.

IV

En el hospital Federico Falcón, de Del Viso, la mañana de ese miércoles sería agitada. Alrededor de las ocho y media habían traído a las víctimas de un accidente vial ocurrido no lejos de allí: dos hombres, una mujer y un niño. Uno de los tipos necesitaba cirugía, pero murió antes de que le practicasen la primera incisión. Mientras tanto, en el pasillo esperaba un verdadero gentío aquejado por diversas dolencias. En esas circunstancias, el operador de radio recibió el alterado llamado de Flores desde la ambulancia y salió de su cubículo casi a los gritos.

-¡Quisieron asaltar una ambulancia! Parece que hay un chorro herido...Unos minutos después, a pocos metros de la entrada del hospital, el Monza bordó se detuvo con su estilo habitual: clavando los frenos y haciendo chirriar las ruedas. Eran las nueve y veintisiete. La enfermera Silvia Rodríguez abandonó la Sala de Guardia con el propósito de tomar algo caliente en el bar. En ese instante, Labarre y Consard entraron cargando a Sosa.

-Ese debe ser el chorro que avisaron --escuchó que decía otra enfermera a sus espaldas. Lo recostaron sobre un largo banco de madera. Enseguida acudió un médico y las dos enfermeras lo siguieron. El médico se arrodilló para revisar al herido. -Somos policías. El también -dijo Labarre agachado, con la boca casi pegada a la oreja del médico. Este, sin prestarle atención, siguió concentrado en su tarea. -Fuera de joda. Somos policías. Lo hirieron en un enfrentamiento -¡insistió Labarre, esta vez dirigiéndose a las enfermeras. Ellas no sabían si les estaba diciendo la verdad o si, por el contrario, ese hombre transpirado y nervioso, que en ningún momento dijo su nombre o mostró una credencial, les estaba tomando el pelo.

El médico se incorporó con expresión sombría y fue directamente al grano. Lo hizo sin pronunciar palabra alguna; simplemente bajó un pulgar, meneando la cabeza.

Labarre reaccionó con una mueca entre el pesar y la sorpresa. Como si le costara asimilar

que el alma de su compañero estaba ya tomando sus primeras lecciones de arpa. Consard, en cambio, tomó la noticia con una especie de resignación calculada. -Pero no murió recién. Lleva muerto más de quince minutos -aclaró el médico ante el silencio de ambos. Los dos policías clavaron sus ojos en el cuerpo de su compañero muerto, acaso buscando convencerse de que todo aquello no era sino un mal sueño. El principal Labarre no tardó en pasar .

Por primera vez desde que se produjo aquel funesto disparo, tomaba conciencia de que todo había salido absolutamente mal. El plan se les había escapado como un jinete que ve alejarse su caballo en medio del desierto; en vez de dar con los dos autos que pensaban localizar, terminaron con las manos vacías. y para colmo en un hospital, arrastrando un muerto de su propia tropa.

El doctor Juan Carlos Mazur ordenó llevar el cadáver a la Guardia, con el propósito de efectuar una revisión más minuciosa. En el pasillo, Labarre seguía petrificado por el tumulto de pensamientos que se agolpaban en su mente. Quien reaccionó fue Consard, que le arrebató el teléfono celular para comunicarse con la Ducato. Al cabo de unos segundos escuchó la voz del ayudante Maidan.

-Hola, ¿es usted, jefe? -No, soy Consard.

-Ah. ..mire, acabamos de detener a las ambulancias. Uno de los tipos confesó espontáneamente. ..

La noticia no pareció impresionar a Consard, que secamente lo puso al tanto de la situación.

-Estamos en el hospital. Sosa murió. No se muevan que nosotros vamos para allá.

En la sala de la Guardia, en tanto, el doctor Mazur redactaba un certificado de defunción provisorio, en el cual notificó el "ingreso sin vida de un NN masculino que presenta un orificio de bala en la región esternal".

A su lado, la enfermera Rodríguez, luciendo diminutas manchas de sangre en el delantal, oprimía una y otra vez la horquilla de un viejo teléfono que se empeñaba en establecer llamadas equivocadas.

El cuerpo de Sosa seguía desnudo sobre la mesa, cubierto por una sábana. Junto a él estaba su ropa hecha un montículo y un sobre blanco con dinero y membrete de la Municipalidad de General Sarmiento, que le sacaron de un bolsillo del pantalón. Fue la única pertenencia que pudieron hallar: no llevaba documentos ni credenciales, ni siquiera el carnet de una obra social.

La enfermera finalmente pudo comunicarse con el oficial de guardia de la Comisaría 3a de Pilar. Tras escuchar el relato de lo ocurrido, dijo en tono impersonal:

-Comprendido. Ya sale una comisión hacia allá. Traten de retener a los acompañantes.

El médico y la enfermera salieron de la Guardia con urgencia. Entre la gente que pululaba en el pasillo no estaban los dos tipos que habían traído el cadáver. El doctor Mazur, entonces, corrió hacia donde estaba apostado uno de los empleados de seguridad. El hombre, con las cejas enarcadas, levantó los hombros.

-No sé. Se fueron. Dijeron que iban al lugar donde mataron al amigo de ellos -le informó. Labarre y Consard todavía no habían regresado ala esquina de la calle Belgrano cuando, tras los primeros golpes, el oficial que acababa de anoticiarlo de la condición policial del que creyera un asaltante empujó a Flores adentro de la Ducato.

Acto seguido, esposó su tobillo izquierdo a la base metálica de la butaca, lejos de quienes lo habían acompañado hasta allí, que se encontraban esposados junto a la ambulancia de Rau. Rueda se quedó custodiándolo y no le daba tregua: repetía una y otra vez que había matado a un policía.

De pronto, le tiró una trompada que hizo blanco debajo de la oreja de Flores. A ese golpe

siguieron otros y otros dedos lo tomaron por la nuca, con el propósito de tirarlo al suelo del auto.

-¡No te me retobés, hijo de puta! -le gritaba el dueño de la mano que lo apretaba.

En ese momento entró en escena otro policía, que acababa de llegar, y se metió en la camioneta. Vestía de civil y repitió la que parecía ser la frase del día: "Mataste un policía" y, sin más, remató el latiguillo con un sonoro cachetazo.

-¿No viste que te mostré la credencial con la mano? -preguntó, como sentando precedentes.

-¿De qué hablás? ¿Cómo pretendés que vea una credencial? -contestó Flores, cubriéndose preventivamente la cara con las manos.

El tipo debía ser uno de los ocupantes del Monza.

Finalmente apareció otro policía, que no dejaba de resoplar. No lo golpeó, ni siquiera apeló a los insultos, pero fue más contundente que sus colegas. Simplemente estampó ante los ojos de Flores una fotografía comparativa de dos patentes y dijo:

-¿ Ves? Por esto te buscamos.

V

La llamada de la enfermera Rodríguez a la Comisaría 38 Del Viso no fue la única denuncia recibida en el ámbito policial en relación con el incidente. A las nueve y veinticuatro -tres minutos antes de e Sosa ingresara al hospitalhabía sonado el teléfono en la Comisaría, de Manuel Alberti: el telefonista de Medicine, casi al borde de la histeria, daba cuenta de un tiroteo ocurrido en la Ruta 26 y Belgrano.

De inmediato partió hacia allí un patrullero con dos hombres a bordo: el subcomisario Eduardo Eusebi y el oficial subinspector José María Manquillán.

Al llegar, no encontraron nada que permitiera suponer que ahí había sucedido algo cruento: ni víctimas ni victimarios; tampoco gente a la vista que pudiese contar lo ocurrido. Sin embargo, sugestivamente, la calle Belgrano estaba desierta.

El subinspector Manquillán bajó del patrullero para revisar el terreno bajo un sol tan abrasador que creía llevarlo dentro de la cabeza. Tal vez por eso pasó por alto el archipiélago de manchitas rojas y cristales pequeños que yacían aun costado de sus pasos. Al cabo de unos segundos sintió la voz del subcomisario: -¡Che, Manquillán, vení! El subinspector volvió al patrullero. Su superior tenía expresión de haber resuelto el misterio; incluso se permitió una sonrisa muda, como para agrandar la expectativa del otro. Recién entonces, dijo:

-Vamos al hospital de Del Viso. Acaban de avisar por Motorola que tienen un herido de bala. El patrullero partió levantando polvareda. Por el trayecto que hicieron, es posible que se hayan cruzado con las dos ambulancias y la Ducato que, a esa misma hora, atravesaban la ruta en sentido inverso. De ser así, es obvio que no llegaron a relacionar esa extraña caravana de camionetas con el hecho que debían investigar. Poco después llegaron al hospital Falcón.

En la entrada había otro patrullero. Pertenece a la comisaría de Del Viso y su tripulación se había constituido en la sala de Guardia cinco minutos antes. La encabezaba el propio comisario de Del Viso, Adolfo Biardo, secundado por un oficial principal y un sargento. Allí también estaba el doctor Mazur, la enfermera Rodríguez y, por supuesto, el cadáver de Sosa, que parecía ocupar el centro de la escena.

El comisario Biardo iba revisando meticulosamente la ropa apilada sobre una silla, mientras, con voz lenta y monocorde, dictaba lo que iba encontrando. El sargento transcribía, golpeando con furia el teclado de una vieja Remington. En la hoja que trituraba el carro ya había sido escrita la causa del deceso y las circunstancias de cómo había llegado allí ese cuerpo sin vida ni identidad. Acerca de lo cual sólo decía: "fue conducido por dos sujetos de sexo masculino que refirieron ser policías".

En tanto, el principal permanecía compenetrado en el sobre blanco de la Municipalidad de General Sarmiento hallado en el bolsillo del difunto, que por cierto no contenía una factura de Alumbrado sino dinero contante y sonante: 200 dólares estadounidenses y 272 pesos argentinos. El policía fue apilando los billetes sobre una camilla, clasificándolos según el valor.

En eso estaban cuando irrumpió la comisión de la otra seccional, la de Manuel Alberti. Bastó un golpe de ojo para que el subcomisario Eusebi comprendiera que el herido ya había pasado a mejor vida. Ni pestañeó.

-¿Ese era el chorro? -preguntó con tono impersonal, después de presentarse.

El médico corrió la sábana del rostro del cadáver para que los recién llegados lo vieran, pero la respuesta les llegó por boca del comisario Biardo:

-El hombre no sería precisamente chorro. Parece que era personal policial.

La única reacción de Eusebi fue mirar nuevamente la cara del muerto. Intervino el doctor Mazur:

-Miren, lo trajeron dos tipos que aseguraron ser policías. Ya estaba muerto.

-Y no llevaba documentos encima -agregó Biardo -¿ y dónde están los dos tipos esos? -preguntó Eusebi sin perder la . perplejidad.

-Ni idea. Se fueron. ..-; intentó explicar el médico, pero Biardo completó otra vez la respuesta.

-Dejaron dicho en el hospital que regresaban al lugar del hecho. Ni bien termináramos con el acta, íbamos a dar parte a la seccional de Manuel Alberti. Pero ya que ustedes llegaron. ..

Eusebi estuvo a punto de responder que él no tenía por qué hacer el trabajo pesado de nadie; pero se contuvo. El otro le llevaba un grado de ventaja y, además, tenía razón: la zona del tiroteo -de donde él venía correspondía a la seccional de Manuel Alberti.

Había entendido que, secundado sólo por Manquillán, tendría que ir . al encuentro de dos tipos cuya condición de policías no le constaba en lo más mínimo, que estaban calzados y habían protagonizado un tiroteo en el que había muerto un fulano que tal vez fuera policía. No era chiste.

Su respuesta se limitó a una significativa mirada, seguida de un cabeceo hacia su acompañante. Los dos volvieron al patrullero.

Dieron un rodeo para llegar a la zona del conflicto. Tomaron por un camino interno tan angosto que ni merecía el rango de calle, pero que le permitiría espiar a distancia el panorama: desde allí divisaron a las dos ambulancias, la Ducato y el Monza bordó estacionados con desorden en la esquina que un rato antes encontraran desierta. Alrededor de los vehículos había un puñado de hombres.

Continuaron la marcha a paso de tortuga. A medida que avanzaban, Eusebi pudo apreciar que había una persona separada del resto, que parecía inmobilizada junto a la camioneta. Dos de los hombres vestían uniformes policiales. Eso les dio ánimo para anunciarse de manera menos sinuosa.

En ese instante, uno de los tipos de civil corrió hacia ellos. Estaba transpirado y llevaba un arma en la cintura. Manquillán y Eusebi ya tenían empuñadas las suyas y estaban dispuestos a vaciarlas. Pero comprendieron que no sería necesario al ver que el tipo enarbolaba una credencial, como si fuera un estandarte.

-Soy el principal Eduardo Labarre, de la comisaría de Munro -dijo, jadeante por la corrida.

-¿Ustedes tienen algo que ver con un masculino muerto que fue llevado al hospital? -preguntó Eusebi, obviando todo protocolo.

-Sí, era compañero nuestro. Lo bajó de un cuetazo ese que está ahí -dijo, señalando imprecisamente a Flores, esposado dentro de la Ducato. Se produjo entre ellos un silencio turbador. Labarre creía haber dado todas las explicaciones del caso, pero Eusebi seguía sin

comprender, salvo que el difunto y quienes lo habían dejado en el hospital eran policías y, al parecer, de Munro. ¿Qué hacían tan lejos? Tampoco entendía la presencia de las dos ambulancias. Nada encajaba.

-A ver, ¿cómo fue la cosa? Cuéntenme desde el principio y despacito -dijo finalmente Eusebi, meneando la cabeza.

El otro comenzó la respuesta gesticulando con la manos antes de que le brotaran las palabras. Luego, con una pronunciación en la que parecían pisarse las letras, empezó a contar que estaban haciendo "tareas de inteligencia ante la casa ubicada en Belgrano 2792, a raíz de una investigación relacionada con vehículos de origen ilegal".

-Por eso íbamos en un móvil no identificable -especificó, pasándose una mano por la frente para secarse el sudor.

A Eusebi le bastó una mirada para adivinar que el auto en cuestión era el de los vidrios polarizados. El policía de Munro había retornado el relato: con pocas palabras, cada vez más tartarmudeadas, se refirió al incidente con la ambulancia. Creyó necesario aclarar lo que nadie le había preguntado.

-Se lo juro, señor, los interceptamos con las credenciales en la mano y gritando: "¡Alto, policía!". Se lo juro. ..

Eusebi buscó la mirada de Manquillán, que seguía sentado al volante; sus ojos parecieron acatar como una orden el sentimiento de confusión que se había apoderado del subcomisario. Este vacilaba entre meter presos a todos o "reconocerles la chapa", como se dice en la jerga. Se inclinó por la última opción.

-Manquillán, arrimesé a las ambulancias -ordenó", El subinspector acusó la falta de tuteo como una contraseña de que la situación seguía siendo densa.

Dio la impresión de que la llegada de los oficiales de la comisaría de Manuel Alberti había congelado el tiempo y sus protagonistas, Nadie se movía, salvo ellos dos. Parecían celadores de colegio pasando revista a un grupo de estudiantes sorprendidos en plena rabona.

Hasta que Labarre, apoyado sobre la puerta de una de las ambulancias, puso cara de guía turístico y señaló hacia el interior de la de Ducato. Sobre el asiento estaba la Taurus cromada que Maidan y Rueda quitaran a Flores.

-Esa es el arma homicida -dijo, modulando la voz. El subcomisario pronunció las únicas palabras que se le ocurrieron en ese momento: -No toquen nada. y vos -ordenó a Manquillán-, andá a procurar un testigo.

En ese instante salió a la calle Leticia Coronel, que vivía justo frente a la casa de Flores; se proponía ir al mercado. El siguiente minuto la encontraría parada ante la ambulancia, apretando los dedos sobre la manija de un changuito vacío, con los ojos clavados en la pistola plateada que yacía junto al respaldo del asiento.

Todos estaban inmóviles y expectantes, hasta que Eusebi se adelantó-¿ Ve, señora? Esta es una pistola. Ahora, en su presencia, vamos a proceder a requisarla. ¿Entendido? -dijo el subcomisario con un tono didáctico.

El subinspector Manquillán se había encaminado hacia la Ducato, donde permanecía esposado Flores. Tenía el rostro tumefacto por el rigor de la captura.

-¿Qué pasó, viejo? -le preguntó, forzando un perfil entre sorprendido y amigable.

-No sé, pensé que me estaban asaltando y apreté el gatillo -balbuceó el médico.

En eso, se escuchó el vozarrón de Eusebi: -¡Che, Manquillán, vení!

El subinspector interpretó la vuelta al tuteo como una señal de que, para su jefe, todo comenzaba a tomar sentido. y fue trotando hacia él.

La vecina seguía allí, impertérrita junto a su changuito, mientras Labarre, presa de una excitación indisimulada, se hallaba inclinado sobre el suelo de la ambulancia, apuntando

con el dedo un pequeño trozo de cobre abollado.

-Señora, preste atención: vamos a proceder a secuestrar una cápsula servida calibre 45 - explicó Eusebi una vez más.

La mujer asintió, con cara de no entender la importancia del hallazgo. Eusebi y Manquillán tampoco comprendían cabalmente el origen del incidente ni la cronología de ese tiroteo, cuyos protagonistas desaparecieron del lugar del hecho para reencontrarse allí mismo poco después.

La cosa parecía verdaderamente absurda, pero, en lo que a su función atañía, ya todo estaba bajo control.

-¡identificá a todos, que yo me comunico con la seccional -le ordenó a su hombre antes de zambullirse nuevamente en el patrullero.

Poco después, llegaron otros dos móviles de la comisaría de Manuel Alberti, para recoger a los detenidos y trasladarlos a la repartición. Rau y el chofer Duarte subieron al primer patrullero, mientras Oscar Flores fue llevado en el segundo. El resto de los actores de este drama permaneció en el lugar y, con el transcurso de las horas, la infausta esquina comenzó a semejarse a un set de filmación.

Primero llegó un Ford Escort, del que se bajaron tres tipos de inocultable aspecto policial vestidos de civil; uno de ellos era el comisario inspector Víctor Moltedo, jefe de la Unidad Regional de General Sarmiento. Luego cayeron otros dos vehículos particulares con un equipo de peritos del Servicio Especial de Investigaciones Técnicas (SEIT) de la Policía Bonaerense. Pronto se les agregó un puñado de curiosos.

En ese momento se escuchó una sirena, sonido al cual los policías no prestaron mucha atención. Pero su percepción saltó del desinterés al susto cuando vieron que se trataba de dos ambulancias más, con la inscripción de Medicine en la trompa. La reacción de los policías casi provoca otra tragedia: los peritos corrieron en diferentes direcciones, Labarre se parapetó detrás de un patrullero. Eusebi y un suboficial manotearon sus armas.

La alarma fue desbaratada cuando los choferes de las ambulancias bajaron con las manos en alto, en son de paz. Ambos tenían conciencia de que por un pelo no habían sido acribillados.

-Vinimos porque nos enteramos de que unos compañeros nuestros habían tenido un problema -dijo el mayor de ellos, tras recuperar el aliento.

-Sí, en efecto, tuvieron un pequeño problema -replicó Moltedo en tono socarrón.

Las diligencias policiales de aquel momento incluyeron una visita a la casa de Flores.

Según el acta suscrita por el comisario Moltedo, Eusebi y Manquillán, Claudia Trusso, la mujer del médico, expresó "su consentimiento para que se ingrese en su vivienda". En la cochera dieron con el Fiat Uno azul que buscaban Labarre y sus amigos. Según el acta, la mujer, "en forma espontánea, hizo entrega del vehículo a los fines periciales".

Esto sucedió alas 13: 15. Lo curioso fue que el juez todavía no había hecho acto de presencia, por lo cual los policías carecían de la orden de allanamiento correspondiente. El magistrado llegó recién alas 14:45. Se trataba del juez Carlos Olazar, del Departamento Judicial de San Isidro. Lo acompañaba su secretario, Jorge Quadró.

A esa altura, el inspector Labarre daría otra vuelta de tuerca al estrepitoso fracaso de su misión: lo que originalmente fue concebido como un "operativo encubierto", lindante con la ilegalidad, terminó no sólo con uno de sus hombres frito, sino envuelto en un enjambre de peritos, ambulancias, policías, curiosos de toda calaña, un juez y su secretario. Era el descalabro total.

Poco después de las tres de la tarde, las ambulancias, los autos de civil y los patrulleros partieron enfilados como un tren hacia la comisaría de Manuel Alberti.

Mientras tanto, el médico Oscar Flores, que permanecía alojado en una celda individual,

repasaba una y otra vez la secuencia de los hechos que lo habían llevado hasta allí, para llegar invariablemente a la misma conclusión: aquella no había sido una buena mañana. Tan sólo unas horas antes había estado desayunando con Claudia y los chicos.

Pero el destino se le puso en contra: primero creyó que lo asaltaban, luego mató a un policía y ahora estaba preso. En medio de esas cavilaciones, Flores trataba de convencerse de que todo era producto de un malentendido que no tardaría en aclararse. En eso estaba cuando un agente lo sacó de la celda para llevarlo a la oficina del subcomisario.

Este no había llegado, pero allí estaban dos tipos esperándolo. Uno de ellos era extremadamente gordo y no muy amigable; el otro, en cambio, que lucía una prolija melenita, blazer de corte italiano y anteojos Ray Ban, tenía modales más mundanos: estrechó la mano del detenido y le ofreció un cigarrillo. Dijo estar enterado de lo ocurrido. Incluso sabía el nombre del policía muerto y reconoció que el episodio había sido "muy desafortunado".

Pero el interés del tipo estaba depositado en un tema concreto: los dos autos presuntamente ilegales que Flores tenía en su poder. Quiso saber cuándo y a quién se los había comprado. Flores esquivó las preguntas dándole vueltas a las palabras, como un sombrero en la mano. Esa reticencia crispó el humor del gordo, que apoyó una rodilla sobre el muslo del médico, descargando sobre él todo su peso. Pero el otro lo contuvo.

-Quedáte en el molde. Soltálo -ordenó, con el mismo tono afable, y dio por concluido el encuentro.

Oscar Flores se enteraría luego de que el hombre del blazer era nada menos que el poderoso jefe de la División Sustracción de Automotores, comisario mayor Juan José Ribelli, con asiento en Vicente López.

Había sido una visita inesperada. Pero más curioso aun resultaba que ese hombre, que integraba la plana mayor de la Policía Bonaerense y era considerado la mano derecha del Jefe Klodczyk, llegara a la seccional de Manuel Alberti a las 13:30, cuando el juez de la causa todavía ignoraba lo ocurrido en la infausta esquina de Belgrano y la Ruta 26. Por alguna extraña vía, el comisario Ribelli lo supo mucho antes.

Ese detalle, así como su interés casi obsesivo por los vehículos en cuestión, ya formaba parte del nudo que un balazo apresurado había comenzado a desatar.

VI

Los problemas de Oscar Flores comenzaron a gestarse mucho antes de aquel 28 de febrero de 1996, el día que mató al inspector Sosa. Precisamente cuando sintió que daba un salto en su meteórica carrera patrimonial: se le había metido entre ceja y ceja renovar su propio parque automotor. Corrían los primeros días de julio del año anterior.

A la fecha, sin contar las ambulancias de la empresa, la flota personal del médico estaba integrada por un Fiat Tempra, un Corsa y una cupé Fuego, por la cual alguien le había ofrecido diez mil pesos, la misma suma que había pagado por ella. y se le ocurrió reemplazarla por un auto adquirido en condiciones más ventajosas. La idea lo tomó por asalto junto con la determinación de concretarla.

A ella no fue ajeno el chofer Adolfo Duarte, el mismo que lo acompañaría ocho meses después en el confuso episodio que lo llevó a la cárcel.

-Tengo un primo que anda en la transa de autos. Si querés te lo presento -le dijo el Gordo sin mirarlo a los ojos, en un tono casi casual.

Bastó esa frase para que Flores se lanzara de lleno. El encuentro tuvo lugar al día siguiente en un bar ubicado frente a la estación de Pilar. Cuando Flores llegó, el primo de Duarte ya estaba instalado en una mesa. No le costó reconocerlo; su aspecto coincidía con la descripción que le habían dado: "cuarentón, morocho y de bigotes", de una corpulencia

trabajada, como de comic.

El tipo lo invitó a tomar asiento con un gesto no exento de cierta marcialidad.

Ramón Rivero no tardó en revelar su verdadero oficio, dato que Duarte se había empeñado en obviar: el hombre era suboficial principal de la Policía Bonaerense, con veintidós años de antigüedad. Por esos días, prestaba servicios en la Unidad Regional de General Sarmiento, con asiento en San Miguel.

Esa fue su primera aclaración. El médico, lejos de sorprenderse de que aquel sujeto dedicado a la compra y venta de automotores fuera además policía, encontró en ese hecho un punto de afinidad. y no se contuvo:

-Yo también estuve en esa Regional -dijo Flores, con una sonrisa enigmática.

-¿Pero vos no sos tordo? -Sí. Pero fui médico policial hasta el '92. Me pasé siete años haciendo autopsias -respondió, conservando la sonrisa.

Rivero asimiló esa actividad con una mueca de asco. -Me gustaba determinar de qué había muerto una persona -agregó, como para justificarse.

Flores, de naturaleza parca, se mostraba expansivo y comenzó a desparramar algunos de sus recuerdos dentro de la Fuerza, para luego resumir:

-Me retiré como subinspector. Fui forense en la comisaría de Pilar, en la de Derqui, en Tortuguitas, en Del Viso. Después pasé a San Miguel, donde estás vos.

En su lista de ex colegas, Flores no mencionó al inspector Ricardo Abel Sosa, con el que había tenido un destino común precisamente en San Miguel. Tal vez ni recordaba a ese oficial cejjunto, malhumorado y algo violento, que integró la dotación operativa de esa Regional. Pero de haberlo mencionado, ¿cómo habría reaccionado el otro? Ocurre que Rivero y Sosa no sólo se conocían sino que eran muy buenos amigos.

Rivero sintió ansiedad por abordar el motivo concreto que los había reunido:

-Mirá, el Gordo me contó lo que andás buscando y creo que se puede conseguir algo a buen precio. Pero, ojo, que en esto yo no voy, ¿eh? Yo te llevo con un conocido mío. El resto lo tenés que arreglar con él.

Esa fue su segunda aclaración. Flores se citó con el conocido de Rivero al día siguiente, en una confitería de San Fernando. Se presentó con su nombre de pila: Jorge. Nada más que eso; como si no tuviese apellido. Aunque después agregó:

-Pero los amigos me dicen Flequillo. El hombre le hacía honor al apodo con un mechón de pelo castaño, obstinado en caer sobre su frente. Aparentaba entre 35 y 40 años, pálido, no muy alto, con un inocultable aire de avería. En esa ocasión dijo ser propietario de una agencia de autos, lo trataba a Rivero de "mi socio" y dio a entender que no era policía.

Esto último se ajustaba a la verdad: Flequillo sólo era informante de la policía. El misterioso agenciero integraba la red de comerciantes-soplones que con tanta habilidad supo tejer Juan José Ribelli, tanto para esclarecer delitos como para cometerlos. Pero en ese frío mediodía de julio de 1995, el médico todavía ignoraba quién era Ribelli.

Su atención estaba en otra parte; lo que le ofrecían era una verdadera ganga: un Fiat Uno azul, modelo '94, por sólo ocho mil pesos. El vehículo estaba estacionado a una cuadra y media de allí.

Flores se dio el lujo de sentarse al volante del Fiat y manejarlo a través de la zona residencial de San Fernando. El auto estaba en perfectas condiciones y antes de culminar el paseo supo que sería suyo.

Hijo de una lavandera y un empleado de granja, Oscar Flores se recibió de médico a los 24 años, luego de atravesar los inhóspitos oficios de cadete en un supermercado, mozo y vendedor ambulante. De la combinación de todos ellos le quedó esa personalidad versátil, evidenciada también dentro de su profesión: se especializó en terapia intensiva, hizo autopsias y asistió nacimientos. Como si quisiera vivir varias vidas en una.

De hecho, lo estaba logrando, al menos en el aspecto familiar. En 1985 se casó con Silvia Ataide, con la que tuvo tres hijos: Christofer, Fiona y Facundo, quienes a la sazón contaban con ocho, cuatro y dos años, respectivamente. Vivió con ellos en pleno centro de Pilar hasta el día en que cayó preso. Por otra parte, en 1990 conoció a Claudia Trusso, quien a su vez le dio otros tres hijos. La proeza de Flores consistía en que también vivía con ella cuando se produjo la muerte de Sosa.

Los primeros días de la semana los pasaba con una familia y los restantes, con la otra. Era un marido *part-time*, condición que al parecer aceptaban ambas mujeres.

Flores decidió que el Fiat Uno sería usado por su segunda familia, ya que la otra tenía el Fiat Tempra. En eso estaba pensando cuando el paseo de prueba llegó a su fin. Se detuvo justo donde Flequillo y Rivero lo estaban esperando.

-Me lo llevo. Cerremos el negocio ahora -dijo. Minutos después le dio a Flequillo tres mil pesos en calidad de seña y éste le extendió un recibo. El documento era provisorio y el agenciero lo rubricó con una firma ininteligible. A la mañana siguiente el suboficial Rivero se dejó caer en la oficina de Medicine para darle a Flores el recibo de seña definitivo.

Lo único extraño resultaba la "firma del vendedor": en vez de estar suscrito por Flequillo - de quien Flores sólo sabía que se llamaba Jorge-, apareció firmado por un ignoto Luis Medina, al que un sello sindicaba como "apoderado general" de algo. El médico quedó con Rivero en finiquitar el negocio dos días después.

En esa ocasión, Flores conoció la agencia: una mezcla de depósito y taller, en cuyo fondo se había improvisado una oficina con tabiques de madera. Además de Flequillo y Rivero había otro sujeto que parecía un empleado. De hecho, el tipo se encargó de la parte burocrática del asunto, controlando la documentación para extenderla a las partes a medida que completaba los datos.

Flores pagó los cinco mil pesos que faltaban y recibió a cambio el boleto de compra-venta, un recibo de pago y el certificado de responsabilidad civil. Nada más.

-Mirá, con estos papeles mandá a un gestor a hacer la transferencia y listo -le dijo Flequillo.

Flores se olvidó del asunto de la transferencia hasta que la insistencia de Rau lo convenció y encomendó aun gestor para que hiciera el trámite. Entre la fecha de la compra y ese día había pasado casi un mes. Grande fue su sorpresa cuando el gestor llegó con las manos vacías y una novedad inquietante: la agencia de San Fernando había bajado las cortinas; no existía más. y nadie en la zona parecía conocer el paradero de Flequillo.

Esa fue la primera escala de Flores en su largo viaje hacia la noche. La reacción inicial del médico fue de estupor. No habló con nadie

de lo sucedido. Habían herido su orgullo y se sentía profundamente tonto, cosa que no soportaba. La transferencia inconclusa lo privaba del "08" y de la cédula verde. Sin ellos el bello Fiat Uno valía lo mismo que un maletín lleno de billetes falsos.

El más mínimo entredicho con cualquier uniformado lo obligaría a deshacerse en explicaciones, con el riesgo de tener que prolongarlas en una seccional. Su segunda reacción, entonces, fue ocultar el vehículo en la cochera de la casa que compartía con Claudia Trusso.

-Durante unos días no lo vamos a usar. No lo saqués; por nada del mundo, ¿estamos? -le dijo a Trusso sin explicar la razón.

Flores tardó una semana en quebrar su silencio. Pero los oídos receptores de sus penas no fueron los de ninguna de sus dos mujeres sino los de Hernán Rau:

-Parece que con lo del coche me cagaron. El agenciero se borró y el primo del Gordo tampoco aparece. Me dejaron en banda con los papeles.

-Y. ..hacé la denuncia -aconsejó Rau. -No, ¿qué voy a denunciar?, ¿que soy un boludo?

Esto se tiene que arreglar de otra forma. Hay que ubicar como sea al primo del Gordo. Pero Flores quería mantener alejado a Duarte del asunto. Prefirió localizar a Rivero por sus propios medios. Primero probó por el camino

más lógico: llamarlo por teléfono a la Regional de San Miguel.

El intento se prolongó hasta los primeros días de septiembre. Invariablemente recibía la misma respuesta: "No está". En la Regional nadie parecía saber si Rivero había sido trasladado, estaba de licencia o en otro turno. No le quedaba otro camino que acudir a Duarte. Al día siguiente lo abordó con cautela.

-Che, Gordo, ¿sabés por dónde anda tu primo? -le preguntó, tratando de parecer lo más espontáneo posible.

-¿Querés que lo llame?

-No. Necesito la dirección.

Esas palabras sonaron como una orden.

El policía vivía en las inmediaciones de la Ruta 202, a la altura de Tortuguitas, en el barrio Aviación. Flores fue acompañado por Rau. Les costó llegar. Rivero los atendió en la puerta, molesto por lo inesperado de la visita. Flores estaba no menos molesto y, medio metro detrás de él, Rau permanecía expectante.

-Tu socio me dejó de garpe. La agencia no existe más y a Flequillo no lo encuentro por ninguna parte -dijo Flores antes de ser interrumpido.

-¿De qué socio me estás hablando? Te aclaré bien que en esta yo no iba prendido, que sólo te presentaba a un tipo que tenía un coche para vender y nada más.

-Pero tu amigo me cagó. No tengo cómo encontrarlo.

-¿Qué creés, que cerró la agencia para no darte los papeles a vos? -No sé, pero necesito los papeles. ¿Qué podés hacer? Su tono fue más conciliador. La respuesta también.

-Bueno, dame unos días; a Jorge no lo veo desde que te vendió el auto. Pero quedáte tranquilo, fiero, porque acá no hubo mala fe.

Flores respiró aliviado. Había vuelto a confiar en el primo de Duarte y pensaba que todo había sido resultado de la desprolijidad.

Rivero también se había distendido. Pero además supo captar el efecto tranquilizador que ejercía sobre Flores y decidió aprovecharlo. El tipo debía tener cierto encanto, porque no sólo convenció al médico de que no había nada turbio en relación con el Fiat Uno, sino que le bastaron unos minutos para interesarlo en una Traffic modelo '94 que, al igual que el otro vehículo, era una verdadera pichincha.

Ese día Flores regresó a su casa de la calle Belgrano sin la documentación del Fiat y con otro negocio en puerta.

Los chicos ya estaban durmiendo y el médico eligió el momento de la cena para revelar la historia secreta de sus tribulaciones con el auto que tenía escondido en la cochera, incluida la búsqueda de Rivero y su último encuentro. Como broche, adelantó la posibilidad de adquirir la Traffic. Su esposa Claudia expuso su punto de vista desde la cocina: -¡ Sos un boludo, Oscar! Te van a cagar otra vez.

La franqueza de la mujer exasperó al médico. Esa noche, los vecinos escucharon sus alaridos, los gritos de ella y el estrépito de platos rotos.

Para Flores, la pelea pasó rápidamente al olvido. En su cerebro se había enquistado como una garrapata la tentación de adquirir la Traffic. Las condiciones eran inmejorables: 11.000 pesos en total, la mitad de lo que valía en el mercado, y se la podía llevar con 3.500 pesos en la mano y el resto en tres cuotas. Rivero le entregaría la documentación a medida que él cancelaba la deuda.

Se embarcó en ese nuevo *affaire* sin decir una palabra. Rau recién se enteró de la compra

cuando su socio apareció en la empresa al volante de la camioneta. Al mes; ya armada como ambulancia, la Traffic comenzó a circular sin la habilitación del Ministerio de Salud Pública de La Plata ni la verificación técnica correspondiente. Tampoco tenía cédula verde. Todo parecía anunciar una nueva tormenta. Y, efectivamente, comenzó en vísperas del pago de la segunda cuota: una charla telefónica entre Rivero y él los puso al borde de la ruptura.

-Escucháme bien. Hay problemas y tenés que cancelar ya toda la deuda, ¿entendido? -le dijo el policía con una voz entre preocupada y amenazante.

Enrojecido y fuera de sus cabales, el médico replicó: -¡Si no me das los papeles no te saldo un carajo!

Con posterioridad, entre Flores y Rivero hubo otras conversaciones telefónicas del mismo tenor, a las que se sumaron amenazas y reclamos anónimos.

-Sos boleta si no devolvés la Traffic -le comunicaron varias voces desconocidas que llamaban, indistintamente y sin horario, a sus dos casas, a la empresa y a su teléfono celular.

Flores se mostraba cada vez más taciturno e intratable. Y, en vez de autos, empezó comprar armas. Además de la Taurus, en esos días adquirió una pistola 9 mm, una escopeta y varias cajas de proyectiles, algunos de ellos con puntas con estrías longitudinales. Justificó tal aprovisionamiento con la excusa de la ola de asaltos.

El conflicto se había extendido a sus dos familias. Mientras Silvia, su legítima esposa, se mostraba comprensiva hasta un límite casi maternal, la implacable Claudia pronunciaba las tres palabras que sintetizan la recriminación en su estado puro: -Te lo dije. El flujo de llamadas se interrumpió a principios de enero. Pero Flores no llegó a embriagarse con la ilusión de que se habían olvidado de él. Por el contrario, algo le indicaba que sus enemigos habían pasado a otra etapa de la lucha.

Tenía razón. Pero eso recién lo sabría luego de descerrajarle un tiro al inspector Sosa. En ese instante tuvo la certeza de que la guerra por los autos y esa muerte eran dos eslabones de la misma cadena.

VII

Hasta la noche previa a su muerte, el oficial vivía junto a su familia en Vedia, una localidad del partido de Leandro N. Alem, situada a 320 kilómetros de Buenos Aires. La casa es una edificación de dos plantas, con ladrillos a la vista, jardín y pileta, que supera ampliamente el hábitat de un policía medio.

Había sentido una verdadera obsesión por fijar domicilio en ese pueblo. Vedia no es más que un caserío de techos bajos y cinco mil habitantes, perdido en los confines de la provincia de Buenos Aires. Pero allí había nacido y significaba el regreso a sus orígenes. Había pasado sus primeras dos décadas de vida sin salir del pueblo y recién atravesó ese límite geográfico en marzo de 1983, para ir a la Escuela de Policía Juan Vucetich.

El contraste fue duro; del cuarto en el que dormía junto a sus hermanos, pasó a habitar un pabellón con otros setenta cadetes. Desde el alba hasta las nueve de la noche, cuando se apagaban todas las luces, era sometido al vértigo de una lluvia de órdenes, muchas de las cuales sólo tenían por objeto "ablandar" a los recién ingresados. Había que pagar derecho de piso.

Sin embargo, con el paso de los días, Ricardo Sosa se fue adaptando al lugar, al punto de no imaginarse otro porvenir que no fuese el de policía.

Dos años después volvió a Vedia convertido en oficial ayudante de La Bonaerense. Parecía otro tipo; su carácter introvertido, casi monosilábico, había dado paso a una personalidad locuaz. Fue una visita de egresado, ya que inmediatamente tuvo que partir para prestar

servicios en la Comisaría 68 de La Plata. Pero le bastó para comenzar a noviar con Laura Barra, la hija de un pequeño comerciante local.

Se casaron en enero de 1987 y alquilaron una casa en la vecina localidad de Billinghamst. Allí tuvieron dos hijos y decidieron mudarse a la Capital, aun departamento de dos ambientes, también alquilado. Sosa recorrió varias comisarías de la Regional de San Martín, en las cuales completó su aprendizaje elemental: dirimir pleitos vecinales, arrestar ladrones de estéreos y reducir a borrachos pendencieros.

El joven oficial se limitaba a cumplir órdenes y callar. Pertenecía al estrato más bajo de la oficialidad y tampoco se atrevía a ser autoritario con el personal subalterno, porque sabía que cualquier cabo o sargento lo triplicaba en experiencia.

En 1990, durante su breve paso por un grupo operativo de la Regional de San Miguel, llegó a tener un extraño cruce con el hombre que lo mataría seis años después. Pero, posiblemente, el único espacio físico que compartieron fue la puerta de entrada y el pasillo; ninguno podía prever el epílogo letal de esa precaria relación.

Ese mismo año, Sosa recaló en Sustracción de Automotores, entonces a cargo del famoso comisario Mario Naldi. El tipo solía tener con sus efectivos un trato "personalizado": recibió a Sosa en su despacho, ni bien se presentó en la sede de la División para tomar su primer día de servicio.

De modales ampulosos y voz de barítono, el Gordo, como todos llaman a Naldi, lo invitó a tomar asiento y le preguntó si tomaba café. Sosa, uniformado y tieso, no supo si aceptar el convite. Finalmente se sentaron ante dos pocillos.

-Mirá, pibe, este es un lugar muy especial. Pero si sabés caminar bien, no vas a tener problemas -dijo el comisario, mientras jugueteaba con la anilla de una pistola que había sobre el escritorio.

Para Sosa fue una etapa eminentemente didáctica. En pocas semanas aprendió sobre su oficio más que en los cuatro años anteriores. Sobre todo, pudo entender la clave del negocio policial desde un lugar privilegiado: Sustracción de Automotores era uno de los pilares de la recaudación clandestina.

Fue un suboficial quien lo ayudó a descifrar los códigos de ese mundo subterráneo: Ramón Rivero, el primo de Duarte. Se hicieron amigos ni bien Sosa llegó y el tipo lo presentó a sus nuevos camaradas. Congeniaron de inmediato y la relación prosperó.

Pero el Gordo Naldi no las tenía todas consigo por esos tiempos ya fines del '91 tuvo que partir precipitadamente hacia la Brigada de Mercedes, con asiento en Luján. La Jefatura ordenó una reestructuración que implicó el traslado de buena parte de los efectivos de Sustracción a diferentes destinos.

Corría marzo de 1992 y aquellos cambios interrumpieron la incipiente afinidad entre Rivero y Sosa. El primero terminó en la División Traslado de Detenidos, mientras que el otro fue a parar a Narcotráfico Oeste, cerca de su antiguo jefe. Fue como empezar otra vez de cero. Su llegada a Morón tuvo, sin embargo, un costado benéfico. Ese año, su situación patrimonial comenzó a dar un giro significativo: se deshizo de su primer vehículo, un desvencijado Ami 8, y lo reemplazó por una cupé Fuego. También adquirió un Ford Escort para su mujer. Más tarde los cambiaría por otros modelos: el Monza para su uso personal, un Ford Mondeo para Laura y la Ducato para toda la familia.

Fue durante aquel otoño que comenzó la construcción del chalet en Vedia. Supervisaba la obra acompañado por su suegro, con quien había hecho buenas migas. En principio porque el padre de Laura no tenía hijos varones y, sobre todo, porque veía en el policía al prototipo del muchacho emprendedor. Este ejercía cierto poder sobre el anciano; dicho de otro modo, se lo había metido en el bolsillo.

Y, al parecer, fue una influencia benévola. En el transcurso de ese año y del siguiente, el

modesto destino del comerciante fue sacudido por una inesperada primavera económica. A más de uno sorprendió que el viejo Barra se largara a comprar campos y propiedades. Aunque invariablemente los bienes eran escriturados a nombre del suegro, Sosa sugería y gestionaba las operaciones con el fervor de quien invierte su propio dinero.

La bonanza económica del policía coincidió con uno de los tramos más tensos de su carrera: el comisario Naldi lo había recomendado a Roberto Markevich para una investigación sobre narcotráfico que llevaba adelante el juez federal de San Isidro.

Sosa llegó a la coqueta casona que ocupa el juzgado un poco antes de la hora indicada.

Para la ocasión, se había puesto un traje recién sacado de la tintorería, dentro del cual se sentía incómodo. No sabía a ciencia cierta para qué había sido convocado. El juez lo recibió sentado detrás de su escritorio, al final de un amplio y lujoso gabinete. Abordó el tema con apuro; sus palabras salían a borbotones, acompañadas por un leve siseo.

Finalmente, terminó su exposición con una pregunta:

-¿Usted cree que es capaz de hacer este trabajo? -Creo que sí contestó Sosa, con un tono que no traslucía demasiada convicción.

A partir de ese instante, el oficial Sosa se convirtió en "agente encubierto", al servicio del Juzgado Federal N° 1 de San Isidro. Sobre ese hecho durante años pesó un riguroso secreto. Recién en octubre de 1995, Tito, como llaman al juez sus íntimos, reconoció en una misiva enviada a Klodczyk haber tenido bajo sus órdenes a Sosa.

Pero en esa carta Markevich se abstuvo de brindar otros detalles;

según sus propias palabras, con "el propósito de mantener al agente deslindado de la investigación para proteger su identidad". Es, indudable, sin embargo, que Markevich - más allá de la protección a Sosano podía admitir oficialmente una misión cuyas características recién fueron contempladas por la ley a principios del '95.

De todos modos, según una fuente de ese mismo juzgado, la inclusión de Sosa en aquella tarea fue absolutamente desafortunada.

Se había infiltrado en una banda de narcos que operaba en Olivos y estuvo con ellos durante un par de meses. Enviaba al juzgado laboriosos informes sobre la estructura de la organización, su cartera de clientes y otras posibles vinculaciones. Todo parecía indicar que el círculo se estaba cerrando sobre la presa. Un día, Sosa se comunicó telefónicamente con el juez:

-Está todo cocinado, doctor. El juez lanzó su jauría sobre las casas de los integrantes de la banda. Fue un procedimiento con despliegue: intervinieron varios patrulleros, vehículos sin chapa y decenas de efectivos, provistos de chalecos antibala y gorritas de *rapper* con las iniciales de la Fuerza. Pero algo falló.

No había ni rastros de droga en los sitios marcados por el "agente encubierto". Alguien había filtrado el dato del procedimiento, por lo cual Markevich tampoco pudo mantener a nadie detenido. La investigación desembocó en un rotundo fracaso. Su consecuencia más grave fue que Sosa, puesto en evidencia luego de los allanamientos, no pudo volver a Olivos nunca más.

Aquel traspíe lo condujo hacia un nuevo traslado. Esta vez, su destino fue la Brigada de Investigaciones de Lanús. Sosa lo sintió como un exilio. No obstante, ese salto al Sur tuvo un efecto mágico: lo puso bajo el mando de quien sería su verdadero y definitivo mentor dentro de la fuerza: el entonces subcomisario Juan José Ribelli. El oficial Sosa quedó rápidamente encuadrado en uno de los sectores internos que armaban la vida de La Bonaerense y desde entonces se ; hizo incondicional de Juancito, como solían llamar al jefe de Operaciones de la Brigada. Ribelli sabía pagar con creces la lealtad de su gente; incluso, solía abonarla por adelantado. A tal punto que Sosa, todavía sacudido por las secuelas de su debut como "agente encubierto", fue inesperadamente ascendido al grado de

inspector. No tardó en saber que el propio Ribelli fue el gestor de su flamante rango.

-Me estaba haciendo falta un oficial inspector -contestó, medio en broma, cuando Sosa le expresó su gratitud. En la incorporación de Sosa al ejército privado de Ribelli tuvo que ver un viejo conocido suyo: el suboficial Ramón Rivero, quien también había ido a dar con sus huesos a Lanús. Se reencontró con él ni bien desembarcó allí y, una vez más, fue su amigo quien lo inició en los códigos locales.

En Lanús también conoció al oficial Eduardo Labarre, un poco más veterano que él.

Estaban asignados al mismo grupo operativo y llegaron a tejer una alianza que, a través del tiempo, lo llevaría a otros destinos comunes: la Comisaría 68 de Carapachay y, en octubre de 1995, la 38 de Munro. Para entonces, ya se les había acoplado otro oficial: el inspector Carlos Consard. Los tres se hicieron inseparables.

Rivero, por su parte, recaló en la Brigada de General Sarmiento, que asistía a su época de oro con el comisario Andrés Salguero a la cabeza. Pero ninguno de ellos olvidó su lealtad hacia Ribelli, quien para entonces desembarcaba en Vicente López, sede de la Jefatura de Sustracción de Automotores.

Cada tanto, el jefe tuvo la deferencia de llamarlos por teléfono; a veces lo hacía por algún asunto en especial, y otras, sólo para estar al tanto de sus vidas. Su comunicación se volvió más espaciada durante el corto lapso en que Ribelli y Rivero participaron de los operativos comandados por Salguero contra la banda carapintada, a la cual pretendieron vincular con el atentado ala AMIA.

Ribelli volvió a conectarse con ellos a principios de febrero, pero en esa ocasión no lo hizo a través de sus celulares sino enviando un emisario.

Es probable que fuera el tal Flequillo o el propio suboficial Rivero quien les pasara el dato a Sosa y Labarre acerca de "un tipo en Del Viso, un médico, que circula en un Fiat Uno trucho. Tiene una empresa de ambulancias y por lo menos una Traffic melliza".

-El hombre es un "caramelo". Por un lado no pagó los coches y por otro, no le dieron los papeles: La cuestión es que amenazó con darse vuelta y eso puede dañar a gente importante; hay que recuperar esos autos, ¿entienden? -enfaticó su interlocutor.

Sosa y Labarre entendieron al vuelo. La aceptación fue inmediata.

En los días posteriores estudiaron el terreno y monitorearon los movimientos del médico, localizaron los vehículos y supieron que el tipo había sido objeto de un persistente ablande telefónico..

Finalmente, Labarre fijó la fecha del apriete para el 28 de febrero. El oficial inspector no supo entonces que estaba agendando el final de su existencia. El comisario Pedro Klodczyk se enteró de la muerte del oficial Ricardo Sosa pocas horas después de producirse. Asimiló la noticia con una reacción contenida:

-Me parece que éste es otro quilombo en puerta, Juancito -dijo, cerrando la gastada carpeta de cartulina gris.

El titular de La Bonaerense era uno de los pocos que seguía llamando por ese diminutivo al comisario Ribelli. Este, con gesto imperturbable, tardó unos segundos en procesar el comentario; luego, suavizando la expresión, se lanzó a la ofensiva:

-Déle, jefe. Al muchacho lo mataron. Hay que darle el cumplimiento del deber, aunque más no sea por la viuda.

Entornando los ojos, Klodczyk pareció dudar un poco más; recién después de unos segundos volvió a mover los labios.

-Por ahora no, Juan. Hay que esperar. Vamos a ver cómo evoluciona el tema -dijo y dio por concluido el asunto.

A principios de marzo de 1996, con Galeano obsesionado por la maldita camioneta, Klodczyk veía una Traffic y lloraba.

VIII

En el Juzgado N° 14 de San Isidro, la mañana del 1o de marzo de 1996 transcurría entre los límites de una rutina sofocante y la ansiedad por las diligencias motivadas por la muerte del oficial Ricardo Sosa. En el pasillo lindante con la oficina de atención al público la sensación térmica era directamente proporcional al humor de la gente que formaba fila detrás de la puerta: una heterogénea mezcla de acusados por: delitos menores, abogados, testigos traídos a regañadientes, familiares de presos y víctimas de otros delitos.

El dueño de casa, el juez Carlos Olazar, rondaba los pasillos con su aspecto afable y simpático. El tipo tenía una carrera judicial de larga data. Reclutado con categoría de empleado raso, subió todos los peldaños de la escalera tribunalicia hasta que, durante casi una década, su destino pareció atascado en el escalafón de secretario de un juzgado correccional. Pero en 1987 separaron los fueros y, sin que él mismo lo esperara, lo nombraron titular del recién creado Juzgado en lo Criminal y Correccional N° 14.

Por lo demás, a lo largo de los años el magistrado ha hecho gala de un inalterable bajo perfil: se define como uno de esos jueces que "hablan por sus fallos". Eso sí, facilita a la prensa todos los fallos de su cuño que deseen fotocopiar. Su secretario, el doctor Jorge Quadró, es quien lleva buena parte de las tareas que el estilo abstraído del magistrado le delega. Esa mañana, el hombre no tuvo oportunidad de enfrascarse en la lectura de viejos expedientes como era su costumbre; una curiosidad que gustaba despuntar a ,olas en su escritorio, de espaldas a una imagen de la Virgen de Fátima, que parecía levitar encima de su cabeza.

Esa figura de yeso formaba parte de su otra debilidad: un misticismo profundo, que lo llevó a protagonizar períodos verdaderamente épicos, cuyas batallas aún rebotan en su memoria.

Como aquella madrugada de noviembre de 1988, cuando sus muchachos irrumpieron en la discoteca Latex, de San Miguel, atiborrada de punks ala espera de un show de Los Violadores.

Un disparo al aire y el encendido de las luces sirvieron de presentación para una docena de tipos provistos de armas cortas que vociferaban órdenes incomprensibles, lanzando golpes al público y desparramando pequeños envoltorios de papel glacé por el piso. Llevaban puesto un buzo negro con la leyenda "Prolatín" en el pecho.

Poco después ingresó la segunda turba, formada por policías uniformados y de civil que fueron agrupando ala gente a culatazo limpio.

Al frente del operativo de La Bonaerense, pero en un plano inusualmente discreto, estaba el entonces juez federal de San Isidro, Alberto Piotti. Lo acompañaba un hombre de cejas espesas y retacón, vestido con un traje gris que vio mejores tiempos. Era el doctor Quadró, cuyo gesto de satisfacción contrastaba con la tensión reinante; su tropa personal había hecho un buen trabajo.

Había comenzado a reclutarla un tiempo antes junto a su "guía espiritual", el cura Moisés Jardín, un capellán militar vinculado a sectores carapintadas. Bautizó su causa con el nombre de Liga Católica Argentina Pro Campaña Latinoamericana de Ayuda al Drogadependiente (Prolatín): un grupo parapolicial formado por oficiales de La Bonaerense en actividad, algunos retirados de las Fuerzas Armadas y un puñado de lúmpenes suburbanos, supuestamente dedicado a la lucha contra el narcotráfico.

Originalmente, su actividad principal consistió en tomar por asalto discotecas, bares y kioscos. Pero recibió un apoyo inesperado: el comisario Juan Carlos Rebollo (a) "el Loco" se plegó a su cruzada. Relegado por entonces a la Comisaría S& de Beccar, debido al sumario que le instruyera el subsecretario de Seguridad de Antonio Cafiero, Orlando

Caporal, por sospecharlo vinculado a los delincuentes que debía combatir en la ya disuelta Dirección de Toxicomanía, Rebollo vio en la banda de Quadró una causa justa.

La alianza táctica entre ambos le dio al grupo un motivo más concreto para sus acciones.

Ya no se trataba de ataques indiscriminados; ahora tenían un propósito preciso: detectar y sacar de circulación a pequeños *dealers* que entorpecían los negocios del grupo. De la noche a la mañana, Prolatín transmutó en una organización de punteros de cocaína cuyo stock solía provenir de algunos allanamientos efectuados por La Bonaerense.

La presencia de Rebollo en el politburó de esa liga católica trajo aparejada la cobertura legal necesaria: el juez Piotti, íntimo amigo del comisario, supo ponerse al frente de los allanamientos cuando, por razones de jurisdicción, Rebollo no podía participar. El método era siempre el mismo: irrupción de civiles armados luciendo distintivos de la organización, secundados por uniformados al mando de Rebollo u otro comisario amigo.

La última gran farsa pública de Prolatín tuvo lugar el 23 de enero de 1989, en medio del copamiento del regimiento de La Tablada por parte del MTP. En la ocasión, los comandos de Quadró exhibieron ante las cámaras algunos sobres de papel glacé, armas y municiones supuestamente encontradas entre las pertenencias de los guerrilleros abatidos.

Prolatín fue disuelta en silencio luego de la detención del cura Jardín, de activa participación durante el levantamiento carapintada del 3 de diciembre de 1990.

Excarcelado tiempo después, al cura le quedó pólvora todavía para pedir asilo político en el Uruguay, en 1996, junto a una banda de ex integrantes del grupo Albatros de la Prefectura Naval.

Pero esa mañana el juez Olazar y el secretario Quadró tenían temas más apremiantes y menos emocionantes que tratar. Oscar Flores llegó al juzgado con las esposas puestas y tomado de los brazos por dos policías. Se lo veía demacrado, sudoroso y con la ropa del día anterior. Al cruzar el pasillo divisó de refilón a Silvia, su mujer legal, acompañada por Tomás Pérez Bodria, su flamante defensor.

A menos de veinticuatro horas de la muerte del oficial Sosa, ya se podían contabilizar por lo menos dos irregularidades en la investigación. El abogado Pérez Bodria anticipó la primera, interrumpiendo una pregunta que el magistrado iba hacer a Flores:

-La policía entró a la casa de mi cliente a la una y cuarto sin ninguna orden judicial, en tanto que usted, Su Señoría, llegó al lugar del hecho una hora y media después -dijo, con tono solemne.

El silencio fue la única respuesta. El juez Olazar siguió con los ojos clavados en el expediente, como si la queja no hubiera existido. El abogado volvió a tomar la palabra: - Además, al socio de mi cliente se le tomó declaración en sede policial y mediante coacciones se lo obligó a declarar en su contra. No sólo era cierto, sino que además, alrededor de las seis de la tarde del miércoles 28, un grupo de policías de civil había sacado a Hernán Rau de su celda para conducirlo hasta las oficinas de Medicine. Fue el segundo allanamiento ilegal del día; luego del cual a Rau lo devolvieron al calabozo como si nada hubiera pasado. -El señor Rau ya hizo su declaración y todo lo actuado hasta el momento se enmarca dentro de la ley y está avalado por mí, ¿estarnos? -lo cortó Olazar, tajante. Costaba creer que de una persona de apariencia tan amable salieran palabras tan filosas. Abogado y cliente comprendieron que las cosas no serían simples. Durante seis horas de interrogatorio, Flores se refirió una y otra vez al carácter accidental de su crimen. Pero lo que el juez se empeñaba en dilucidar era todo lo concerniente a los dos vehículos supuestamente ilegales que Flores tenía en su poder. Entonces, el médico habló de Rivero, se explayó sobre los detalles de la compra y describió las presiones sufridas desde que la relación entre ambos llegara a un punto sin retorno. Por añadidura, reconoció saber el origen ilegal del Fiat Uno comprado al tal Flequillo y el de la Traffic que le vendió Rivero.

En ese punto, por primera vez la sonrisa de Olazar se hizo maligna, y preguntó: -Cuando compró la Traffic, ¿no tuvo miedo de que le pasara lo mismo que con el Fiat? Abrumado por el absurdo, Flores bajó la cabeza y dijo por toda respuesta: -Y. ..hay veces en que uno hace boludeces. Su abogado se mordió el labio hasta casi sangrar. No era para menos. Cuando su defendido empezó a declarar estaba sospechado de homicidio simple, tenencia de munición prohibida y resistencia a la autoridad. Ahora, al final de la audiencia, tras un ir y venir de preguntas y respuestas que por momentos se tornó despiadado, el juez no sólo ratificó esos cargos sino que terminó acusando al médico de encubrimientos reiterados y sustitución de chapas patente. -La cosa está negra, viejo -le dijo el abogado a Flores antes de que fuera nuevamente esposado, en la primera conversación a solas que pudieron mantener.

Flores sólo alzó los hombros; no tuvo otra opinión.

-Los vamos a correr con que los canas te fueron a apretar por izquierda, fuera de jurisdicción y sin orden judicial. Quedáte tranquilo, porque les vamos a poner el punto ahí -dijo, tratando de sonar convincente.

Sin dudas, esa parecía ser la clave del asunto. Pero Pérez Bodria no podía prever que le estaban escondiendo un naipe.

IX

Durante los primeros días de marzo, los trámites procesales que alimentaron el expediente fueron poco benévolos con la situación de Flores. Rau y Duarte ya habían sido liberados, pero el médico seguía alojado en el pestilente calabozo de la seccional. Pérez Bodria llegó de improviso; se lo veía más animado que la última vez y fue al grano:

-El juez lo citó a Rivero. Declara mañana. 'Si se hace cargo del coche que te transó, o si por lo menos admite conocer a ese Jorge, estás con medio cuerpo afuera.

Esa noche Flores no pudo pegar un ojo. A la mañana siguiente el suboficial mayor Ramón Rivero llegó con puntualidad al juzgado. Era el 4 de marzo. Al abogado Pérez Bodria le habían vedado el ingreso a la audiencia y no tuvo otra alternativa que esperar la versión mecanografiada de su declaración.

En el despacho del secretario, Rivero aportó respuestas invariablemente monocordes. Con esa misma parsimonia respondió que "sr", cuando Quadró le preguntó si conocía a un tal Oscar Flores.

-Lo conocí en el hospital de San Miguel a raíz de una intervención quirúrgica -agregó, sin especificar de qué tipo de operación se trataba o quién era el paciente.

Agregó que se lo había presentado su primo Duarte y negó haberle vendido vehículo alguno. Ni siquiera se lo había vuelto a cruzar. En términos procesales, el testimonio de Rivero fue otro inisillanzado contra la deplorable situación de Flores.

El testimonio del Gordo Duarte, en cambio, llevaría a Pérez Bodria a echar por tierra buena parte de la declaración del policía.

El chofer estaba nervioso y no le faltaban razones: él había sido el *factotum* de los borrascosos negocios entre su primo y su jefe, y elladero de Flores en el instante de la muerte de Sosa. Por otra parte, no quería perjudicar a Flores ni comprometer a Rivero; lo que era matemáticamente imposible. Duarte sostuvo los dichos de Flores en lo atinente al homicidio, pero se mostró absolutamente ignorante de las compras automovilísticas de su patrón. Sin embargo, no pudo negar haber sido él quien hizo el contacto entre Rivero y Flores.

-Sí. Yo los presenté hace como ocho o nueve meses. Fue porque mi primo tiene un conocido que maneja una agencia de autos...

-¿Cómo se llama? -le disparó Pérez Bodria antes de que Quadró saltara a otra pregunta. El secretario le obsequió una mirada admonitoria. Pero la cuestión ya estaba instalada.

-El nombre no lo sé. Pero creo que le dicen Flequillo -contestó Duarte, con una sinceridad casi infantil.

Pérez Bodria salió de allí como una ráfaga, con la prueba en la mano de que Rivero había mentido. Media hora después radicó una denuncia por falso testimonio contra él en la mesa de entradas del juzgado de Juan Makintach, contiguo al de Olazar.

Mientras el abogado firmaba su acusación, en el despacho de Q1:1adró seguía el movimiento de testigos: era el turno del inspector Consard y el principal Labarre, los sobrevivientes del intento de abordar a Flores.

-En ningún momento pensamos que el tipo iba a tener una reacción tan criminal -dijo Labarre, gesticulando con las manos.

El secretario no lo quiso importunar más y dio por concluido el trámite. Quadró quedó satisfecho; ambos policías coincidieron en lo sustancial: la presencia de ellos en Del Viso "obedecía a una investigación relacionada con automóviles presuntamente ilegales".

Pero el 13 de marzo estalló el primer petardo del caso. Fue cuando el policía Ramón Rivero tuvo que declarar por la denuncia del abogado de Flores ante Makintach. Estaba mal afeitado y se lo veía nervioso.

Rivero trató de sostener lo dicho en su declaración original. Insistió con la versión hospitalaria de su encuentro con Flores y meneó la cabeza cada vez que le mencionaban la palabra "automotores". En menos de una hora, el policía se sintió acorralado.

-Bueno, hubo algo más. Flores quería comprar un coche y le recomendé un agenciero, que se llama Jorge -dijo.

-¿Es el mismo al que le dicen Flequillo? -inquirió el juez. Rivero asintió con un gesto.

-¿Usted hacía negocios con él? -volvió a preguntar Makintach. -No. Lo conocí como informante de la policía -balbuceó el suboficial, ya totalmente entregado.

Al término de la audiencia, Rivero desapareció con prisa detrás de la puerta, cargando sobre sus hombros un proceso por falso testimonio. Para Pérez Bodria, lo que allí se había dicho superaba todas sus expectativas; el policía no sólo ahondó en su relación con Flores y admitió la existencia del fantasmal Flequillo, sino que además aportó un dato que podría cerrar el nudo de la trama: el tipo era soplón de La Bonaerense.

Dicho de otro modo, si Rivero llevó al médico a la agencia de Flequillo tenía que haber sido él quien, posteriormente, aportara el dato de

los dos vehículos a la "patota" encabezada por Labarre y Sosa, razonó el I. abogado.

Comenzaba a tomar cuerpo la existencia de una organización

especializada en traficar autos de origen ilegal y se perfilaba la figura de una extorsión.

Sin perder un segundo, el abogado salió del juzgado de Makintach enfilando hacia el de Olazar. Pero en el Juzgado N° 141e habían ganado de mano.

No pudo ver al juez; en esa ocasión sólo llegó hasta la mesa de entrada. Fue suficiente; allí le explotó en la cara el auto de procesamiento contra su cliente, firmado ese mismo día.

"Flores mató aun policía en el marco de una investigación, conociendo el origen ilícito de los dos vehículos que tenía en su poder", arrancaba asegurando el escrito, probablemente redactado por el secretario Quadró y suscrito por Olazar. Eso bastaba para otorgar al cautiverio de Flores un rango más duradero.

Para llegar a esas conclusiones, el juzgado se basó en todas las declaraciones recopiladas., incluida la de Rivero; los testimonios de los

.J compañeros de Sosa resultaban tan incriminatorios como el del propio Flores. Otras actuaciones, como el resultado de la autopsia, las pericias balísticas y la verificación de los vehículos secuestrados, sepultaron aún más sus esperanzas.

Pero la palada final estuvo depositada en el colítenido de una sorpresa: el juzgado avaló su decisión de poner a Flores contra las cuerdas "ratificando todo lo actuado en la causa

41553, iniciada el 26 de febrero i pasado, la que corre por cuerda a la presente". El pobre Pérez Bodria quedó de una sola pieza. No sabía ni por asomo a lo que se refería el juez. Nunca había oído hablar de esa causa, fechada cuarenta y ocho horas antes de que Sosa pasara a mejor vida. Pidió el expediente a la empleada que estaba detrás del mostrador. La mujer volvió diez minutos después con el "expediente": un puñado de fojas abrochadas, que bien podían caber en un sobre. En la carátula sólo decía: "Sosa, Ricardo. Su denuncia". En ella el inspector, que ahora estaba muerto, aseguraba bajo juramento "tener información fidedigna de dos vehículos de procedencia ilegal, que están en poder de un doctor, apellidado Flores".

Los dichos de Sosa, sustentados allí también por Labarre y Consard, parecían inobjektivos. Las "tareas de inteligencia desplegadas en tomo a esos dos automotores" les habían permitido detectar, según decían, una ambulancia que sería el original de la "melliza" de Medicine. Pertenecía a la empresa Intermédicas y estaba estacionada en un taller de La Plata.

Las actuaciones fueron labradas por el titular de la Comisaría 3a de Munro, comisario Ricardo Callejas, y ese mismo día fueron giradas, precisamente, al juzgado del doctor Olazar. Este cerró la causa unas pocas horas después, luego de conocerse la repentina muerte de quien suscribiera la denuncia.

-¿De dónde salió esta mierda? -¡ncrepó Pérez Bodria a la empleada con un rugido que pareció brotar de sus entrañas.

-Lo que pasa es que se traspapeló y recién lo encontraron ayer -contestó la mujer con absoluta naturalidad.

En resumidas cuentas, el médico Flores fue indagado y procesado por un hecho cuyo sumario apareció quince días después.

Flores recibió el otoño en el mismo calabozo de siempre. Mientras tanto, la situación de la única familia que le quedaba tras la ruptura con Claudia Trusso, no era más edificante. De a poco, Silvia se fue acostumbrando a tener a su marido, no en el lecho de otra mujer, sino detrás de las rejas. Sin embargo, durante una madrugada de abril, creyó que sus fuerzas se iban a pique.

Todo empezó al sonar la campanilla del teléfono. Ella, por lo general de sueño liviano, se abalanzó sobre el aparato, pensando que sería alguna novedad relacionada con su marido. En cierta manera, de eso se trataba; por el auricular escuchó primero el silencio, seguido de una voz masculina que, con calculada agresividad, le dijo:

-Te vamos a hacer boleta a vos ya tus hijos, porque tu marido t:nató aun policía.

Ella no atinó a responder; simplemente quedó paralizada. La siguiente llamada tuvo lugar dos semanas después. De allí en más, para la esposa del médico el terrorismo telefónico se convirtió en otro ingrediente de la vida cotidiana.

Pero aún le aguardaban otras duras pruebas. A fines de ese mismo otoño, la quinta de los Flores, ubicada en la localidad de Matheu, fue saqueada. Por la saña puesta de manifiesto, el robo pareció contener una buena dosis de venganza. La mujer decidió alquilar la quinta. Pero el día de la mudanza, el flete fue interceptado por un auto del que bajaron dos tipos con el rostro cubierto por pasamontañas; armas en mano, uno de ellos declamó un mensaje escueto:

¡Dame la camioneta y rajáte! La quinta de Matheu fue despojada del mobiliario que había quedado del robo anterior.

Pero un hecho aún más significativo tuvo lugar el 18 de julio. Era mediodía. Silvia salía de su casa de. Pilar con los chicos. Junto a la vereda estaba estacionado el Fiat Tempra, el único auto particular que le quedaba a la familia. En ese instante vio aparecer a tres tipos de pelo corto y vestidos de traje. Ella creyó que eran policías. Aun así se sobresaltó. y no

fue para menos, porque uno de ellos la encaró empuñando una pistola. Parecía reglamentaria. Los niños, aterrados, comenzaron a llorar. Silvia amagó un abrazo protector, pero el tipo impidió ese acto apoyándole el caño debajo del mentón.

-No se equivoque, señora. Déme rápido las llaves del auto y nos vamos -le ordenó.

La falta de tuteo le sonó por demás inquietante. Pero el hombre cumplió; segundos después desaparecía junto a sus cómplices, abordo del Fiat. Ella siguió creyendo que se trataba de policías.

Mientras tanto, el abogado Pérez Bodria asistía a sus propias tribulaciones. En esa época le rechazaron la segunda apelación presentada en favor de Flores. Pero no fue la única razón que minó su ánimo. Durante los últimos dos meses, él también había sido objeto de una andanada de amenazas telefónicas.

El doctor Pérez Bodria renunció definitivamente a la defensa del médico Flores a mediados de julio.

A partir de entonces, sorpresivamente, bajó el nivel de la coacción telefónica ejercida sobre Silvia. A Flores le quedó la duda acerca de los motivos: tal vez se debiera al puesto vacante en su defensa; tal vez los instigadores de esa campaña hayan tenido temas más urgentes en los que pensar.

Por esos días el país se conmovía con la detención de doce Patas Negras en relación con el atentado contra la AMIA.

De eso Flores se enteró por la radio. Al principio, tomó la noticia con indiferencia; ni siquiera prestó atención a la lista de los implicados. Hasta que una mañana de principios de agosto, mientras intentaba mitigar los rigores del encierro hojeando un diario del día anterior, su mirada tropezó con la fotografía de uno de los detenidos.

Lo reconoció de un golpe de ojo; era el mismo tipo que lo había interrogado en los albores de su arresto: el comisario mayor Juan José Ribelli.

El hallazgo de esa foto actuó como un disparador. En cuestión de minutos, Flores devoró toda la información referida a la entrega forzada del vehículo usado en el atentado de la calle Pasteur. Tal vez el médico no fuera consciente de hasta qué punto su cabeza se había convertido en un hervidero de conjeturas y sospechas.

Pero no tardó en hallar un punto común entre la Traffic de Telleldín y su propia ambulancia: ambas camionetas habían sido objeto de un idéntico acoso policial.

Cuando el juez federal Juan José Galeano tuvo noticias de la existencia de la causa Flores, lo asaltó la misma impresión y sin perder tiempo giró un pedido al juzgado de Olazar, para que le enviara sin demoras una copia del expediente. Se trataba de rastrear las actuaciones de todos los procedimientos dudosos en los cuales tuvieran algo que ver los hombres de Juan Ribelli.

Especialmente si había una Traffic de por medio.

X

-¿Te interesaría tomar la defensa de este muchacho? -dijo la voz en el teléfono.

Con el ceño fruncido, el tipo se cambió el Miniphone de oreja, molesto por el murmullo persistente y parejo que flotaba en el Florida Garden.

-No sé. Vemos. Por lo pronto, decíle a la esposa que me venga a ver mañana.

Al día siguiente, la señora Flores fue puntual; aunque le había costado encontrar el Pasaje Rivarola, una cortada con aires parisinos escondida en el corazón del centro. En el quinto piso de un viejo edificio con detalles en bronce y ascensor de madera, la recepcionista le comunicó:

-El doctor ya la va a recibir. Silvia sentía una ansiedad atroz. Desde que Pérez Bodria se desvinculara del caso, había tenido insatisfactorias entrevistas con varios abogados y buena

parte de sus esperanzas estaban depositadas en el hombre que la había. citado allí. Tres horas después, la esposa de Flores salió radiante por la misma puerta: el doctor Mariano Fragueiro Frías se había convertido en el defensor de su marido.

A diferencia de otros estudios jurídicos instalados en el mismo piso, éste era el único que no exhibía su correspondiente placa. En eso se fijó Silvia mientras aguardaba el ascensor. Cuando llegó, ya se había olvidado del asunto; en parte por la impresión que le causó el único pasajero que traía. Parecía sacado de una novela de espionaje; era un hombre ya mayor, de porte distinguido, cabellos plateados y atuendo levemente inglés.

Aunque el sujeto no tenía en sus venas ni una gota de sangre británica, le gustaba gastar un estilo tipo Graham Green. Pero eso, claro, la esposa de Flores no lo sabía; también ignoraba que se trataba de Jorge Anzorregui, uno de los dueños del bufete y hermano de Hugo, el poderoso "Señor 5" que comanda los agentes de la Secretaría de Inteligencia del Estado.

Bien se podría considerar al Estudio Anzorregui como uno de los consultorios jurídicos más emblemáticos del foro local. A sus oficinas acude una selecta clientela que proviene de las altas esferas del poder: dirigentes políticos, capitanes de la industria, jueces y funcionarios; hasta el mismo ministro Carlos Corach resuelve allí algunas de sus querellas. El médico Flores estaba fuera de ese *target*; no era agente de inteligencia ni un político encumbrado. Tampoco su causa hacía juego con la especialidad de la casa: los homicidas rara vez eran atendidos por el *staff* del Pasaje Rivarola. Sin embargo, el abogado Fragueiro Frías no dudó en hacer del caso su caballito de batalla.

-La policía le hizo al hombre una mala pasada. Me da pena. Hay que ayudarlo -le comentó a Anzorregui, minutos después de hacerse cargo de la defensa.

También reveló que había fijado sus honorarios en 150 mil pesos. -¿Pero cómo vino a parar acá? -preguntó Anzorregui.

Fragueiro Frías esbozó una sonrisa, y dijo: -.Ah. Vino recomendado. Ayer me llamó Héctor para preguntar si me interesaba.

Héctor, el nexa entre Flores y su flamante defensor, no era otro que el célebre ingeniero Héctor Santos, aquel "justiciero" que persiguió hasta matar a dos ladrones que le robaron el pasacasete del auto, convirtiéndose en causa y bandera de Bernardo Neustadt.

Cuando la designación de Fragueiro Frías fue comunicada al juzgado de Carlos Olazar, muy lejos de allí, otro abogado del caso se presentaba en sociedad, pero a su manera. El doctor Gonzalo Villalobos había elegido el Café de la Paix, ubicado en plena Recoleta, para anunciar que patrocinaría a María Leonor Sosa, la mujer del policía ultimado.

Cursó invitaciones a todos los medios. Pero su convocatoria fue un fracaso; sólo acudieron tres cronistas y un fotógrafo. No obstante, Villalobos montó la escena como si se dirigiera a corresponsales venidos de todas partes del mundo. Otra excentricidad fue su guardia pretoriana: tres tipos con traje de corte barato y lentes, que hacían recordar los guardaespaldas sindicales de los años '70.

Era parte de su estilo; tanto como sus clientes, recolectados en el noroeste del Conurbano, zona de influencia del MODIN.

Villalobos siempre alardeó de sus excelentes contactos carapintadas, pero no en vano: fue defensor del grupo Albatros que tomó el edificio de Prefectura en el *putsch* del 3 de diciembre de 1990. Precisamente allí, con una enorme bandera argentina en ristre, fue apresado el cura Moisés Jardín, que pasó a ser uno de sus defendidos.

.y ahora el destino lo llevaba a tramitar una causa en el juzgado donde se desempeñaba un viejo conocido de ambos: Jorge Quadró. La viuda de Sosa lo eligió para litigar contra el hombre que segó la vida de su marido. y esa tarde en el Café de la Paix estuvo sentada

junto a él.

Villalobos introdujo el tema atacando la cobertura del caso efectuada por el periodista Roberto Caballero en el diario *La Prensa*, el único que lo había seguido, y no escatimó palabras para describir a Flores como un verdadero "gángster argentino". En cambio, elogió al difunto, explicando al detalle "la transparencia de sus procedimientos investigativos". En este punto su sinceridad fue temeraria. -Puede ser que Sosa operara a veces fuera de la legalidad. Pero eso lo hacía porque era un enemigo a muerte de todos los tráficos -dijo, mientras se daba cuenta de que había metido la pata.

El abogado no hizo sino reconocer que el inspector Sosa había muerto durante un procedimiento "por izquierda". Para su suerte, el desliz pasó desapercibido: la conferencia de prensa no tuvo ni el más mínimo eco en los diarios de la mañana siguiente.

Para Fraguero Frías la batalla estaba en otro lugar. El abogado comenzó a afinar la puntería sobre la causa preexistente, aquella que había iniciado Sosa antes de morir. Al fin y al cabo, en el contenido de ese puñado de folios estaba basado el infortunio de su cliente. Pero desde la carátula en adelante, había algo que sacudía su olfato.

Decidió enviar un hombre de su confianza al taller mecánico de La Plata, donde Sosa habría hecho el último trabajo de inteligencia de su vida: fotografiar la ambulancia de Intermédicas, supuestamente gemela de la de Flores. Fraguero tenía una corazonada.

En el expediente no cabían dudas' de la veracidad de esa prueba. Varios testimonios la avalaban; entre ellos, el del comisario Callejas, jefe de Sosa, Consard y Labarre.

Pero el comisario no había aclarado el modo en que esa ambulancia había sido detectada, y menos aún cómo lograron establecer cuál de las dos era la adulterada: los tres policías que fueron a La Plata no verificaron los números del chasis ni del motor, para ver si coincidían con los de la Traffic de Medicine.

Había pasado casi medio año cuando el enviado de Fraguero Frías fue a La Plata. El tipo estudiaba Derecho y se costeaba la carrera haciendo averiguaciones para algunos abogados. Una vez allí, no tuvo problemas para encontrar el taller Avenida.

Lo recibió Alberto Koleff, encargado del taller. El visitante fue directamente al grano.

Preguntó si allí había tenido lugar un procedimiento.

-Sí. Unos policías vinieron al taller. Estaban de civil -contestó el mecánico, rascándose la calva para activar la memoria.

-¿Se acuerda si le mostraron una orden de allanamiento?

-No. Sólo pidieron permiso para sacar fotos a una camioneta, creo que era una ambulancia. Después, se fueron. Habrán estado diez minutos -calculó.

Todo parecía coincidir con el expediente. Sin embargo, el enviado del Estudio Anzorregui lanzó la última pregunta:

-¿Cuándo fue eso?

-Y. ..habrán venido afines de marzo, creo. Espere, que ya se la confirmo -dijo, mientras manoteaba un cuaderno con huellas de grasa apoyado junto al teléfono.

Koleff fue pasando las hojas hasta detenerse en una. Luego levantó la vista.

-La ambulancia estuvo acá desde el 27 de marzo hasta el 5 de abril. Los muchachos vinieron por esos días -precisó con cierto orgullo.

El mecánico no llegó a comprender por qué los ojos del otro se encendían.

El teléfono celular de Fraguero Frías comenzó a sonar unos minutos después. La llamada lo sorprendió nuevamente en el Florida Garden; provenía de La Plata. El abogado percibió enseguida la excitación de su informante.

-Doctor, usted estaba en lo cierto. Lo de las fotos es todo trucho. Voy para allá y le cuento cómo viene la mano -dijo antes de cortar.

La corazonada había dado sus frutos: el inspector; Ricardo Sosa, que pasó a mejor vida el

28 de febrero, jamás pudo haber sido quien tomara esas fotos afines de marzo. El expediente labrado en ocasión de su denuncia había sido literalmente fabricado luego de su muerte.

Pero Fragueiro encontraría otras perlas procesales que abonaron esa certidumbre. Sorprendentemente, en el Libro de Entradas del juzgado de Olazar, el inicio de las actuaciones data del 24 de febrero, en tanto que Sosa radica su denuncia el día 26. Es imposible explicar cómo pudo ingresar ese sumario dos días antes de su iniciación. En ese mismo libro estaba alterado con corrector el casillero correspondiente al número de causa, además de un salteo extraño en fechas y fojas del expediente. Como broche final, tampoco había ningún parte preventivo de la Comisaría 38 de Munro a la Fiscalía y al defensor oficial, como se estila en estos casos.

En resumidas cuentas, la causa 41553 no sólo era falsa, sino que fue dibujada de manera torpe y apurada.

El propio comisario Callejas figuraba como su instructor y, además del testimonio del policía muerto, también contenía declaraciones de Labarre y Consard. El juez Olazar había suscrito su llegada al juzgado, lo que sugería su complicidad con La Bonaerense en la confección del sumario.

Con las pruebas a la vista, Fragueiro Frías comenzó a disparar una batería de pedidos de excarcelación que el juez Olazar rechazó sistemáticamente. Ese fue el origen de un pedido de recusación en su contra por enemistad manifiesta con Flores.

XI

Para la misma época de la escandalosa comprobación de Fragueiro Frías, Gonzalo Villalobos, el defensor de la viuda de Sosa, dejó de hacerse ver. Tan afecto a la exposición pública, suspendió conferencias, entrevistas y hasta audiencias judiciales; sus defendidos quedaron pateando en el aire. Tampoco atendió más el teléfono.

Aunque sus allegados llegaron a pensar en un secuestro o en algo peor, el doctor estaba, simplemente, prófugo. Villalobos puso los pies en polvorosa luego de que el titular del Juzgado Federal N° 8, Jorge Urso, lo procesara por "usurpación de título y honores". Su delito oscilaba entre la travesura y el papelón: durante casi tres décadas había ejercido la abogacía sin haberse recibido. Aunque cursó las primeras materias de la carrera, no tardó en abandonar la Facultad y sólo volvió a las aulas como profesor de Derecho Penal.

-Papá es abogado. Lo que pasa es que alguien arrancó su legajo de la Universidad -sostuvo a rajatabla Leonor, la mayor de sus hijas.

Su mujer, que sí es abogada y quedó al frente del estudio que ambos compartían, asegura no saber su paradero. Desde entonces, Villalobos no ha vuelto a dar señales de vida.

En tanto, el expediente del caso Flores, huérfano de letrado por la parte querellante, fue a parar a la Sala II de la Cámara en lo Criminal y Correccional de San Isidro.

Fragueiro Frías había apostado todas sus fichas a la recusación de Olazar. En circunstancias normales, el reemplazo del magistrado hubiese sido un número puesto. Pero el abogado del Estudio Anzorregui sabía que en los tribunales bonaerenses toda lógica es incierta. Ignoraba, sin embargo, hasta qué punto la composición de esa sala resultaba peculiar.

Empezando por su presidente, el camarista Juan Carlos Fugareta. El hombre hizo toda su carrera al frente de un juzgado de menores, por lo que el universo penal no era precisamente su especialidad. Tal es así que llegó a suscribir fallos tan insólitos como la "nulidad" de la sentencia condenatoria de Aníbal Gordon y sobreseer del cargo de "apremios ilegales" al comisario Luis Patti.

Jorge Vocerini, otro de los camaristas, no se quedaba atrás. Con una carrera judicial de casi

cuatro décadas, acumuló quejas y denuncias de todo tipo. Entre otras, fue acusado de regentar un estudio jurídico paralelo, que funcionaba arriba de una funeraria, en Olivos. Pero quien se llevaba todos los laureles era el tercer integrante de la Cámara, el doctor Fernando Maroto, por esos días criticado públicamente por su colega Juan Makintach. En 1994, cuando todavía era titular del Juzgado N° 9, una publicación del Colegio de Abogados de San Isidro lo seleccionó como "el peor juez del año".

Entre sus fallos sobresale uno que es antológico: siendo juez en primera instancia, dictó una sentencia en la cual impuso una pena menor a la prevista por la ley y, en consecuencia, ordenó la libertad del acusado. El fiscal, a su vez, pidió la nulidad porque la resolución no tenía sustento legal.

A Maroto, entonces, en vez de girar el expediente a la Cámara, no se le ocurrió mejor idea que revocar su propia sentencia, aumentando la pena, para luego librar una orden de captura contra el tipo que él mismo había dejado en libertad.

Fragueiro Frías tenía ahora que lidiar con esa sala. Pero el abogado pensaba que las evidencias en favor de Flores lograrían demostrar que había sido víctima de una conjura policial. La presencia espectral del comisario Juan José Ribelli, su vinculación con una vasta red de tráfico de vehículos y el hecho de que el juez Galeano solicitara una copia del expediente, robustecían esa creencia.

Yeso sin contar con las irregularidades de la instrucción, plagadas de allanamientos ilegales, falsos testimonios y actuaciones fabricadas.

En vísperas de la resolución de la Cámara, Fragueiro Frías fue a la seccional de Manuel Alberti para visitar a Flores. Estaba tan convencido de su triunfo que le dio al encuentro cierto cariz de celebración: llevó de regalo un cartón de cigarrillos y, desafiando a la requisita, una petaca de Black & White.

-Es para brindar a cuenta -le dijo a Flores, sonriendo de oreja a oreja.

Hicieron planes para un próximo asado con las respectivas familias y el abogado se permitió una broma a modo de despedida:

-La próxima vez que te comprés un auto, andá a un concesionario oficial.

Pero a la mañana siguiente, la recusación fue rechazada. Asombrosamente, los camaristas devolvieron el expediente al juez

Olazar, argumentando que "no existe ninguna razón para apartar al magistrado de la causa".

La resolución sepultó nuevamente los sueños del médico de quedar en libertad.

XIII

Unos cuantos meses antes, en los primeros días de julio de 1996, el fallecimiento del inspector Ricardo Abel Sosa seguía siendo un episodio oscuro, aun dentro de la misma Fuerza.

No era un secreto que el policía había sido baleado fuera de su jurisdicción y en circunstancias por demás dudosas. Por lo pronto, sus exequias carecieron de honores policiales; si bien asistieron algunos de sus compañeros de armas, no estuvo presente Klodczyk ni ningún integrante de la plana mayor. Los familiares del desafortunado oficial tuvieron que sepultarlo sin recibir la gorra y la bandera que se estila entregar en esos casos. En aquel momento, nadie estaba dispuesto a jugarse por la transparencia de esa muerte. La batalla legal por incriminar a Oscar Flores en el homicidio de Sosa estaba en una fase tan inicial como incierta y no resultaba prudente blanquear públicamente el traspié de los tres policías de Munro: aún no se sabía si las repercusiones del hecho conducirían a otro escándalo.

Sin embargo, cuatro meses después de aquel servicio fúnebre, ninguna polvareda se había

levantado en torno a la memoria de su protagonista fatal.

Entornando los ojos, Klodczyk pareció dudar un poco más pero, tal vez influenciado por la irrestricta confianza que le prodigaba al hombre que tenía sentado frente a él, sacó de un bolsillo una lapicera y estampó su firma al pie de una hoja con membrete de la Institución. El nombre del inspector Ricardo Sosa había sido lavado para la posteridad. Sólo restaba enviar a la familia la notificación correspondiente. Pero antes de que llegara a la casa del extinto, la noticia había corrido entre las filas policiales como por un reguero de pólvora. Uno de los primeros en enterarse fue el suboficial Ramón Rivero. En esos días, el tipo se encontraba en disponibilidad, pero por otro motivo. Lógicamente, la muerte de Sosa lo tuvo a maltraer. Sabía que no tardaría en establecerse que fue él quien proveyó a Flores de los autos que los policías de Munro pretendían recuperar.

El asunto le quitaba el sueño al punto de haberse recluso en su casa, de la que sólo salía para diligencias indispensables. El resto del tiempo lo pasaba entre las paredes del dormitorio, atontado frente al televisor y siempre a la espera de su propia caída.

Por eso se sobresaltó al oír la campanilla del teléfono. Estaba solo; su esposa había salido con los chicos y no le quedaba más remedio que atender él mismo. Tardó unos segundos en decidirse. Finalmente, levantó el auricular.

Del otro lado de la línea, una voz gentil y levemente eufórica le transmitió la novedad.

Rivero sintió fluir sobre sus sienes una oleada de alivio, que tuvo el efecto de hacerlo enmudecer por unos segundos. Al cabo reaccionó solo para decir:

-¿Quién habla? Pero no obtuvo respuesta; la comunicación ya había concluido. El primo del Gordo Duarte no supo que el autor de esa llamada fue el principal Eduardo Labarre, uno de los acompañantes de Sosa en su instante final.

El hombre había hecho suya la tarea de comunicarle a medio mundo el blanqueo de esa muerte. Entre los anoticiados también estaba la viuda del policía. Pero para Labarre esa fue la llamada más difícil del día y, a decir verdad, sólo la efectuó ante la insistencia de Ribelli.

-Llamála vos, que estuviste con el marido cuando falleció. Queda mejor si le avisamos antes de que reciba el telegrama, ¿entendés? -recomendó Juancito, sin descuidar el aspecto humano de la tragedia.

El jefe de Sustracción de Automotores impartió la orden por vía telefónica, inmediatamente después de salir del despacho de Klodczyk. Labarre, tal vez por un pudor inexplicable, postergó la llamada todo lo que pudo. En el medio, efectuó muchas otras, incluida la de Rivero. Recién al final se armó de coraje y discó aquel número que Sosa le había dado en vida.

La viuda tardó en atender; cuando lo hizo, Labarre recitó el asunto del cumplimiento del deber sacudido por un incontrolable titubeo. Luego, calló. Por toda respuesta, la mujer permaneció en silencio, como esperando que el otro agregara algo más. Tras unos incómodos segundos, el principal sólo atinó a decir:

-Señora, son muchos sueldos y el ascenso post mortem. .. -Gracias. Pero se hubieran acordado antes -dijo, sin hacer esfuerzos para ocultar su rencor.

y colgó. Casi un año después de aquel gesto de indignación de Leonor Sosa, el médico que lo mató sigue tras las rejas, en manos de Olazar y Quadró, a la espera de que se fije fecha para el juicio oral.

Lamentablemente, Gonzalo Villalobos no estará para animarla. La defensa de la memoria del oficial "caído en cumplimiento del deber" seguramente la asumirá la nueva Jefatura.

Con ustedes, La Bonaerense

EL RECAUDADOR

A pocos kilómetros de la Capital Federal, sobre la Ruta 3, la ciudad de Lobos es un enclave de la más rancia derecha nacional, en cuyas inmediaciones alzó su fastuosa residencia Sun Myung Moon, líder de la secta a la que supieron adherir criminales de la calaña de Carlos Suárez Mason o Genaro Díaz Bessone. Allí nacieron y se criaron los hijos de don Felipe Ribelli, un hombre que se complace bendiciendo a los vecinos que se le cruzan por la calle.

Juan José, su primogénito, ingresó al Liceo Policial en cuanto terminó sus estudios en el colegio Niño Jesús, de la mano del policía José Ojeda, con cuya hermana Alicia novió por entonces y quien pronto se convertiría en su cuñado y mentor. A Juancito le atraía todo lo que fuera investigación y, muy especialmente, la posibilidad que daba el Liceo de salvarse de la colimba: en su ambiciosa cabecita no entraba la idea de perder un año haciendo saltos de rana.

Tenía otros planes para su vida, que tampoco contemplaban terminar sus días como uniformado.

Concluyó el secundario policial como abanderado de la promoción '73 y entró a la Escuela de Oficiales Juan Vucetich. Tres años más tarde egresó como oficial ayudante. Eran los tiempos del general Ramón Camps, los más feroces. Siempre de la mano de su cuñado, Ribelli hizo sus primeras armas en diversas comisarías de Lanús y Avellaneda. Al mismo tiempo, intentaba llevar adelante sus estudios de Ingeniería.

En 1978 consiguió que lo destinaran a la Brigada de Investigaciones II de Lanús, iniciando una carrera siempre ascendente de dieciocho años en esa rama de la Policía, en la cual recorrió diversas dependencias: la División Homicidios y Delitos Graves contra la Propiedad, recreada a principios del alfonsinato sobre las cenizas del campo de concentración conocido como Pozo de Banfield; las brigadas de Lanús y Quilmes -de las que se fue y volvió varias veces-, y las de Almirante Brown, Morón y General Sarmiento. En aquel primer período en la Brigada de Lanús, Ribelli comprendió que, pese a su innegable capacidad, no podía con todo. Abandonó Ingeniería en tercer año y se abocó de lleno a su ansiado "progreso comercial".

Por vocación o conveniencia, eligió la compra-venta de automotores, donde hizo las veces de intermediario entre agenceros o particulares y sus colegas de uniforme, especialmente de grados superiores.

Ribelli reunía en su persona dos características que rara vez van juntas entre sus colegas: acción e inteligencia.

Su ubicuidad, sus buenos modos, su proverbial tacto para manejar las situaciones más ásperas, fascinaron a los Patas Negras y le granjearon pronto fama de tipo especial dentro del reducido universo uniformado. Sobre todo porque seguía siendo, a la vez, un "operativo", un duro.

"No parece policía", era la frase a que recurrían más a menudo los policías para definirlo.

Una de esas personas que rara vez alzan la voz, pero que jamás dejan lugar a equívocos. Sus condiciones lo convirtieron pronto en el tipo ideal para negociar con secuestradores, con delincuentes, con civiles reacios a reconocer a los de azul el derecho de pernada.

Pedro Klodczyk descubrió al joven oficial afines de 1986, cuando llegó de la costa atlántica para hacerse cargo de la recién creada Brigada de Investigaciones de Almirante Brown. Se lo presentó el Cuñado Ojeda, por entonces subcomisario. El muchacho de Lobos ya no era una promesa, sino un curtido oficial.

-Hacéme caso Polaco, dale sogá al pibe y vas a ver cómo responde -le dijo Ojeda cuando los presentó.

Nostálgico de sus años entre jueces y abogados, Klodczyk no tuvo dudas de que acababa

de encontrar al ladero ideal. Era consciente de su escasa experiencia operativa y, en la creciente especialización de La Bonaerense, las brigadas pasaban a ser los brazos de la organización.

Brazos de enorme alcance, con dos decenas de comisarías por manos y una infinita gama de actividades ilícitas que combatir, para lo cual era indispensable contar con su propia "inteligencia"; es decir, localizar los "buches" sin los cuales nada es posible dentro de la mentalidad policial. Y, por supuesto, generar las indispensables fuentes de financiamiento. Ribelli no se hizo desear. Conocía las calles de la zona sur como pocos y llegaba a Brown al frente de su propio grupo operativo, trasladado junto a él desde la División Homicidios de Banfield. La red de informantes que instrumentó para su jefe tenía la particularidad de no descansar sólo en los buchones habituales. El tipo los articulaba hábilmente con los comerciantes de la zona, en particular las aseguradoras, las agencias de vehículos usados y los talleres mecánicos con que trabajaban.

También engrosaron esa nómina propietarios de albergues transitorios, de bares y boliches nocturnos y todo tipo de reducidos en general, quienes se mueven en la frontera del delito. Ese fue su verdadero pilar.

El circuito de información y dinero se cerraba con los capitalistas de juego, los proxenetes y los distribuidores de drogas, una especie que por esos años se multiplicaba día a día. Vista gorda, protección y algún que otro negocio, son una buena contraprestación cuando la alternativa significa multas, clausuras, allanamientos, detenciones, aprietes, problemas. En 1988, cuando Klodczyk pasó al frente como titular de la Brigada de Quilmes, se llevó consigo al muchacho, convertido ya en su mano derecha, y en el próspero propietario de una agencia de automotores. Allí se les uniría el Cuñado, como segundo jefe de la brigada más buscada.

II

A los policías bonaerenses, 1994 les pareció un año bisiesto. Si Eduardo Pettigiani renunció a la Secretaría de Seguridad con el crítico informe sobre violaciones policíacas a los derechos humanos realizado por el Departamento de Estado norteamericano como telón de fondo, Alberto Piotti asumió la sucesión con el repiqueteo de los 239 disparos con que once Patas Negras masacraron a cuatro personas indefensas en Wilde.

A las tres de la tarde del lunes 10 de enero, un remisero, sus dos pasajeros y un librero cayeron bajo las balas de la Brigada de Lanús, cuyo jefe era nada menos que el comisario Ojeda, quien se vio obligado a poner la cara ante los medios de comunicación porque su segundo, el subcomisario César Córdoba, encabezaba la lista de acusados.

Pero su desconcierto se debía sobre todo a la ausencia de Juancito, jefe de Operaciones de la brigada y verdadero referente de la "patota" detenida, quien ese día se encontraba casualmente en Mar del Plata.

El espectacular operativo olía a podrido desde un comienzo y los muchachos de Lanús alegaron que habían cometido "un lamentable error", confundiendo a inocentes con los delincuentes que supuestamente estaban persiguiendo. Estos fueron detenidos a pocas cuadras del lugar en que ocurrió lo que se conoció como la Masacre de Wilde.

Silvia González, jueza en lo criminal de Lomas de Zamora, ordenó detener por "homicidio simple agravado" a los once policías; pero uno de ellos, el suboficial Marcos Ariel Rodríguez, escapó. El hombre se encontraba en "disponibilidad preventiva" -es decir, formalmente separado de la Fuerza y nunca debió haber participado de operativo alguno. La fuga de Rodríguez logró que todas las miradas apuntaran a los cuñados: Ojeda ya tenía antecedentes de una fuga similar y, a juzgar por los testimonios, el que diera las instrucciones para que el suboficial encontrara la puerta abierta había sido Ribelli, alma mater de la repartición.

Como suele ocurrir en estos casos, el prófugo fue señalado por los demás involucrados como el único responsable del crimen. La jueza González no se tragó el sapo y procesó a todos.

El escándalo explotó en la cara bronceada del flamante titular de la Secretaría de Seguridad, Alberto Piotti. El ex magistrado volvió a los tribunales, pero esta vez a los de Lomas de Zamora: fue a hacer valer la prerrogativa policial de no permanecer detenidos junto a los delincuentes civiles. Silvia González hizo lugar al pedido, dejando constancia de la visita en el expediente.

Sin embargo, no los derivó a ninguno de los pabellones habilitados para los presos con chapa: los diez reos fueron a dar con sus huesos alas cercanas dependencias de la Brigada de Quilmes, a cargo por entonces del comisario Mario Naldi.

Pero Naldi ya tenía demasiados problemas con sus propios presos como para brindar alojamiento ala "patota" de Ribelli. Los muchachos iban y venían por la dependencia y fuera de ella, y el obeso comisario temía tener que pagar eventuales platos rotos. Juancito no perdió tiempo en discusiones y consiguió que los trasladaran a una comisaría de Ramos Mejía.

Sus esfuerzos estaban puestos, junto a los del comisario Negrón, en armar la habitual "vaquita" para sostener a los caídos en desgracia: abogados, alimentos y ayuda a las familias. "Unos pocos pesitos juntados entre los compañeros, como sucede en cualquier trabajo", dirá el Jefe Klodczyk años después.

Para Klodczyk y su "pollo", como hacía rato llamaban a Ribelli, el asunto revestía capital importancia. Por cómo afectaba a la Fuerza el nuevo escándalo, porque amenazaba enlodar su foja de servicios y por las lealtades implicadas. El pollo no sólo era el jefe directo de la mayoría de los detenidos, sino que éstos eran sus "hombres de confianza". Especialmente el oficial Hugo Reyes, su mano derecha.

Había que sacarlos; como fuera. Los abogados de los once criminales de uniforme lograron, por lo pronto, sacar del medio a la jueza González apelando a otra causa pendiente y el expediente recayó en las manos del juez Emilio Villamayor, quien, tras liberar a los detenidos, elevó el expediente a la Cámara en lo Criminal de Lomas de Zamora.

Jorge Nicolau es un veterano suboficial que trabajó a las órdenes de Ribelli durante dieciséis años, preferentemente como chofer. En 1994 revistaba en la Brigada de Lanús y, cuando dos años más tarde fue interrogado por Juan José Galeano en el caso AMIA, admitió que durante aquel año el grupo se dedicó a recaudar vehículos, bienes y dinero para "arreglar al Juzgado donde tramitaba la causa ya la Cámara de Apelaciones que tenía revisión sobre la misma".

Las cifras que se barajaron fueron desde los 200 mil pesos hasta los dos millones.

Si realmente existió la coima, la misma envergadura de la operación -que no respetó jurisdicciones no pudo ser desconocida por los jerarcas de La Bonaerense ni por sus superiores políticos. Sobre todo, estando en juego dos personas tan allegadas al jefe de Policía, un juez y tres camaristas de Lomas, el pago chico de Duhalde.

El comisario Alejandro Burguette, segundo de Ribelli en Lanús, no sólo coincidió con Nicolau sino que apoyó esta última hipótesis: con la toalla arrojada a sus pies, el tipo juró que no pudo denunciar ante ningún superior los procedimientos ilegales efectuados para recaudar fondos para "la cuenta de la causa Wilde", debido a que "esos estaban también dentro del mismo lineamiento interno policial que Ribelli".

Nada personal.

III

Juan José Ribelli había regresado en 1992 a la brigada donde comenzó su carrera de investigador. Había realizado casi toda su trayectoria dentro de la Institución en la zona sur del Gran Buenos Aires, algo poco usual en estos tiempos. Conocía al dedillo las bandas que operaban en el área; sobre todo las de piratas del asfalto y "cortadores" de autos robados, su especialidad.

Había llegado a formar un envidiable "grupo de operaciones" que lo acompañaba en cada destino, pero que estaba lejos de agotarse allí: bajo su mando prosperaron hombres que, desde otros destinos, mantuvieron su fidelidad. La red de informantes y buchones, a través de la cual sus hombres controlaban el mundo del hampa para sacarle provecho, no era menos impactante.

A través de esta organización, Ribelli se había convertido en uno de los más eficientes recaudadores de La Bonaerense: los días 5 de cada mes visitaba puntualmente la Jefatura para repartir dividendos con "Los Porongas" (los mandamás).

Además del dinero de "la legal" o "la histórica" -es decir, el proveniente de quinieleros y proxenetas-, Ribelli cobraba "peaje" en efectivo o en especias a narcotraficantes y todo tipo de delincuentes, para permitirles operar en su zona de influencia.

Pero su fama creció con los "arreglos". Se trataba de extorsiones a delincuentes detenidos, con pedidos de captura o pescados con las manos en la masa. También a comerciantes o empresarios a quienes sabía involucrados en alguna maniobra ilegal; las variantes son infinitas para los muchachos de la calle.

Su actividad comercial era el complemento perfecto para los bienes que recibía en pago. Prolijo, Ribelli reclamaba la documentación del objeto en cuestión y hacía firmar boletos de compra-venta para poder más tarde comercializar esos bienes (generalmente automotores), a través de sus negocios.

A esa altura, Ribelli manejaba dos agencias de automotores en sociedad con un tipo apellidado Cánepa; un civil que gastaba una credencial de La Bonaerense y solía hacerse pasar por policía, participando incluso de algunos operativos. Con Juan Ionno, su amigo y compadre de Lanús, compartía una joyería: Los Padrinos, ubicada sobre la avenida Pavón, a pocas cuadras de uno de sus departamentos, en el número 60 de la calle Montevideo.

Dueño de una casa en Banfield, de un chalet en San Bernardo cerca del que posee Klodczyk y de la mansión de la calle Manuel Castro, de Lomas, donde vivía con Alicia Ojeda, Ribelli llegó a pagar de su bolsillo 2.500 pesos mensuales por su teléfono celular, además de otros doce, que utilizaban sus apóstoles para comunicarse durante los operativos.

Ya no era Juancito. Ahora lo llamaban Juan, a secas. O "el Patrón". Usaba trajes del mejor corte italiano, corbatas de seda, viajaba por cursos y congresos, o simplemente por placer, a los Estados Unidos, Europa y Medio Oriente. Y, en ese verano de 1994, apretó las clavijas para conseguir la libertad de los diez compañeros presos.

Y la tranquilidad para él y sus padrinos.

IV

Hijo de un ex jefe de la policía cordobesa que supo revistar en el Comando Libertadores (versión cordobesa de la Triple A) y ex policía él mismo, Carlos Alberto Telleldín era por entonces un delincuente de vastísimo prontuario con varios pedidos de captura pendientes, y desde hacía un tiempo formaba parte de una organización dedicada a colocar autos "doblados" o "mellizos" en el mercado.

Su actividad era bien conocida por la policía, que cada tanto lo "apretaba" -como a muchos otros para cobrarle peaje. Varios de los mencionados en esta trama sabían bien de

sus andanzas, como el mismo Telleldín se ocupó de dejar en claro tiempo después: "Podría llenar varias páginas de tu diario con la lista de mis amigos en la policía", le dijo a dos periodistas de *Página 12*.

También Ribelli y sus muchachos lo conocían. En aquellas circunstancias de recaudación necesaria, el Petiso Telleldín era una tentación irresistible. Las huestes de Lanús salieron a darle caza no sin antes cumplimentar las ineludibles "tareas de inteligencia", denominación que nuestros sagaces investigadores dan, invariablemente, a la vulgar batida.

En febrero de 1994 se produjo un allanamiento ilegal en ellavadero de autos que el cordobés poseía. Días después, mientras se encontraba en la puerta del negocio, la presencia de un "ciego" en la vereda de enfrente alertó a Telleldín, quien, oliendo los métodos de las brigadas, desapareció del lugar.

Sin embargo, los sabuesos lo tenían ubicado. El 15 de marzo montaron un operativo a cargo del subcomisario Raúl Ibarra: autos particulares y personal "de confianza". Un grupo se apostó frente a la casa de la calle República N° 107, en Villa Ballester, que supuestamente Telleldín habitaba junto con su concubina Ana Boragni. El otro lo esperó en la puerta de la parrilla El Barril, en pleno centro de Olivos.

Las "bajas" sufridas por la banda policial en el descalabro de Wilde habían obligado a Ribelli a recurrir a varios "suplentes": Ibarra tuvo que contentarse con dos suboficiales administrativos y el sargento Víctor Cruz y su Falcon verde, un efectivo que sufre el mal de Parkinson y que se encontraba en "disponibilidad".

La presa se les escapó, y no sólo eso. La incursión terminó con un remís abollado y la pierna rota del cabo Marcelo Casas quien, luego de flamear varias metros colgado de la ventanilla, cayó bajo las ruedas del Renault 18 de Telleldín, justo frente a la Quinta Presidencial.

El imprevisto contratiempo forzó al Patrón a blanquear el fallido operativo y recurrió a una causa que dormía desde noviembre del año anterior en los cajones del Juzgado Criminal y Correccional N° S de Quilmes a cargo de la doctora Iturburu.

El 4 de marzo fraguaron la declaración de un detenido que, así, involucró al Petiso como el supuesto proveedor del auto utilizado para un robo en Florencio Varela que le había costado la vida a dos uniformados.

Las benditas tareas de inteligencia les permitieron -afirmaron ellos en el expediente- identificar al Petiso como Carlos Telleldín y, ya con una orden judicial, el comisario Alejandro Burguette apareció ordenando a Ibarra detener al Petiso; orden que intentó cumplir sin éxito aquellos de marzo.

El operativo trucho de Olivos quedaba blanqueado. Claro que ni el sargento Víctor Cruz y su Falcon verde, por estar en "disponibilidad", ni el grupo que montó guardia en la casa de Villa Ballester, por injustificable, son mencionados.

Con estos antecedentes, el 17 de marzo el Juzgado ordenó continuar con la investigación. Les llevó unos días ubicar a Telleldín, quien había puesto pies en polvorosa. El suboficial Diego Barreda, de la Brigada de Investigaciones de San Martín, amigo de Telleldín, fue en este caso el buchón. Montaron una capacha para que no se les escapara y, finalmente, el 4 de abril los muchachos de Lanús volvieron a la carga.

Munidos de los celulares proporcionados por Ribelli, Ibarra y dos apóstoles a bordo del Senda del subcomisario y de un Renault 12 le cayeron en la puerta de la quinta que poco antes había alquilado en Tortuguitas. Telleldín no ofreció resistencia esta vez. Lo detuvieron junto a otra novia suya, Sandra Petrucci, a la vista de varios comerciantes y vecinos, alrededor de las ocho de la noche.

Llegaron a la brigada a eso de las once. A la primera persona que vio fue al cabo Casas, rengueando todavía a causa de la rodada bajo las ruedas de su auto, en Olivos. Creyó que

se le venía la noche; pero Casas no reaccionó. Al rato, lo llevaron ante el Patrón, cuyas palabras fueron de una claridad meridiana:

-Poné lo que tenés que poner y te vas. A las doce lo vuelven a llevar a la oficina de Operaciones. Ibarra le da un celular de Ribelli y le dice que consiga cien mil. El cordobés se quería matar; era un disparate de plata. La tarifa que cobraba el subcomisario Ribelli para arreglar a tipos con captura era de cincuenta mil pesos; presos y sacapresos lo sabían de memoria. Sus propios subordinados lo llamaban, cariñosamente, Cincuenta Lucas. La operación Wilde había duplicado los precios; no fuera cosa de tener que poner del propio bolsillo. Días antes, un tal Daniel Buján había sido detenido por el doble homicidio de Quilmes, por negarse a pagar la misma suma para "la causa de Wilde".

A Telleldín no le gustó nada el asunto. Llamó a Ana Boragni para que le consiga un abogado. Boragni no perdió el tiempo y poco después un viejo conocido del Petiso, Alberto Spagnuolo, se entrevistaba con Ribelli. El *entrepreneur* de Lobos era ya por entonces bien conocido por los sacapresos: sabía dónde apretar y jamás largaba la presa. Pero cuando llegaba a un arreglo, lo respetaba. Igual que los honorarios: diez mil, en estos casos.

Ribelli sabía que Telleldín portaba un DNI mal confeccionado por el Registro Nacional de las Personas, donde el doblador de autos robados aparecía como "Teccedín"; lo usaba hasta para el videoclub. Y, claro está, también tenía presente a los jueces que reclamaban su captura.

Informó a Spagnuolo de los "cargos" contra su cliente: documento falso y un auto "mellizo", el Renault 18 a bordo del cual fue detenido. De acuerdo con ellos, la suma también le pareció desproporcionada. A Ribelli no se le movió un pelo. Fiel a su estilo, le dio tiempo para que constatará.

Spagnuolo regresó a la mañana siguiente para aconsejar a Telleldín que no pagara: el DNI no era falso ni el vehículo registraba pedido de captura. Pero al cordobés le preocupaba su propia captura y la causa de Quilmes en la que lo habían involucrado los policías.

Además, le preocupaba Ribelli,... Por alguna razón, Spagnuolo no quiso seguir adelante y envió a su socio Gustavo Semorile, habitual defensor de narcos de poca monta que ya lo había representado en otros trances. Telleldín pidió ayuda a su hermano Eduardo, quien bajó de Córdoba a Buenos Aires, donde se comunicó con Semorile y se puso al tanto de los detalles. , Eduardo hizo algunos llamados y se encontró en una confitería de !

Munro con "Boteil", un supuesto comisario retirado que acordó mediar j con la gente de Lanús para que bajaran la suma exigida. Boteilllamó a Ibarra y quedaron en encontrarse alas 19:30. Del amigable *party* participaron también Ribelli y el Hermano Eduardo; poco después se sumó Semorile.

La charla encontró finalmente un punto de acuerdo. El jefe aceptó bajar sus pretensiones a 50 mil y Eduardo Telleldín puso arriba de la mesa un fajo con 4.000 pesos. Por teléfono, hizo los primeros arreglos para entregarles un Ford Falcon y una moto Kawasaki 125. Los dos vehículos llegaron horas más tarde; el Renault 18 ya estaba en la playa de la brigada. El "comisario Boteil" logró también un plazo razonable para cubrir los 16 mil restantes. En concepto de adelanto de honorarios, Semorile se quedó con la moto en ese mismo acto. El DNI mal confeccionado sirvió a los policías para cubrir las formalidades legales: el tal "Teccedín", obviamente, no registraba antecedentes y, veinticuatro horas después de haber ingresado a la brigada, Telleldín y Sandra Petrucci salían en libertad. Recién entonces Burguette envió las fichas con las huellas digitales de la pareja a La Plata que, por supuesto, resultaron ilegibles.

Pero no estaban libres. Como garantía de que cumpliría con su parte del trato, Telleldín debió firmar una constancia judicial que fue agregada a la causa de Quilmes. Pasaron casi

dos meses sin contactos con los muchachos de Lanús.

Ribelli prefirió controlarlo a través de Barreda y del oficial inspector Mario Bareiro, antiguo compañero de aquél en San Martín -donde revistara anteriormente Ibarra también amigo del ex policía cordobés. Bareiro trabajaba ahora en la Brigada de Investigaciones XVI de Vicente López junto al oficial principal Irineo Leal, un viejo conocido de Ribelli que había pertenecido a la Brigada de Lanús hasta 1993.

Ellos lo mantenían informado de los movimientos del Petiso. Pero el hombre se demoraba. En el ínterin, Barreda y Bareiro aprovecharon la volada y arreglaron con los muchachos de San Martín la detención del Hermano Eduardo: la cosa quedó como una "confusión", pero el siempre listo Semorile le aconsejó pagar los 18 mil pesos que los policías le exigían para dejarlo libre.

El 28 de mayo, el propio Ribelli llamó por teléfono a la casa de Villa Ballester para reclamar el pago de la deuda. Telleldín pidió unos días más, argumentando lo difícil que estaban las cosas y juró que pagaría. El Patrón concedió, pero pronto resultó evidente que los tiempos no eran los mismos para uno y otro. El policía tomó sus recaudos: a fines de junio la capacha reapareció en los alrededores de la vivienda de Boragni y Telleldín.

El 4 de julio, el Petiso compró una camioneta Traffic a Alejandro Monjo para "doblarla" con otra que robaría César Fernández, habitual proveedor de Telleldín de vehículos ajenos. Bareiro pasó el dato a Leal e inmediatamente llegó a oídos de Ribelli, quien ordenó cerrar el cerco sobre su escurridiza víctima.

Junto a los de Vicente López, sus hombres pusieron manos a la obra. Con la sutileza que caracteriza a los Patas Negras, Leal se disfrazó de ciego para vigilar de cerca la puerta de la casa de Telleldín. A éste le extrañó sobremanera toparse otra vez con un no vidente en su camino, en particular ese "cieguito" que seguía con el gesto los coches que pasaban.

-Me parece que tengo encima a una brigada. Nunca vi un ciego que mueva la cabeza -fue el comentario que hizo Telleldín a su compañera antes de desaparecer del lugar, entre harto y preocupado por la escena, digna de mejor destino en una película de Mel Brooks.

Tesoneros, los policías lograron, casi a pesar de sí mismos, su objetivo. El día 10 Telleldín publicó en el diario la venta de la Traffic "doblada" y ya no pudo eludirlos. A las dos y media de la tarde un policía lo fue a buscar a la casa y lo llevó ante Ibarra y Pino Leal, que esperaban a la vuelta.

-El jefe quiere que pagues -le dijo Leal. El Petiso les entregó la camioneta que ocho días después estallaría en la puerta de la AMIA, pero logró conservar el Renault 19 trucho con el cual se movilizaba y que los policías también le reclamaron: la participación de Leal y su gente había incrementado el precio de su tranquilidad de 16 mil a 40 mil pesos.

Regresaron a su casa y allí les firmó un boleto de compra-venta a nombre de un tal Ramón Martínez. Prometió saldar el resto en pocos días más.

El 14 de julio, los de Vicente López volvieron por él. Antes, habían blanqueado el asunto dando parte al jefe de la brigada, el Tano Enrique Forgione. El subcomisario Jorge Rago comisionó a Leal quien, con Bareiro y dos sargentos, llegaron a Villa Ballester para ver cómo Telleldín y su mujer huían en el Renault 19 gris metalizado que buscaban. .

El sargento García alcanzó a disparar y Leal, abordo de su Galaxy azul, lo persiguió varias cuadras, pero el cordobés logró escabullirse. Leal informó por teléfono a Rago del fracaso y decidió regresar a vigilar la casa de Borgani, por si Telleldín volvía.

El sargento García "hacía como que filmaba" desde su pick-up Ford roja con caja de madera, estacionada a treinta metros de la puerta. Leal en el Galaxy y Lasala en su 505, abollado por Telleldín en su huida, se apostaron a unos cien metros. Esperaron toda la tarde.

A eso de las nueve y media llegó Hugo Pérez, otro ex policía cordobés, socio y amigo del

Petiso, que paraba circunstancialmente en la casa.

Habló por teléfono con Telleldín, que lo puso al tanto de los últimos acontecimientos y le pidió que saliera a la calle para ver si lo detenían. Pérez caminó hasta la agencia de remises de la esquina. Allí lo detuvieron.

A las diez menos cinco, Pino llamó a Rago desde la casa de Telleldín para comunicarle el cuadro de situación y resolver la suerte de Pérez. Leal y Lasala le propinaron una soberana paliza, pero el pobre cordobés desconocía dónde se encontraba su comprovinciano.

Poco antes de la una y media de la madrugada del 5 de julio, levantaron campamento y lo depositaron en los calabozos de la brigada. A García lo dejaron en la chata, por si las moscas.

A todo esto, Telleldín se había comunicado ya con Barreda, que le había dicho que quienes lo buscaban eran los mismos muchachos de Lanús y Vicente López. Barreda se reunió con el Hermano Eduardo y le dijo que no se preocupara, que él "hablaría con un tal Flores".

Pero fue Bareiro quien le hizo saber que tendrían a su amigo de rehén hasta que él cumpliera.

Al otro día, Barreda concertó un encuentro entre Carlos Telleldín y el abogado Juan Carlos Bottegale, enviado por los de Vicente López para negociar. El Petiso insistió con que no tenía los 40 mil que le pedían y ofreció la escritura de una isla que poseía en el Tigre como garantía de que cumpliría. Pero a Bottegale interesó más el crucero *Gonzalo*, que Telleldín guardaba en el Parque Náutico Lalos. Bottegale garantizó que así no lo molestarían hasta que consiguiera saldar la deuda.

El cordobés llamó a su hija Yessica para que le entregara los papeles del barco a Bottegale. Cuando el abogado llegó a la casa de Villa Ballester, al promediar la tarde, el sargento García cabeceaba sentado en la cabina de su Chevrolet roja. El único movimiento en todo ese tiempo había sido el arribo del ex marido de la Boragni, Julio Schiavone, que había caído de visita.

Y los balinazos de los pibes. Esa mañana, desde el primer piso del número 107, dos chicos se entretuvieron disparando una pistola de aire comprimido contra su camioneta; los balines repicaban contra las chapas y la luneta. Entre furioso y asustado, García tocó el timbre de la casa. Lo atendió Schiavone.

-Viejo, decíle a los pibes que se dejen de joder; ime van a romper el lente de la cámara! - protestó, desdibujada totalmente su función en el lugar.

Desde entonces, los de la casa se comportaron como vigilados que eran y él regresó a su rol de espía. Por suerte, cuando Bottegale volvió a salir, a eso de las ocho de la noche, Leal le ordenó que levantara la capacha.

Telleldín logró rescatar a su amigo Pérez a las nueve y veinte de la noche. y ganó unos días de respiro.

Sólo unos días. El 27 de julio fue detenido en Aeroparque por agentes de la SIDE guiados por Barreda y Bareiro: el juez Juan José Galeano lo requería por el atentado contra la sede de la AMIA.

Un vecino de Villa Ballester, que había indagado a los policías que montaban guardia frente al domicilio de Telleldín en un Falcon verde en los días previos a la forzada entrega de la Traffic, recordó entonces la frase de uno de ellos: "No se haga problema que ya se va a acordar de nosotros, porque va a ocurrir algo grande y se va a enterar por todos los diarios",

V

Cualquiera que haya sido la cantidad recaudada por Ribelli a través de "arreglos" como el alcanzado con Telleldín, y el destino de ese dinero, pocos meses después logró su

cometido.

La causa por la llamada Masacre de Wilde pasó a manos del juez Rafael Villamayor y llegó a la Sala I de la Cámara Criminal de Lomas de Zamora, el 21 de noviembre del '94. Apenas dos días después, los jueces Juan Silvestrini, Ernesto Devoto y Camilo Baccini dieron vuelta el caso y sobreseyeron a los once imputados, incluido el aún hoy prófugo Marcos Ariel Rodríguez.

Ni siquiera el dictamen del entonces Procurador General de la Corte Suprema bonaerense, Eduardo De Lázzari -que consideró "nulo" el Sobreseimiento "por carecer de todo fundamento legal" y exigió la revisión del expediente-, tuvo eco en la fiscalía de la Cámara. Los detenidos recobraron su libertad y su trabajo.

Los diez fueron trasladados a otros destinos, un método que los familiares de la víctimas conocían por experiencia propia: el sargento Ramón Balmaceda, uno de los principales acusados por la llamada Matanza de Budge ocurrida en 1987 y liberado por el mismo tribunal, fue quien les tomó la denuncia por los sucesos de Wilde.

La eficiente tarea realizada le valió a Ribelli el ascenso a comisario y la sub Jefatura de la Brigada de Quilmes, de la cual Naldi había sido desplazado. Muchos de los liberados por la Cámara de Lomas lo siguieron; entre otros, el comisario César Córdoba, el subcomisario Oscar Mantel, el oficial Julio Gatto y el suboficial Pablo Dudek.

Para el Cuñado Ojeda, el futuro no era menos prometedor: el Jefe

Klodczyk lo ascendió a la poltrona de la Dirección de Finanzas, en el edificio de la Jefatura.

Empezaba una nueva etapa. Los vecinos de Lobos, sin embargo, comprobaron pronto que los festejos no interrumpirían la costumbre inaugurada por los Ribelli a principios de aquel '94. Desde ese verano, el chalet que el comisario Ojeda había construido junto a la casa de don Felipe se había convertido en escenario de nutridas reuniones, llevadas a cabo cada quince días, los fines de semana.

Esos días, la cuadra de los Ribelli aparecía poblada de autos desconocidos y la manzana se llenaba de custodios y patrullas de la Policía Bonaerense; mucha agitación para un pueblo tranquilo.

Nadie supo dar fe de quiénes participaban de esos encuentros, pero sí que se transformaron en reuniones periódicas; por lo menos una vez por mes, a lo largo de dos años. Las enigmáticas citas cesaron con la misma brusquedad con que habían comenzado, en el otoño de 1996.

Casi para la misma época en que la Cámara de Lomas ratificó el Sobreseimiento a los autores de la Masacre de Wilde.

A Telleldín tampoco lo dejaron solo. Cuando el número del motor hallado entre los escombros de la AMIA llevó a los pesquisas tras las huellas del Petiso, sus amigos Bareiro y Barreda entregaron a SIDE su cabeza a cambio de un papel de "infiltrados".

Convencieron a Boragni, se instalaron en su casa y lo hicieron volver de Misiones, adonde Telleldín había llegado escapando de la "patota". Cuando por fin se entregó en Aeroparque, Bareiro le insistía que se quedara tranquilo, que todo estaba arreglado, mientras se lo marcaba a Gastón, uno de los espías del Estado.

Por su conocimiento de Telleldín, Barreda pasó de la Brigada de San Martín a depender directamente del comisario Ramón Orestes Verón, el hombre que La Bonaerense aportó desde un primer momento a la investigación del atentado. Bareiro, por su parte, se ocupaba de transmitirle a Boragni su propio temor a las represalias y la utilizaba de correo con Telleldín. No se olvidaba del amigo en desgracia:

-Mario me dijo que te quedés tranquilo, que están preparando a alguien que va a apoyar tu declaración -le anticipó en noviembre del '94 Ana Boragni a su marido.

Pocos días después, en dependencias de la División de Protección al Orden Constitucional (POC) de la Federal, Vicky, la novia de Bareiro, "le contó que había un detenido de nombre Solari que corroboraba todos sus dichos y que declararía que había comprado la Traffic junto con el falso

Ramón Martínez que figuraba en el falso boleto de venta de la Traffic". Según Telleldín, Vicky le aseguró "que era creíble".

Ramón Emilio Solari estaba, desde el 8 de setiembre de 1994, detenido en dependencias de la Brigada de Vicente López. Viejo alcahuete de los policías de la zona Norte, el tipo integraba una banda que se dedicaba al cobro de incobrables. Pero se les había ido la mano: ahora lo acusaban de matar al matrimonio Ballesteros ya una de las hijas de la mujer, en lo que se conoció como El crimen de Benavídez.

Lo aguardaba también un proceso por las torturas a que había sido sometido Eugenio Pellicero frente a toda su familia, por negarse a pagar 30 mil pesos, y por el saqueo de su casa. También se lo sospechaba partícipe del asesinato de Elena Gallardo, ocurrido el 25 de julio de ese año, y, de alguna manera, implicado en el crimen de Miguel Aboud, el importador de motos de Zulemita Menem.

Dueño de una "personalidad anormal", según el comisario José Aurelio Ferrari de la Regional Vicente López, el comisario Miguel Angel Garello, que lo había detenido, afirmó años después que la impunidad con que se manejaba podría deberse a "algún tipo de cobertura policial".

Para Solari, su mayor problema no era la cadena perpetua que le esperaba, sino su lugar de detención: era un "buchón" conocido y su vida peligraba si lo confinaban en un penal de la provincia de Buenos Aires. Lo que Bareiro y Leal le propusieron puede haberle sonado disparatado, pero no dejaba de ser un salvavidas: declarar en la causa AMIA un libreto que le habían preparado.

-Si me tengo que hacer cargo del hecho de la AMIA me hago cargo; con tal de no ir a penales de la provincia -le dijo en octubre del '94 a Raúl Benito, uno de sus cómplices en el crimen de Benavídez.

Desde entonces, se dedicó a estudiar las partes del expediente que le acercaron los policías, diarios y revistas, al tiempo que mantenía interminables y esclarecedoras conversaciones con el inspector Bareiro, dentro o fuera de la repartición, en la cual se movía con libertad casi absoluta.

El esfuerzo que exigía a su memoria se veía compensado por el trato preferencial que le brindaban los oficiales de la brigada, cuyo jefe de operaciones seguía siendo el subcomisario Rago.

Al principio guardaba sus anotaciones en una Biblia en cuya contratapa había escrito "AMIA", entre varios teléfonos y direcciones de su puño. Más tarde, fue agregando blocs y cuadernos en los cuales iba recopilando las descripciones, las fechas, las horas, las marcas de autos, los nombres, las circunstancias de la historia que debería repetir.

-Estoy escribiendo y estudiando sobre algo que me va a ser muy útil. Algún día, cuando te encuentre en la calle, te voy a contar -le dijo a un preso que no pudo con la intriga.

*En los primeros días del '95, consideró necesario ver personalmente a Telleldín. En un alarde de impunidad, Solari fue trasladado hasta la Alcaidía de Tribunales, donde estaba el ex agente de Inteligencia de la policía cordobesa. *

Además del reporte que le pasaba Bareiro a través de sus mujeres, el cordobés tenía noticias del tal Solari: los hermanos Brizuela, tres paraguayos que habían estado detenidos con él en Vicente López ya quienes Telleldín conoció en la cárcel de Caseros, lo habían puesto al tanto de los poco sutiles movimientos del histriónico criminal.

Solari le contó acerca de su colaboración con la Policía en el caso AMIA y del papel que le

correspondería actuar. Le dijo que, llegado el momento, debería reconocerlo como uno de los compradores de la camioneta y le pidió información sobre ésta y sobre el frente de su casa. Telleldín no comió ese caramelo.

La personalidad de Solari, el descrédito que ya por entonces otorgaba al inspector Bareiro y la difusión carcelaria que, le constaba, tenía el asunto, lo convencieron de tomar distancia -¿ Vos estás loco o comiste mierda? -le preguntó; y le dio algunos datos falsos para sacárselo de encima.

VI

El 9 de enero de 1995, seguramente apremiado por su vocación de servicio, el comisario Garello -un hombre estrechamente vinculado a Ribellino pudo aguantar hasta la mañana siguiente para viajar hasta Comodoro Py, donde tiene su sede el Juzgado Federal de Juan José Galeano. A las nueve de la noche se apersonó en el tribunal en lo Criminal y Correccional N° 1 de San Isidro, el único donde -dijo encontró aun secretario en vela. Llevaba una nota dirigida al embajador israelí en Buenos Aires y firmada por Ramón Emilio Solari. En la esquila, Solari afirmaba tener "pistas firmes y concretas para detener a personas directamente involucradas con respecto al atentado ala AMIA ya la Embajada de Israel". Los muchachos de La Bonaerense habían decidido jugar la carta que venían preparando.

Ya ante Galeano y en sucesivas declaraciones, Solari dijo que había acompañado al fantasmal Ramón Martínez en la compra de la Traffic de Telleldín, involucró a un tal "Hussein" y a una escribana que lo habría mandado con documentación al Paraguay, entre otros datos falsos y algunas certezas obtenidas de su acceso al expediente.

Los Patas Negras entretuvieron a los investigadores varios meses con Solari. El tipo refería datos que coincidían con los del expediente y que no podían estar en conocimiento de un fabulador o un mendaz cualquiera. Por otro lado, los procedimientos ordenados para confirmar sus pistas resultaban invariablemente "positivos".

,:! Aunque nunca llevaran a nada.

J

¡\.! Así, Solari dijo que un tipo apodado "el Francés", de Luján, le había reco~endado a Telleldín y vinculó a ~ussein con una supuesta banda que funcionaba entre una casa de Bella Vista y una quinta de Castelar, a la cual -afirmó estaban vinculados dos militares carapintadas: el "mayor Osvaldo" y el capitán Víctor Gallo.

El Francés existía efectivamente en Luján, se llamaba Eric Deprez y era en realidad hijo de francotunecinos; un "cortador" de autos que solía trabajar con Telleldín. También existía la banda carapintada de Bella Vista; Gallo estaba entre los sospechosos del Crimen de Benavídez. Lo mismo ocurría con Avelino Agüero, de José C. Paz, el tipo a quien el Fe-tiso le tiraba las piezas sobrantes.

1 Para colmo, los procedimientos no estaban a cargo exclusivamente .de los azules de la Secretaría de Seguridad.

Las cosas no estaban bien con La Bonaerense desde que se confirmaran, para la misma época en que apareció Solari, las "relaciones carnales" de Bareiro y Barreda con Telleldín, sospechadas desde un principio. Sin embargo, aquellos habían estado varios meses en el corazón de la investigación; con Verón primero, y después con los chicos de Anzorreguy. Si Galeano no hubiera estado tan obsesionado por descubrir terroristas con turbante en los días posteriores al atentado, las conversaciones telefónicas de Bareiro y Barreda con sus superiores de las brigadas de San Martín y Vicente López podrían haberle ahorrado muchos meses en la pista de la conexión local.

-Carlos no esquivaba a la Policía, la tenía de socia -le dijo por entonces Boragni a un

amigo de Telleldín, en una charla que quedó grabada para el juez.

En febrero del '95, el Jefe había prometido al presidente de la DAIA, Rubén Beraja, un sumario y el pase a "disponibilidad preventiva" de los dos oficiales; respuestas que figuran en la primera página del *Manual nunca escrito de la Policía Bonaerense*.

Pero a mediados de ese año, Carlos Telleldín cambió radicalmente su estrategia. Habían pasado las elecciones y ninguna de las promesas de sus amigos policías se había cumplido. Llevaba casi un año tras las rejas y Galeano amenazaba con dar curso al pedido de ampliación de su auto de procesamiento, efectuado por los fiscales.

El escrito de Eamon Mullen y José Barbaccia colocaba al Petiso como "partícipe necesario" del atentado, figura que hacía extensiva a Ana María Boragni y Hugo Pérez. Telleldín contraatacó denunciando ante la Cámara Federal la maniobra del capitán (R) Héctor Vergez, para que identificara a dos libaneses detenidos por tenencia de drogas en el Paraguay, como los compradores de la Traffic.

El torturador del campo de concentración cordobés La Perla, amigo del padre del Petiso, había esgrimido ese vínculo y su relación con la SIDE para entrevistar a Telleldín y obtener su colaboración. Según el Petiso, Vergez, en realidad, le ofreció un millón de dólares a cambio de reconocer a los libaneses en unas fotos que le mostró.

Su nuevo abogado, Víctor Stinfale, recusó sin suerte a Galeano y, ante la imposibilidad de lograr un acuerdo que implicara información a cambio de seguridad y 300 mil dólares, echó mano a su arma preferida: los medios de comunicación.

En un reportaje concedido a *Páginall2*, Telleldín dijo que personal de las brigadas de Vicente López y Lanús lo habían enloquecido durante todo 1994 y les había tenido que entregar bienes para seguir en libertad.

"La Policía de Buenos Aires está involucrada desde la cúpula hasta abajo", dijo el Petiso. "A mí me señaló la Policía Bonaerense. Yo ahí conozco a mucha gente (...) En la Policía Bonaerense están pasando cosas raras."

En esos días Galeano y los fiscales habían mantenido reuniones con Piotti y Klodczyk, exigiéndoles avances en dirección de Bareiro y Barreda, cuya participación en el "Operativo Traffic" resultaba ya innegable.

Pero las declaraciones a la prensa efectuadas por Telleldín y su abogado levantaban la apuesta. La cumbre impostergable se realizó en la pomposa Jefatura restaurada por Klodczyk.

El titular de la AMIA, Alberto Crupnicoff, Beraja, Galeano y los fiscales se reunieron con la plana mayor de la Seguridad de Duhalde. El tema excluyente fue, claro está, la evidente participación de oficiales de la Policía Bonaerense en alguna fase del atentado.

Los primeros insistieron en la necesidad de llevar adelante una investigación profunda que deslindara responsabilidades de la Institución, en un caso que no admitía medias tintas. Los funcionarios bonaerenses lamentaron la falta de resultados obtenidos en el sumario abierto contra Bareiro y Barreda, y expresaron su absoluta voluntad de colaborar.

Para ello se formó un equipo especial: Angel Roberto Salguero (a) "el Negro" -aunque en el colegio secundario lo llamaban el Mono-, fue el comisario elegido para encabezarlo. Hacía tiempo que La Bonaerense había demostrado especial interés en colocar a Salguero cerca de Galeano, para lo cual se llegó a diseñar una estrategia a fin de conseguirlo.

El fiscal federal Guillermo Montenegro, un personaje de larga actuación en la provincia y aceitados contactos con los Patas Negras, fue el encargado de "hacer lobby" ante su par Eamon Mullen. Conocía a Salguero de sus años en Morón y logró entusiasmar a Mullen, quien lo propuso a Galeano. Juez y fiscales depositaron en el jefe de la Brigada de General Sarmiento una confianza casi absoluta.

El juzgado no logró que se mantuviera la colaboración del comisario mayor Ramón

Orestes Verón, a quien ya conocían; algo que no era poco en esa maraña de trampas, ineficiencia y competencia feroz que atraviesa a toda la "comunidad investigadora" argentina.

Verón era un experto en secuestros extorsivos y, junto al inefable Naldi y al comisario Oscar Rossi (a) "el Coco", director general de Narcotráfico, y el Tano Forgione, formaba parte de un grupo que si bien mantuvo siempre buenas relaciones con la Jefatura, tenía aspiraciones a sucederla cuando se produjese el esperado cambio de mandos, fines del '95. Para las organizaciones damnificadas, Verón no aportó demasiado a la investigación, pero había participado codo a codo con el juez en algunos intentos depurativos y no entorpeció la búsqueda. Algo que sí endilgaban al mandamás de Investigaciones, Armando Calabró, y al propio Klodczyk por la interminable lista de demoras, equívocos, pérdidas y mentiras, que sufría cada pedido que efectuaba el juzgado.

Pero Orestes Verón fue ascendido ese año y premiado con la conducción de la Dirección de Institutos, una suerte de limbo en la cosmovisión policial.

Los investigadores de La Bonaerense se reunieron con sus pares de la SIDE y el propio Galeano para cruzar datos y redirigir algunas líneas de investigación. Pero fueron los dichos de Solari los que movieron a Salguero hasta las detenciones de Deprez -cuyo abogado resultó ser el mismo que un año después representaría a Irineo Lealy Agüero. La ruta seguida por Salguero volvía a llevar la pesquisa, hacia los viejos negocios de Telleldín y tanto la prensa como los abogados de la propia AMIA tomaron distancia de sus resultados.

Poco después, en setiembre ya través de otra de las líneas investigativas, impulsada por un pequeñísimo grupo de hombres de la Policía Federal y, especialmente, de la DGI, Galeano llegó hasta Alejandro Monjo, dueño de Alejandro Automotores.

Ubicada a pocas cuadras de la difusa frontera que marca la General Paz, la agencia era el centro de actividades de una enorme organización delictiva dedicada a "doblar" autos con la activa protección de las divisiones Sustracción de Automotores de la Federal y de La Bonaerense.

VII

Mientras Galeano desbarataba la banda de Monjo, Telleldín siguió con sus denuncias "por cuerda". La decisión de la Sala I de la Cámara Federal que presidía Luisa Riva Aramayo de iniciar una causa por sus denuncias contra el torturador Vergez, le abrió una puerta que Stinfale supo aprovechar.

Los muchachos de Ribelli se pusieron nerviosos. Las declaraciones del Petiso a la prensa y, sobre todo, la movida subterránea que preparaba su defensor, los tenía preocupados. Dieguito, como llamaba Boragni al inspector Diego Barreda, comenzaba tardíamente a temer "por su carrera", y los esfuerzos de Mano Bareiro y su mujer para que el cordobés se callara se redoblaron.

A esa altura, solan había terminado involucrando a Bareiro como "socio de Telleldín", testigo de la venta de la Traffic y mentor de las declaraciones del cordobés que contradecían su propio relato: la actuación solitaria del tal Martínez y la realización de la transacción en la casa de Villa Ballester.

-Decíle a Ana María que le diga a Carlos que deje todo como está, y que no hable boludeces. Si no, los matamos a todos -le dijo una voz sin nombre a Damián, el hijo de Boragni, el 6 de setiembre de 1995.

Ese mismo mes, Stinfale negoció con Riva Aramayo una declaración de Telleldín por afuera del expediente. Los encuentros fueron tres, todos en el penal de Villa Devoto. En ellos, el Petiso confesó que el boleto de venta de la Traffic a nombre del tal Ramón

Martínez era tan falso como éste y que en realidad a la camioneta se la habían llevado un policía apodado Pino y otro, al que sólo describió.

Habló de otros tres uniformados y contó todos los bienes que tuvo que entregar para no ser puesto a disposición de los jueces que lo buscaban. El hombre aclaró que el peaje había sido pagado a personal de las brigadas de Lanús y Vicente López y no a sus "socios" de Sustracción de Automotores.

Por último, Telleldín le contó a la camarista que Bareiro le había anunciado la preparación de un falso testigo de apellido Solari. Riva Aramayo se reunió con Galeano para transmitirle los dichos de su detenido.

Luego de negativas que tensaron aún más las relaciones entre la comunidad judía y La Bonaerense, Piotti y Klodczyk accedieron a detener a los oficialitos Bareiro y Barreda, "Ios perejiles", según el Petiso. La respuesta no se hizo esperar.

En la segunda semana de noviembre, un hombre se acercó al burdel que regenteaba Ana Boragni y, como tantos otros, pagó por sus servicios. Rato después, mientras se vestía, le dijo:

-Vos sos Ana María, la mujer de Telleldín.

-Vos estás loco -contestó asustada la mujer.

-No te hagás la gila; conozco perfectamente todos tus movimientos. Pero no te asustés.

Nosotros acá no te vamos a molestar, pero que remos que le hables a tu marido de que no le conviene decir lo que está diciendo.

Boragni se quedó helada. Se sentía burlada y no tuvo tiempo de discernir si estaba más cerca del miedo que del asco; el falso cliente subrayó:

-Convencélo de que se tiene que quedar callado; de que se quede tranquilo, que no haga más daño del que hizo.

-¿ Vos sabés los dos nombres? -inquirió el sujeto mientras se abrochaba el cinto.

-No sé de qué me hablás -balbuceó Boragni. -Dejalo ahí. Decíle que se quede tranquilo -dijo, y se fue. Los "dos nombres", claro está, no eran los de Bareiro y Barreda. Aunque en el juzgado nunca lo admitieron, la confesión de Telleldín a Riva Aramayo sirvió para unir varias sospechas preexistentes.

La "Causa Baci", como llamaba Ribelli a aquella iniciada en Quilmes en diciembre de 1993 y en la que Telleldín se confundía con "Teccedín", ya no era un secreto para Galeano. Tampoco la detención de Hugo Pérez realizada por la Brigada de Vicente López en la casa Villa Ballester, en julio del '94. Encontrar una conexión entre ambos episodios era uno de los desafíos que enfrentaban sus hombres.

Uno de los eslabones clave surgió, precisamente, de los dichos del Petiso a Riva Aramayo: la descripción del oficial que se llevó la Traffic junto a Pino no sólo coincidía con la del policía que formulara aquel temerario anuncio al vecino de Telleldín, sino que se parecía asombrosamente al subcomisario Raúl Ibarra.

Hacia allí se disponía a avanzar el juez, comenzando por tomarle declaración al ya por entonces subcomisario Irineo Leal, el Pino mencionado por Telleldín.

Pero apareció Salguero, con la que se dio en llamar "la pista carapintada".

VIII

"Informalmente, pero sin margen a dudas, Salguero ya había dejado claro que él no se metería con sus compañeros: 'Yo no hago asuntos internos', creo que fue la frase que utilizó", afirmó una fuente ligada a la investigación. Al fin y al cabo, el Negro no hizo más que poner en palabras la que el resto de los Patas Negras demostraba con hechos.

En contraposición, Salguero mostró un tezón impar en perseguir antiguos amigos de Telleldín y viejos conocidos suyos. No otra cosa era la banda de traficantes de armas que,

con centro en Campo de Mayo, suministraba desde hacía años armas y municiones a bandas como la de Luis Valor y grupos parapoliciales como Prolatín o los del Mercado Central.

Material "desaparecido en acción" durante las asonadas carapintadas, "distráido" ~n el fárrago administrativo verdeoliva, "descartado" por sus defectos de fábrica.

El Mono se sentía como pez en el agua. Hasta el mes anterior había comandado la Brigada de Investigaciones de General Sarmiento, con asiento en San Miguel, el territorio más fuerte del MODIN en la provincia de Buenos Aires y en cuya jurisdicción se encuentra la más clásica de las guarniciones militares.

Había llegado hasta allí siguiendo la pista del carapintada Víctor Gallo y la banda de Bella Vista, tirada por Solari para distraer la pesquisa. Ello de diciembre desembarcó en el Regimiento de Ingenieros 601 al mando de la Brigada de Quilmes, adonde acababa de ser trasladado.

Pese alas suspicacias que levantó la oportunidad del operativo, Salguero apareció ante las cámaras con sus pulseras y anillos de oro para afirmar que el procedimiento era "un avance importantísimo en la investigación del atentado. Hoy encontramos la llave de la conexión argentina. Este grupo combina varios elementos: extrema derecha, mano de obra desocupada, venta de droga y de armas y asaltos tipo comando".

Parecía que estuviera hablando de La Bonaerense. La detención del sargento del Ejército Jorge Pacífico, un carapintada experto en explosivos que asesoraba a un concejal del MODIN de General Sarmiento, era la "llave" a la cual se refería el Negro. Pacífico, además, había estado en las inmediaciones de la AMIA el día de la bomba. i

, A través de él, los pesquisas llegaron hasta otro carapintada, el ex ;

capitán Emilio Morello, de quien Pacífico había sido instructor de buceo. Galeano ordenó efectuar tareas de Inteligencia en torno del domicilio de Morello y sus movimientos.

El ó de diciembre, una hora antes de la prefijada para irrumpir en lá morada de Morello, el Mono llamó al juez:

-Doctor, parece que este Morello es diputado -le dijo el comisario. Galeano no lo podía creer. O su comisario preferido era un inepto o

había vuelto a caer en la trampa: Morello era diputado nacional por el MODIN de General Sarmiento, un dato que costaba creer que Salguero no manejase. Si el juez hubiese autorizado el allanamiento, habría violado los fueros parlamentarios de Morello yeso le habría costado la causa. Incluso el puesto.

El papelón enfureció a Galeano, que ya para entonces se había convertido en una suerte de Gerald Ford de la Justicia Federal porteña.

Allanar el corazón histórico del Ejército Argentino fue un golpe difícil. Pero toparse por sorpresa con la casa de un diputado de la Nación y quedar al borde del juicio político, resultó un golpazo feroz.

Poco le importó que los fiscales Mullen y Barbaccia continuaran defendiendo a rajatabla las buenas intenciones del comisario, a quien llegaron a otorgarle una elogiosa carta por sus servicios: Galeano lo apartó de la investigación.

Pero aún lo aguardaban otras sorpresas desagradables: confirmando las sospechas de quienes acusaban al Negro de quintacolumna, días después *Páginall2* denunció la añeja amistad que unía a Salguero con Leal y Telleldín. Para esos días, una foto de Salguero y el Petiso abrazados llegó en fonna anónima al juzgado.

Salguero fue relevado de la Brigada de Quilmes, pero pronto Piotti y Klodczyk lo premiaron con la jefatura de una brigada por la cual, años atrás, había llegado a trompearse: la de La Matanza.

A los abogados de la AMIA, sin embargo, les había llamado la atención otra cara, con la

que se habían cruzado durante el allanamiento a Campo de Mayo: de ojos claros, nariz levemente aguileña, pelo castaño bien cortado y maneras suaves, el tipo siguió paso a paso los detalles del operativo enfundado en un impecable traje italiano.

Se trataba del flamante jefe de la División Sustracción de Automotores, a quien Salguero había convocado "como apoyo, dada la magnitud del operativo y la cantidad de personal necesaria", aunque no esperara encontrar allí ningún vehículo robado. "Un buen muchacho", dijo el Negro, de su antiguo compañero.

Los abogados de las entidades judías ya lo tenían en la mira y no pensaban lo mismo.

Involuntariamente, Salguero había puesto en el centro de las sospechas a Juan José Ribelli.

IX

Al frente de la poderosa División que debería combatir el robo de autos, Ribelli era una suerte de zar de los negocios uniformados. Más allá de los efectivos bajo su mando, llegó a tener cerca de ciento cincuenta hombres que respondían a sus directivas, diseminados en distintos destinos. Con asiento en la cabecera de Sustracción, en Maipú 795, Florida, partido de Vicente López, la provincia entera era su territorio.

Plagada como estaba la zona Norte de hombres que, como Ibarra, Leal, Garello, Labarre o el difunto Sosa, provenían del sur del Gran Buenos Aires, el Patrón no tuvo mayores problemas de adaptación. Además, con él pasaron a Sustracción buena parte de los "conocidos de siempre": Mantel, el Turco Maizú, Nicolau, Dudek, Gatto, etcétera.

Como subjefe llevó al comisario Raúl Ahumada, el Pollito, procesado junto al comisario inspector Daniel Paz, ex jefe de Narcotráfico Sur, por un doble homicidio ocurrido en 1986 en Monte Chingolo, cuya cau

sa dormía en el despacho del juez Daniel Llermanos, habitual compañero de viajes ~ Klodczyk y Ribelli. El comisario inspector Garello, e.n

[cambio, VOIVIÓ a Banfield, para hacerse cargo de la Sección Sur de la D1; visión.

Esta, sin embargo, funcionaba en la agencia de la avenida Pavón, atendida por sus "hombres de confianza"; entre ellos, el principal Marcelo Albarracín y el cabo Walter Castro, quienes así no necesitaban desdoblarse entre su empleo en la agencia y en la Policía. En el local podían verse las antenas del poderoso equipo de comunicaciones que su banda había instalado allí.

El resto del equipo iba a bordo de otra famosa Traffic, la "Oficina Móvil", como la llamaban: una camioneta dotada de un equipo de comunicaciones que era la envidia de los Patas Negras. El vehículo no pertenecía a La Bonaerense, pero Ribelli la ponía al servicio de la Fuerza cuando era necesario para algún procedimiento. El subcomisario Gustavo Pilucho Expósito, experto en explosivos y escuchas telefónicas y jefe de prensa del Patrón, era su responsable.

-Pilucho te pone la camioneta en una esquina y te chupa las cuatro manzanas: un fenómeno -explicó admirado un policía del Sur.

Pero el flamante comisario mayor no olvidaba a sus amigos. Si los de Wilde recibirían de un momento a otro el sobreseimiento definitivo, todavía le faltaba zafar al Pollito Ahumada, a quien acababan de dictarle la prisión preventiva, y tuvo que convertirse en "prófugo", aunque cualquiera lo encontraba en su celular.

En eso andaba en los primeros días del otoño del '96 cuando Juan José Galeano, luego de admitir que no tenía elementos para vincular al grupo de carapintadas con al atentado, comenzó a cerrar el cerco sobre su cabeza. Lo que secretarios, fiscales y abogados comenzaron a escuchar . luego de intervenir sus celulares y teléfonos superaba toda imaginación. Primero habló con un abogado o alguien ligado a los tres imputados, para pasarle "unos puntitos" que el otro debía manejar: -Un puntito dice que tendría

que decir, exactamente, que los disparos que tienen los cuerpos no pueden corresponder a la forma y distancia que surge de los dichos de los testigos en la reconstrucción.

-Bueno, eso lo habíamos dicho nosotros. -Bueno, pero que de todo lo que digan, recalquen bien esto. -Otro puntito: que las vainas que se encontraron en Monte Chingolo, de "ningunísima" (risas) manera pueden corresponder a las armas de los imputados.

-Qué novedad. -y tres: teniendo en cuenta los testimonios de Hauch, tendrían que decir que de acuerdo al enfrentamiento de San José, las víctimas murieron debido a esos disparos, o sea que nunca se pudieron haber desplazado como dicen los testigos de la reconstrucción. El tema siguió con comentarios sobre "el muchacho de allá que ya tiene la causa formalmente", para que "acelere mandando un oficio" pidiendo los resultados de la reconstrucción del hecho. y concluyó con unas cifras, "eI14 o el 15" y "uno, ocho o uno, nueve" y la conveniencia de no crearles expectativas a "los chicos".

Minutos después, Ribelli telefoneó a Ibarra, con quien ya había hablado acerca de una charla sobre el Pollito Ahum.ada, que mantuviera con "el coordinador". El Patrón le dictó, con puntos, comas y detalles, los mismos "puntitos" que el subcomisario debía poner en un sobre cerrado "que diga crio. inspector Torres", por el comisario inspector Raúl Torres, jefe del SEIT de zona Norte.

-Pasálo en limpio en la máquina, sin que quede copia en ningún lado, para que no vaya con tu letra, ¿no? -aconsejó el jefe.

-Sí, no, esto después lo voy a arrancar del cuaderno y lo voy a romper.

Con la misma naturalidad, el año anterior había intermediado entre la concesionaria porteña de Libertador 5931 y Pedro Klodczyk, a quien le vendió en 17.-500 dólares al contado un jeep Suzuki Samurai que pagó 14.500.

Business, are business. Del mismo modo que se confundían los roles de sus hombres y las dependencias para las cuales supuestamente trabajaban, los negocios públicos y los privados de Ribelli y sus muchachos se entremezclaban cotidianamente.

Iba siempre acompañado por el fiel Nicolau quien, además de su chofer, parecía su valet: al tipo le tocaba cargar con los cuatro o cinco celulares a través de los cuales el comisario daba instrucciones a sus hombres y recibía de ellos información.

-¿ Viste, Rodríguez, el banquero, que le hicimos un encubrimiento? Bueno, anoche trajo tres luquitas: la corté con los muchachos y acá tengo lo tuyo -le comentó el Turco Maizú en una de las conversaciones grabadas por Galeano.

Supervisar los "arreglos" que llevaban adelante sus muchachos y operar en las causas que los involucraban, cerrar las operaciones grandes, eran cosas de todos los días.

-Hola, Juan, hoy me dio la plata Ibarra y mañana voy al banco, acá en San Isidro -le avisó un oficial que atendió el teléfono de la oficina de Ibarra.

"Juan" le recalcó que no se olvidara porque al otro día entraba "un cheque". Después, le pidió con Ibarra. Cuando el subcomisario atendió por el interno, Ribelli le dijo que lo llamara por el Movicom:

-jQué dice, Patrón! Acá en la lucha. Estoy acá con Gatti, acá enfrente, todo bien. Vino el comisario mayor Srmm, eeh. ..

-Sosa -salvó Ribelli. -Sosa; pará que lo tengo anotado, me dijo de que, bueno, se fue la gente.

-Bien. -Me trajeron 34.900 y mañana el abogado, antes de las 18, trae el resto. Todo bien, Juan, eh. Lo que sí, le dije a Aldo de que el muchacho se fue en libertad, nada más. Mirá, le digo, después te va a llamar el Patrón, acá hay mucha gente dando vueltas, yo para no decir que sos vos el que maneja la cosa. ¿Está bien así?

-Sí, mañana cuando tengamos todo ahí, claro arriba de la mesa. -Bueno, acá tenemos treinta y cuatro novecientos, mañana a las 18 están acá. Pero está todo bien, Juancito, eh.

¿No podés hablar?

-Esperá un poquito. ..Bueno, todos lo papeles lleváelos vos a la casa.

No era poca tarea para un hombre que, además, debía llevar adelante una de las reparticiones más grandes de La Bonaerense, asistir a los actos y ocuparse de dos familias al mismo tiempo.

Sin embargo, Ribelli hacía todo fácil. Con su tono monótono, de medias palabras, el tipo escuchaba a todos ya todos daba indicaciones, palabras de aliento. Un mediodía, el principal Marcelo Albarracín lo llamó desde un remate.

-Estoy acá en el lugar, con Baglione, viste, para hacer un poco más de. ..Estoy con el señor Salvador Salomón, que es el dueño del galpón; esto es un lugar donde venden máquinas importadas, viste. El responsable es un tal Alejo, encontramos las cajas, son seis cajas de velocidad que les falta la chapa identificatoria y tienen unos números, pero me dice el Gordo que así no salta. Medio se hicieron los pelotudos, este Salomón me lleva a la oficina, me dice que si no lo va a tener que llamar a Calabró, que cómo arreglamos. ..

-y bueno, hacé una cosa, decíle mire, vamos a hacer un actita interdictando las mismas, en el lugar, y que se venga a charlar con vos un poco más tarde, a la División. y si no, ya encontrá la vuelta y listo y SOLucionálo ahí -le explica Ribelli con cierta displicencia.

~y qué num..., qué... -Y, manejálo. -Yo estoy hablando por el Movicom, te puedo hablar, ¿no? Porque

el hombre tiene idea de algo como para un café -se animó finalmente Albarracín, incapaz de mover un dedo por propia iniciativa.

-Ah, nó, decíle que consultaste y que te dijeron que las interdictes y que vaya con las actuaciones para allá. Manejálo tranquilo.

-Bueno, y si lo quiere llamar a Calabró que lo llame, entonces. -Sí, no hay problema -dijo el Patrón.

Minutos después Albarracín lo volvió a llamar para contarle que iba a "interdictar" las cajas porque el tipo hablaba de "cinco palos", nada más.

-Definilo como quieras, digo; por ahí es un trastorno ponernos a destabicar algo que sabemos que no lo vamos a destabicar y vamos a terminar entregándosela otra vez a él y.

..Si querés cerrá las piernas, no hay problema -dijo Ribelli; una negociación demasiado larga que no quería "entregar" al director de Seguridad.

-¿Por eso? -quiso asegurarse Albarracín. -y sí, ¿qué le vas a hacer? Si no, tenés que arrancar de otra forma, con un allanamiento atrás, otra fuerza, lo tenés que arrancar enganchado con una causa, si no después se te va a cagar de risa -explicó el jefe.

-Sí, te comprendo perfectamente, Juan. Pero es como dijo Sobico, las trajo el flaco éste; no tienen nada, ni lo van a ubicar, ni va a aparecer elTurco acá -dijo el oficial y cortó.

A la siguiente llamada, le contó que le hizo "el acta negativo" y que junto al comisario inspector Carreño los fue "llevando, de a poquito, de a poquito, lo arrastré lo más que pude y fueron unos nueve palos". Ribelli se dio por satisfecho y Albarracín preguntó qué hacía con "eso", si lo llamaba a Sobico.

-Lo normal, como cualquier arreglito, el 45 ahí de la calle. O si no cortálo al medio directamente y te venís para este lado, indicó el comisario.

Casi un guía espiritual.

X

En ese otoño del '96, en que se suspendían las reuniones de Lobos, el Patrón ya había yomenzado a construir la que estaba destinada a convertirse en la mansión más imponente de la ciudad, al lado del chalet del Cuñado, en la misma manzana que la de su padre y sus hermanos. Al mismo tiempo, aumentaba su patrimonio con la compra de un campo en

Azul, en sociedad con Alicia Ojeda, su hermano Federico y la esposa de éste, Graciela.

-Hola, qué dice -saludó Ribelli a su mujer, con aire de triunfo, mientras regresaba con su hermano de cerrar el trato, a bordo de su BMW.

-Hola, podíamos estar esperando. ..empezó a protestar Alicia.

-Y, viste, apagarnos todos los Movicom y meta pelear y pelear hasta recién -se justificó el Patrón.

-Hijo de puta, podías avisar ...escucháme Juan, una está preocupada...

-Vos viste como son estas cosas, nos levantamos varias veces.

-No sabés las veces que hablarnos con el "Colo"; en diez minutos más llamábamos a los hospitales ya las comisarias, estarán presos. ..Mirá tengo la tarjeta de la inmobiliaria en la mano, ya iba a llamar.

-y bueno, pero estábamos peleando, no íbamos a dejar el fragor de la pelea, hasta recién. Pongan un buen charnpán en el freezer.

I -Pero andá a cagar, invitáanos a comer afuera, hijos de puta los dos, amarretes de mierda, acaban de hacer una operación y no nos invitan a : comer -gritoneó la señora,

-Bueno, listo, agarren todo y vamos a comer a Mamá Victoria -<oncedió el comisario,

-Bueno, los felicito, Vamos a tener que comprar botas, ¿no? y aprender a andar a caballo - se relajó la mujer, al fin y al cabo obsequiada con una nueva propiedad,

A Ribelli lo tenía preocupado un "convenio" que se demoraba y una "firma definitiva" que no terminaba de aparecer.

En abril de 1996, Ribelli firmó una escritura por la cual recibió una "donación" para la Policía Bonaerense de parte de la firma Setoc SA, consistente en "la tecnología desarrollada por esta sociedad a fin de que . puedan fabricar las piezas y elementos para blindar autos policiales aun

costo muy reducido", Así reza al menos el " Acta N° ó correspondiente a la Asamblea General Ordinaria del 10 de abril de 1996" firmada por Jorge Adrián Etcheber, director y presidente de la empresa, y su suplente, Fernando Andújar, según leyó el propio Ribelli a la escribana con quien hablaba,

Luego de darle sus datos, Ribelli acordó encontrarse al otro día, a las once, para la firma del documento.

-Yo lo hago en representación de la Policía -recordó Ribelli, -Claro, bueno, yo voy a poner'que usted "expresa hacerlo" en representación de la Jefatura, porque no hay ningún acta sobre eso, se atajó la escribana,

-Está bien, lo que pasa es que en Jefatura hay un expediente donde ~ teóricamente me autorizan a mí a recibir en donación, pero eso no lo vamos a tener mañana -explicó, como quitándole importancia a la sutileza, -¿Esto dónde lo van a usar, este convenio, en algún lugar en Capital no, no? -quiso saber la mujer, -No, todo lo que dice ahí ya está casi en la práctica, se están blindando en este momento, esto es una forma de legalizarlo, porque ya donan definitivamente a Policía, y no queremos darle demasiadas vueltas, no sea cosa que se arrepientan,

El que venía con demasiadas vueltas era otro negocio, al que uno de sus compinches calificó como "TMC: Todo Muy Conversado", El "trabajo" lo había acercado -una vez más un tal Jorge y tenía como pieza clave al juez Sánchez, de Quilmes, quien reclamaba "cuarenta mil por po. ner la mocha",

Se trataba de dejar fuera de circulación a unos colectivos "truchos": el juez firmaba la orden que iniciaría la causa, Ribelli montaba el operativo represivo y los dueños de las líneas de colectivos habilitadas de la zona -la 500 y la 78, entre otras ponían el dinero necesario para mover tantas voluntades: 150 mil pesos.

La cosa estaba verdaderamente discutida: además del juez, el tal Jorge, Ribelli, sus interlocutores y los muchos policías mencionados en varias conversaciones, había un tal Parma, "interlocutor" de los transportistas, el "Bobo" y otro tal "Magiotti".

Ribelli estaba contrariado por la demora en cerrar los números y las vueltas de Sánchez para "poner la mocha".

-Sánchez me dijo que hay que esperar porque está medio enquilombado con el turno y quería que yo me reúna con Villar, a ver cómo la empezamos a organizar -explicó el policía Defino ante la insistencia de su jefe.

-Bueno, a Villar te digo yo; ya que está acá. Te digo por qué sé: este Villar, llega arriba, ¿no?, a Jefatura.

-A Canales. -Sí, bueno. Ya Canales le dijo: "Decíle a Ribelli a ver cuándo nos juntamos así hacemos sí o sí esa causa", porque está al tanto Canales de lo que se está haciendo con ese tema. ¿Me entendés? Por el lado de él y por el otro lado, del (FON)otti.

El "Canales" de la Jefatura no era otro que el comisario Oscar Canales, secretario privado del Polaco Klodczyk, y Villar, un puntero de la Lipebo, la agrupación duhaldista del senador provincial Osvaldo Mércuri.

Hay discrepancias entre los investigadores acerca del último mencionado en la charla, cuyo nombre aparece en la grabación con una oportuna interferencia. Fuentes vinculadas ala AMIA, sin embargo, no dudaron en afirmar que se trataba de Alberto Piotti.

A Ribelli le gustaba aportar una cuota de buen humor cuando el tema lo permitía; un humor ácido.

Sus hombres tenían acorralado aun empresario, Jorge González, directivo de Pinturerías El Mangrullo, por "un problemita" que la firma parece haber tenido con la División Ecológica, además de ciertos cables de Telefónica que habrían sido hallados en su poder. Los vaivenes del tema fueron abordados en varias conversaciones con el Turco Maizú. Los contraventores se mostraban renuentes a entregar la cantidad exigida por Ribelli para hacer la vista gorda.

-Vos decíle que si hay "solución" le armamos todo para que no tenga problemas. y que si no hay "solución", le armamos todo para reventarle la cabeza -cortó el jefe.

Su interlocutor insistió:

-Me volvió a llarnar Daniel Paz, viste, que hace quince años le hace la vigilancia a la fábrica de los sucios estos.

-Sí, si está propuesto como testigo -comentó Ribelli sin entender muy bien hacia dónde apuntaba el comentario.

Paz era el mismo comisario involucrado junto a Ahumada en el doble homicidio de Monte Chingolo. El tipo era dueño de una agencia de seguridad y, evidentemente, no contaba con las simpatías del Patrón. Maizú sospechó cómo venía la cosa y bajó el tono:

-Bueno, pero me llamó él, para que le dé una mano -casi preguntó desde el otro lado de la línea.

-y bueno, buscáله una solución. Decíle: acá hay que hablar dos cosas, una "solución" por la fábrica y otra "solución" por vos, porque vos estás con captura -retrucó Ribelli, sin poder contener la risa.

Los dos hombres estallaron en una larga carcajada.

-Si no, decíle de parte mía que diga él la "solución" y que él está como garantía: que si la gente no cumple yo lo tumbo a él y listo, así se preocupa -remató el jefe.

Maizú se retorció de la risa.

Pero al Patrón le preocupaban los tiempos judiciales de la causa -evidentemente manejados en complicidad con un juzgadotanto como sus "socios" en el tema y los términos de la repartija.

-Llarnáme, más que todo, cuando tengas novedades de la Telefónica y de este tipo, a ver si hay diálogo o no hay diálogo, así yo ya voy avisando "allá" -dijo.

La víctima de la extorsión, claro está, "se avino al diálogo; en directo, sin profesional", según contó Maizú a Ribelli:

, -Lo mandó Paz. Cuando llegue el momento de la conversación lo hago venir a Paz -agregó.

-Ahí no -advirtió el jefe.

-No00. Si no, matarnos dos pájaros de un tiro -risas-; le hacemos un favor al Pollito -acotó Maizú.

Las carcajadas atronaron otra vez en el oído de los pesquisas federales.

De este y otros negocios iba hablando Ribelli mientras se dirigía a La Plata, sede de la Jefatura, donde, según la enorme mayoría de los testimonios recogidos, los días 5 de cada mes los jefes operativos llevan "la cuota", el porcentaje de "la recaudación" que corresponde a Los Porongas.

-¿ Vos vas a la Dirección? -le preguntó Maizú.

-Sí, voy a *toda* la Jefatura. ..¿ O qué fecha es hoy? -contestó Ribelli, con evidente intención de que el otro captara algún sobreentendido.

-Ah, no, ta bien, pensé que ibas por algo en especial -captó el otro luego de un silencio como el que se produce entre dos personas durante la búsqueda de un párrafo.

-No, para cubrir las espaldas tuyas -replicó el jefe con sorna, provocando una risa del otro lado de la línea.

Era el viernes 5 de junio de 1996.

XI

Negociar con sus superiores, poner la cara, terciar entre ellos y sus oficiales cuando estallaba alguna disputa, era parte de su labor cotidiana. Fiel a "los códigos", le ganaba la bronca cuando no eran respetados. A unta! Figueroa, un policía que había tenido una disputa con Garello y Canales "por un trabajo que él se los puso de pechito para el buche y lo cagaron con el vento, un laburo de piratas de la carne", le mandó a poner los puntos:

-Bueno, mirá, aconsejalo a Figueroa, de parte mía, de que si tiene algún problema con alguien, que vaya, que se siente y que si le tiene que meter un tiro en la cabeza, que se lo meta, pero lo que yo quiero evitar con la gente que está en Sustracción de Automotores son los chusmeríos, porque acá me llaman y me dicen que anda amenazando con un anónimo a Canales. y menos chusmerío de plata, chusmerío ilegal menos que menos. Porque esto empieza acrecer como una pelota y él termina con un "ruido" y para qué. Si no, si está disconforme, que pida el traslado -sentenció el Patrón, obsesivo de las formas. , El ánimo le fue cambiando a Ribelli a medida que se acercaba "el aniversario", relacionándolo siempre con lo que llamaba "la causa AMIA".

Su experiencia le decía que las cosas no iban bien. Su experiencia y la información que evidentemente le pasaban desde la Jefatura a medida que Galeano avanzaba. En la última reunión mantenida con Piotti y Klodczyk, el juez había sido casi temerario:

-Decidan ustedes si lo quieren con o sin escándalo -advirtió. Aunque en La Plata nadie creía que fuera a llegar muy lejos, y mucho menos que el "pollo" del Jefe fuera a caer, Ribelli estaba intranquilo.

Desde principios de julio, cada vez que hablaba con alguno de los involucrados en la "causa AMIA " les recordaba la necesidad de estar alertas y "limpios". Ibarra parecía el más templado de sus secuaces y hasta se daba el lujo de cargarlo: "Este Juan, está que corta bulones con el orto", le dijo a otro Raúl el 5 de ese mes.

La tarde del 12 de julio -seis días antes del temido aniversario-, el juez Galeano fue

personalmente hasta la Jefatura para entregar en mano a Klodczyk las órdenes de detención y comparendo. Cuando logró articular su mandado, el Jefe insistió:

-No puede ser, doctor, le aseguro que es un buen muchacho. ¿Usted está seguro, doctor? Ribelli se enteró a través del subcomisario Jorge Menno, de la Secretaría Privada de Calabro, el director de Investigaciones, a quien había llamado para avisarle que tenía los pasajes para un viaje que pensaban realizar juntos. "Entre nosotros", Menno le informó que Los Porongas se habían reunido: estaban Piotti, Pérez Cárrega, Klodczyk y "el Subjefe". Antes de preguntarle por el horario de su vuelo, Menno agregó: "Y ahí llamó el jefe de Policía al Tano y le dijo que vaya urgente arriba que había una mala noticia; y ahora llamó el Tano que no se vaya el subdirector".

El mundo se derrumbó sobre sus hombros.

-Qué lo parió -balbuceó Ribelli, con la voz de alguien que acaba de recibir un mazazo terrible-. Ojalá no sea el tema Baci, pero me huele, viste.

Se comunicó con el Cuñado en la Dirección de Administración y Finanzas. El tono de Ojeda no parecía el de alguien muy feliz por recibir esa llamada: daba la impresión de no encontrar la manera de advertirle que no hablara de más. No le quedó más alternativa que confirmarle que Ja mano venía espesa

-¿ Con lo de Baci, con el tema AMIA ? -preguntó el comisario. -No. Pasó algo similar los otros días, con el asunto narcos. Parece que una brigada, no sé. Si me entero de algo, te llamo.

Si su intención fue levantar el ánimo de Juan, no lo logró. Con la misma desazón en la voz, Ribelli llamó a Ibarra justo en el momento que éste atendía a Piotti por otra línea.

-Sí, señor. Pero cómo no, jefe. Viene de parte suya, mándelo, jefe. Quedo a SUS órdenes, señor. Para servirlo, eh, por favor.

Ibarra se festejó a sí mismo la alcahuetería; estaba de buen humor. Alarmado, Ribelli quiso saber quién era, por quién había pregunta

do. "No, uno de parte de Piotti, que le demos una mano, le robaron una 4x4; ahí no vamos a pulir detalles, ¿no?"

Casi en un susurro, Ribelli le avisó que las aguas bajaban turbias en la Jefatura. Ibarra recibió el impacto con resignación:

EL GATILLO

El teléfono particular de Alberto Piotti comenzó a sonar a las siete en punto. Su primera reacción fue dejar que siguiera sonando durante medio minuto. Luego, aún adormilado, manoteó el auricular sin levantarse de la cama y tardó unos segundos más en llevárselo a la oreja. Entonces pudo reconocer la voz inconfundible que le hablaba del otro lado de la línea. Era Bernardo Neustadt, que lo estaba sacando al aire a través de su programa radial. Entre ellos había nacido una corriente de mutua simpatía en la noche del 30 de octubre de 1994, cuando el conductor llenó el Luna Park de uniformados bonaerenses y de la Federal, bajo la consigna: "Derechos humanos para la policía".

La relación entre ambos fue prosperando; Bernie no perdía ocasión para ponderar al secretario de Seguridad y éste satisfacía la requisitoria periodística del otro a la hora que fuera.

Esa vez, con tono distendido, declaró: -La verdadera seguridad no nace del armamento, sino del día en que mejore la relación de confianza entre la comunidad y su policía. En eso, Bernardo, estamos trabajando. .

Hacía ya tiempo que, por todos los medios a su alcance, venía afirmando más o menos lo mismo. Pero en aquella ocasión, sus palabras tuvieron una resonancia diferente: horas después, se produciría en La Plata la represión más virulenta desde el fin de la dictadura. Era la mañana del 20 de febrero de 1996 y mientras Piotti y Neustadt departían gentilmente en el éter, policías de civil abordo de autos sin patente recorrían distintos puntos de la ciudad de "La noche de los lápices" deteniendo ciudadanos con una única consigna: que fueran "sospechosos". Las "tareas de prevención", como las llamarían luego Duhalde y Piotti, tenían como objetivo detener la manifestación de protesta estudiantil contra la asamblea que buscaba aprobar la Ley de Educación, programada para ese día.

A media mañana, los jóvenes concentrados se contaban por miles. Un vallado de uniformados les impedía el paso. Indignados, los manifestantes intentaron forzarlo y fueron reprimidos con violencia. Los incidentes y los detenidos se multiplicaron. Poco después, frente al edificio de la temible Guardia de Infantería, los estudiantes se reagruparon para exigir la libertad de sus compañeros presos. La irrupción policial fue lo más parecido a una emboscada y uno de los costados del bosque platense se convirtió en una nueva sucursal del infierno.

Entre la humareda de los gases lacrimógenos emergió un uniformado corpulento y cincuentón que disparaba una escopeta sin dejar de gritar órdenes. Era el comisario inspector Julio Sáez Saralegui, jefe de la Guardia de Infantería, poco antes trasladado desde la dura Comisaría 98.

El pico más violento tuvo lugar, justamente, en los alrededores del cuartel. Allí fue atacado un equipo periodístico de Telefé y el camarógrafo de Canal 13, Hernán Ramos, recibió seis balazos de goma en las piernas, gatillados por dos policías que intentaban impedir que filmara la brutal represión.

El saldo fue de 237 detenidos, muchos de los cuales nada tenían que ver con la marcha estudiantil, y diez heridos. Entre estos estuvo Hebe de Bonafini, presidenta de Madres de Plaza de Mayo, quien recibió un cascotazo arrojado por un policía de civil. La imagen televisada de su sangre sobre el pañuelo blanco se convirtió en el ícono de la jornada. Para justificar el horror, Klodczyk culpó a Bonafini, y la Jefatura difundió un comunicado en el cual resaltaban dos palabras: "errores" y "excesos". Al final del día, el Gobernador bendijo la metodología aplicada por la policía, elogiando "la firmeza y el extraordinario accionar de sus hombres".

Duhalde había mostrado sus garras para advertir a los bonaerenses que no toleraría

estallidos de ninguna clase. y los Patas Negras vibraban al compás de un febrero negro. Al día siguiente de la represión estudiantil, dos efectivos de la Brigada de San Martín mataron a balazos al cabo Gustavo Hernández, de la Comisaría 18 de Merlo. El motivo fue absurdo: lo habían confundido con un ladrón.

El jueves 22, otro policía mató aun hombre que viajaba a bordo de un viejo Torino. El tiro atravesó la luneta para incrustarse en el cráneo de Raúl Roldán, que llevaba a su pequeña hija enferma al hospital Fiorito, en Avellaneda.

El agente Hugo Salazar, un simple policía de tránsito con dos años de servicio, desenfundó el arma porque "el auto iba a toda velocidad".

-Ustedes tienen la culpa por no sacar el pañuelo blanco por la ventanilla, en señal de emergencia -le dijo a la viuda uno de los policías.

La noticia llegó a oídos del secretario de Seguridad esa misma noche. Mariano Grondona lo había invitado para el último bloque de *Hora*

Clave y Alberto Piotti estaba aún en la sala de maquillaje del canal. Su rostro, que había adquirido una apariencia laxa por efecto de los polvos y el colorete, se volvió a crispar y, súbitamente, salió disparado de la emisora, junto a su comitiva de once asesores.

Fue vano el intento de los productores del programa por detenerlos. Nadie entendía nada. En el piso, Grondona quedó perplejo; el funcionario lo había dejado literalmente plantado. Minutos después, estando a dos cuadras del canal, la voz de Piotti salió al aire a través de un celular, fingiendo hablar desde su despacho en La Plata. Fue una comunicación breve: el secretario sólo pudo balbucear algunas frases de circunstancia y cortó. Pero sus ojos no dejaron de mirar el rostro desconcertado de Grondona en la diminuta pantalla que había en el tablero de su Traffic Ejecutiva. Seguía maquillado.

En sólo un puñado de horas, La Bonaerense había consumado cuatro de las variantes de la llamada "brutalidad policial": reprimir desde las sombras, disparar indiscriminadamente contra la multitud, confundir aun inocente -en este caso, también policía con un asaltante y, por último, paralizar de un tiro lo que para los uniformados era una persecución.

II

"La policía de la provincia de Buenos Aires mata por la espalda. Sus hombres, aparentemente disciplinados, entran en componendas con la delincuencia, se ensañan con los débiles y han llegado a la perfección del matonismo. Incomprensiblemente, no sienten vergüenza de ser señalados de ladrones, cobardes y asesinos por la población."

Tajante como el filo de una guillotina, el párrafo precedente no alude a tiempos actuales; por el contrario, fue extractado de una investigación publicada en la revista *7 Días*, a mediados de 1965.

Eran los albores de la "policía brava". Por ese entonces corría lo que se dio en llamar "la época de oro de la delincuencia argentina". Paradigmas del hampa como el Pichón Laginestra, Lacho Pardo y el Loco Prieto, habían inaugurado a sangre y fuego un novedoso modelo de bandolerismo urbano. Ninguno de sus golpes estuvo exento de una calculada planificación y su estilo fue precursor de la ahora difundida modalidad "tipo comando". Pero los uniformados se pusieron rápidamente a la altura de las circunstancias. Por primera vez, grupos especiales de policías comenzaron a circular sistemáticamente vestidos "de paisano", batiendo tugurios y mezclando su solapada identidad con los habitantes del fondo social.

y no tardaron en rebasar los límites. Mientras su guerra con el hampa transcurría en escenarios casi ocultos, sobre la superficie comenzó a florecer una variada gama de tropelías que, para la época, resultaron alarmantes.

Durante la Nochebuena de 1965, en un descampado de la ribera de Quilmes, apareció el

cadáver de Nazareno (el Sapo) Vidal, un ladrón de poca monta. El parte policial habló de "tiroteo", pero la intromisión sorpresiva de un juez pudo constatar que el finado tenía las muñecas atadas con alambre y un tiro en la nuca. Se trataba de un "ajuste".

Por ese hecho quedó al descubierto el Turco Abraham, un sargento de La Bonaerense que pasó a la historia como un verdadero pionero; llegó a tallar en la culata de su pistola treinta y dos muescas. Eran maleantes que no cumplieron a término con los impuestos.

En esos días, las cuentas saldadas con fusilamientos empezaron a proliferar, y también, claro, sus ejecutores: policías que habían comenzado a tejer una intrincada trama de actividades ilícitas.

El gobernador radical Anselmo Marini ideó entonces una solución temeraria: anunció "una suerte de golpe de Estado" en la Jefatura y puso al frente de La Bonaerense al abogado Juan José López Aguirre, el único civil en toda la historia que encabezó la policía provincial.

Bajo la premisa de "humanizar la Fuerza", el funcionario articuló un proceso aún más amenazante: no sólo fue incapaz de encausar la disciplina de los Patas Negras, sino que su propia presencia añadía otro punto de fricción. El hecho de que un civil estuviese al frente de la cúpula constituía para los uniformados una verdadera afrenta.

El breve mando radical sobre La Bonaerense desembocó en una situación tensa y, por momentos, insostenible. Las rebeliones policiales comenzaron a ser cada vez más frecuentes. Era un secreto a voces que la Fuerza no respondía al mando civil. El punto más álgido de la desobediencia tuvo lugar en el anochecer del 21 de noviembre, cuando un grupo de policías de uniforme baleó el frente del Congreso de la Nación.

El intento civil de gobernar a la policía concluyó abruptamente en junio del año siguiente, cuando el tragicómico general Juan Carlos Onganía anunciaba al país que los militares habían vuelto a tomar las riendas del poder.

A partir de ese instante comenzó a delinear el perfil que, en los años '70, luciría la policía del general genocida Ramón Camps: "gatillo fácil" indiscriminado, picana, rapiña y abuso del poder como sistema.

Dos décadas después de la gestión de López Aguirre, también bajo el imperio de otro gobierno radical -en este caso el de Alejandro Armendáriz-, las estadísticas causaban escalofrío: sólo en el término de noventa días esa misma policía llevaba "muertos en tiroteos" a 103 "maleantes".

En esa época se produjo la Matanza de Budge: cuatro muchachos muertos a mansalva por un trío de suboficiales pertenecientes a la comisaría local. El caso fue emblemático y tuvo todos los ingredientes de un estilo: la puesta en escena de un tiroteo apócrifo, que no descuidó detalles como colocar armas ("perros", como se les dice en la jerga) junto a los cadáveres.

No menos emblemático fue quien encabezó esa dotación: el sargento Ramón Balmaceda, cuyo rostro de granito hacía recordar a una escultura precolombina. En el juicio oral al que fue sometido, cuando el fiscal señaló que los disparos fueron efectuados a corta distancia, porque los orificios en los cadáveres tenían aureolas de pólvora alrededor, el acusado fríamente contestó:

-Sí. Fue para asegurar la puntería. Balmaceda fue condenado a seis años y medio pero, tras ocho meses de prisión efectiva, una apelación lo puso nuevamente en la calle.

Diez años más tarde, La Bonaerense se convirtió en un ejército formidable, cuya estructura, sin embargo sigue lejos de cumplir su cometido: siete de cada diez homicidios no se esclarecen nunca, mientras que los muertos en manos de la Policía representan el 21 por ciento del total de homicidios cometidos en el territorio provincial.

"Entre 1991 y 1995 la producción de muertes a manos policiales se duplicó respecto al

lustro anterior, llegando a representar el 16 por ciento del total de homicidios cometidos en el Conurbano. Pero en ese 1995 la cifra trepó aun escalofriante 25 por ciento. El aumento no se compadece ni por asomo con el que pueda haber sufrido la actividad delictiva", señaló el periodista Anilcar Romero.

El sesenta por ciento de las víctimas de los uniformados son menores de veinticinco años. El "gatillo fácil" es tal vez el único delito policial cometido sin fines de lucro. Entre las causas de su auge se destacan el escaso entrenamiento de los uniformados en el uso de las armas y las presiones del cuerpo y de buena parte de la sociedad, comenzando por las emanadas desde el gobierno.

"Hay valores aceptados por la Institución y por sectores civiles que llevan a estimar como un buen policía a quien tiene los calabozos llenos y es capaz de reprimir la delincuencia común aun a costa de la tortura y la muerte", sostiene un informe del Centro de Estudios Legales y Sociales.

Esa cultura posee su propia galería de próceres. El comisario Evaristo Meneses, cuya nariz arrellanada y sus dos Ballester Molina al cinto delinearon un prototipo tan venerado como el del Malevo Ferreyra, quien con su estilo *western* sublevó a los uniformados tucumanos e inspiró, incluso, canciones en su honor.

El subcomisario Luis Patti, verdadero discípulo de la escuela "dura", no tuvo ningún empacho en marcar las diferencias:

-Que digan que participé en la lucha contra la subversión, que digan que soy un torturador; yo no lo niego. Pero no me acusen de chorro y de corrupto -dijo a la revista *Noticias*.

Abanderados de la "mano dura", como Bernardo Neustadt, Eduardo Duhalde o Carlos Menem, por ejemplo, alimentan constantemente esta situación. Exitos electorales como el del subcomisario que gobierna Escobar o el del general Domingo Bussi se apoyan en aquella concepción.

El informe del CELS destaca que el 81 por ciento de las víctimas civiles fueron objeto de "un uso excesivo de la fuerza" y, en algunos casos, de "ejecuciones sumarísimas". : La cultura policial incluye "salir de fierros"; en otras palabras, lanzarse a la cacería de gente sospechable de algún delito, lo que el penalista Elías Neuman definió como una "pena de muerte extrajudicial".

Según él, esas ejecuciones "no tienen acusación ni defensa. Es sumarísima y lo llevan acabo ciertos grupos policiales, casi siempre, contra gente de abajo. Ahora se ha amplificado a otro tipo de muertes evitables. Son los chicos los sentenciados para morir". Tempranamente, la difusión pública de la muerte de Sergio Durán, de 17 años, fue una muestra de lo que estaba ocurriendo. El hecho ocurrió el 6 de agosto de 1992, cuando un grupo de policías de la Comisaría 1 a de Morón lo detuvo por averiguación de antecedentes.

Horas después, el cadáver de Durán fue llevado al hospital Fiorito; tenía moretones y huellas del paso de la electricidad por todo el cuerpo, sus testículos estaban en carne viva, tenía partido el labio y las uñas de los pies desencarnados.

El subinspector Jorge Fernández, uno de las cuatro acusados del hecho, admitió que "es normal sacar a los presos de la celda para tranquilizarlos".

En esa época, la unidad regional a la que pertenece la seccional involucrada en el asesinato estaba a cargo nada menos que del comisario Domingo Lugos -Pinocho para los amigos-, y el segundo jefe era el comisario Adolfo Vitelli.

Según la Comisión de Familiares de Víctimas Indefensas (COFAVI), desde la época de la muerte de Sergio Durán existen otras 350 denuncias por graves abusos policiales, incluyendo violación de menores y desaparecidos. Pero sólo en diez casos hubo condena judicial.

Entre los desaparecidos, está el caso de Miguel Bru. Días antes de la tragedia, este estudiante de periodismo de 23 años había hecho una denuncia por "abuso de autoridad" contra efectivos de la Comisaría 98 de La Plata. El motivo fue un allanamiento ilegal. Pero esa causa no prosperaría; el 17 de agosto de 1993 el chico se esfumó de la faz de la tierra. Algunos detenidos en esa misma seccional afirmaron haber oído los alaridos del estudiante en una habitación contigua a los calabozos. Su cuerpo nunca fue hallado.

En esos días, el descontrol absoluto de la seguridad en la provincia comenzó a desgastar la gestión del entonces secretario de Seguridad, Eduardo Pettigiani. " A cualquiera que ingrese a la provincia le pueden reventar la cabeza de un tiro tranquilamente", fue el comentario del ex Tacuara; algo que sonó casi como una advertencia.

Ello de enero de 1994, los efectivos de la Brigada de Investigaciones de Lanús le dieron la razón. La Masacre de Wilde marcó un hito en esa vieja costumbre de matar.

Alrededor de las tres de la tarde, una sinfonía de sirenas, gritos, chirridos de neumáticos y tiros sacudieron la calma chicha de la siesta lugareña: un Peugeot 505 amarillo y un Dodge 1500 celeste habían sido interceptados por cinco móviles de la Brigada de Lanús, tras una trepidante persecución.

El resultado fue devastador. En cuestión de segundos, ambos vehículos adquirieron aspecto de queso *gruyere*: la carrocería del Peugeot tenía cuarenta orificios de bala, y la del Dodge, otros tantos. En total, hubo 239 disparos. Pero fue un tiroteo unilateral: las balas silbaban hacia un solo lado.

Los policías no tardaron en descubrir que habían metido la pata hasta el caracú.

A poco de comenzar la persecución, una congestión de tránsito permitió a uno de los vehículos, el celeste, eludir por un momento el cerco policial. Pero el movimiento sólo fue advertido por los ocupantes de uno de los autos policiales que, desviándose, logró detener a sus presas a diez cuadras de allí. Los delincuentes salvaron el pellejo porque en ese lugar había demasiados testigos.

El Dodge que resultó acribillado junto al Peugeot era, en realidad, otro auto, idéntico al que prolongara su huida por una cuadras. Su único ocupante, el librero Edgardo Cicuttín, había cometido el pecado de ser confundido y murió antes de poder aclarar la situación.

En el auto amarillo yacía el remisero Norberto Corbo y sus pasajeros Héctor Bielsa y Gustavo Mendoza. Los Patas Negras hicieron lo de siempre: confundir pruebas, sembrar armas, embarullar la instrucción. Cuando las evidencias de todos modos los incriminaron, atribuyeron la masacre a "un lamentable error". Pero los familiares de las víctimas insistieron en que los cuatro hombres fueron asesinados "con alevosía". y por ese lado iba la jueza Silvia González cuando ordenó detener a once policías.

-Se sabe que Enrique Bielsa era informante de algunos policías en el tema de drogas. Algo debió haber hecho mal y llegó la orden de borrarlo -reveló el padre del remisero muerto. Fuentes judiciales señalaron entonces que lo de Wilde había sido el resultado de un "ajuste". Las versiones sostuvieron que Bielsa y Mendoza eran dos narcotraficantes de la zona Sur, que pagaban el habitual "peaje" a los hombres del comisario Juan José Ribelli, jefe de Operaciones de la Brigada.

Algo parece haber dejado de funcionar en la relación. Algunas versiones apuntaban que la suma que el Patrón exigía a los narcos era demasiado elevada y estos habrían dejado de pagar. El incumplimiento de las "cuotas" habría sellado el final de sus vidas.

En el momento de morir, Bielsa y Mendoza se dirigían hacia Punta Indio, donde investigaciones posteriores habrían detectado un centro de distribución mayorista de cocaína, llegada por vía fluvial desde el Tigre. Según algunos testigos, los dos hombres llevaban consigo un portafolios, que posiblemente contuviera dinero y que, misteriosamente, desapareció.

De los once autores de la matanza mandados a detener por la Justicia, diez fueron a prisión y uno logró escapar. El suboficial Marcos Rodríguez aún hoy está prófugo y las sospechas por su fuga recayeron sobre el propio: Ribelli. Urgentes planes procesales habrían empujado al comisario a digitar la huida de su hombre.

Rodríguez, que participó en el hecho estando en "disponibilidad", se convirtió en el emergente depositario de la culpa grupal. Sus compañeros insistieron en achacarle la autoría total del hecho; llegaron a sugerir que los disparos que precipitaron la tragedia salieron únicamente de su arma.

Su doble condición de prófugo y chivo expiatorio lo tornó peligroso hasta para sus propios compañeros. y la forma más expeditiva de impedir que cayera en manos de la Justicia consistió en tratar de callarlo para siempre.

Dado que muchos policías con pedido de captura suelen refugiarse en sus hogares, se creyó que él estaría en el suyo. Rodríguez vivía en una calle de Wilde donde todos los chalecitos de su cuadra son iguales. Hasta allí fue una "patota" de por lo menos tres tipos.

Llegaron de madrugada. Estaba oscuro. No obstante, reconocieron a su víctima:

-¡Ese es el yuta! -gritó uno de los inesperados visitantes. Se escucharon dos disparos y luego, nuevamente el silencio. Fue otra equivocación garrafal.

Los agresores se habían confundido de casa y, en realidad, entraron en la de un vecino. Se trataba de un estudiante de Derecho de contextura física similar a la del policía. Un balazo le atravesó la pierna y otro lo hirió en la cara, arrasando con su ojo derecho.

A los pocos días, mientras se reponía de sus heridas, se enteró de que Rodríguez era buscado por la masacre de Wilde y comprendió que era a él a quien realmente habían querido matar.

Pero el hecho recién salió a la luz tres años después, cuando el vecino de Rodríguez, aún no recuperado del susto, se conectó con el equipo de abogados que patrocina a los familiares de los muertos. De Marcos Rodríguez, a quien la Cámara de Lomas sobreseyó en ausencia, nunca más se supo nada.

El escándalo por aquel cuádruple homicidio fue la trágica bienvenida con que La Bonaerense recibió al nuevo secretario de Seguridad, Alberto Piotti.

Los tiempos de su antecesor, Eduardo Pettigiani, se habían agotado tras el lapidario informe del Departamento de Estado norteamericano y otra muerte, a manos de una patrulla de San Vicente: esta vez la del joven Walter Galeano, cuyo cadáver había sido encontrado en los primeros días de enero.

No menos frecuentes son los hechos fatales provocados por policías solitarios, generalmente de franco. El reglamento interno de la Fuerza obliga a sus efectivos a ir armados aun cuando no estén de servicio.

Esta práctica es contraproducente hasta para la misma policía: en 1996, de los veinticuatro efectivos muertos en enfrentamientos, sólo seis estaban de servicio. Casi la mitad de los tiroteos son protagonizados por policías de franco.

A esto se debe sumar la falta de preparación del personal policial: los agentes de La Bonaerense sólo tienen tres meses de entrenamiento para salir a la calle manejando un arma. Por otra parte, numerosos testimonios dan cuenta del escaso cumplimiento real que tienen los cursos de capacitación y las prácticas de tiro, supuestamente obligatorios.

Esa falla en el aprendizaje del oficio propicia un tercer segmento: la de quienes tuvieron la escasa fortuna de estar en la línea de fuego de un enfrentamiento.

Ese fue el caso de Sergio Schiavini, atravesado por un proyectil policial al ser tomado de rehén por una banda que se tiroteó con la dotación de nueve patrulleros. El hecho ocurrió el 12 de agosto de 1992, en la confitería Dalí, de Lomas de Zamora. Su cadáver quedó tendido junto al de los asaltantes, en medio de las setecientas cápsulas servidas durante la

refriega.

Ese año, según un informe de la Coordinadora Contra la Represión Policial e Institucional (CORREPI), el número de víctimas fatales de La Bonaerense llegó a 94, todo un récord frente a los 70 del año siguiente y los 82 de 1994. Pero fue en 1995 cuando la virulencia uniformada llegó a su cenit: 123 muertos. En 1996, por su parte, la policía sembró un tendal de 109 víctimas.

III

Al filo de la tarde del 2 de marzo de 1996, el adolescente Christian Campos subió a un patrullero con los brazos esposados por la espalda. Tenía pelo largo, mirada aindiada y era descomunadamente alto para sus 16 años; además, lucía un tatuaje con la imagen de una daga envuelta por una serpiente que, en el lunfardo "tumbero", significa "odio a la policía". Lo habían levantado en el barrio Centenario, de Mar del Plata, una suerte de Bronx local. Allí también vivía el sargento Eduardo Jurado, uno de sus captores. Ambos se conocían; no era la primera vez que el suboficial se lo llevaba detenido.

En el primer tramo del viaje, el chico sólo sintió fastidio ante la perspectiva de las horas de calabozo que tendría que pasar. Recién empezó a sospechar el cambio de recorrido cuando se aproximaron al monte Ronner, un basural que está a espaldas del autódromo y que durante la dictadura se utilizó para fusilar detenidos. y en medio de toda una constelación de hechos aberrantes, los responsables políticos de la provincia parecieron descubrir las violaciones que a manos de La Bonaerense padecían sus habitantes.

El comisario Klodczyk separó de sus filas al tercer hombre en la línea jerárquica de la Institución: el titular de la Dirección General de Seguridad, comisario Rolando Roblero. También fueron desplazados los jefes del Comando de Patrullas Bonaerenses de Mar del Plata, Raúl Montero Lacasa y Néstor Rodríguez.

Los coletazos de la represión en La Plata también alcanzaron al segundo jefe de la Dirección General de Seguridad, Domingo Lugos, y al titular de la Dirección de Personal, Juan Carlos Amengual. El Vasco Sáez Saralegui quedó en "disponibilidad preventiva". El vicegobernador Rafael Romá, que imprevisiblemente pasó a ser el encargado de controlar al secretario de Seguridad para que instrumentara ala brevedad una política policial más *light*, accedió a los micrófonos con el siguiente mensaje:

-La Policía tiene que autodepurarse. Estamos viviendo un duro pico de violencia.

Sin embargo, Duhalde hizo caso omiso al reclamo de un giro profundo en su "política de seguridad" y el recambio de sus conductores. Unilateral para aplicar la "mano dura", las cabezas de Klodczyk y Piotti no llegaron a rodar, lo que constituía un milagro.

En algunos casos, incluso los relevos, lejos de implicar la separación de sus protagonistas, se convirtieron en un trampolín hacia el ascenso. Fue el caso del Pinocho Lugos quien, tras ser reemplazado por el comisario Adolfo Vitelli, pasó a la Dirección de Ciencia y Técnica. Medio año después, ambos serían promovidos a jefe y subjefe de la Fuerza, respectivamente, luego de ser propuestos a Duhalde por Pedro Klodczyk, mientras que Amengual pasó a integrar el equipo especial que asesora a Eduardo De Lázzari.

En tanto, frente a la escalada de violencia policial, los senadores provinciales de la UCR reclamaron extender aun año los cursos de instrucción de los futuros policías y la realización "urgente, periódica y regular de exámenes psicofísicos a la totalidad del personal".

El Frepaso también presentó un proyecto para incorporar a la Ley Orgánica de La Bonaerense el Código de Ética Policial de las Naciones Unidas.

La avalancha de muertes a manos policiales había provocado un clima inquietante en la clase política. "Los jóvenes le temen a la policía", afirmaba el entonces senador Fernando

De la Rúa, mientras que el diputado del Frepaso Juan Pablo Cafiero era aún más tajante: "La policía no está entrenada para portar armas".

El auge del "gatillo fácil" estaba en boca de todos. Para colmo, en esos días se produjo en Dolores la muerte del joven nutriero Cristian Cicovicci, asesinado por negarse a dar al oficial Oscar Cuello los cueros que había juntado para pagar la luz de su casa.

Millones vieron por televisión a la multitud enardecida embistiendo sobre la Alcaldía de Dolores para linchar a los policías autores del hecho.

La Jefatura, ante el desprestigio creciente, comenzó a inclinarse por una solución, digamos, pedagógica: mediante la implementación de cursos especiales esperaba revertir el descontrol de sus hombres.

El 25 de marzo, tras una tensa reunión mantenida en el despacho del , Gobernador, su jefe de Policía y el secretario de Seguridad se retiraron t con una orden precisa: organizar las clases.

Cinco días después, comenzó el ciclo lectivo; jefes, oficiales, suboficiales y tropa, todos en sus asientos cual aplicados escolares, aguardaron las palabras del "comisario profesor".

Los cursos se dictaron en las dieciocho unidades regionales y el propósito era reducir los casos de brutalidad policíaca.

En el Comando de Patrullas de Pilar, hacinados en un gálpón, más de 200 uniformados tomaban sus apuntes. Al frente de la inmensa aula estaba nada menos que el comisario Domingo Lugo; con voz pausada y cadenciosa trató de que sus palabras quedaran grabadas en la memoria del auditorio.

-Se busca reafirmar los conocimientos que el policía adquirió en la instrucción, haciendo hincapié en el correcto uso del arma y de la fuerza, en caso de una detención.

Los alumnos, sin embargo, fueron aplazados en sus trabajos prácticos: en lo que faltaba para terminar el año, sus pistolas alimentarían alas parcas con la vida de otras 76 personas. Ante el panorama, Pedro Klodczyk, "El mejor jefe de la historia", apeló a la comprensión, ejemplificando con un episodio de propia experiencia ocurrido en 1989, dos años antes de asumir la Jefatura:

-Hay que estar en el lugar. Una vez le descargué una pistola 45 a un tipo en pleno centro de Quilmes, a media tarde, con la calle repleta de gente. Todavía no sé cómo no maté a ninguno de los que pasaban. Y eso que ya era un tipo grande, eh, comisario inspector, jefe de la Brigada de Investigaciones. Pero me apretaron en la calle con una 9 mm para robarme, me pedían las llaves del auto y me puse como loco... Hay momentos en que uno pierde el equilibrio.

y las víctimas, la vertical.

EL MILLONARIO

En marzo de 1995 el país estaba lanzado en la recta final de las elecciones presidenciales y el oficialismo no despreciaba ningún escenario para hacer campaña. Ni siquiera el entierro de Carlos Menem hijo. Ocho días antes de ese trágico suceso, exactamente el martes 7 a las 9:45, la Policía Bonaerense plantó bandera en el desolado paisaje catamarqueño para coronar el que hasta entonces era el mayor decomiso de cocaína de la historia argentina: la Operación Café Blanco.

Nada menos que 1.030 kilos con el águila rampante de las motos Harley Davidson estampada en el envoltorio de cada uno de los cien paquetes capturados: el sello del Cartel de Cali. Junto a ellos cayeron diez colombianos, equipos de comunicaciones, armas de guerra y hasta el avión utilizado para recorrer sin escalas los seis mil kilómetros que separan a la pequeña localidad de Leticia -en el sur de Colombia del campo Los Ucles, cerca del pueblo de Recreo, en el noreste de Catamarca.

Parecía de película. La tierra de los Saadi, tantas veces denunciada como epicentro de los nunca detectados aterrizajes narcos, fue esa vez el escenario al que se subió la plana mayor del poder bonaerense: el gobernador Eduardo Duhalde y su esposa Chiche, Piotti, Klodczyk, el juez federal de San Martín Alberto Suares Araujo y los "mimados" de la División Narcotráfico Norte, entre muchos otros.

Mientras esto ocurría, Carlos Menem se enganchaba en el festejo al que nadie lo había invitado: "Hace dos años que trabajábamos en esta pista", dijo, mientras el gobernador cordobés Eduardo Angeloz -en cuya provincia se había efectuado parte del operativo- pataleaba porque nadie le había dado una vela en ese entierro. Pero el héroe de la jornada era el hombrecito retacón y rechoncho de enorme papada y voz aflautada, que movileros y cronistas de policiales conocían de memoria: el comisario Mario Naldi, el Gordo. Empapado en sudor, ancho como nunca, con su Magnum 357 colgando de la Sobaquera, había resurgido de las cenizas para volver a convertirse en el centro de cámaras y flashes.

Su alegría era doble. El operativo no sólo había llegado a buen puerto: él había logrado conservar el timón que, a último momento, varios quisieron arrebatarle. En primer lugar -y luego de un áspero "intercambio de palabras" con Klodczyk- logró evitar la injerencia del Ejército; a cuyo titular el Jefe había pedido un batallón de auxilio, temeroso de que la cosa se le fuera de las manos al comisario.

Ya sobre el terreno ya la espera de las cámaras de Canal 9, Naldi conminó al jefe de la DEA en la Argentina, Terry Parham, a cambiar la gorra que llevaba puesta por otra, también de beisbolista, pero de La Bonaerense. Pero lo más peliagudo había sido el inesperado "golpe" de los muchachos de la SIDE, sus aliados. Es que, ansiosos por asegurarse un rédito que justificara la millonaria inversión efectuada en el caso, los hombres de Anzorreguy pusieron en peligro el éxito mismo del operativo.

No sólo habían desparramado durante toda la semana y en todas las redacciones de Buenos Aires que ese domingo se llevaría a cabo un importante procedimiento "antidrogas". El lunes ó se produjo la detención del grupo narco que se encontraba en la casa de Ascochinga, en Córdoba, que la banda utilizaba como base. Pero la ofensiva final sobre el campo donde estaban la droga y el resto de los colombianos se vio demorada hasta la mañana siguiente por una tormenta.

Los espías, sin embargo, no pudieron con su ansiedad y esa misma noche radios y canales informaban al país los detalles de un operativo que se encontraba en pleno desarrollo. Pocas veces la añeja disputa entre la "comunidad de Inteligencia" argentina alcanzó ribetes de tan dramática idiotez.

-Decí que los tipos estaban cansados y se fueron a dormir ...Mirá si al otro día llegábamos y no encontrábamos nada --comentó Naldi cuando el susto pasó. Entonces el comisario se dedicó a contar a los medios acerca de la infaltable llamada inicial de una tal "María" auno de sus hombres de la Brigada de San Martín, de las etapas y algunos detalles de los dos años que había durado la investigación, del cinematográfico "copamiento" de Recreo, de la osadía de los pilotos colombianos y la peligrosidad de los narcos detenidos, del "indispensable aporte" efectuado por la SIDE y del destino de exportación que tenía el cargamento También se explayó sobre el "apoyo prescindente" brindado por la DEA, a la cual--según las autoridades provinciales y el propio juez de la causa--se le había notificado "en la última fase de la operación".

Sin quitarle un gramo al logro de los Patas Negras en un tema tan sensible como el del combate contra el tráfico de drogas, la prensa no encontró respuestas convincentes a dos grandes puntos poco claros de la operación.

El primero de ellos surgió de los datos iniciales aportados sobre la cantidad de droga incautada: 800, 1.000, 1.800 kilos, según la fuente consultada por cada medio de comunicación. Las diferencias eran sustantivas y la conmovedora versión dada por la Jefatura resultaba difícil de digerir: "Lo que pasa es que en Catamarca no teníamos balanza de precisión y la cosa se hizo un poco a ojo".

El otro punto no era menor: la necesaria conexión local no sólo no aparecía en ningún relato sino que el propio Suares Araujo lisa y llanamente la negó:

-No está comprobado que haya argentinos implicados. El jefe de la célula colombiana traía su propia gente porque no confiaba en personas argentinas. Por el momento, ningún argentino figura en la causa --dijo, el miércoles 8.

Al día siguiente, el magistrado, un hombre regordete y poco amigo de los grabadores, volvió sobre sus palabras:

-Hay algunos sospechosos, pero tenemos que evaluar bien si realmente están metidos en esto.

Horas más tarde, el propio Naldi admitía la existencia de un prófugo al que en un principio se otorgó nacionalidad uruguaya pero luego resultó ser "el" contacto argentino de la banda: Mario César Alvarez (a) "el Gallego". Para entonces se hablaba ya de otro prófugo, el fantasmal Alvaro, de quien ni siquiera se sabía su nacionalidad.

Costaba creer que aun sabueso avezado como el Gordo, que según él había seguido los pasos de los narcos colombianos desde marzo de 1993, detectado sus madrigueras y escuchado sus conversaciones, se le hubiesen escapado *todos* los argentinos en cuestión:

-Se nos complicó un poco la cosa, ¿sabés? --decía en tono cómplice-. En la primera etapa habíamos descubierto un vínculo argentino, pero después no volvieron a aparecer. Al final, tuvimos miedo de que se avivaran los colombianos...

El domicilio de Alvarez fue allanado recién dos días después del operativo catamarqueño, con obvio resultado "negativo". Pero el 17 de marzo, los hombres de Naldi detuvieron en el pueblo de Frías, en Santiago del Estero, a Guillermo Ricardo Sosa, piloto civil del Aero Club local, un cincuentón que se las rebuscaba fumigando campos, sacando fotos para diarios como *La Gaceta* de Tucumán y *La Nación* y transportando gente en su avioneta.

Al tipo, que se hallaba durmiendo la sagrada siesta en su casa cuando lo apresaron y terminó expuesto ante todos los flashes antes de trasladarlo al juzgado de San Martín, le habían secuestrado "un moderno equipo satelital con el que orientaba a los narcotraficantes en el aterrizaje".

Tan seguro estaba Naldi de su presa que veinticuatro horas antes de que Suares Araujo le dictara la prisión preventiva, él ya la había anunciado a todos los medios.

Según el Gordo, Sosa era una de las "cerca de diez personas" sobre cuyos pasos andaban sus hombres y, poniéndose por una vez en sintonía con el jefe de sus pesquisas, Suares Araujo afirmó:

-Hay varias personas con orden de captura vinculadas a la conexión argentina.

II

El 22 de marzo, Eduardo Duhalde presidió el acto en el cual fueron condecorados por su participación en Café Blanco veintidós oficiales de La Bonaerense, con Naldi a la cabeza. Piotti consiguió sumar ala condecoración el ascenso y el Gordo se convirtió en comisario mayor.

Horas después, el Gobernador inició la quema de la tonelada de cocaína guardada hasta entonces en la bóveda de "su" Banco Provincia, transportada hasta el cementerio de la Chacarita en medio de un impresionante despliegue de vehículos y Patas Negras. Duhalde remarcaba así su paternidad sobre el disputado operativo.

Con la premura, el mandatario provincial buscaba diferenciarse del habitual incumplimiento de los términos legales para la incineración de los estupefacientes en que suele incurrir la Justicia argentina. Los 586 kilos de la Operación Langostino, culminada en 1988, habían permanecido "en custodia" dos largos años, dando pie a todas las sospechas.

Duhalde, Naldi y toda la comitiva oficial se retiró poco después de iniciada la quema, que duró horas. Si se hubieran quedado, podrían haberse percatado de la maniobra de tres pícaros suboficiales de La Bonaerense.

Aprovechando el relajamiento que tantas horas de insalubre plantón provocaron en sus jefes, los tres Patas Negras abrieron uno de los camiones depositados en el sector del crematorio, levantaron con esfuerzo el cadáver que se encontraba adentro y escondieron debajo del cuerpo dos kilos de cocaína.

Los oportunistas sabían que esa noche no podrían llevarse el botín y por eso decidieron dejarlo a buen recaudo; dos de ellos regresarían al día siguiente con alguna excusa y se lo llevarían para comercializarlo a través de cualquiera de los punteros que suelen proteger los policías.

A ninguno se le ocurrió pensar que todos los féretros que se hallaban en el lugar tenían por destino las llamas. Hasta que, al otro día, comprobaron que sus paquetitos habían corrido la misma ígnea suerte que los otros noventa y ocho.

Desolados, regresaron al trabajo culpándose de su mutua estupidez.

III

A los 48 años y con más de treinta como policía, Mario Eduardo Naldi no es un tipo querido dentro de La Bonaerense, cuyos integrantes suelen definirlo con una frase que lo lastima: "Más solo que Naldi en el día del cumpleaños". La chicana, que el Gordo atribuye aun colega "que siempre llegó tarde a todas partes" y a la envidia de otros, no le impide considerarse "un tipo exitoso dentro de la Fuerza".

Nacido en Morón, en el seno de una familia de clase media dedicada al comercio de artículos del hogar, ingresó ala Vucetich el 28 de febrero de 1966, cuando todavía gobernaban los radicales, a los que siempre adhirió. Sus primeros destinos fueron en comisarías del noroeste del Gran Buenos Aires, para luego recalar en zona Norte, donde años después alcanzaría renombre: San Fernando, Capilla del Señor, Tigre y, sobre todo, San Martín.

Ya por entonces, el Gordo llevaba un tren de vida que distaba del de cualquier policía novato: jugaba al rugby en el club Los Matreros, andaba en auto propio y todos los veranos

viajaba a Punta del Este gracias al empleo que su padre tenía en la embajada argentina en el Uruguay.

El Ñoño, como lo llaman algunos de sus colegas, empezó por esos años su progreso económico y social, a través de las habituales actividades paralelas: vigilancias, custodias, seguros. Sus jornadas en la vigilancia de la Metalúrgica Santa Rosa le significaban un ingreso extra equivalente a "dos sueldos de la Policía". Sin embargo, según su propio racconto, ese esfuerzo nunca le permitió más que algún "lindo departamentito" en la zona de Belgrano R, "el coche, buena ropa y un buen pasar". Nada más. El gran salto, el que lo llevaría a tener una posición económica "más que holgada, holgadísima" -como dirá Klodczyk ganarse el mote de millonario que repiten s~s colegas, llegó en 1973.

Ese año se casó con MÓDica Sergio, "la hija de un empresario que tenía una fundición, de toda la vida; tuve que vivir bien, tenía propiedades, no me podía quejar", Naldi tenía 25 años y uno antes había llegado por primera vez a la Brigada de San Martín como oficial inspector.

La suerte pareció llegarle toda junta: al año siguiente, fue trasladado a la División Delitos contra la Propiedad, en Banfield, más conocida como Robos y Hurtos, para formar parte del llamado Grupo Polaris, dedicado a combatir secuestros extorsivos, su especialidad desde el '72. Llegó acompañado de los dos hombres que, para él, definen el "nosotros, dentro de la Fuerza": el Coco Rossi y Orestes Verón.

Aunque Delitos contra la Propiedad pronto se convirtió en el Pozo de Banfield, uno de los campos de concentración prohijados por Camps, Naldi tiene una explicación para todo: -A mí nunca pudieron vincularme con~l(s) dereOOos humanos, nunca me agarraron en nada -dijo, y retó a su ocasional interlocutor a encontrarlo en las listas de la CONADEP. Paradójicamente, fue desde ese destino sureño que el Ñoño comenzó a cimentar su fama. Ya asegurar su porvenir. Duro, eminentemente pragmático, audaz, aun quienes no comulgaron con su estilo sostienen que Naldi era un policía "operativamente excelente". Y al compás de los casos que resolvía, el hombre comenzó a tejer una vasta red de amistades extrapolicíacas.

En 1977 volvió a la Brigada de San Martín, encargada de la represión en el noroeste del Conurbano, esta vez como jefe de un grupo operativo. Mientras, sus amigos Rossi y Verón recalaban en otro campo de concentración, Coti Martínez, actual sede de la División Narcotráfico Norte, la misma desde la cual Naldi comandó la última etapa de la Operación Café Blanco.

La supuesta relación del comisario con Raúl Guglielminetti (a) "el Mayor Guastavino" es un secreto a voces en altas fuentes del Poder Judicial, la Policía Bonaerense, la Federal y entre una larga lista de abogados y policías de menor rango. Tanto como la vinculación de Guglielminetti con la SIDE y Narcotráfico Norte. La mayoría sitúa sus comienzos en los años finales de la dictadura.

Los más maliciosos lo vinculan, desde poco tiempo después, con Leandro Sánchez Reisse, socio de Guglielminetti con sede en Miami; dos tipos audaces. Su especialidad también eran los secuestros extorsivos.

-¿Cuándo, quién lo vio conmigo, tienen fotos? Yo no tengo ninguna relación con ese señor, y no creo que trabaje para la SIDE porque es un delincuente -respondió Naldi cada vez que le preguntaron.

Harto conocidos son los despropósitos cometidos durante el alfonsinato con sujetos de la calaña de Guglielminetti y "Lenny" Sánchez ; Reisse. !

Ambos integrantes de la troupe de Inteligencia de la dictadura, el seI gundo era el tesorero del Batallón 601, bajo el mando del ex general Car; los Suárez Mason. Reisse cobró notoriedad cuando fue detenido en Sui) za junto con otros cuatro ex represores al tratar de

costrar el rescate por el empresario Fernando Combal.

Guglielminetti, por su parte, apareció inexplicablemente en la cusi todia del presidente Raúl Alfonsín y luego se desempeñó en el Grupo Alem, un equipo de Inteligencia que aportaba al ministro del Interior Antonio Tróccoli pistas falsas en la investigación de secuestros como el de Osvaldo Sivak. . ,

Lenny escapó de Suiza y se radicó en Miami, convirtiéndose en informante de la DEA. En la Florida montó un "polirrubro": representación artística, cambio de divisas y venta de armas. Su socio era Raúl Guglielminetti.

Mientras esto ocurría en las oficinas del Ministerio del Interior, el gobernador radical Alejandro Armendáriz recreaba en La Bonaerense las divisiones de Homicidios y de Robos y Hurtos, con sede en el mismo Pozo de Banfield y destinaba allí al antiguo grupo del comisario Polaris:

¡ Naldi, Verón, Rossi y su compadre, el Tano Forgione, que se integraba ahora. -El Tano es un buen muchacho, que siempre llegó tarde -lo definió el Ñoño.

La experiencia no fue del todo feliz para los amigos, dado que en 1985 tanto Rossi como Verón se vieron envueltos en denuncias de supuesta complicidad con los secuestradores del empresario Enrique Meno~i Pescarmona. Naldi, en cambio, se ufano de haber ganado un nuevo lamlgo. Ese mismo año, al Ñoño le tocó integrar la comisión policial que viajó a Francia para arrestar a Raúl Guglielminetti por orden del juez Cardinali: un recordado papelón del Poder Judicial que en enero de 1986 llevÓ al magistrado y al fiscal de la causa, Alberto Piotti, a lamentar públicamente la forzosa liberación del extraditado Mayor Guastavino. Naldi fue a parar a la regional de Bahía Blanca primero ya la de Chascomús más tarde, típicos destinos de "castigo", según el código de los policías del Conurbano.

IV

Cuando regresó al Gran Buenos Aires, lo hizo al que ya podía considerar "su" territorio: el de la Brigada de San Martín, como subcomisario. Se había separado de su esposa y sus relaciones con la familia Sergio no quedaron en los mejores términos. De todos modos, desde finales de los años '70, Naldi había apostado sus buenas fichas a la que se convirtió en su principal actividad paralela: los seguros, con sede en San Martín 2794, en Caseros. El hombre había montado una agencia "con empleados y todo" y sus promotores desplegaban una febril actividad en ese partido y en el de Tres de Febrero, en jurisdicción de la brigada, vendiendo pólizas de aseguradoras como Occidente, La Equitativa del Plata, Excelsior o Resguardo, que más tarde se habrían extendido a la zona de Campana. Para esa época tenía también una agencia de seguridad en la misma zona, donde se movía como pez en el agua.

Los ingresos que obtenía de sus actividades paralelas y la magnificencia de amigos como Pescarmona, la familia Paolini o el ex corredor e importador de autos Jorge Cupeiro, lograron que ninguna de las fuentes consultadas notara el golpe que para su tren de vida significó su divorcio, como él mismo aflrlna.

-Mirá, yo pued9 ser un tipo cuestionado dentro de la Fuerza, pero afuera estoy lleno de amigos. Empresarios, gente importante, querido. ¿Sabés lo que es para un tipo que vos le salves la vida? La gente queda loca con vos, agradecidos para el resto de sus días. Se te abren todas las puertas, querido -dijo, mientras se llenaba la boca del aire que siempre parece faltarle y la saliva que siempre le está sobrando.

Por otra parte, se había vuelto a casar, ahora con Marisa Moretto. y con la misma buena suerte que la primera vez:

-La familia de mi señora es riquísima, querido; tiene muchos negocios, de toda la vida. Tiene muchas propiedades, acá, en el Uruguay, en la Florida, en Italia -juraba Naldi cada

vez que alguien cuestionaba su tren de vida.

Para completar SQ felicidad, un subordinado suyo, el entonces inspector Roberto Calzolaio, vecino de Beccar, le presentaría para esa época a quien sería su amigo y compañero de ruta durante el período más sonoro de su carrera: el flamante juez federal de San Isidro,

Alberto Daniel, Piotti.

-Al Piotti lo hice yo, nosotros lo inventamos, le servíamos los procedimientos, le enseñamos el oficio -le gusta decir al Ñoño.

Naldi y Piotti formaron pronto una pareja formidable, que sobrepasó en fama incluso a la que Piotti mantuvo con el Loco Rebollo. Tal vez sea cierta la enseñanza que el comisario dice haberle dado al por entonces novel magistrado; nunca menor que lo que aprendió del juez en el manejo de la imagen y las cámaras, a las que eran tan afectos.

Piratas del asfalto y secuestros extorsivos marcaron el camino. Pero el clímax llegó a partir de 1989, cuando el rápido crecimiento del doblaje de vehículos robados inundó el mercado de centenares de autos truchos o mellizos. La Bonaerense recreó entonces la División Sustracción de Automotores y puso al frente a Mario Naldi, recién ascendido a comisario. Jorge Cupeiro asumió entonces la presidencia de la Cooperadora de la División. Con su ayuda y con la de otros empresarios agradecidos, Naldi remodeló las instalaciones de la repartición de Maipú al 700. Pronto, también Cupeiro trabó una fuerte amistad con Piotti. Aunque no fuera un delito federal, juez y comisario encontraron la manera de trabajar juntos: la adulteración de los documentos de los vehículos que implicaba el doblaje les dio la excusa. Naldi conocía muy bien el tema: las aseguradoras son una parte indispensable de la nueva modalidad delictiva.

Los "desarmaderos" de la Ruta 8 fueron el escenario preferido para sus andanzas, todavía recordadas en los pasillos de los tribunales de San Isidro. El Ñoño era puntilloso en el armado de los procedimientos, esperaba la llegada de Piotti antes de comenzar cada operativo y se preocupaba por su transparencia dando aviso a los canales de televisión. Sin embargo, siempre parecía faltar algo.

Sus hombres incautaban frente a las cámaras la documentación falsa, los vehículos ilegales y detenían a los delincuentes; pero al poco tiempo muchos de ellos salían en libertad y los desarmaderos allanados comenzaban a funcionar nuevamente.

Naldi y Piotti dejaron la zona Norte casi al mismo tiempo. Su benefactor Jorge Cupeiro tenía todo arreglado para que "Súper Piotti" fuera la cara de Nueva Mayoría, el partido que el senador correntino Antonio Romero Feris lanzaba en la provincia de Buenos Aires. Pero en setiembre de 1991 Piotti renunció a la Justicia para encabezar la lista de candidatos a diputados de Eduardo Duhalde El Gordo Naldi acusó recibo del desaire pero comprendió las veleidades de la política. Más le importaba conservar su amistad con Cupeiro y conocer el nombre del reemplazante de Piotti en el juzgado.

Roberto Marquevich, antiguo compañero suyo en el club Los Matreros, fue el elegido. El Ñoño sonrió: el rugby establece lazos de amistad difíciles de olvidar.

Sin embargo, al nuevo juez federal de San Isidro no le quedó otra opción que dejar de lado los recuerdos adolescentes y cumplir con su deber: una de sus primeras medidas consistió en iniciar seis sumarios contra Mario Naldi por "irregularidades" cometidas en otros tantos procedimientos.

Marquevich sabía lo difícil que resulta probar ese tipo de delitos, pero no le quedaban dudas de la responsabilidad de Naldi.

-¿ Y? ¿Encontró pruebas? Nunca pudo probarme nada -respondió con su habitual pragmatismo el Ñoño cuando se le refrescó el tema-. A mí nunca me procesaron por un acto de servicio. Imputaciones tuve mil, pero nunca pudieron probarme nada; porque yo

soy un tipo prolijo, querido.

Marquevich tampoco aprobó la conducta de Naldi respecto del atentado sufrido por el juez Juan Makintach. Al comisario le gustaba repetir que había sido un mero intento de robo que el juez habría magnificado:

-Yo lo investigué y se lo dije. Fueron rateros. Los hombres que ingresaron a la casa de Makintach, sin embargo, preguntaron por él, no se llevaron nada y, tiempo después, uno de ellos fue detenido y condenado por "homicidio en grado de tentativa" por el juez Juan Carlos Tarsia. El decano de los magistrados sanisidrenses afirmó que se salvó fortuitamente de que lo mataran. Otro sospechoso, un custodio vinculado al cafierismo, fue asesinado a poco de recuperar su libertad.

Las presunciones de Makintach lo decidieron a pedirle a Klodczyk que separara de La Bonaerense a Naldi, a quien desacreditó públicamente.

-Déme pruebas -exigió el Jefe~ En noviembre del '91, Naldi fue trasladado a la Brigada de Investigaciones de Mercedes, con asiento en Luján; gran parte de cuyo personal era investigado por imputaciones de corrupción a raíz de un operativo trucho contra piratas del asfalto. Los "arreglos" también figuraban en el orden del día de la repartición.

El sargento Pedro Avio, que revistaba por entonces en Luján, estaba furioso porque -según sus dichos él había participado del arresto de Ernesto Laginestra, hijo de aquel famoso hampón al que apodaban "el Pichón", pero sus superiores "le arreglaron todo y lo dejaron ir a cambio de 30 mil pesos.

Laginestra operaba en la zona de San Martín, pero tenía una amante en Luján que trabajaba para él y la visitaba a menudo. De su casa lo sacó la "patota" de la Brigada, ya bajo el mando del Ñoño. Varios días después, el cadáver descompuesto de Laginestra hijo apareció en un descampado de la zona.

La amante del delincuente acusó a la Brigada; sus vecinos habían visto cuando sus efectivos se lo llevaban. La mujer denunció el asunto y una muchedumbre se agolpó frente a la Comisaría 1 a de Luján -en cuyo primer piso funcionaban los muchachos del Gordoexigiendo justicia. Se inició una investigación, durante la cual la Justicia se enteró del procedimiento anterior contra Laginestra y su inopinada liberación. También de que, luego de su último arresto, "le dieron 'máquina' hasta que se les fue; el que le daba máquina era uno al que llamaban el Vasco", según relató Avio.

-Esas cosas no se le escapan aun jefe. En general es el que dirige el interrogatorio - redondeó el sargento.

Antes de que terminara ese 1992, el comisario Mario Naldi regresó al Norte como jefe de la Brigada de San Martín; el Gallego Alvarez lo estaba esperando.

V

Aquel episodio, "menor" y al fin y al cabo inocuo, de los tres suboficiales en el crematorio de la Chacarita nunca trascendió las fronteras del run-run policial. La opinión pública tampoco supo jamás qué pasó con las "varias personas con orden de captura vinculadas a la conexión argentina" del Cartel de Cali en la Operación Café Blanco, cuya captura había ordenado el juez Suarez Araujo, según su anuncio del 22 de marzo de 1995.

Ni siquiera se conocieron las identidades de esos "cerca de diez" delincuentes mencionados por el comisario Naldi. En cambio, la verdadera historia de Mario Alvarez fue saliendo a la luz por la rendija más insignificante del formidable operativo: Guillermo Sosa, el piloto del Aero Club de Frías, cuyo rol en la banda jamás quedó claro. El juez federal de San Martín había rechazado una y otra vez los planteos que los familiares del santiagueño hicieron acerca de las evidentes irregularidades cometidas durante su detención. A éstos les parecía que, más allá de la relación contractual que vinculó a Sosa con Alvarez en 1993, existían

elementos más que suficientes para desligarlo de la acusación de "partícipe necesario" que pesaba sobre él. En particular, la habitual rutina que el piloto había mantenido hasta su detención, diez días después de la de sus supuestos cómplices.

y además estaba el testimonio del insospechable ingeniero Oerardo Cigliutti, de la empresa Transportadora Oas del Norte (TON).

Cigliutti daba fe de que Sosa se había enterado casualmente, en enero del '95, de la presencia de los sabuesos bonaerenses en las cercanías de Recreo y del "camuflaje" que TON les había proporcionado. Lo supo durante uno de los viajes que realizaba transportando al ingeniero y al jefe de seguridad de esa firma, Andrés Oálvez.

Los santiagueños tienen fama de parsimoniosos, pero dos meses eran más que suficientes para que se percatara de que un grupo de Patas Negras en ese lugar sólo podían estar haciendo una capacha a Alvarez y los colombianos. Sin embargo, el mismo éxito de la Operación Café Blanco era la mejor prueba de que Sosa nunca dio ese aviso a los narcos. El 15 de junio del '95, *La Nación* interrogó a Naldi sobre el asunto. El breve reportaje es una muestra antológica del pensamiento del Ñoño, casi un insulto a la inteligencia de, por lo menos, Ouillermo Sosa. El comisario afirmó que el piloto no había comentado nada a sus secuaces "porque le dijimos que estábamos detrás de un grupo guerrillero, que supuestamente eran de Sendero Luminoso".

-¿ y Sosa lo creyó? -repreguntó, perplejo, el periodista. -Se lo tragó, por eso no dijo nada - insistió Naldi, imperturbable. El escriba quiso saber también qué clase de tonto era ese Sosa que había esperado diez días a que lo fueran a buscar.

-Porque él no sabía bien de qué se trataba, pensaba que el grupo iba a realizar un contrabando o algo por el estilo.

El periodista intentó hacerle entender que hasta un tonto hubiese huido al enterarse del decomiso de 1.030 kilos de cocaína junto a los hombres para los cuales supuestamente trabajaba.

-Bueno, él al principio se escapa y cuando todo está tranquilo vuelve a su casa. Ahí lo tenemos -respondió, para salir del paso.

Más allá de lo difícil que resultaba creer que alguien evaluara que "todo está tranquilo" cuando la prensa informaba de la búsqueda policial sobre la "conexión argentina" de la banda, Naldi había metido la pata. El piloto presentó pruebas de que había pasado esos diez días entre sus siestas, los viajes efectuados para TON y los exámenes de actualización de su psicofísico de piloto en la Dirección de Medicina Aeronáutica y Espacial de Córdoba.

Acicateados por las circunstancias, los defensores de Sosa comenI zaron a hurgar el por qué del ensañamiento contra su cliente. y la conclusión a la que llegaron hizo tambalear todos los gramos del publicitado Café Blanco:

~Porque les faltaba el supuesto contacto argentino. En Recreo fue detenido un hombre que se llamaría Mario César Alvarez. Sin embargo, luego desapareció. Quizás era un agente encubierto, no lo sé -especuló su abogado, Jorge Arenales.

Alvarez era, en realidad, un antiguo "buchón" de la Policía Federal, el mismo papel que le cupo en Café Blanco. Según relatan Gabriel Pasquini y Eduardo de Miguel, la información que le vendió al inefable Naldi fue el verdadero punto de partida de la operación.

Pero no era cualquier "buche". Suárez del Solar por parte de madre, el Gallego siempre se había movido en la misma paquetísima zona Norte del Gran Buenos Aires donde se entremezclaban lacras sociales como Raúl Guglielminetti, Arquímides Puccio o Eduardo Varela Cid y jóvenes funcionarios como Piotti, su ex fiscal Jorge Sica y su ex secretario Martín González del Solar, ya para entonces abogado de la delegación argentina de la DEA.

Una zona que policías como Naldi, Rossi, Verón, Rebollo o Calzolaio conocían como la palma de la mano.

Entre traiciones, viajes al Ecuador y una estadía en la cárcel por "defraudación", Alvarez tuvo cuatro hijos de dos matrimonios y un desempeño sin gloria en el cine, como productor del film de Emilio Mignogna *Evita, quien quiera oír que oiga*. Durante muchos años se lo vio trajinando el ambiente publicitario, donde también Sánchez Reisse supo trabajar.

Pero las cosas se le fueron complicando. Su adicción al alcohol ya la cocaína, sus cada vez más habituales desmanes, le hicieron perder credibilidad aun como alcahuete; le costaba conseguir trabajo. A principios de los '90 había cambiado la zona Norte por un departamentito en Almagro y se dedicaba a "bagayear" entre Ciudad del Este y Buenos Aires.

Hasta que, en octubre de 1991 fue detenido .en Puerto Iguazú y procesado junto a otras dos personas por "asociación ilícita" y "contrabando agravado". Fue a dar con sus huesos a la cárcel de Eldorado, donde conoció aun narcotraficante colombiano abandonado a su suerte por el Cartel de Cali. Al parecer, el narco quería vengarse de sus antiguos mandantes o simplemente "mejicanearlos" y sabía con qué: un cargamento de "entre 2.000 y 6.000 kilos" de cocaína que el Cartel buscaba ingresar a la Argentina.

Alvarez sintió que su vida daba un vuelco. Para fines de 1992, el Gallego y su amigo recuperaron la libertad. Inmediatamente, el argentino ofreció el trabajo a sus contactos habituales. Pero no tuvo éxito: fuentes de la Federal admitieron el ofrecimiento, pero adujeron que la operación era muy costosa y tampoco estaban dispuestos apagar en mercadería la comisión del diez por ciento que Alvarez y el colombiano exigían.

No está claro si el Gallegocontactó a Naldi a través de algún conocido común de la zona Norte o si el Ñoño lo había contado alguna vez entre sus informantes. Lo cierto es que, luego de una rápida consulta con sus contactos en la SIDE para conseguir el indispensable financiamiento, el comisario puso manos a la obra.

Su jurisdicción, San Martín, sería obviamente el punto de partida y en ella el juez Alberto Suares Araujo acababa de inaugurar su juzgado con el aval del ya diputado Piotti; una investigación de esa envergadura le caía como anillo al dedo. Suares abrió entonces el expediente número 60.

Naldi convocó al equipo que lo acompañaba incondicionalmente: los oficiales principales Rodolfo Coronel, Daniel Brindo, Claudio Smith y la rubia Regina Zonta, además de su "pollo", el suboficial Víctor Vetrugno (a) "el Nene".

La Operación Los Gallegos, como se llamó a Café Blanco hasta el día del golpe final, estaba en marcha.

VI

Alvarez empezó a gastar los dineros de la SIDE -donde había comenzado a trabajar Eduardo, el mayor de los cinco hijos del Gordocomprando parte de la infraestructura necesaria para la operación. Campos, departamentos, vehículos y hasta un camión, al que técnicos colombianos le acondicionaron un compartimiento en el techo con capacidad para esconder hasta 2.500 kilos de cocaína.

Pero el 24 de mayo del '93, un episodio fortuito estuvo apunto de echar todo por la borda. Ese día, el oficial Héctor Gabastou, de la Policía Aeronáutica, detuvo con 25 mil dólares en billetes de a 20 a Humberto Niño Torres, miembro de la banda de narcos, a quien lo estaba esperando Mario César Alvarez, en el Aeroparque Metropolitano. El principal Coronel y otro policía se presentaron entonces como agentes de la SIDE e intercedieron ante sus pares aduaneros para que no interfrieran:

-Es dinero para una campaña política, nuestros superiores les van a explicar -dijo Coronel.

Escéptico, Gabastou fotografió a Niño Torres ya Mario Alvarez y labró un acta consignando el hecho. En su momento, Naldi elevó al juzgado otra acta con la declaración de Coronel, donde relataba el asunto prácticamente en los mismos términos que Gabastou. Salvo un detalle: Alvarez no figuraba y en su lugar aparecía un tal Erasmo Gómez. Todo siguió como si nada hasta que, por motivos nunca establecidos, los colombianos desistieron de su intento. A fin de año, el Niño fue trasladado a la Brigada de Quilmes donde, poco después, le tocaría alojar a los hombres de Ribelli involucrados en la Masacre de Wilde.

A principios de ese '94, Naldi tuvo que presentar una declaración jurada de sus bienes, reducidos a una Suzuki SE cero kilómetro, un VW Senda comprado en cuotas, unos 30 mil dólares en efectivo y 700 acciones de la firma Tradenal SA, con sede en la calle José Cubas, en Devoto.

La empresa, multipropósito, se había constituido unos meses antes, afines de noviembre del '93. Su presidente era un tal Jorge Fernández; Luis Giménez era el vicepresidente; el español Manuel Blanco, su único director, y Guillermo Pietranera era su apoderado. El escribano Juan Carlos Picazzo, de San Martín, había certificado la constitución de la sociedad, cuyas 7.000 acciones se repartían entre los tres primeros.

Lo llamativo de su nueva actividad paralela era que, pese a lo que sugería la palabra Trade (tratativa, de negocios en este caso) asociada a las tres primeras letras del apellido Naldi, el Gordo recién se sumó más tarde, con un magro diez por ciento del paquete; suficiente, sin embargo, para ocupar la vicepresidencia.

Contento con su nuevo emprendimiento, Naldi se sacó pronto de encima a los presos de la Brigada de Lanús: no quería riesgos con tan ingobernable "patota". Pero no pudo evitar que la jueza Silvia Allaza le iniciara una causa por las cóimas que sus muchachos cobraban a los detenidos para permitirles recibir visitas, entre otras irregularidades. De todos modos, salió airoso del trance. El argumento del Gordo fue contundente, y hartamente repetido: al momento de los hechos denunciados por los presos, él se encontraba en los Estados Unidos con su amigo Piotti, Fernando Galmarini y otros tantos funcionarios bonaerenses que concurrieron al Mundial de Fútbol de las piernas cortadas. A su regreso, Alvarez lo puso al tanto de la novedades: los colombianos volvían a las andadas. La versión del propio Naldi se vuelve aquí contradictoria. Por un lado afirmó que dejó Quilmes por la inquina personal que alimentaría contra él el comisario Calabró, director de Investigaciones. Por otro, sostuvo que su traslado a la Dirección de Narcotráfico, bajo el ala de su amigo Rossi, se debió a la necesidad de que se ocupara exclusivamente de Café Blanco.

Como sea, en enero del '95 el Gordo y sus muchachos se instalaron en la sede de Narcotráfico Norte o, más precisamente, en el bar Perica, ubicado a una cuadra de la División, que se convirtió en su centro de operaciones. Casualmente, la "base" de Raúl Guglielminetti.

Alvarez ya había comprado la estancia Los Ucles y alquilado la casa de Ascochinga que les serviría como base a Ana Hadad. Se instaló en Córdoba con su mujer Alejandra y su hija Candelaria y en febrero contrató el celular 50-2644.

Sus facturas mostraron que se comunicaba con Colombia, con la casa que los sabuesos habían alquilado a pocos metros de la suya y con otros teléfonos en Capital que pertenecerían a SIDE.

Los hombres de Naldi, con el apoyo de otros, designados por Narcotráfico Norte, como el inspector Daniel Diamante y el cabo Antonio Gerace, controlaban los movimientos de los narcos en la base de Ascochinga. y realizaban improvisadas capachas bajo el abrasador sol catamarqueño, en los montes de Palo Blanco, donde se encuentra Los Ucles.

Finalmente, el desembarco de la cocaína en ese campo coincidió con la llegada a Córdoba

de la comitiva judicial de Suares Araujo, de la plana mayor de Piotti y de la Policía cordobesa, que se desayunó entonces de que su provincia había sido invadida. Si lo conocían, ninguno de ellos vio a Alvarez. Tampoco los testigos convocados por Naldi para los allanamientos. Sin embargo, el 21 de marzo, Guillermo Martínez García, el único de los colombianos detenidos que declaró en un principio, afirmó ante el juez que sólo estaba de vacaciones y que la última vez que vio a Mario Alvarez ambos permanecían esposados en la casa de Ascochinga, mientras los policías labraban el acta del procedimiento. Los familiares de Sosa afirmaron, por su parte, que también un morador de Palo Blanco habría identificado a Alvarez entre las personas esposadas que a la mañana siguiente señalaban a Naldi los pozos, de seis metros de profundidad por otros seis de diámetro, donde los colombianos recién llegados habían ocultado la cocaína, en el campo Los Ucles.

VII

A finales de 1996, mientras Klodczyk recordaba Café Blanco como "un operativo perfecto, una maravilla" y Suares Araujo volvía a negar que Mario Alvarez hubiese participado en la operación como arrepentido, agente encubierto o informante, Mario Naldi ya era un ex comisario.

Había tenido un año duro. Además de las revelaciones que fueron acercando a la prensa a la verdadera historia de Café Blanco, los colombianos insistían en que los policías les habían "sembrado" las armas encontradas en los allanamientos y amenazaban: "Si la Justicia sigue sin hacer lugar a las medidas que solicitamos, vamos a contar la verdad; porque en Catamarca había 3.000 kilos y no 1.000".

Naldi acusó a los abogados de los colombianos de estar "a sueldo del Cartel de Cali".

-Esos van a tener que rendir cuentas al Cartel, no a mí -dijo-. y además de justificar la pérdida de los 1.000 kilos y el avión, van a tener que explicar los gastos de esta campaña; van a terminar en una zanja.

Para ese entonces, las versiones se habían multiplicado. Algunas llegaron a apuntar a Eduardo Angeloz como frustrado destinatario de la cocaína. Otras, surgidas de las propias filas de La Bonaerense, sembraban dudas acerca de la existencia de viajes anteriores realizados por los colombianos.

Un periodista, a quien le tocó cubrir el allanamiento en Catamarca, discutía con un comisario de la zona Norte:

-Yo vi cómo sacaron los paquetes de los pozos, los contaron adelante mío, los llevaron aun camión -explicó el escriba. \ -Sí, en los pozos que te mostraron. ¿ Vos podrías asegurar que no había más pozos? -preguntó, insidioso, el uniformado. Entre las mismas filas policiales creció con fuerza otro rumor: "La merca de Café Blanco se vendió en los 'kioskos' de La Matanza y Lomas de Zamora". No sólo policías sino también varios jueces insistieron en que, en realidad, no hubo investigación alguna:

-Café Blanco fue lo que se llama una "operación llave en mano"; se la entregó la DEA a Naldi en enero del '95, graficó un comisario retirado con muchos cursos y años de trabajar con los norteamericanos en diversos procedimientos.

Como si estos contratiempos fueran pocos, en los días posteriores a la detención de Ribelli & Co. por su "participación necesaria" en el atentado ala AMIA, fuentes de esa investigación habían dejado trascender que Naldi era uno de los destinatarios posibles de la famosa Traffic. El comisario se presentó ante Galeano y luego aclaró a la prensa que el juez del caso AMIA no lo estaba investigando.

Sin embargo, los investigadores alimentaban sospechas acerca de la verdadera relación de Naldi con Telleldín, antiguo "socio" de la policía de San Martín y de la División Sustracción de Automotores. y con Ramón Solari, el falso testigo, histórico buche de la

zona Norte. La mención de "la gente del Tigre" no despejaba las incógnitas, sino todo lo contrario.

"En las escuchas telefónicas, uno de los hombres de Ribelli habla de 'la gente del Tigre, los que se llevaron el vehículo', en alusión a la Traffic. y el Tigre es Naldi", afirmó un investigador.

-Naldi siempre revoloteó la causa. Cada tanto llama para ofrecer su colaboración, pero Galeano nunca se la aceptó. ¿A nombre de quién? Suyo; él tiene capacidad operativa propia, no necesita de ninguna estructura -comentó una fuente cercana a la AMIA cuando el comisario había perdido ya la jefatura de la Unidad Regional de Tigre, que ostentaba desde noviembre de 1995.

Para colmo, para la misma época Klodczyk aceptó la "situación . económica más que holgada, holgadísima" del Gordo, para lamentarse luego del problema que creaba en los cuadros inferiores de la Fuerza "la ostentación que se hace de esos bienes".

Es posible que el Jefe se refiriera a los 60 mil dólares gastados en la fiesta en el Alvear Palace con la que Naldi festejó su cumpleaños y que, según el comisario, fue un regalo de sus amigos empresarios Sutton Da.bah y Mario Falak, propietarios del hotel.

A Naldi le adjudicaban -entre otras cosas- la lujosa mansión de la calle Gabriela Mistral 4562, en Devoto, un departamento de 150 mil dólares en el edificio Parquemar de Punta del Este, una casa en Fort Lauderdale y otra en Orlando, Estado de Florida, en los Estados Unidos. También una lancha y un *sky jet* registrados a su nombre en la guardería Canestrari, de San Fernando, y un yate de 600 mil dólares que, se decía, había vendido o sacado del país poco antes.

Sin embargo, los certificados de dominio de Naldi daban, como dirían los uniformados, "negativo": el hombre no poseía en este país un solo bien a su nombre. Ni siquiera los vehículos que declarara en el '94, ni la lancha que reconoció tener.

La casa de Devoto era también de su suegro y el departamento de Punta del Este, cuyo portero no dudó en adjudicar al comisario, estaba a nombre de una de las sociedades anónimas que administraban, por lo menos, otras ocho propiedades de su familia. Una de las lanchas se la había vendido poco antes al dueño de Pizza Piú, de Punta del Este, en magros ocho mil dólares, y el famoso yate, que tantos dijeron conocer, nunca pudo ser localizado.

-Me ven en el de Jorge Cupeiro y ya creen que es mío. Me acusan de vivir bien. ¿Qué quieren, que ande con el pantalón roto? Yo no tengo nada, todo es de mi familia. A mí me investigó la DGI durante ocho meses, querido, y quedó todo aclarado. Pago mis impuestos, puse todo en regla -se defendió Naldi.

En su relato, el Ñoño nunca terminaba de dejar en claro cuándo se refería a la familia Moreno -de su actual esposa-, a la Sergio -de su ex mujer-, a la Gul materna, a la suya propia; una confusión en la que todo iba quedando cada vez más claro. Lo que ni él mismo se explica es por qué la DGI demoró ocho meses en investigar a un simple comisario mayor que declaró un patrimonio de 68 mil pesos y deudas por 21 mil.

A raíz de la publicación del artículo "Maldita P~licía" en la revista *Noticias*, Naldi se autodenunció ante el juzgado de Suares Araujo para que se investigara su actuación en Café Blanco y su situación patrimonial, con vistas a una eventual querrela contra la revista.

Por elementales razones éticas, Suares tuvo que excusarse de investigar a su investigador preferido y la causa se desdobló: lo atinente a su papel en Café Blanco pasó a manos de Roberto Gurruchaga, también juez federal de San Martín, mientras que el juez Ernesto García Mañón quedó a cargo de verificar la legalidad de su patrimonio.

Sin embargo, a esa altura, era claro que alguien le había bajado el pulgar al Ñoño.

-El Gordo quiere "blanquearse" usando a la Justicia y, de paso, saber quién les dio a

ustedes los datos. Nosotros les pedimos que cuando los citen a declarar digan todo lo que saben de él, 10 vamos a desenmascarar de una vez -dijeron un fiscal federal y un abogado vinculado ala DEA a dos azorados periodistas de la revista.

Pero el golpe de gracia le llegó, como una ironía del destino, desde Dolores. Diamante y Gerace, sus antiguos subordinados en Café Blanco, habían dejado trascender que su nombre aparecía en las escuchas del caso Cóppola, en relación con un aviso efectuado a la mujer de éste sobre el allanamiento que el juez Hernán Bernasconi preparaba sobre su departamento.

Vitelli lo pasó a retiro, "porque ya cumplió los treinta años de servicio".

El comisario se enteró de que lo acababan de jubilar cuando regresó de Alemania, adonde había viajado en el marco de la Operación Strawberry, que, según dijo entonces, "va a hacer más ruido que Café Blanco". Reaccionó como un elefante marino al que se le acaba de cortar el camino al mar.

Primero enfrentó a Bernasconi, quien salió a aclarar que "la entrevista con el comisario fue satisfactoria". Después, él mismo declaró que en las cintas se mencionaba a un oficial Nardi, de la sección Pasaportes de la Federal. Pero los del "grupo de elite" insistían en que, en las escuchas, se aludía a Naldi como un "pesado" amigo de los Brücki.

Decidido a devolver el golpe, el Gordo colaboró con Mariano Cúneo Libarona para desnudar la trama de atrocidades cometidas durante la instrucción del caso Cóppola por Bernasconi, Schlagel y su "grupo de elite". En privado, también acusó a Piotti de no haberlo defendido.

-Yo pensé que era un amigo -dijo. Herido, Naldi no paraba de transpirar mientras culpaba de todas sus desgracias a una campaña montada por "el narcotráfico" debido a su labor en Café Blanco y de la que se hacían eco la prensa y los "envidiosos de siempre".

-Y si no, ¿por qué sale todo esto ahora, cuando se está por hacer el juicio oral contra los colombianos, eh? Fijáte a quiénes atacan: a Mario Rodríguez ya mí, que somos las dos estrellas de la Policía, los tipos más exitosos. El se quedó un poco, es cierto, persiguiendo ladrones; pero es exitoso. Yo hace tiempo que dejé eso y me especialicé en casos resonantes. Soy el comisario más felicitado de la Fuerza, querido -reflexionó en voz alta. A principios de diciembre del '96, Naldi había montado provisoriamente su nuevo cuartel general en las oficinas que su abogado mantiene en la avenida Córdoba. Proyectaba dedicarse de lleno a sus clientes de seguros y al asesoramiento de empresarios inseguros, además de colaborar con el "Grupo de la calle Estados Unidos" de la SIDE, como se conoce a la División de Contrainteligencia de la Secretaría, donde el comisario tiene viejos amigos.

Pero estaba dolido y las manchas de sudor atravesaban su camisa rosa hasta llegar al saco bordó y la corbata al tono que lucía cuando no estaba en "misión oficial".

-Lo que pasa es que yo salvé gente importante y eso te abre puertas: hace años que asesoro empresarios en temas de seguridad y tengo mi clientela de seguros, que la atiende mi señora. ¿ Ves? Hace diez años que trabajo con Omega, porque yo lo salvé de un secuestro a Carlos Fucito, el dueño de la compañía y el tipo quedó agradecido -puntualizó una vez. y remató: -¿ Qué culpa tengo yo si la gente te presta su barco, te da su mansión en Italia, te hace regalos, te invita a fiestas? Para un tipo que acaba de salvarse de poner un palo verde, ¿qué son cien lucas? Y eso que yo nunca pedí nada, eh-confesó.

Y pidió discreción:

-No queda bien ¿sabes.... Me pueden acusar de dádivas.

EL MATADOR

Poco después de las II de la mañana del 6 de noviembre de 1996, la avenida Francisco Piénovi, de Piñeiro, a escasos metros del puente Valentín Alsina que une la Capital Federal con ese barrio de Avellaneda, parecía una escena de un film de Sam Peckinpah.

Diluviaba. Sobre el playón de entrada de la playa de transportes de la empresa Andreani, un hombre y un muchacho yacían con el torso semidesnudo. A pocos pasos, un joven oficial de La Bonaerense tenía la cabeza destrozada por un balazo de FAL.

Cerca de la garita de guardia, una Traffic blanca y el Fiat Uno blindado de la agencia de seguridad Dorsac se asemejaban más a una masa informe de hierro y plomo que a sus diseños originales.

Escondida detrás de un Fiat 147, una mujer que minutos antes había chocado contra el paragolpes de un vehículo policial no atinaba a moverse, aterrada.

Más allá, sobre la vereda opuesta, entre los árboles y el paredón desnudo de la fábrica La Oxígena, otros dos cuerpos parecían flotar en el agua enrojecida, que llegaba casi hasta la rodilla de los vivos.

A veinte metros, detrás de un 405 gris metalizado picado por cientos de balas, sobre el asfalto, un tipo corpulento parecía querer beberse toda la lluvia. Tenía los brazos y las piernas abiertos, los ojos inmóviles. Cerca de él, otro cuerpo yacía junto aun FAL enmudecido.

En el medio de la avenida, casi sobre la esquina de la calle Ecuador, unos diez metros delante del auto, boca abajo contra el piso, un octavo sujeto estiraba su brazo derecho en dirección ala Taurus 357 que había caído a centímetros de su alcance. Una escopeta 12.70 había quedado en el camino. Tenía un balazo en la pierna y otro en el pecho. Parecía gemir.

Por entre una verdadera muralla de patrullas blancas, comenzaban a emerger decenas de hombres de azul, empapados, con las caras pálidas, tensas, las manos sosteniendo todavía las armas exasperadas.

De civil, los curtidos miembros de la "patota" intentaban en vano secarse el agua del rostro, como queriendo no ver lo que veían sus ojos.

Por unos segundos, el silencio fue total. Pero los gemidos de dolor de varios policías heridos llamaron a la realidad a sus compañeros y pronto las voces de mando tronaron en el aire.

-¡Un médico, carajo, un médico! -gritó el comisario Adonajlo, levemente herido, mientras sostenía al subcomisario Carlos Gastaldi, con un balazo en la nalga.

-¡Traigan acá una ambulancia, la puta que los parió! -se desesperó el Negro Herrera, comisario de Monte Chingolo, tratando de socorrer al subinspector Roberto Félix, que se debatía entre la vida y la muerte con buena parte de su masa encefálica esparcida por el piso.

La lluvia arremolinaba la sangre que brotaba de los cuervos desparramados por doquier y la llevaba hacia las alcantarillas junto al agrio olor de la pólvora que impregnaba la escena. El cielo seguía furioso. Presas del pánico, los empleados de Andreani y La Oxígena, los parroquianos de los bares vecinos, los vecinos, no se animaban a moverse de los improvisados parapetos donde se habían refugiado.

El tiroteo entre los Patas Negras y una banda de delincuentes que, al parecer, pretendía asaltar el minibanco que se encuentra dentro del predio de Andreani había sido feroz.

Cerca de medio millar de plomos cortaron la mañana. En apenas minutos, más de cuarenta policías acribillaron aun número impreciso de ladros que, cercados, intentaron escapar a balazo limpio.

El primer enfrentamiento tuvo lugar en el playón de Andreani. El segundo y definitivo, el más cruento, frente al destacamento caminero de la esquina de Ecuador y Piénovi, cien metros hacia el sur. Todas las construcciones y automóviles del lugar mostraban huellas de la balacera. La Providencia impidió que no hubiera muertes de inocentes.

O casi. Entre los gritos, todavía se escuchaban algunos disparos. Pero el hombre es un animal curioso y algunos osados comenzaron a asomar sus caras. Junto a los policías de uniforme, los de civil caminaban entre los cuerpos tendidos.

Uno de los vecinos dijo ver que tres de ellos, enfundados en inútiles impermeables, se acercaron al delincuente herido delante de 1405. Sin mover el brazo que llevaba pegado al cuerpo, uno de los policías disparó tres veces sobre la cabeza del caído.

En el otro extremo del dantesco escenario, junto al paredón de La Oxígena, uno de los asaltantes parecía querer incorporarse. Pero era más un movimiento instintivo que un acto de voluntad. Un comisario se paró junto a él y apretó una vez el gatillo de su 9 mm. El tipo no se volvió a mover.

En ese momento, dos uniformados examinaban con curiosidad el cadáver que yacía sobre el playón de Andreani y extrajeron de sus ropas un DNI a nombre de Marcelo Vázquez, de 22 años.

Es posible que atribuyeran a su juventud, inusual para un integrante de una "superbanda", el absurdo gesto de adelantarse desarmado, con los brazos en alto, en el instante previo a caer bajo el fuego policial.

Para cuando el empleado del correo privado que fuera testigo de la escena se lo contaba a uno de los periodistas que llegaron al lugar, un hombre alto, delgado, de empalidecido rostro cetrino y pelo gris, paseaba su elegante perramus entre los cadáveres, arruinando sus finos zapatos de cuero negro.

Iba acompañado por otros tres. Uno de ellos, morocho y con sus manos cubiertas de oro, caminaba más alejado. Se lo veía tranquilo, acaso porque no era ésa su jurisdicción ni su tema: era el Negro Salguero, quien acababa de ser relevado de la Brigada de La Matanza. Los otros dos, el comisario Montechiari, titular del destacamento caminero, y el comisario Pablo Vercesi, segundo de la Unidad Regional de Lanús a cargo del operativo, repartían órdenes y hacían comentarios a cada gesto del que evidentemente era su jefe. Este estaba sumamente nervioso, algo inusual en él, un tipo imperturbable, de mirada fría y modales sobreactuados.

-No entiendo por qué hoy, por qué con esta tormenta -le dijo a Vercesi cuando se sentaron al reparo del destacamento caminero. Vercesi se lo quedó mirando.

-Los días de lluvia traen desgracia -agregó, condescendiente con su desconcertado interlocutor.

El hombre sabía lo que decía: pocos podían empardar el conocimiento que él había acumulado sobre las bandas de "pesados". Mario Rodríguez, jefe de la Regional de Lanús, era un duro entre los "duros", terror de ladrones y piratas del asfalto, el que había terminado con las andanzas de pistoleros famosos como Máximo Nicoletti y Andrés Valor. "El es el verdadero Poronga de La Bonaerense", lo había descripto pocos meses antes otro duro, el comisario Pedro Costilla.

Costaba verlo así, medio perdido.

Tal vez intuía que la Masacre de Andreani, como los siempre malintencionados periodistas comenzaban a llamarla, acabaría con su carrera.

II

En realidad, lo inexplicable era su permanencia en la Fuerza. En los tres últimos años había sufrido acusaciones de todo tipo y varios sumarios judiciales en su contra. Sólo su íntima amistad con el Jefe Klodczyk y con el delfín duhaldista Alberto Pierri parecía sostenerlo.

Amén de la pública admiración que le profesaba Piotti.

El primer cimbronazo llegó en 1993 de la mano de los dos atentados sufridos por el periodista Hemán López Echagüe, quien investigaba los vínculos de las patotas del Mercado Central con el tráfico de drogas y el diputado Pierri.

El periodista de *Página12* había sido ferozmente golpeado en la puerta de su casa en Buenos Aires y en un bar cercano al Bingo de Avellaneda, con apenas quince días de diferencia. Pese al escándalo, el asunto se diluyó entre las habituales promesas del oficialismo, las no menos habituales pistas falsas y la acostumbrada "ineficacia" policial. Pero un año más tarde, el 23 de junio de 1994, los legisladores radicales Federico Storani y Héctor Bertoncello presentaron ante la Procuración General bonaerense un anónimo firmado por unos "Policías honestos" y recibido por el senador provincial, acusando al comisario inspector Mario Rodríguez de ser el organizador y mandante de las palizas recibidas por López Echagüe.

El escrito señalaba que Rodríguez había encargado el trabajo a tres de sus "hombres de confianza": el alcaide mayor del Servicio Penitenciario Bonaerense Daniel del Tránsito Leguizamón (a) "Tribilín"; el suboficial mayor Luis Venancio Vargas (a) "Lagarto", de la Brigada de La Matanza, y otro suboficial de esa dependencia, "de nombre Carlos". Según los "policías honestos", los tres, en combinación con gente del Mercado Central y "los muchachos que salen a pintar" para el multimillonario Pierri, habían sido los autores materiales.

Por su parte, los legisladores habían podido chequear buena parte de la información contenida en el anónimo: identidades, direcciones, titularidad de vehículos. Inclusive los datos de una causa iniciada en Rosario por "falsa denuncia" del robo de un camión con mercadería perteneciente a la firma CSG SA, al que Leguizamón y Vargas custodiaban, también denunciada por los "policías honestos".

La "falsa denuncia" -cuestionada por el comisario Francisco Gambacurta, jefe de la Sección Robos y Hurtos de Rosario- había sido presentada por Gustavo Pierri, un hombre de frondoso prontuario, hermano del presidente de la Cámara de Diputados de la Nación y propietario junto a "un tal Rossi" de la firma CSG.

En rigor, la carta de los "policías honestos" comenzaba explayándose acerca del control que sobre las designaciones policiales y judiciales en los partidos de La Matanza y Morón ejercía el diputado Pierri y su "esencial" colaborador Mario Rodríguez, a quien habría conocido a través de su hermano Gustavo.

También daba los nombres de los policías de "mayor confianza" del diputado, además de Rodríguez: el Coco Rossi, el Conde Bottini y el actual subjefe de La Bonaerense, comisario mayor Domingo Lugos, el Mingo.)

Hablaba de la íntima amistad entre el Chorizo Rodríguez y Klodczyk y de la influencia que aquel habría tenido en su designación al frente de los Patas Negras; y del control sobre "todo lo legal e ilegal que pasa en la Policía" que su amistad con los Pierri le permitía. El anónimo finalizaba pidiendo que se investigara a esa "verdadera mafia enquistada en la institución policial".

Piotti consideró "poco seria" la denuncia presentada por Storani y Bertoncello, por fundarse en un anónimo. Ese mismo día, el domicilio de Storani fue violado por un desconocido que no encontró lo que buscaba, ya que nada fue robado. López Echagüe fue amenazado telefónicamente.

El autor de *El otro* reconoció a Leguizamón como una de las personas que merodeaban su casa en los días previos al primer atentado y que también había visto en el Bingo momentos antes del segundo, pero no pudo identificarlo como uno de sus agresores porque sólo alcanzó a ver el perfil de uno, que no era Tribilín.

También reconoció, aunque sin exactitud, algunas de las caras fotografiadas que le fueron enseñadas en el juzgado. López Echagüe no lo supo entonces, pero esas caras integraban la Brigada de La Matanza.

Días después, Piotti volvió a convertirse en el centro de un papelón: anunció la detención de Tribilín en Santa Fe, a manos del propio Mario Rodríguez; pero fue una falsa alarma. El comisario sólo había ido a buscar a su "ex" colaborador, cuya captura nadie había solicitado oficialmente.

Leguizamón se presentó ante el Juzgado de Instrucción N° 3 de Lomas de Zamora para decir que era inocente. Ni Vargas ni ningún otro sospechoso pisó jamás el tribunal. Ni el gobierno ni la Justicia investigaron el resto de las denuncias contenidas en el anónimo. Pero en octubre del '94, luego de sortear las presiones atribuidas a Pierri, el programa *Edición Plus*, que producía la periodista Lucía Suárez, volvió sobre la trama en el marco de una investigación que tituló "Corrupción en La Matanza".

Con la cara y la voz distorsionadas, alguien que se presentó como Tribilín Leguizamón confesó frente a las cámaras su participación en la golpiza a López Echagüe, por la que él y sus dos secuaces habían cobrado 500 pesos cada uno. Otro policía afirmó que el atentado se había planeado en la brigada.

Ese mismo día, el siempre listo Mauro Viale había brindado su programa *La Mañana* en ATC al comisario Chorizo Rodríguez para que describiera a su brigada como una suerte de "cuartel general contra la droga". Luego del bombardeo recibido por "el capo policial" en *Edición Plus* esa noche, el periodista Víctor Hugo Ghitta escribió en *La Nación*: "El hombre aspiró a la gloria. Pero a veces la gloria, como casi todo en televisión, se esfuma demasiado pronto".

III

El 28 de setiembre de 1990, el albañil Andrés Núñez fue asesinado por personal de la Brigada de Investigaciones de La Plata en medio de las torturas recibidas para que confesara el robo de una bicicleta. Hasta agosto de 1995, su caso se había convertido en el del primer desaparecido desde la recuperación del orden constitucional en la Argentina. Al menos, el primero que logró trascender a la opinión pública. Hasta 1993, y pese a que en la Jefatura sabían lo que había ocurrido, la causa dUrmío el más profundo de los sueños. Cuando ese año la abogada Elba Témpera asumió la representación de la familia Núñez, el juez AIII lcar Vara, un viejo conocido suyo, le advirtió que "no había mucho para hacer" en el expediente.

.No pasó mucho tiempo antes de que la abogada lograra el testimonio de otros compañeros de infortunio de Núñez en la siniestra brigada. Pronto dejó de ser un secreto que el Chorizo Rodríguez habría pagado 250 mil dólares al magistrado para ocultar la responsabilidad de tres de los sospechosos: el subcomisario Luis Ponce y los oficiales Alberto González y Pablo Gerez Duhalde, sobrino del Chorizo.

También, que la noche del crimen el juez Vara se habría presentado en la dependencia policial y aconsejado a los asesinos que "desaparecieran" el cuerpo: "Si no hay cadáver, no hay delito", como afirmó Klodczyk. Las pruebas reunidas por Témpera demostraron a Vara lo errado de aquel primer comentario suyo y el juez no tuvo más alternativa que procesar a una decena de policías, en marzo de 1994.

Pero la Cámara de Apelaciones presidida por el juez Piombo afirmó que los testigos eran delincuentes y, por ende, su testimonio carecía de validez, revocando el procesamiento de los uniformados. La Corte Suprema bonaerense desbarató el aberrante dictamen, pero para entonces los acusados habían desaparecido de los lugares que solían frecuentar.

Hasta que, en un asado con sus amigos de la gorra en el otoño de 1995, el juez Vara pidió la cabeza de la abogada Témpera, para lo cual llegó a ofrecer 20 mil pesos. Cuando un

testigo dio fe ante jueces, políticos y abogados de esta conspiración, a Vara no le quedó otra alternativa que excusarse de la causa y preparar su propia defensa.

Solícito, Piotti puso un patrullero en la puerta del domicilio de la abogada. La mayoría de las veces sin nafta ni equipo de comunicaciones, la custodia nunca vio a los sujetos que en cinco oportunidades intentaron ingresar en la casa.

Ricardo Szelagowski (h) fue el reemplazante de Vara en la instrucción de la causa Núñez. En los primeros días de agosto de ese 1995, Témpera presentó ante el nuevo magistrado al suboficial Daniel Ramos, uno de los imputados que había decidido contar cómo y dónde habían ocultado el cadáver de Núñez.

Sus restos fueron hallados, calcinados, dentro de un tanque australiano en desuso, en un campo cercano a la localidad de General Belgrano, el pueblo natal de Chiche Duhalde, cuyo encargado era primo del prófugo oficial Gerez Duhalde.

Cuando la Justicia llegó al lugar, el puestero brillaba por su ausencia, pero una circunstancia fortuita volvió a poner al magistrado sobre la pista del encubrimiento de los asesinos.

-¡Qué andan haciendo acá! Este campo es del comisario Mario Rodríguez -¡increpó un lugareño al agente de consigna ante su sorpresa.

Aunque el campo nunca estuvo a nombre del Chorizo y su propietaria era una mujer alemana de muy mal talante, el juez tomó nota.

Pero tenía cosas más urgentes que resolver. En los primeros días de setiembre procesó por "privación ilegítima de la libertad, tormentos seguidos de muerte y encubrimiento" a diez oficiales y suboficiales de La Bonaerense vinculados con el caso. El 28 de ese mes, logró detener al undécimo.

Le quedaban tres prófugos: Gerez Duhalde, Ponce y González, los mismos hombres por cuya libertad Rodríguez habría pagado.

En los primeros meses de 1996, un amigo le habló de un testigo que podía aportar datos útiles para ubicarlos y desentrañar el fantasmagórico rol de Mario Rodríguez en el asunto. El tipo había sido "un pesado de la patota del Chorizo" y acababa de salir en libertad luego de casi dos años a la sombra en la Unidad 9 de La Plata.

El sargento primero Pedro Avio (a) "el Negro" tardó en aparecer por el juzgado. El hombre atribuía su paso por la "tumba" a una "cama" que le habían armado por un entredicho que tuvo, precisamente, con Mario Rodríguez, cuando todavía revistaba en La Matanza, a raíz de la participación de Pablo Gerez en el asesinato de Núñez.

Cuando por fin se presentó, en abril de 1996, Avio declaró que a fines del '93 el Gran Chorizo le había pedido que consiguiera una quinta por su zona -Pontevedrapara unos muchachos de La Plata que tenían que hacer un trabajo en Merlo. El sargento apalabró a un vecino y allí se instalaron cuatro o cinco hombres, dos de ellos con sus esposas, que él no conocía.

"Corchazo" -como, según él, lo llaman quienes conocen su puntería dijo que los hombres estuvieron una semana allí y que la plata, la comida y los celulares con que se comunicaban los aportó Rodríguez. Los tipos habían llegado con uno al que llamaban "el Cordobés", que los visitaba a menudo.

"Un día llego y lo veo al muchacho, el más jovencito, muy nervioso, parado al borde de la pileta, con el fierro en la mano, que se quería pegar un tiro. Le pregunto a otro qué pasaba y se fue a consultar con Mario Rodríguez", declaró el sargento.

Rodríguez le explicó entonces "que toda esa gente se había mandado una cagada grande trabajando para Costilla (jefe de la Brigada de La Plata en 1990) y que por eso debía refugiarlos". Según Avio, Rodríguez le dijo que la "cagada" consistió en haber "matado a una persona de ape] lido Núñez, en la brigada". 1

Avio afirmó también que después supo que "el jovencito" era Pablo Gerez, que quien consultó con el Chorizo el día del episodio junto a la pileta era Ponce y que los otros eran González y el Cordobés, apellidado Lazcano. También, que Gerez era pariente de Mario Rodríguez y que él "los venía protegiendo desde el inicio de la causa".

El policía agregó que "antes no se había explayado sobre estos detalles porque no sabía si Su Señoría tenía realmente interés en esclarecer el hecho o de qué lado estaba".

En rigor, Avio fue largando esta información y otra referida a la desaparición de Miguel Bru -obtenida durante su paso por la cárcel de boca del suboficial Justo López, uno de los acusados en esa causa lo largo de varios llamados telefónicos y presentaciones formales. En un primer momento, ni Szelagowski ni la abogada Témpera otorgaron demasiada credibilidad al testigo, sobre todo porque el dueño de la mencionada quinta desmintió todo lo narrado por Corchazo.

Pero Avio comenzó a recibir amenazas de un "doctor Casal" (el mismo apellido del abogado de los policías involucrados) y del Cordobés Lazcano. En una de ellas, este último le había dicho que "no sea boludo porque a ellos los están ayudando y que la Cámara estaba por disponer la libertad de cuatro de los detenidos".

A los pocos días, cuatro de los policías presos fueron liberados por la Cámara platense. Szelagowski tragó saliva y volvió a revisar las declaraciones de Avio.

Las noticias sobre la libre circulación de Gerez, Ponce y González eran cotidianas en La Plata, pero cada vez que los iban a buscar se habían ido diez minutos antes. Para entonces, E Iba Témpera había comprobado

que los pedidos de captura, si bien aparecían en las pantallas del edificio ~ de la Calle 2, no "saltaban" en las comisarías, y que las facturas de los , celulares que los prófugos utilizaban eran remitidas a la Jefatura.

Cuando solicitó la intervención de esos teléfonos, el Jefe respondió sin inmutarse: "Los Movicom no se pueden captar, doctora". Con el agua hasta el cuello, Klodczyk estaba dispuesto a defender al pariente de su amigo, el Chorizo, a cualquier precio. .

Por una cuestión de jurisdicción, Szelagowski giró los dichos de Avio sobre lo ocurrido en la quinta de Pontevedra a los tribunales de Morón. Allí, el expediente duerme, escualido, no muy lejos del instruido a raíz de las denuncias de *Edición Plus* y otros acumulados por el Gran Poronga de La Bonaerense.

Al fin y al cabo, el fuero penal de Morón era el mismo que, según aquel anónimo de los "policías honestos" fechado en junio de 1994, brindaba un "apoyo irrestricto" a Rodríguez y sus muchachos gracias a la influencia ejercida por Pierri.

En julio del '96, poco antes de que el comisario mayor Pedro Costilla y los suboficiales Dos Santos y Praga corroboraran las declaraciones de Avio acerca de la protección brindada por Mario Rodríguez a los prófugos del caso Núñez y dieran detalles sobre el dinero supuestamente pagado por él a Amílcar Varas y el rol jugado por el juez en la desaparición del albañil, el Chorizo volvió a golpear.

Hacía frío y era de noche cuando un grupo de hombres llegó a bordo de un Falcon al barrio ubicado frente al cementerio de Pontevedra. Entraron despacio, esquivando los pozos de la calle Ramón Cárcano y se detuvieron poco más allá, cerca de la casa rosada que lleva el número 175. Pedro Avio dijo haber reconocido entre los recién llegados a Tribilín Leguizamón y al Lagarto Vargas, los "hombres de confianza" de Mano Rodríguez. Nunca quedó claro si buscaban ingresar en la vivienda o sólo disparar desde afuera contra sus moradores, porque el sargento no esperó a averiguar y se defendió a los tiros. La balacera fue infernal; luego de un rato los tipos se marcharon por donde habían llegado, sin preocuparse por los pozos.

Al día siguiente, el Negro Avio apareció por el juzgado de Szelagowski con una bolsita

que contenía 32 plomos que había logrado sacar de las paredes, marcos y ventanas de su hogar. "Me voy, doctor; estos me vinieron a cortar. Cuando pueda le aviso dónde voy a estar", le dijo el policía.

IV

"Yo trabajé tres años con Mano Rodríguez, hice muchos trabajos para él y siempre le respondí. Pero ese tipo es un asesino, mata por la espalda. Todas las boletas que tiene las fabricó: Tribilín le traía los pistoleros y un tal Julio, de La Boca, un buche y un hecho para hacer. Ely el Lagarto Vargas hacían la mayoría de las operetas", dijo Pedro Avio a los autores durante una larga entrevista en su casa de Las Toninas, adonde buscó refugio. En la jerga policial se llama "opereta" al operativo armado de antemano, una encerrona donde -si las cosas salen según lo planeado-los delincuentes son abatidos sin excepción. Por lo general, algún prófugo se lleva el dinero. Avio relató, a modo de ejemplo, una que habría ocurrido "sobre el Camino de Cintura, a la vuelta del colegio Don Bosco, el de los curas, casi llegando a Morón".

-Tribilín y Vargas, con una gente que yo no conocía, que eran de Transradio, donde vivía Vargas, "hicieron" dos Renault 12 rojos. Los guardaron una semana. ¿ Qué pasa a la semana? Los dueños hacen la denuncia y salta la captura. Bueno, ya estaba el ruido de los coches. Después, consiguieron fierros con "veneno": Es decir, hacen una banda, detienen a los delincuentes con cinco o seis fierros, pero se los negocian: les dejan dos o tres y se guardan tres -explicó.

Avio continuó con su didáctica explicación: -Ya tenían el coche con veneno y los fierros de otro procedimiento, también con veneno. Después había que conseguir a los boludos que fueran a chorear. Tribilín consiguió unos chorros y les ofrecieron un laburo para hacer, de un capitalista de juego, en un primer piso: 'mirá hay una plata así y asá' y los van llevando. Los chorros ven el movimiento del capitalista, los pasadores que suben y bajan; los tipos pican

"A mí me ofrecieron ir, pero no me gustó", acotó el sargento quien, pese a aceptar por momentos -y dar a entender en otros su participación en la amplia gama de delitos a los que casi por rutina se dedican tantos policías, hizo siempre hincapié en que él no mató nunca por la espalda.

-Entonces quedaron: tal y tal día, que era cuando el capitalista juntaba la plata. Y ese día los estaban esperando en la ratonera, viste. Los dejaron bajar y les dieron para que tengan. De paso, se quedaron con la plata. Así hace las estadísticas Mario Rodríguez -concluyó su antiguo ladero.

Según el sargento, Leguizamón y Vargas no eran los únicos "hombres de confianza" del Chorizo. El comisario Herrera (a) "el Negro", el comisario Delgado ("que también aguantó a Ponce y Gerez en su mansión de General Pacheco"), el comisario Jofré y el suboficial mayor Carmona integrarían, según Avio, el grupo más cercano al comisario Rodríguez. José Alberto Jofré fue el segundo de "Marito" tanto en la Brigada de La Matanza como en la de Lanús y, desde la detención de Ribelli, su reemplazante al frente de Sustracción Automotores.

-Un tipo serio, delicado, siempre de traje, fino, de bigotito, fuma en boquilla, siempre en Mercedes Benz y BMW; un tipo muy jodido. Ese no te amenaza. Ese venía a ser el que te daba el sobre para las boletas -10 describió Avio.

En la división de roles graficada por el suboficial, Delgado era una especie de "contador" de la brigada; mientras que a tipos como el comisario Herrera o el suboficial mayor Carmona les tocaba apretar el gatillo cuando era necesario. Además de repartir piñas y balazos, el Lagarto Vargas robaba camiones con mercadería que luego habría sido reducida

, utilizada por su jefe en las empresas que Avio le atribuyó. Para Tribilín no sólo quedaban las "operetas". También aportaba buena parte de las armas ilegales y se encargaba de los trabajos "políticos":

-Tribilín tenía una "cueva" en Campo de Mayo, en la Puerta 4, un sótano, de donde saca granadas, fierros, lo que sea. Es un hampón, un enfermo capaz de matarte por diez gramos de cocaína. El y el Lagarto estuvieron en lo de López Echagüe -afirmó el suboficial.

"La Matanza era el lugar que más muertes tenía; a Mario Rodríguez le interesaban las estadísticas, ves, así sumaba puntos en la Jefatura: pagaba cinco lucas por boleta. Un suboficial rubio, de rulitos, que laburaba con Gerez y Ponce y que también los aguantó en Casanova, era el que llevaba la estadística de las boletas; tenía como un privado arriba, en la brigada", explicó Avio.

-Rodríguez hacía las academias, de oficiales y suboficiales, cada quince días; y ahí hablaba a calzón quitado. Vos podías no estar de acuerdo, pero te tenías que callar la boca. Yeso fue un error; porque había gente que no se prendía y cuando iba a otro destino, con el tiempo, la cosa se fue sabiendo -continuó el sargento.

El hombre no pudo dejar de reconocer algo "bueno" en el estilo del comisario: a los que aceptaban las reglas de juego y demostraban eficiencia, el Chorizo les regalaba autos y casas.

Avio volvió a ponerse en el centro de los ejemplos relatando un operativo realizado contra una banda de delincuentes en 1993, "un buen trabajo".

-Venían haciendo robos grandes: el banco de Los Polvorines, el de González Catán, varios. Me infiltraron en la banda y vi que estaba llena de polis: los hermanos Alanís, oficiales los dos; el oficial Adrián Alborno, de Narcotráfico; el Peca Juárez. El jefe era un subcomisario de apellido Núñez y planeaban asaltar la planta de Jabón Federal -comenzó. El sargento iba y venía por los detalles de cómo se llegó a la celada final, un recuerdo que guarda entre los mejores.

-Secuestramos como ciento ocho fierros. Pero Mario Rodríguez lo dejó ir al subcomisario ese. Le recordé que al tipo yo le había hecho la Inteligencia y que me iba a cortar. El me dijo que me quedara tranquilo. Pero se armó quilombo porque en esa época había como once grupos operativos en la brigada y sólo tres eran gente de Rodríguez. Algunos oficiales se le pararon de manos. El les dijo que ahí mandaba él y que sabía lo que hacía; ya otra cosa.

Al sargento todavía hoy lo preocupa la libertad del tal Núñez, quien ahora sería comisario, "aunque el tipo nunca me hizo nada".

-Mario Rodríguez, Jofré, el Vasco Huici -que después cayó por la AMIA y yo nos fuimos ala cueva donde los tipos guardaban la plata y la encontramos entre unos paneles del techo: dos palos ochocientos mil pesos. Los billetes se desparramaron por el piso y cuando terminamos de juntarlos, Rodríguez me tiró dos fajos: veinte lucas, para qué te voy a mentir -contó el policía.

Pero su agradecimiento de entonces se transformó en indignación poco después:

-Cuando vi el acta del procedimiento, casi me caigo de culo: figuraban ochocientos mil pesos, salió en todos los diarios. .j Se afanaron dos palos, así nomás! Ya mí me tiraron veinte lucas -se lamentó. .

Pero, según el sargento, las "estadísticas" y los "rescates" no eran el único interés del comisario:

-A él le interesaba conservar La Matanza como base de operaciones para sacar la cocaína. Los hermanos Charly sacaban cada uno como cuatro kilos por semana. A la vuelta de la brigada había unos piringundines de putas, ¿no?; bueno, el canoso que los regenteaba laburaba para Rodríguez.

-¿Era cocaína rescatada en procedimientos? -No, era "merca" de afuera, la traían de Boliyia. A parecer, el asunto tenía sus bemoles:

-Una vez cayó la Federal a los piringundines y se armó un quilombo padre; casi se agarran a trompadas, porque Rodríguez los sacó cagando. Se pudrió todo, eh. Después vinieron a salvarlo los políticos, pusieron el pecho por él; los concejales, los diputados.

A fines del '93, Mario Rodríguez tuvo otro serio altercado; esta vez con el Negro Salguero, quien aspiraba a sucederlo al año siguiente:

-Casi se van a las manos. Después se la pasaron cagándose los "buches", soplándose los "trabajos", se mataban.

En aquella oportunidad, el apoyo de Pierri y de Klodczyk le permitió al Chorizo permanecer al frente de La Matanza durante un año más del que usualmente implica cada destino. Avio confirmó también la relación que sólo ellos desmienten:

-Con Pierri son como de la familia. Se reunían en un boliche que está a la vuelta de la brigada, que tiene un reservado: iban Pierri, Cozzi, también el ex intendente Russo. Pero ahí hablaban de "merca", eh, no de otra cosa.

V

A la "merca" y no a otra cosa debe su estadía en Caseros el cabo primero Jacinto Tufaro, numerario de la Comisaría 78 de Lomas de Zamora, detenido el 10 de octubre del '96 en el marco de un publicitado operativo antidrogas realizado por la "patota" de la Regional de Lanús, cuyo jefe era Mario Rodríguez con intenciones de llegar al edificio de la Jefatura. La banda desarticulada estaba encabezada por un tal Jorge Doppelgatz, y junto con él cayó una decena de policías de menor graduación, casi todos de la 7a de Lomas, partido donde fueron efectuados todos los allanamientos.

Como suele ocurrir en estos casos, la urgencia determinó que el juez natural fuera suplido por el de turno. La casualidad quiso que le tocara justo a la jueza federal de Morón, Raquel Morrís Dloogatz, de excelente relación con Rodríguez.

y que las órdenes de allanamiento las firmara su secretario Claudio Montecchiarí, primo hermano del comisario Montecchiarí que allanó la casa de los Tufaro. Este último era el jefe del destacamento caminero lindante con el playón de Andreaní en Piñeíro. Lo que resulta extraño es que el comisario Montecchiarí desconociera no sólo la condición policial de Tufaro sino los elementos que todo policía tiene en su hogar: sus uniformes, su arma reglamentaria, su credencial.

Extraño porque la tenencia de estos objetos es una de las "pruebas" esgrimidas contra Tufaro, además de unos reactivos que al día siguiente el cabo supuestamente debía utilizar en el allanamiento planeado por el juez federal de Lomas, Carlos Ferreíro Pella, contra una banda de narcos que escondían 500 kilos de marihuana.

El otro elemento incriminante contra el suboficial fueron unas escuchas telefónicas que en el juzgado de Morrís se negaron a permitirle oír. Tufaro, entonces, se negó a declarar.

-Nosotros teníamos el teléfono cortado por falta de pago, así que el único que pueden haber pinchado era el celular, que él tenía siempre transferido a la comisaría para pagar menos. Jacinto va a pedir que pericien las voces porque él jamás habló con ese Doppelgatz -dijo la hermana del cabo.

Tufaro tiene su propia versión del asunto y su hermana se encargó de transmitirla: "En el trabajo que estaba haciendo para Ferreíro Pella, Jacinto se topó con hombres de Mario Rodríguez involucrados, que lo amenazaron varias veces para que se dejara de joder o lo iban a enchastrar",

-Tres días antes de que lo detuvieran, mí hermano le contó lo que pasaba al secretario del juzgado de Lomas, doctor Dabondío, y le pidió que le hiciera un amparo preventivo porque tenía miedo; pero Dabondío le dijo que se calmara porque ellos estaban al tanto de su

investigación -agregó Lílana Tufaro.

Mientras despotricaba porque cinco meses después de iniciada la causa, que por fin llegó a manos de Ferreiro Pella, continuaba bajo secreto sumarial, el abogado del cabo, Alfredo Rodríguez, tenía su propia hipótesis:

-Tufaro me contó que unos días antes el comisario de su seccional, un tal Amato, lo había llamado al celular para decirle que lo necesitaba para poner orden en la comisaría porque Mario Rodríguez le iba a caer con cualquier excusa.

" Al parecer, Amato y Rodríguez habían discutido porque éste quería reemplazarlo por alguien más adicto y, ante la negativa de Amato, su jefe le contestó que lo iba a reventar con una inspección. Tufaro le dijo que no se preocupara, que si Rodríguez se hacía el vivo él lo podía cagar porque sabía todo lo de López Echagüe", desgranó el abogado. y reflexionó:

-Si Rodríguez tenía chupados los teléfonos de la seccional, como parece, tuvo que haberse enterado de esto y difícilmente le causara gracia.

Según los dichos de Tufaro a su abogado, el día de la golpiza recibida por López Echagüe en Avellaneda, un informante suyo le comentó que esa noche iban a hacer algo en el Bingo.

-Decíme, así voy como refuerzo -le dijo Tufaro. -Me parece que van a chupar a alguien -le aclaró el buche. Esa noche, el suboficial se mandó por las suyas para ver de qué se trataba. Al llegar vio que en un auto mal estacionado cerca del Bingo había cuatro conocidos: Tribilín Leguizamón, el Lagarto Vargas, el suboficial Oscar Tabárez y otro cuyo nombre no pudo recordar. Al comprobar que eran "polis", siguió de largo.

Al día siguiente, cuando abrió el diario, supo al fin de qué se trataba ese "algo" que ocurriría en el Bingo.

Dos años después, más precisamente el 10 de octubre en que fue detenido, Tufaro comprendería tarde que ya sabía demasiado de esos "algo" por cuyo conocimiento suele pagarse caro en La Bonaerense.

VI

A principios de noviembre del '96, con cincuenta y tres años vividos, el comisario mayor Mario Rodríguez podía considerarse un hombre de suerte. Sin dudas, había sabido elegir sus amistades y padrinzgos y gracias a ellos pudo sortear tantos escollos puestos en su carrera. Se había dado el lujo de despreciar las acusaciones de Avio, a quien tildó de ladrón, y de reírse de las del propio Costilla: "Estas cosas me divierten.

Debe ser porque soy un policía exitoso", le había dicho a *Noticias* en agosto.

No puede decirse que fuera muy original. Pero disfrutaba a pleno de su éxito. Vivía en un lujoso piso de 250 mil dólares en Cabello y Lafinur, veraneaba en un departamento de la avenida Gorlero, en Punta del Este, y se movilizaba en una impecable 4x4. Los vecinos que lo veían salir todos los días ni siquiera imaginaban que fuera policía.

Como a su también exitoso colega Mario Naldi, el matrimonio le había llegado con el pan bajo el brazo. Marta Gaziglia, su esposa, era -además de perita psicóloga de la Corte Supremaintegrante de una familia adinerada, dueña de varias propiedades y empresas, "de toda la vida".

Pero por entonces se vivían tiempos agitados en La Bonaerense: su viejo amigo Klodczyk ya no estaba y Eduardo De Lázzari anunciaba purgas y más purgas. El confiaba, sin embargo, en Domingo Lugos, flamante segundo jefe con quien había compartido años de afinidad junto al Muñeco Pierri, entre otros muchos amigos en común.

Pronto se resolverían los ascensos y él aspiraba a alguna dirección general: Seguridad o Investigaciones le venían bien. El paso siguiente sería la Jefatura.

Estaba tranquilo. Tenía entre manos un trabajo que significaría su pasaporte a La Plata. La

única contrariedad era que caería dentro del turno de Silvia González, una jueza con la que no tenía el trato fluido que mantenía con Raquel Morris o Jorge Rodríguez. Hacía poco, incluso, le había pedido que mantuviera detenido aun tipo que le estorbaba una investigación y González le salió con que lo hiciera por escrito.

Pero tenía todo bajo control; no podía salirle mal.

Eso pensaba hasta que el subcomisario Budó lo llamó por el celular ese fatídico miércoles ó de noviembre: era un desastre. y encima lo del pibe Félix.

No fue el único sorprendido. Para la jueza González y su secretario, Tomás Bravo, la causa qQe les cayó entre manos depararía una sorpresa detrás de otra.

La primera ocurrió alrededor de las diez de la mañana, cuando el comisario Madrid les avisó por teléfono que esperaban un asalto importante en la zona de Piñeiro: nunca antes le habían anticipado un hecho.

A las 11:05, cuando el tiroteo todavía no había llegado a su clímax, Budó les confirmó que el asalto anunciado se había producido en el playón de Andreani, con un saldo de cinco delincuentes muertos; perl) todo estaba controlado.

Quince minutos más tarde, se produjo la segunda sorpresa del día: Budó volvió a llamar; los muertos habían aumentado a siete.

Las siguientes se sucedieron una tras otra al llegar a la calle Piénovi. En lugar de Mario Rodríguez o alguno de sus hombres, quien la recibió al bajar del auto fue el comisario Angel Salguero.

-¿Cómo le va Salguero? ¿Qué hace por acá? -preguntó lajueza. -Y, dando una mano, ¿vio?

-<ontestó el Negro con tranquilidad. Una tranquilidad que contrastaba con el inusual nerviosismo de Marito, desencajado al punto de meterse hasta las rodillas en el agua. Ni siquiera las gravísimas heridas sufridas por el oficial Félix -que extrañamente no le habían sido comunicadas por Budó en ninguno de sus contradictorios llamados-je parecían suficiente justificativo para que un tipo como Rodríguez se mostrara tan alterado.

Rodríguez y el comisario Montecchiari no se despegaron un solo segundo del lado de la jueza y su secretario. Al extremo que la mujer tuvo que pedirle a Marito que se retirara para poder hablar a solas con el fiscal.

Cuando, ya dentro del destacamento caminero, Rodríguez le contó que Félix era hijo de un comisario retirado muy amigo suyo y que el chico le había sido confiado "para que lo haga un buen policía", lajueza creyÓ comprender la conducta del "más duro de todos".

No obstante, cuando el Chorizo dejó escapar una lágrima delante de lajueza, la mujer creyó que iba a caerse de la silla.

En esas circunstancias entró a la pequeña habitación el subcomisario Carlos Márquez, de la Seccional 5a de Lanús. El hombre parecía fuera de control y hablaba de los heridos.

Vercesi pareció decirle que se fuera con un gesto, pero Márquez insistía. Hasta que una mano que apareció por el marco de la puerta lo arrastró hacia afuera. La jueza preguntó:

-¿Qué heridos? En ese momento se enteró que había otros seis heridos de uniforme, uno de ellos, el suboficial Mario Bayona, muy grave.

Antes de retirarse, Silvia González se dirigió al ya recompuesto comisario:

-Rodríguez, ¿no se me olvidará de ninguna prueba, no? Esa misma tarde, el secretario Bravo recibió el llamado de una mujer exaltada que dijo llamarse "Mirta" y trabajar en la Unidad Regional de Lanús:

-Lo de Andreani estaba todo preparado por Mario Rodríguez; tienen que hacer algo para parar a ese hijo de puta -gritó por el auricular, exaltada.

En lugar de esclarecerse, a medida que pasaban los días los puntos oscuros se multiplicaban.

Aunque nadie lo sostuvo ante los instructores policiales, por lo menos tres testimonios

recogidos por la prensa hablaban de "fusilamientos".

Uno de ellos era el de Marcelo Vázquez, quien salió esa mañana a efectuar una entrega para la empresa Edgard Plast, en la que trabajaba, y nunca regresó. La policía no sólo demoró la entrega del cuerpo a su familia, sino que negó la versión hasta que los propios familiares la hicieron pública.

El chico Vázquez no tenía marcas ni golpes que indicaran que fuera un rehén de la banda, pese a los dichos de un testigo presentado por la familia. Junto a su cadáver había un arma con el cargador intacto.

Su falta total de antecedentes y la conducta del muchacho en las horas previas a su desaparición convencieron al juzgado de que no pudo haber integrado el grupo atacante en forma consciente y voluntaria: su presencia allí no cerraba.

En los momentos posteriores al tiroteo, varios policías y numerosos vecinos afirmaron que habían fugado hacia el Riachuelo tres o cuatro delincuentes, cuya persecución explicaba los disparos que durante largo rato se escucharon en esa zona. La misma Policía afirmó en el expediente que los dos revólveres hallados bajo una piedra a dieciocho cuadras de Andreani pertenecían a los prófugos.

Sin embargo, cuando esa tarde la jueza González le preguntó a Rodríguez por los prófugos de los que hablaban los medios, el comisario desestimó el asunto:

-Usted ya saque cómo son estos, dicen cualquier pavada. Un testigo declaró ante la instrucción que poco después de la masacre vio pasar un Fiat Duna blanco con cuatro hombres empapados en su interior: estaba a pocas cuadras del lugar y el vehículo venía de esa dirección.

La ferocidad de la banda, en la que tanto insistió Mario Rodríguez, no parece haber sido tal. Un albañil, un empleado municipal y otros con frondoso prontuario pero de robos menores, integraban el grupo junto al intachable Vázquez.

Lo que sí pudo comprobarse es que varios de ellos registraban detenciones amanos de los hombres de la Regional Lanús, en las semanas previas a la masacre. Por una u otra razón, habían salido en libertad.

Los pesquisas terminaron preguntándose si los asaltantes eran idiotas o estaban demasiado confiados: la zona no sólo era patrullada desde temprano, sino que, en el momento del atraco, un patrullero se encontraba en la puerta de Andreani y otros cinco estaban notoriamente estacionados frente al destacamento caminero.

Por último, en el juzgado se preguntan por qué, si esa vez los policías tuvieron la deferencia de avisarles antes del asalto que esperaban, no

lo hicieron cuando realmente se enteraron. La jueza supo que los policías lo sabían desde por lo menos la noche anterior, cuando un Rodríguez vencido por el cansancio lo mencionó, casi sin querer, en las últimas horas del jueves 7 de noviembre.

El día anterior, acaso confundido por el mal tiempo, Vercesi había afirmado a la prensa que hacía quince días que seguían a la banda y por lo menos dos que esperaban el asalto. Rodríguez y Vercesi tuvieron que admitir luego que tres suboficiales pasaron la noche previa al asalto en una camioneta blanca, dentro de las instalaciones de Andreani. Cuando los hombres en cuestión declararon dijeron que "la lluvia" les impidió entrar en acción cuando hizo falta. Uno de ellos era el mismo Oscar Tabárez que Tufaro habría reconocido frente al Bingo el día que golpearon a Hernán López Echagüe.

En ese conocimiento previo de los jefes de la regional parecen haberse centrado las versiones de "malestar en La Fuerza" con epicentro en el comisario general retirado Félix, padre del oficial que murió poco después del tiroteo. Al parecer, al joven que estuvo en la primera línea de fuego nadie le había avisado lo que se preparaba.

Fuentes ligadas a la instrucción policial confiaron que Félix padre creyó que su hijo había

sufrido un accidente cuando le avisaron que estaba internado en el Hospital Fiorito: su hijo nada le había anticipado del operativo, como era normal entre ambos.

Ninguna Mirta trabaja en la Regional de Lanús, pero "Mirta" siguió llamando y en el juzgado no dudan de que se trata de una policía.

La sospecha de que pudo haberse tratado de "una opereta armada en la que algo falló" pronto comenzó a tomar cuerpo dentro de la misma Policía, hasta llegar a la nueva cúpula de la Secretaría de Seguridad.

Los hombres de Eduardo De Lázzari allanaron días después la Comisaría 5a de Lanús para secuestrar el libro de entradas y salidas: alguien había dicho que allí se había "cocinado" lo que, por algún error imprevisto, terminó convirtiéndose en la Masacre de Andreani. El titular de la dependencia era el comisario Cabello, y su segundo, aquel Márquez tan preocupado por los heridos.

"Mirta" volvió a llamar: "Por ahí van bien, sigan la pista de la 5a", dijo.

Pero ese "alguien" también apuntó al comisario Carlos Martínez y al suboficial Daniel Heindl, dos hombres del riñón de Mario Rodríguez: "Ellos pusieron los fierros y comandaron el grupo. El Petiso Martínez estaba entre los que entraron a Andreani".

Una versión maliciosa e interesada porque, según constaría en la causa contra la bandita de Jorge Doppelgatz por la que está detenido Jacinto Tufaro, ese ó de noviembre ambos policías se encontraban a cientos de kilómetros del lugar, en medio del Chaco, enviados en comisión por la jueza Raquel Morris Dloogatz.

Casi tan lejos como Mario Rodríguez de sus sueños de gloria. Ni Klodczyk ni Piottini Pierri pudieron defenderlo esta vez: el "ruido" era demasiado fuerte, y el momento político, muy delicado. De todos modos, le ofrecieron una salida honrosa: afines de noviembre el Gran Poronga de La Bonaerense pidió su pase a retiro.

Pero estaba lejos de resignarse.

-y bueno, Juan, que sea lo que Dios quiera. En mi casa no hay nada, quedáte tranquilo.

Mejor que se termine de una vez. Está todo limpio. Los saludaremos, estaremos "uniformados". ...-le dijo.

Cuando los nombres que incluían las órdenes de detención y comparendo librados por Galeano se conocieron oficialmente, el Patrón había recuperado buena parte de su habitual solvencia. Calmó a la tropa, asegurándose de que ninguno se fugara: "Es por incumplimiento de los deberes de funcionario público, por la causa Baci", repitió una y otra vez, tratando de convencerse a sí mismo.

Repartió indicaciones a sus familias para que "limpiaran" sus "carpetas", los "papeles desparramados", la "escritura del primer cajón" y supieran qué decir ante eventuales allanamientos. Hizo arreglos para que no quedaran temas pendientes ni cabos sueltos y dio instrucciones a quienes, como el sargento Víctor Cruz, no sabían qué declarar:

-Yo estaba en disponibilidad, ¿se acuerda? -le dijo el hombre del mal de Parkinson, en alusión a aquel primer intento de detener a Telleldín, en marzo del '94.

-Vos fuiste porque estabas ahí, aburrido, al pedo y lo acompañaste (a Ibarra) -lo cortó Ribelli.

Pero estaba preocupado. Por más que le anunciara a su mujer que el lunes estaría de regreso, sabía que las cosas podían ponerse negras. Sólo con Ibarra mostraba sus dudas.

-¿Qué decís? -le dijo la enésima vez que lo llamó ese 12 de julio. -Más unidos que antes, ¿no? -tanteó Ibarra. -Y, viste que te dije: para mí también había. -Bueno, escucháme. Lo único que te pido. ...que tenemos que estar unidos -¡nsistió Ibarra.

-y más bien, qué va hacer... -La determinación que vos tomés; vos sos el pensante acá. ...-le dijo Ibarra, como pidiendo socorro.

-y qué determinación... escucháme. Yo me presento y me niego a declarar, qué voy a decir.

..

Galeano acababa de armar un desparramo descomunal. . La apuesta del juez a las intervenciones telefónicas masivas y al entrecruzamiento de los datos aportados por las telefónicas le dio más dividendos que la aparatosidad de Salguero, la asepsia de Verón y los "servicios" del POC.

Había llegado hasta allí después de sortear innumerables escollos, zancadillas y pistas falsas puestas en su camino por los hombres de La Bonaerense. Aunque Galeano no enfrentó públicamente la "colaboración" que los Patas Negras juraban haber prestado a la investigación, en el auto de procesamiento de los doce policías detenidos (una pieza con momentos de alto vuelo literario) se dio el gusto de reprender a Klodczyk, Pérez Cárrega y Calabro.

En primer lugar, por la "falta de profundidad" en la investigación que les encomendara a los dos últimos a raíz de la conversación entre Nicolau y Juan lonno, captada con posterioridad a la detención de su jefe y socio, donde aludían a "la gente del Tigre, la que se llevó el vehículo".

La indagatoria tomada a lonno y Nicolau por el propio Calabro era un insulto a la más pobre inteligencia: los tipos, que reconocieron sus voces y la famosa Traffic como "el vehículo", afirmaron que la mención a "la gente del Tigre" había sido "un comentario ocasional".

Calabro y Klodczyk rubricaron esas palabras, comentando que los dos sujetos le parecieron "sinceros, espontáneos" y sus dichos, "verosímiles".

Lejos de justipreciar el verdadero alcance del terremoto, cebada por años de impunidad, la Jefatura se recostó sobre sus viejas mañas: anunció más exoneraciones y reformas, otra vez rinoscopías sorprendidas, rescató a la Institución por sobre los hombres y relativizó los cargos que Galeano disparó contra Ribelli y su banda.

Sus camaradas libres descartaron cualquier vinculación de Juancito con el atentado: "Podrá ser un pícaro, pero no un terrorista", decían, palabras más o menos, coincidiendo con la apreciación del Jefe.

El juez también dejó constancia de que las actuaciones ordenadas a raíz de la denuncia del diputado menemista Mario Cámara jamás llegaron a su juzgado, pese al informe de la Jefatura diciendo que habían sido en "iadas".

El Tano Forgione era el jefe de la Brigada de Vicente López al momento del secuestro de la Traffic, y estaba al tanto del operativo de Leal, pero horas antes de la entrega pidió una oportuna licencia que lo dejó fuera de la causa, aunque no de las sospechas. Regresó apenas para vaciar los cajones de su despacho y partir hacia un, también oportuno, traslado a Mar del Plata, ordenado por la Fuerza.

y en Mar del Plata estaba cuando "Los doce apóstoles" fueron detenidos por Galeano. Pero Cámara lo había visto inquieto y luego notó que una vez más había solicitado una repentina licencia a su cargo de jefe de la regional marplatense. A esa altura, los pesquisas contestaban casi invariablemente alas requisitorias sobre "la gente del Tigre":

-El Tigre es Naldi -decían, en alusión a su mando sobre la Unidad Regional del Delta.

Ya Mario Naldi se lo identificaba con Rossi, Verón y Forgione. Pero ni Naldi ni Forgione aparecían en el expediente. Entonces, se llegó a especular con que Naldi ayudaba a la investigación y Forgione sería un "testigo encubierto". La especie fue rotundamente negada por el juzgado y las entidades damnificadas.

Naldi fue a aclarar su situación a Comodoro Py, y Forgione publicó una gacetilla de prensa desmintiendo que se hubiera ausentado del país.

En la conversación que Telleldín mantuvo con Galeano, previa a su declaración formal del 5 de julio, le había dicho al juez que "gente importante de la provincia de Buenos Aires" se

había mostrado interesada en su silencio, ofreciéndole "muy buena plata".

Para sorpresa del magistrado, el Petiso no mencionó esa vez a ningún policía: Rubén Cítara, secretario general de la Gobernación, y "gente de Piotti" fueron los nombres. Por esos días, una fuente íntimamente vinculada al armador de la Traffic-bomba dejó trascender un dato que inquietaba a Carlos Telleldín: Raúl Guglielminetti había visitado el pabellón de Villa Devoto que comparte con José Ahmed, secuestrador de Mauricio Macri, y el fiscal trucho Jorge Damonte, su "asesor legal", como lo llama el Petiso con ironía. El "Mayor Guastavino", a quien tantas veces se vinculó con el comisario Naldi y aun contesta bajo ese apodo el teléfono de Narcotráfico Norte, habría sido portador de un sano consejo para el cordobés: "Cerrá el pico, pelotudo".

Los Patas Negras no sólo olvidaron secuestrar las armas y credenciales de los detenidos: Ribelli y sus muchachos continuaron comunicándose a través de sus celulares mientras eran conducidos a prisión y ya una vez dentro de ella. Los comisarios Raúl Machuca y Jorge Bianchi, de la zona Sur, Alberto Sosa -el mismo que había llevado los "34.900 pesos" a Ibarry Raúl González, de la Norte, fueron denunciados penalmente por Galeano. Una fuente cercana al cordobés afirmó que el 30 de julio de 1996, a las 7 de la mañana, una comisión de supuestos efectivos del Servicio Penitenciario intentó sacar a Telleldín de su celda con una orden, firmada por un jefe de turno apellidado Rojas, que ni siquiera estaba de servicio.

La hora y la falta de aviso les resultó extraña no sólo al Petiso y sus compañeros de desgracia, sino a los propios guardias, quienes tampoco reconocieron el camión como uno de los usados habitualmente. Los carceleros dieron parte a Inteligencia del penal, que velozmente determinó que la firma no era la de Rojas y abortó la operación.

Era la primera de una serie de maniobras desesperadas.

No la pasó mejor Marta Parascándalo, abogada de Burquette. La mujer dijo haberse hecho cargo de su defensa por su vínculo con la familia del comisario: "De entrada le dije que tenía que hacer lo que corresponde: romper el pacto de silencio", explicó, con ingenuidad casi lozana.

El testimonio de Burquette no le hizo ningún favor a su antiguo jefe. Los muchachos demostraron que el lobo podrá perder el pelo, pero no las mañanas, con perdón de ese hermoso animal.

-Decíle a Marta que los muchachos de la Traffic la vamos a hacer boleta -le dijeron por teléfono a su madre, pocas horas después de hacerse cargo del caso.

Las amenazas se hicieron extensivas a una socia de la mujer del apellido premonitorio y se repitieron luego a su propio celular, en una oportunidad, mientras estaba enfrente de Galeano, quien raudamente le puso custodia. De todos modos, las llamadas continuaron y los seguimientos motorizados también.

-Parece que algunos hablan contra mí, tal vez porque en algo les conviene -dijo Ribelli en respuesta a una pregunta sobre Burquette-. Ahora también me quieren cargar las amenazas a esa señora, viejo.

Ribelli negó todas las acusaciones; incluidas las "picardías" detectadas a través de sus conversaciones. y hasta las conversaciones. Como Naldi y Forgione, aseguró que él tampoco estuvo en su lugar de trabajo durante los días en que ocurrió el secuestro de la Traffic y el atentado contra la AMIA.

-Me había ido a Cataratas y después a Foz de Iguazú -dijo, aunque hasta entonces sólo había logrado arrimar como "prueba" una factura de lavandería a nombre de nadie. Tampoco estaba de licencia.

Pero ése, claro, no era un escollo, como él mismo se ocupó de aclarar cuando se le preguntó sobre sus comentados viajes a Medio Oriente.

-Yo viajé por razones culturales y con personal de un juzgado a Egipto, España e Italia. A Libia no fui nunca. A Libia y Egipto había un viaje para-un congreso y, como yo no tenía licencia, el juez Llermanos habló a Jefatura y me consiguió el permiso, pero los pasajes me los pagué yo. El congreso al final no se hizo y, como ya tenía los pasajes, me .fui con mi señora a pasear a Europa. La policía de Kbadafi nunca supo lo que se perdió.

LOS EXALTADOS .

Faltaban pocos minutos para la medianoche cuando los policías llegaron al edificio de Avenida del Libertador N° 3540. No tenían previsto patear puertas; subieron al décimo piso acompañados por el portero, que traía las llaves. Sabían que, por esos días, Guillermo Cópola no dormía allí. Era el 8 de octubre de 1996.

No fue fácil allanar los cuatrocientos metros cuadrados de ese piso con gimnasio, sauna, cama solar y un comedor para quince personas. El departamento estaba ordenado al punto de resultar insulso; parecía un stand de la exposición del mueble.

Eso desorientó a los sabuesos; durante largos segundos no hicieron más que mirar en derredor y, luego, se lanzaron sobre la colección de osos de peluche del representante de Diego Maradona.

Primero destriparon uno blanco, y nada. Después fueron directo al oso negro, vestido con una camiseta de Boca. El resultado también fue negativo: los osos estaban. "limpios".

Cuatro horas después los policías seguían sacudiendo cada rincón del departamento: no encontraban nada y eso los ponía más nerviosos. El allanamiento naufragaba bajo la pulcritud del mobiliario. A esa altura, habían llegado los abogados del dueño de casa, alertados por Mary, la esposa del portero. También había dos testigos.

Todos iban de habitación en habitación. Uno de los policías requisaba y los demás se limitaban a observar. Parecía una visita guiada. De pronto, como en una ficción ideada por un autor poco imaginativo, el grupo se detuvo frente aun jarrón de pie.

El frente del edificio, casi pegado a la embajada norteamericana, estaba repleto de cronistas y movileros. Algunos habían sido llamados por Mary y otros por los mismos policías. Como era su costumbre en aquel entonces, el juez federal de Dolores, Hernán Bernasconi, no dudó en internarse entre los micrófonos para anunciar su trofeo de caza: "Medio kilo de cocaína, aproximadamente", dijo. con una sonrisa de oreja a oreja; luego se explayó sobre la génesis del caso:

-En el verano obtuvimos información de que desde Buenos Aires venía una línea de cocaína y éxtasis que estaba vinculada a la esfera íntima de Cópola. A partir de eso designé un agente encubierto que se instaló en la Capital Federal. El hombre cumplió su trabajo estupendamente: se infiltró en el grupo, consiguió los teléfonos celulares de los integrantes y así obtuvimos casi mil horas de "escuchas". Estamos a las puertas de una organización de narcotraficantes con posibles conexiones internacionales.

En ese instante se le cruzó por la memoria el comienzo de su cruzada, cuando le encomendó a uno de sus hombres la misión de convertirse en "Daniel López", un nombre ideal para pasar desapercibido.

-Los resultados fueron increíblemente rápidos: a los dos días, el "agente encubierto" ya le estaba bajando datos al juez y, dos semanas después, empezó a agregar organigramas precisos y detallados, con nombres, direcciones y circunstancias. También comenzaron a fluir las conversaciones "pinchadas".

Esa celeridad no le resultó sospechosa; por el contrario, su entusiasmo fue tan grande que le pidió al comisario Emilio Azzaro, jefe de la División Narcotráfico Oeste, que designase a una persona de su grupo para que evaluara todas las grabaciones.

En ese punto, sus pálpitos se estrellaron contra el desaliento: los informes del inspector Eduardo Molina no coincidían con los de "Daniel López". Según el material analizado, Cópola y Maradona sólo eran consumidores de cocaína, sin ningún tipo de actividad relacionada con el narcotráfico.

Bernasconi no tardó en suspender al oficial Molina, porque suponía que "estaba comprado". Según una fuente cercana al juez, "había comenzado a sospechar de la

imparcialidad del policía y decidió centralizar las desgrabaciones en la Brigada de Dolores".

El comisario Azzaro también decidió dar un paso al costado y se alejó silenciosamente de la investigación. Así transcurrió casi medio año, hasta que recibió un sorpresivo llamado telefónico.

A través del auricular reconoció la voz de Bernasconi. Media hora después se encontraron en la esquina de Coronel Díaz y Santa Fe. El juez fue parco y directo; luego de un saludo no muy efusivo, le entregó una orden de allanamiento. Ninguno de los dos dijo nada más. Durante el amanecer del día siguiente, la actividad policial en el edificio de la Avenida del Libertador seguía siendo intensa. Los efectivos, ataviados innecesariamente con chalecos blindados y gorras de rapper, subían y bajaban una y otra vez del décimo piso.

Entre ellos, llamó la atención un tipo regordete, de barba tipo candado y pelo lacio con raya al medio. Tenía las pupilas dilatadas y parecía

.atrapado en un inocultable estado de ansiedad; hablaba a los gritos por un celular.

Gesticulaba. Su imagen fue captada por los reporteros gráficos. Aún nadie sabía que se trataba nada menos que del mismísimo "agente encubierto".

II

En Zárate, su terruño natal, o en la cercana Campana, todos conocen al oficial principal Gustavo Daniel Diamante por los servicios prestados en las comisarías locales. Lo llaman el Negro o el Loco y se destacó entre sus colegas por sus "procedimientos" nocturnos, que solían terminar con violentas golpizas a ocasionales sospechosos.

En 1991, ya casado y padre de mellizos, le tocó custodiar a Natalia Castellano, una adolescente que cursaba el secundario. Fruto de esa "misión" nació Nicolás Diamante. El policía siguió viendo a .ambos hasta que, dos años más tarde, Natalia formó nueva pareja. Los desmanes a que el Loco tenía acostumbrados a los habitantes de Zárate y Campana le valieron numerosas denuncias.

(Entre las causas penales que acumuló allí resalta la de la muerte de

,

.Juan Arce, un personaje de avería, al que Diamante dijo haber querido reducir. y lo hizo de un balazo, argumentando que el otro, en un súbito brote de locura, lo enfrentó cuchillo en mano.

Aunque la carátula inicial fue "homicidio simple", los técnicos del SEIT explicaron al juez de Campana, Hipólito Penzotti, que más bien parecía un caso de "exceso en la legítima defensa". El expediente fue entonces recaratulado y, luego de dormir durante dos años en la Cámara de Campana, está actualmente en manos de la Corte bonaerense.

A raíz de ese asunto, Diamante fue sometido a un examen psiquiátrico. El resultado fue lapidario; hablaba de "un mandato familiar vinculado a la violencia y las armas". Su padre había sido, precisamente, un "prestigioso comisario" de la zona.

Por un tiempo, los habitantes de la zona le perdieron el rastro, pero regresó poco después, bajo las órdenes del comisario lóppolo, a la recién creada subdelegación local de Narcotráfico.

Diamante se hizo célebre entre los periodistas de Zárate y Campana por una manía que conservaría a lo largo de su carrera policial: siempre avisaba a los medios antes de comenzar los operativos.

Esa extravagancia pondría tempranamente al descubierto otra de sus fijaciones: la de "plantar" evidencias. En esos días, fue acusado por Daniel Colella de "ponerle" un paquete con marihuana durante un procedimiento en su casa. Esa causa se tramita en el juzgado federal de Zárate.

Entre sus hazañas también se recuerda el caso Strachenko. Diamante allanó su departamento en el barrio Fonavi. Le pegó al tipo, rompió hasta los platos y lo detuvo junto a su mujer por tenencia de drogas. Strachenko salió al año por las irregularidades del procedimiento. Pero en la cárcel se había contagiado de Silla y murió poco después. Por esa constelación de factores, el Loco fue nuevamente alejado de su aldea. Fue a parar a la casa matriz de Narcotráfico Norte, en Martínez. Era octubre de 1993 y Diamante no demoró en dar la nota: el juez federal de San Isidro Conrado Bergesio comenzó a investigarlo a él y al inspector Raúl Arnouk en una causa por drogas.

I III

A lo largo de su raid policial, al comisario Emilio Azzaro le tocó toparse con personajes de las más variadas calañas; aunque él mismo constituya una especie extravagante de sabueso. Corredor de automóviles,

.cantor de folklore en las peñas de Campana, al Gordo se lo suele ver ante las cámaras enfundado en brillosos trajes.

Sin embargo, sus subordinados están acostumbrados a verlo en malla, sandalias y musculosa desteñida, la cual cubre, cuando llega el momento de un operativo, con un chaleco antibalas que lo hace parecer. una rara mezcla de Rambo y Peter Ustinov.

Conoció la fama después de la detención de una banda de consumidores-trafficantes que rozaba a la tradicional familia Blaquier. Luego engordó su currículum con otros operativos antinarcóticos de gran resonancia como Viento Norte y Tormenta Verde, hasta entonces el más grande secuestro de marihuana efectuado en el país: una tonelada. Corría 1994 y ya se había convertido en el brazo policial del juez federal de San Isidro, Roberto Marquevich. En diciembre de ese año, ya a cargo de la División Narcotráfico Oeste, fue enviado a hacer la temporada en la costa. En Dolores se puso alas órdenes del juez Hernán Bernasconi y, horas después, en Pinamar conoció a tres nuevos subordinados: el principal Daniel Diamante y los cabos Antonio Gerace y Carlos Gómez.

Entre ellos nació una fluida relación profesional. Fue un verano inolvidable, tanto para ellos como para los turistas. El ritmo de trabajo era muy intenso; solían hacer entre tres y cuatro procedimientos por noche.

En la del 7 de enero, por ejemplo, comenzaron por un par de confiterías, siguieron por la disco E~ Alma e, imprevistamente, se lanzaron hacia una peluquería unisex situada a diez cuadras. El local estaba cerrado, pero se las ingeniaron para entrar. Se metieron todos en el salón y el comisario enfiló directamente hacia unos sillones en el fondo. En ese instante gritó:

-¡Acá está! -sus manos sostenían tres kilos de cocaína pura, fraccionados en tres ladrillos. , Los muchachos de Azzaro salían a batir la noche y, en ese trajín, obtenían nuevas pistas, sobre las que no dudaban en lanzarse. No perdían el tiempo. Para ello, llevaban a Bemasoni prácticamente a cuestas; el magistrado se había convertido en una suerte de expendedor ambulatorio de órdenes de allanamiento.

Esa temporada fue irrepetible; en el salón VIP de la disco Ku solían converger los hijos de las mejores familias: Zulemita y Junior, los hijos de Eduardo Menem, su futura nuera Paula Traverso y Leonel Miguel-hijo de Lorenzo-, todos con sus respectivos custodios;

también Diamante y Gerace acostumbraban caer por allí.

No iban por motivos policiales, aunque tampoco se trataba de un descanso, en el sentido literal de la palabra. En realidad, por orden de Azzaro, cuidaban a la hija del comisario~ Gimena, una adolescente rolliza y díscola, que solía enturbiar con vo~a sus regresos al hogar.

La presencia de los dos "sérpicos" nopasaba desapercibida. Ambos gastaban ropa de marca y Diamante, a pesar de la opaca iluminación, no atinaba a sacarse sus lentes oscuros.

Tampoco se despojaba del arma reglamentaria, que siempre calzaba en la cintura.

El tipo solía mostrarla a sus interlocutores ocasionales. Algunos se escurrían ante su presencia, pero para la mayoría el policía resultaba pintoresco.

Motivos no faltaban; a medida que pasaba la noche, Diamante se tornaba más extrovertido.

Siempre con un cigarrillo apagado en la boca, cautivaba a los presentes con relatos de su oficio. En ellos, no sólo aludía a anécdotas del pasado, sino también a historias porvenir.

Apoltronado en un sillón y haciendo sonar los hielos de su whisky, Diamante llegó a referirse a "un asunto gigantesco y muy pesado" que estaba preparando Narcotráfico. El principal no mentía; su auditorio de aquella noche escuchaba absorto los detalles de un hecho que sucedería dos meses después: la Operación Café Blanco.

Entre ellos estaba Gustavo "Palmer" Mustoni, el dueño de la disco. Este tomaba con pinzas los vaticinios de Diamante. Tampoco imaginaba que, un año y medio después, ese mismo policía -que esa temporada se había quedado con las ganas de echarle el guante-¡o conduciría a los umbrales de su propio infierno.

IV

El comisario Mario Naldi preparaba la ofensiva final del procedimiento más espectacular de su carrera. Vestía bermudas, una guayabera color crema y, sobre ella, su pistolera de cuero borravino. Parecía un general sacado de una novela de Alejo Carpentier. Tan afecto a los placeres urbanos, al Ñoño ahora le costaba imaginarse en un sitio que no fuera esa accidentada serranía.

Eran los primeros días de marzo de 1995 y sabía que aquel territorio lindante entre Catamarca y Córdoba concitaría el interés, no sólo de la prensa internacional, sino de varios gobiernos. El Café Blanco estaba por hervir.

Diamante y Gerace no compartían sus sueños de grandeza. Se aburrían mortalmente y se sentían incómodos en un entorno tan agreste. Además, eran conscientes de que el comisario los tenía entre ceja y ceja. Naldi no podía digerir a esos dos tipos altaneros, indisciplinados y violentos: había momentos en los que perdían el control sobre ellos mismos; provocaban riñas con otros efectivos e, incluso, dejaron una cuenta impaga en un hotel de Catamarca.

El Ñoño los había relegado a tareas menores: cargar equipos y limpiar. Pero en eso tampoco mostraron aptitudes. El comisario, entonces, decidió, a modo de penitencia, confinarlos en un puesto de vigilancia situado a dos kilómetros del campamento policial. Se trataba de una carpa para dos personas. Ambos partieron hacia esa morada transitoria, sin más equipaje que sus armas y algunos víveres.

Durante tres días con sus noches, no dieron señales de vida. Tampoco contestaban los *handys*. Luego del alivio inicial por no verlos, el Ñoño pasó a la preocupación. Finalmente mandó a dos de sus hombres para constatar si todavía estaban allí.

Diamante y Gerace no habían desertado; continuaban instalados en

la carpa, pero no salían de ella, tal vez inmersos en el efecto del polvillo blanco que atesoraban en una bolsita de nylon. Cuando se desató el operativo propiamente dicho, al Loco le tocó cargar bolsas en Los Ucles, mientras Tony esposaba presos en Ascochinga.

De regreso a Buenos Aires, los dos amigos fueron separados. A Gerace lo trasladaron a

una comisaría del Lanús de Mario Rodríguez, y Diamante terminó aquel invierno prestando servicios en San Nicolás, a las órdenes del comisario Amadeo D' Angelo, "hombre de confianza" del Chorizo. Allí se reencontró con otro amigo: el cabo Gómez. No tardaron en hacer de las suyas: el juez federal de San Nicolás, Abel Villafuerte Ruzo, les abrió una causa "por graves irregularidades en

la investigación de una causa por narcotráfico".

El 21 de setiembre, nuevamente en el norte del Gran Buenos Aires, la dupla Diamante y Gerace detuvieron por drogas a José Gerbaudo. En aquel momento, para los dos policías sólo fue un procedimiento más. No se imaginaban -como se verá después- que el episodio terminaría convirtiéndose en la bisagra de sus vidas.

V

En diciembre de ese año, volvieron a la costa para "hacer" la temporada '96; allí habían dejado amigos como los oficiales Juan Carlos Salvá, Sergio Camaratta, Gustavo Prellezo y Héctor Colo, entre tantos. Pero esta vez, los objetivos serían otros.

De la mano de "Nu y Eve" -como la prensa rebautizó a los policías- el juez Hernán Bernasconi logró finalmente la notoriedad pública que ansiaba encabezando procedimientos más resonantes que efectivos, en los que varias veces estuvieron involucrados personajes famosos.

Hasta Charly García pasó por su despacho para explicar por qué, durante un recital realizado en Villa Gesell, había dicho: "Mejor que sol sin drogas es drogas sin sol", en alusión al operativo que anualmente monta la Secretaría de Prevención y Lucha contra el Narcotráfico y la Drogadicción (SEDRONAR), que ese año promocionaba Diego Maradona.

Propietario del supermercado pinamarense El Gran Marco Polo, Juan Carlos Odriozola juró una y otra vez que la única droga que poseía en el momento de su arresto era una "raya" de cocaína que había sobre un televisor. No obstante, Diamante y Gerace se las ingeniaron para encontrar 133 pastillas de éxtasis.

En los primeros días de febrero, la "patota" de Bernasconi se trasladó sigilosamente a la Capital. Tenían otro famoso en la mira: el ex futbolista Alberto Tarantini. El Conejo fue detenido al salir de Hippopotamus. No tenía drogas encima; estaba "limpio". Pero ese fracaso inicial fue superado con una orden de allanamiento firmada por Bernasconi, otra vez *in situ*.

En el departamento de Tarantini, situado en el séptimo piso de Avenida del Libertador N° 4592, encontraron restos de cocaína en una caja de zapatos; pero Gerace no tardó en exhibir quince pastillas de éxtasis que nadie supo cómo encontró. En la ocasión, Tony Gerace también se llevó un costoso reloj y una medalla recordatoria del Mundial '78 - objetos que, por supuesto, no fueron asentados en el acta de secuestro.

Robertino, el hijo del dueño de casa, dormía profundamente. Pero había algo raro: la puerta de servicio estaba entreabierta, y la luz, encendida. Casi por olfato se presentía que alguien acababa de salir. Cuando el peritaje demostró que las cápsulas de éxtasis estaban vacías, se acrecentaron las sospechas de que Tarantini había sido "marcado".

Es decir, alguien lo delató, pero no para que fuera preso, sino para ponerlo en evidencia y, obviamente, presionarlo. "Me querían usar para meter a Coppola adentro, pero no seguí el juego. Bernasconi me acosaba. Diamante y Gerace se hacían los buenitos. Pensaron que iba a trabajar para ellos", recordó el Conejo tiempo después.

Pero luego de aquel episodio, se produjo también la primera detención del agente de relaciones públicas de la noche porteña Héctor "Yayo" Cozza. El tipo estaba en su auto junto a su novia Samantha Farjat, cuando fue interceptado por un grupo de policías,

encabezados por Diamante. Les encontraron una módica cantidad de cocaína y pasaron veinte días tras las rejas. Ambos creen que el hilo conductor de ese procedimiento fue, precisamente, Tarantini.

Bemasconi regresó a las primeras planas el 21 de febrero, anunciando el secuestro de nada menos que 80 mil pastillas de éxtasis. Se trataba de un récord mundial. Su guerra personal contra la "droga del amor" lo catapultaba como el héroe de aquel verano. Diamante, Gerace y Gómez fueron los autores del procedimiento, y el detenido, Carlos Fazzari. Estuvo preso tres semanas, hasta que el laboratorio de la Corte Suprema certificó que las pastillas eran inocuas: se trataba de remedios homeopáticos.

Para Bemasconi concluyó así la primera etapa de su enmarañado proyecto en defensa de la salud pública. A partir de entonces, se sumergió en un inesperado bajo perfil.

Mientras la Cámara Federal de Mar del Plata comenzaba a revisar y cuestionar sistemáticamente los fallos del magistrado de Dolores, Bernasconi se aseguró el concurso de Diamante y compañía para el resto del año.

-¿Está seguro, doctor? Mire que estos muchachos son un poco, digamos, desprolijos -le advirtió el Coco Rossi, director de Narcotráfico, que buscaba evitarse problemas ulteriores.

-Usted mándemelos, Rossi -<:erró el magistrado.

-Está bien, pero si no le molesta, pídamelo por escrito, doctor -se cubrió Rossi.

Con ese escrito, Bernasconi empezaba a diseñar la ofensiva contra su enemigo máspreciado: el canoso Padrino del *jet set* local.

VI

Como un cOletazo tardío de ese verano, en junio Diamante y Gerace se dieron el gusto de caer sobre la presa que se les había escapado un año y medio antes: Gustavo Palmer Mustoni, dueño de la disco Ku, de Pinamar. El empresario fue interceptado cuando viajaba por la Ruta 2 con setenta gramos de cocaína dentro de su BMW. A modo de botín, Tony Gerace usufructuó el vehículo del empresario hasta el día en el que fue excarcelado.

Pero Bernasconi estaba ya sobre el objetivo que se había fijado entre los calores del estío. Sin Molina ni Azzaro cuestionando sus pasos, se arrimó a su presa el 25 de setiembre de 1996; ese día detuvo en Ezeiza a Natalia Cóppola, la hija del manager de Maradona, con sesenta frascos que resultaron contener una gran cantidad de pastillas. ..homeopáticas.

Pero el Operativo Cielorrasso -<:omo bautizó Bernasconi a su engendro su primera estocada exitosa durante la tarde del 4 de octubre. Era un'viernes caluroso y Yayo Cozza había ido ala casa de Claudio Cóppola, un tipo vinculado al mundo del espectáculo que, pese a su apellido, no tiene ningún parentesco con el empresario futbolístico. En ese instante irrumpió la policía; entre ellos, Diamante, Gerace y Gómez. Esa noche también fue detenido Gabriel "el Morsa" Espósito, cuñado de Diego Maradona. Igual suerte corrió Tomás "Paco" Simonelli, un representante de grupos de rock.

Tres días después, el círculo se cerraría sobre el destino de Alberto Tarantini.

-El roedor está viniendo para acá -dijo una joven voz femenina recortada por el pánico. Era Julieta La Valle, amiga de Samantha Farjat, junto a quien estaba en el departamento de una amiga común, Natalia Denegri. Por motivos tan confusos como sus mentes, las tres muchachas, habitués de boliches y departamentos, se habían convertido en piezas clave en el armado del Operativo Cielorrasso. La Valle hablaba al celular de Yayo Cozza, confiscado por el principal Diamante. Farjat intervino en la comunicación para decir:

-Nosotras en algún lado le ponemos la "merca". -Quedáte tranquila. Vamos a hacer como dijimos ayer -le contestó Antonio Gerace, antes de cortar.

Un cuarto de hora después, cuando los policías cayeron en lo de Denegri para llevárselo esposado, Tarantini, con el ánimo bailoteando entre la sorpresa y la desesperación, gritaba una pregunta retórica:

-¿Qué? ¿Otra vez me hicieron la cama? Lejos de allí, Guillermo Cóppola tenía las huellas del miedo pintadas en el rostro. Había ido a las oficinas de Alberto Pierri para hacer un reportaje con Diego Maradona en el canal de cable del diputado. De pronto, cambió de tema, y dijo:

-Me están haciendo una cama. .. Pierri enarcó las cejas; trataba de que su mirada pareciera sorprendida. ,

-¿Quién? -preguntó, con un dejo casual. -Alberto, yo no tengo nada que ver. Si pierdo, pierdo por izquierda -se desesperó Cóppola.

-Quedáte tranquilo, Guillermito. ..No pasa nada -le contestó, poniéndole una mano en el hombro.

Sólo por esas cosas de la casualidad, fue Pierri la única persona ajena a su círculo íntimo a quien Cóppola le transmitió sus temores. Una casualidad porque, precisamente, Pierri conocía más que bien al juez Bernasconi. Uno en San Justo y el otro en Ramos Mejía, los dos habían cerrado filas con el cafierismo en tiempos "renovadores".

Mientras Pierri ingresaba casi por error en la Cámara de Diputados, "Bernasca", como lo llamaban sus compañeros, fue subsecretario de Justicia de Cafiero en '1987, durante la primavera de Luis Brunatti como ministro de Gobierno. Imperturbable, fue el único que no se plegó a su renuncia cuando la rebelión policial puso a Brunatti de patas en la calle. En el '89, Bernasconi acompañó como segundo la lista de Pierri para diputados nacionales. Eran los tiempos en que tenía como ladero a Daniel Bellini, el dueño de la disco Pinar de Rocha que terminaría acusado por falsificar cerca de dos millones de dólares. En el Congreso, Bernas

coni trascendió por su único proyecto presentado: una ley que legalizaba la riña de gallos. Pero un año más tarde renunció a su banca para ascender al directorio del tan sospechado Mercado Central, donde cosechó varias denuncias por irregularidades y fue sacado casi a golpes de puño cuando designó como jefe de seguridad a Jorge "el Tigre" Acosta, el torturador de la ESMA que compartiera esfuerzos con Pierri por sacar adelante el proyecto político masserista en los albores de los '80.

Sin embargo, Pierri nunca se olvidó de su amigo y cuando en 1994 se decidió la creación de un juzgado federal en Dolores apadrinó su designación para el cargo. Nunca quedó claro si Cóppola sabía de este lazo. De conocerlo, habría que buscar en él las causas del miedo que sintió cuando dejó el despacho de Pierri para ir a buscar a su mujer al teatro. Pocas horas después, el departamento de Avenida del Libertador 3540 era allanado por los hombres de Bernasconi. El temor de Guillermo Cóp~la se había hecho realidad. A esa hora, ya era un prófugo de la Justicia. Tras una secreta reunión entre sus abogados, Maradona y el empresario Eduardo Eurnekian con el presidente Menem, se entregó ante las cámaras al comisario Azzaro.

A esa altura, el país no hablaba de otra cosa.

VII

Los rumores de que el caso era parte de la feroz interna entre Duhalde y Menem recorrían todos los pasillos del poder. Parecía un tiro por elevación. Cóppola era un viejo amigo de Ramón Hernández, secretario privado del presidente de la Nación. Se conocían desde sus años como bancarios y, desde el advenimiento del menemismo al poder, se los pudo ver juntos en cuanto disco o restaurante se puso de moda.

Pero, además, Cóppola supo concurrir con asiduidad a la Quinta de Olivos, y desde que Menem se reconcilió con Maradona tras la muerte de Junior esas visitas se hicieron más frecuentes. Sobre Cóppola pesaban también oscuras sospechas por el asesinato de Leopoldo "Poli" Armentano, el empresario de la noche porteña a quien se atribuyera una tormentosa relación con Zulemita Menem y su hermano.

Pocos días antes del estallido del Operativo Cielorraso, los diputados Alfredo Bravo y Elisa Carrió denunciaron notorias irregularidades en la causa y exigieron investigar aspectos poco claros de la relación entre Cóppola y el juez de la misma, el inefable Francisco Trovato.

Las denuncias reflatron la última cena de Armentano. Estaba acompañado precisamente por Guillermo Cóppola y Ramón Hernández. Discutieron acaloradamente, según el testimonio del mozo que los atendió.

Sí bien nada se le probó al manager en relación con el caso Armentano, cayó por un jarrón. A partir allí, Diego Maradona enunció sin ambages la condición de "rehén" político de su amigo y amenazó con dar a conocer los "oscuros intereses" que habían llevado a "Guillote" al penal de Dolores. ~

En la pequeña ciudad que abre la ruta hacia el Milnicipio de la Costa, convertida de pronto en el centro de atención de la prensa, "el grupo de élite", como pomposamente lo bautizaron Bernasconi y su secretario Roberto Schlagel, se movía a sus anchas. Vendían notas, fotos, fotocopias del expediente, lanzaban versiones.

Desde allí se disparó el nombre del comisario Mario Naldí como supuesto "protector" de Cóppola. En el juzgado se afirmó que el Ñoño había alertado al manager sobre la inminencia del allanamiento.

Naldí encontró su pase a retiro cuando menos lo esperaba. El comisario se negaba a aceptar que su suerte se había resuelto como ¡Sarte de la "limpieza" encarada por Eduardo De Lazzari en La Bonaerense. Convencido de que Bernasconi había sido su verdugo, en la tarde del 16 de octubre, el flamante ex comisario llegó al juzgado de Dolores.

En pocas palabras y con mal tono, Naldí dejó en claro que conocía al dedillo las pasadas relaciones entre el juez, su secretario y el falsificador Daniel Bellini, además de un par de encuentros poco claros en la Cantina de David, entre Bernasconi y Tarantini. Acaso intimidado, el magistrado salió a decir:

-La declaración del comisario fue satisfactoria. La frase no aplacó la ira del Ñoño, quien colaboró con la defensa de Cóppola para poner al descubierto lo que todos en La Bonaerense conocían: el *modus operandi* del dúo más dinámico de Narcotráfico. Las chicas del caso comenzaron a desnudar el estilo de los Patas Negras que habían "trabajado para Duhalde".

La actuación de los policías no sólo rozaba el delito, sino también el escándalo público. La reputación del principal y los dos cabos se derrumbó estrepitosamente: las acusaciones contra ellos llovían al ritmo de la difusión de los episodios escabrosos que los tuvieron como protagonistas.

Gendarmería Nacional se apuró en difundir un hecho que, hasta el momento, no había trascendido: Diamante, Geraci y Gómez habían sido detenidos el 22 de agosto en Tartagal, Salta, luego de hacer una "transa" de 5 kilos.

-¡Soy agente encubierto! ¡Soy agente encubierto! -exclamó Diamante mientras se trompeaba con los gendarmes.

Bernasconi les había sacado las papas del fuego y la detención quedó sin efecto, por lo menos hasta que el Loco concluyera su "misión".

Para entonces, ya era un secreto a voces que el famoso "agente encubierto" de Bernasconi, Daniel López, era el mismísimo Diamante, y se conocía otra causa, esta vez en Rosario, en la cual el juez de Dolores había conseguido posponer la indagatoria del policía.

Entre tanto, Markevich había avanzado en la causa que llevaba contra Diamante y Geraci por "plantar" pruebas. Se trataba de una denuncia efectuada por José Gerbaudo, el mismo que los policías arrestaron en aquel procedimiento del 21 de setiembre de 1995, cuyo "parte oficial" daba cuenta del hallazgo de "14 ravioles".

La Justicia estableció que las actas fueron falsificadas por los policías y liberó a Gerbaudo en agosto. Si Marquevich estaba harto de los uniformados que destruían sus investigaciones "sembrando" lo que no i encontraban, a Gerbaudo no le resultaba fácil digerir el recuerdo de esos I dos descontrolados que habían destrozado sus muebles, mientras le ofre: cían a su hermana. la cocaína que i~gerí~n. .

El 11 de noviembre, Marquevich citó a Diamante y Gerace. Ante su incomparecencia, el juez libró la orden de captura. Por unos días, los líderes del "grupo de elite" parecieron tragados por la tierra.

~ Un periodista de *Clarín* se los topó comprando balas en un negocio de Pinamar.

-Estamos borrados hasta que se aclaren las barbaridades que dijeron esas minas -contestó el Loco.

El policía estaba de lo más tranquilo y despejó una información que los tenía COWO sumariados por la Jefatura.

-Nada que ver. Qué sumario ni sumario. Eso es mentira. Vino una orden de arriba, pero de muy arriba, para que nadie nos toque -afirmó.

En realidad, los tipos estaban "guardados" en las casas del cabo Alberto "Máquina" Páez y del oficial Camaratta, en Valeria del Mar. Después del deschave periodístico se mudaron aun departamento que posee el principal Salvá, en Las Toninas.

Pero la presión les resultó intolerable. Profusos contactos telefónicos del padre de Diamante con los dos prófugos convencieron a éstos de que no les quedaba otro remedio. Azzaro también aportó lo suyo:

-Es la única solución para no complicar las cosas inútilmente -aconsejó el comisario por teléfono.

Los muchachos pactaron entregarse, en un cruce de ruta situado en las afueras de Las Toninas. Hasta allí los acompañó Salvá. Los cuatro se encontraron a las 17:30 de ese mismo 12 de noviembre.

Al día siguiente, luego de declarar ante el juez Marquevich, Diamante y Gerace fueron llevados a la cárcel de Caseros, procesados por "falsificación de documento público, falso testimonio y privación ilegítima de la libertad". El oficial principal Carlos Ramírez fue procesado por "falso testimonio" y al comisario mayor Eduardo Martínez, jefe de Narcotráfico Norte, le fue dispuesta la "momentánea falta de mérito".

Ninguna investigación parece haberse iniciado acerca del comportamiento en el caso Cópola del cabo Gómez y el oficial Amouk. Nada se informó de la eventual responsabilidad de los hombres de la Brigada de Dolores, ni de Páez, Camaratta y Salvá en el encubrimiento de Diamante y Gerace.

La causa de Bemasoni se desmoronó estrepitosamente y el juez se fue de vacaciones junto con su nueva novia. Guillermo Cópola salió en libertad por decisión de la Cámara Federal y el expediente pasó amanos del juez Liporace.

Claudio Cópola es el único que sigue tras las rejas, en la larga fila de los que esperan su juicio oral.

Entre ellos, Diamante y Gerace.

Cuando una diligencia procesal lo llevó a declarar a Tribunales, el cabo Tony gritó su verdad:

-¡Soy inocente! ¡Soy completamente inocente!

-¿Diamante también es inocente? -le preguntó un movilero, también a los gritos.

Imperturbable, Gerace lo miró y dijo: -Por supuesto. Ese es más inocente que yo.

LOS NARCOPOLICIAS

El encuentro fue casual. Ocurrió en La Plata, durante la mañana del 25 de octubre de 1995. Uno de sus protagonistas salió del ascensor cuando el otro entraba al edificio de la Calle 2. Se cruzaron al pie de las escalinatas de mármol.

No fue un saludo efusivo, aunque sí cordial, como corresponde a oficiales de distinto rango: el comisario general Oscar Rossi comandaba la poderosa Dirección de Narcotráfico, y Miguel Angel Canelo, comisario raso, estaba al frente de la Sección 11 de San Justo. Hacía dos años que no se veían. Fue cuando el Coco Rossi abandonó la jefatura de la Unidad Regional de La Matanza, quedando allí Canelo con el inódico grado de subcomisario. Desde entonces, apenas si compartían el mismo contador.

Ambos se profesaban un aprecio distante, impersonal y, sobre todo, condicionado. Rossi tenía de Canelo la vaga imagen de un muchacho obediente y de pocas luces; éste, en cambio, recordaba a su antiguo jefe por un episodio más cercano al reino de la pasión que ala esfera estrictamente policial: el suicidio del comisario Rodolfo Cristóbal.

Todo el personal se había enterado de los entretelones de la tragedia por unos volantes anónimos que circularon en la regional. Los uniformados criticaron en voz baja el supuesto exabrupto libertino del Coco, que habría sido sorprendido por su amigo y compañero de promoción entre las sábanas de su propio lecho. Pero el asunto pasó rápidamente al olvido. En tanto, el destino había sido benévolo con Rossi; sus poros sudaban gotas de éxito y la luz de su mirada sugería indiferencia ante todo lo que no fuera su progreso personal. Ese día, Canelo lo notó distendido y mucho más elegante que años atrás. Vestía un impecable blazer con escudo y botones navales que no lo hacía parecer policía.

Sus modales tampoco eran los típicos en su oficio: extremadamente cortés, sin llegar a la obsecuencia, el Coco se destacaba sobre todo por su inteligencia, siempre recalcada por los jueces y políticos que llegaron a tratarlo: "Es un tipo capaz", solían decir.

A su lado, Canelo parecía un policía de suburbio; la camisa del unifonne le ajustaba en el abdomen y la caspa caía sobre sus hombros cada vez que sacudía la cabeza. Era corto de vista y la montura de sus lentes le había dibujado una giba en la nariz. Se lo consideraba un hombre de pocas palabras, pero por lo limitado de su vocabulario. Si no fuera por las insignias de comisario que lucía, se lo habría podido confundir con un suboficial administrativo.

El encuentro concluyó con un largo apretón de manos; se quedaron unos segundos así, con los dedos entrelazados, como delineando el punto de partida de otros encuentros. Era sólo una impresión, porque ninguno de los dos dijo nada al respecto.

-Cualquier cosa que necesites, no tenés más que llamar -susurró finalmente el Coco, con esa sonrisa suya que le arruga toda la cara..

El otro tomó el con~ejo al pie de la letra. Tres días después, sonó el celular de Rossi. El autor de la llamada era, precisamente, Canelo. Sin pudor, fue di; rectamente al grano: quería un ascenso y pensó que el Coco podía resolverlo; también acariciaba la posibilidad de un traslado ventajoso. Se le había encendido la chispa de la ambición. Eso resultaba evidente, pese al timbre quejoso de su voz.

El director .de Narcotráfico escuchó en silencio y, finalmente, dijo: -Está bien. Vamos a ver qué se puede hacer. Pero dame tiempo.

Su tono fue esforzadamente pensativo. Ya cortada la comunicación, se quedó dándole vuelta~ al asunto. Luego pidió el legajo de Canelo.

La foja de servicios del comisario era más q1le discreta: sólo un puñado de traslados y los ascensos de rutina; ninguna falta grave, pero tampoco nada para destacar, a excepción de un hecho ocurrido en 1994, en el que "el Petiso", apodo que él detestaba, mereció el tibio reconocimiento de sus pares, luego de encabezar una investigación que culminó con el

arresto del asesino de un taxista.

Rossi quiso saber más y telefoneó al subcomisario Mario Seisdedos, su hombre en la Regional de La Matanza, bajo cuyo mando estaba la comisaría de San Justo. El infonno verbal fue categórico: .

-Ese tipo llega tarde a todos lados.

No eran las peores referencias cuando se busca un subalterno correcto y sin peligrosas ambiciones de poder. El comisario Rossi tenía planes para él.

II

Al Coco Rossi le sentaba de maravillas integrar la cúpula. Lo tomaba con absoluta normalidad; se creía un predestinado. Pero en el fondo, era consciente de que su carrera había llegado a un punto de inflexión en el que sólo eran posibles dos finales: la gloria o el fracaso.

Desde su creación, la Dirección General de Narcotráfico era uno de los cotos más disputados de La Bonaerense: era parte central del brumoso pacto entre Duhalde y la DEA y, por eso mismo, contaba con medios que otras reparticiones ni siquiera soñaban conseguir algún día.

Su vieja amistad con muchos de los integrantes del fuero Federal de la zona Norte del Gran Buenos Aires le había allanado el camino para acceder a un puesto para el que era imprescindible el visto bueno de los norteamericanos. Unos y otros se habían entendido de maravillas y el Coco podía vanagloriarse de haber llevado adelante la operación antinarcóticos más rimbombante de La Bonaerense: Café Blanco.

Tal como se venían dando las cosas, su puesto era el trampolín más idóneo para llegar a la Jefatura, algo que bien conocía el Polaco Klodczyk. El comisario Rossi soñaba con recorrer el mismo periplo que el Jefe y contaba para ello con el valioso apoyo de su viejo amigo, el Tano Piotti.

Mientras aguardaba su hora, la mente se le convertía en un revoltijo de estrategias. Tenía bien ganado su apodo; el Cocodrilo era, por encima de todo, un policía voraz y descollaba por su olfato. Además, tenía un inocultable talento para la política: era diestro tanto para urdir alianzas como para deshacerlas, en ambos casos causando el menor ruido posible.

Su astucia para manipular situaciones lo hizo célebre entre sus hombres. Esas fueron las claves de su carrera, que en 1972 tuvo un salto significativo, cuando le tocó integrar la legendaria brigada antisequestros del comisario Polaris, un "grupo de elite".

Desde entonces, Rossi sería conceptuado como uno de los más calificados especialistas en la materia. Hábil para el diagnóstico de situaciones límite, el Coco fue convocado cada vez que un rapto extorsivo se convertía en pesadilla para los investigadores.

Paradójicamente, su primera aproximación a la fama terminó convirtiéndose en la primera mancha pública. Rossi fue quien, hace una década, posó triunfal ante las cámaras junto al empresario Enrique Menotti Pescarmona, luego de rescatarlo de las garras de sus captores. No obstante, la sospecha nunca comprobada de que el comisario habría tenido cierta vinculación con los secuestradores llegó a filtrarse a la prensa.

Esa sombra de duda no lo privó, en agosto de 1989, de esclarecer el secuestro en el que perdió la vida el hijo del sindicalista Diego Ibáñez, aunque no pudo salvar a la víctima. En aquella oportunidad, el comisario se permitió una poco feliz ironía:

-Estamos ante un rompecabezas que debemos resolver -había dicho, tras hallar el cadáver.

El hijo de Ibáñez, justamente, tenía el cráneo destrozado a golpes. Fue un caso fácil de resolver; los autores del hecho no eran avezados delincuentes sino empleados cesanteados de la empresa de transportes del dirigente petrolero.

En el transcurso del tiempo, la travesía de Rossi por el intrincado organigrama de la Fuerza abarcó diversas paradas intermedias, en las que siempre impuso el fuerte peso de su

personalidad.

En 1976, el golpe de Estado lo encontró en la División Robos y Hurtos, con asiento en Banfield, el horrendo Pozo. Al año siguiente se lo vio en las catacumbas de Coti Martínez, otro de los "chupaderos" regentados por La Bonaerense de Camps que luego se convirtió en sede de Toxicomanía.

El rastro del Coco se diluyó entre las tinieblas de la época a la que Rossi, lejos de hacerle asco, recuerda como uno de los buenos momentos de los Patas Negras.

En 1984, durante la primavera radical, volvió a aparecer por Banfield en la reciclada División Homicidios y Delitos Graves contra la Propiedad, que los azules siguieron llamando "Robos y Hurtos". A continuación, tras una breve estadía en Sustracción de Automotores, saltó a la Brigada de San Martín.

En 1988 fue enviado a Mar del Plata, los pagos de su compadre el Tano Forgione. Compartió con él largas noches de casino, matizadas con sus tareas en la brigada de esa ciudad, en la cual se desempeñó como jefe, hasta ser designado coordinador de la Unidad Regional.

Allí conoció al comisario Marcelo Ferreira ya su amigo, el juez Pettigiani; y Miguel Angel Fuster le presentó a varios notables, como el propio Ibáñez, que pisaba fuerte dentro del menemismo ascendente: el jefe del sindicato de petroleros no sólo aportó votos y "aparato" a Carlos Menem, sino muchos contactos, como el de Alfredo Yabrán.

Casualmente, en esos días Rossi expandió su influencia hacia la política, pero por un hecho familiar: su hermano Víctor, hombre cercano al entonces vicegobernador Luis Macaya, juraba como senador provincial.

Su estadía en la Feliz se prolongó hasta 1992, cuando fue designado jefe de la Brigada de La Matanza, donde estableció una sólida amistad con los hermanos Pierri, especialmente con el eterno presidente de la Cámara de Diputados.

Nunca quedó claro si el Rossi que figuraba en el directorio de la firma CSG, de Gustavo Pierri, tenía alguna relación con el Coco. Sí, en cambio, sus buenos lazos con el Muñeco, que lo convirtieron en uno de sus "hombres de mayor confianza" dentro de la Policía, como afirmaba aquel anónimo de los "policías honestos" recibido por el senador Héctor Bertocello.

Sus buenos servicios fueron recompensados con la titularidad de la Unidad Regional de La Matanza, justo cuando el Chorizo Rodríguez lo sucedía en la brigada de la zona. Juntos, fueron dinamita.

Fue en La Matanza donde conoció al comisario Miguel Angel Canelo, el futuro alfil de su gran partida de ajedrez.

Luego de su única llamada a Rossi, Canelo no había vuelto a insistir. El opaco comisario de San Justo llegó a creer que su lance había caído en un saco roto.

Pasaron casi dos meses hasta que, en vísperas de la Navidad de 1995, le fue notificado su ascenso a comisario inspector. La buena nueva le llegó por vía telegráfica. En ese instante, sólo se le ocurrió pensar en el largo brazo del Coco.

Quedaba aún la incógnita del traslado. I Esa vez fue Rossi quien tomó la iniciativa. Su llamado se produjo I en la mañana del 26 de diciembre.

I -¿ Te interesaría hacerte cargo de Narcotráfico Sur? -le propuso. El flamante comisario inspector, que no esperaba tanto, simplemente, enmudeció.

Rossi siguió diciendo: -Mirá, la División es toda para vos y también hay lugar para tu gente. Tenés que presentarte mañana mismo.

I Canelo sólo atinó a balbucear un agradecimiento tardío. El otro ya había colgado el auricular.

Cuando logró reponerse de la sorpresa, sintió que la euforia lo invadía y convocó a sus

"hombres de confianza" para compartir la buena nueva. El subcomisario Roberto Calzolaio y el inspector Julio Giménez comenzaron a hacer las valijas.

III

-Tenemos un pequeño inconveniente: hay gente que no se lo banca a Calzolaio -le había dicho el comisario Rossi, enarcando una ceja, al día siguiente.

Canelo se sintió perturbado; antes de asumir, tropezaba contra el primer escollo de su gestión.

-¿Quiénes? -preguntó, sin poder disimular su asombro. -El doctor Quiroga, entre otros - especificó el director de Narcotráfico.

Daba por sentado que Canelo sabía de quién hablaba. No era así; el gesto de su cara delató ignorancia. El Coco, entonces, aclaró que se trataba del fiscal de Cámara de San Martín, Pablo Quiroga. No tenía sentido abundar en los "otros", casi todos ellos miembros del Departamento Judicial de San Isidro.

Canelo sentía naufragar su aún no estrenada designación. Instintivamente, decidió sacrificar al hombre que él mismo había --llevado a Quilmes; estuvo a punto de proponer la devolución de Calzolaio a La Matanza.

Rossi lo contuvo, pero sin dejar de exponer las reglas de juego: -Vamos a ver qué pasa. Por lo pronto, no puede firmar actuaciones ni hacer procedimientos en la zona Norte, ¿entendido? . El Petiso entendió. Su hombre de confianza había sido virtualmente relegado a tareas domésticas. Una lástima. Pero no podía ser de otra manera.

El siguiente paso lo llevó acometer un error: puso al tanto del asunto a Giménez antes que al propio Calzolaio. Esa actitud quebró la relación entre ambos.

El subcomisario tomó su caída en desgracia con filosofía, sin exteriorizar el impacto. Pero, para sus adentros, hervía de indignación; su jefe, a quien había prodigado sobradas muestras de lealtad, ni siquiera le , había dado la oportunidad de defenderse.

Su enemistad con el fiscal Quiroga era de vieja data. Tuvo origen en 1989, durante la tramitación de una causa contra Calzolaio por "encubrimiento y desacato calificado", en la cual el querellante era nada menos que el entonces juez Piotti. En esa ocasión, Quiroga hizo de juez subrogante, asistido por el fiscal Jorge Sica.

No fue la causa en sí misma la que desató el conflicto, sino un imprevisto episodio durante la indagatoria. Imprevistamente, Quiroga comenzó a increpar al policía por otro hecho, ocurrido años atrás; en 1987 para ser exactos.

Ese año, el entonces oficial inspector Calzolaio había participado en la detención del lugarteniente de Alejandro Biondini, líder de la organización ultraderechista Alerta Nacional. Se trataba de Alberto Barrios, un lumpen obeso y con una inocultable inclinación a la violencia. Sin embargo, llegó al despacho del juez de turno con un ojo morado y otras magulladuras. El acta del arresto especificaba que se le habían secuestrado armas de guerra, drogas y un vehículo robado.

El procedimiento había sido absolutamente irregular. En realidad, días antes el Gordo Barrios había sido secuestrado por una "patota" de la Federal, al mando del comisario Mario Gallone, y luego de una maniobra jamás aclarada pasó a manos del comisario Rebollo, quien por ese entonces ya estaba al frente de la Comisaría 58 de Beccar.

Cuando Quiroga recriminó a Calzolaio por aquella vieja historia de Barrios, el policía no ~do con su genio:

-¡Qué carajo te importa! -gritó, por toda respuesta. Esas cuatro palabras comenzaron a cavar anticipadamente la tumba de su carrera policial.

Calzolaio y Piotti habían cultivado una buena relación de vecinos en Beccar, y cuando el Loco Rebollo recaló en la seccional de la zona el oficial no dudó en presentarlos. Calzolaio era la mano derecha de Rebollo desde hacía tiempo y el trío hizo excelentes migas. Hasta

que aquel funesto episodio del '89 lo enfrentó con Piotti y sus amigos Quiroga y Sica. Su permanencia en la zona Norte se tornó insostenible. El bajo perfil que desde entonces cultivó Calzolaio casi había convencido a varios en el Norte de que ya no pertenecía a La Bonaerense. Al menos, se olvidaron de él. Pero su llegada a Narcotráfico de Quilmes lo cruzó de nuevo en el camino del fuero federal bonaerense y exhumó el conflicto. El subcomisario percibió rápidamente que su presencia estaba dibujada; nominalmente, era el segundo jefe de la División Sur, pero en el ejercicio cotidiano de su cargo tenía menos poder que un ordenanza.

El comisario Canelo, sin abdicar a su apariencia pusilánime, se reveló más solapado que un zorro y no tardó en designar a sus "órdenes directas" a los subinspectores Carlos Reynoso y Walter Fragueiro y al sargento Froilán Torres. Los tres se habían convertido en el "Estado Mayor" de la División. El pobre Calzolaio no podía ordenarles nada.

Corría abril de 1996 y la relación entre Canelo y su ex ladero fue en franco deterioro. La actitud del comisario era desconcertante: delegaba todo en su dilecto trío y se pasaba horas enteras encerrado en su despacho, jugando al "pac man" en una computadora portátil. A partir de entonces, la tropa le obsequió con un nuevo apodo: el Capitán Nintendo.

No menos desconcertante fue el súbito florecimiento económico de Canelo, quien hasta entonces decía tener "un par de taxis en Capital". De la noche a la mañana, adquirió un yate de doce metros de eslora y dos motores. Pagó por él 100 mil dólares y lo bautizó *The Hunter*. Lo tenía amarrado en Marina del Norte, en el Tigre, muelles más allá del que Jorge Cupeiro solía prestarle a Naldi.

También expandió sus bienes inmobiliarios: compró una nueva casa y la refaccionó a todo trapo, sin necesidad de poner en venta su domicilio anterior. Agrandó su flota automotriz con un Peugeot 405, que pagó al contado, y conservó el Ford Sierra y el Galaxy, ambos salidos de fábrica en 1995.

Los subinspectores Reynoso y Fragueiro y el sargento Torres parecieron contagiados por el fervor del comisario por las inversiones.

El primero de ellos sorprendió a sus pares al abandonar en una esquina su desvencijada camioneta Gladiator, a la que reemplazó por un Torino ZX, restaurado a nuevo por un mecánico especializado en piezas de colección.

Fragueiro, menos extravagante en sus gustos, se conformó con un Fiat Uno cero kilómetro; Torres se inclinó por un Peugeot 504 gasolero. También fue llamativo que una cuadrilla de obreros refaccionara la casa del sargento, por un costo de 20 mil dólares.

Tema aparte fueron los teléfonos celulares asignados a ellos. Los usaban despreocupadamente y con una frecuencia que hubiese aterrado al ama de casa más chismosa. Reynoso fue el más conspicuo partidario de la comunicación móvil; llegaba a embarcarse horas enteras en una sola llamada. Las facturas que le llegaban eran por cifras superiores a los 3 mil pesos.

Más allá de eso, los tres formaban un buen equipo de trabajo; se habían convertido en los "recaudadores oficiales" de la División.

Con una meticulosidad casi germana, urdieron un circuito de "protección" en más de dos centenares de locales nocturnos, del que no se salvaron cabarets, confiterías bailables, discotecas y hasta kioscos. Los pagos tenían una frecuencia semanal y cada lunes Reynoso entregaba al comisario los dividendos del raid impositivo.

Obviamente, Calzolaio no fue de la partida. Pero tampoco se quedaría en el molde y, sin perder tiempo, comenzó a tejer su propia red. E~ tal I empresa conto con la comphcldad del mspector Olmenez, y ambos mtei graron al grupo al sargento Mario Florentín, a quien Calzolaio conoció al llegar a Quilmes. Florentín no se destacaba por su astucia, pero era confiable. De envoltura corpórea descomunal, rostro barbado y carácter bonachón, el

sargento se asemejaba a un oso de dibujos animados. Siendo el de menor rango de los tres, tomó a su cargo las "relaciones institucionales" del grupo.

Su misión era tratar directamente con los distribuidores y punteros de cocaína. También oficiaba de cobrador; la tarifa era de 700 dólares por cada "cueva" y 300 por puntero. Oiménez, desde su cargo de jefe de Operaciones de la División, monitoreaba los negocios, en tanto que Calzolaio, superior jerárquico de ambos e "ideólogo" del grupo, asumió la función de tesorero.

La estructura de recaudación montada por "el Calzo" tuvo visión de futuro y no tardó en expandirse. Al poco tiempo, contaba con proveedores propios. Estos, en los momentos más pujantes, llegaron a colocar alrededor de cuatro kilos de cocaína por semana.

Era un negocio redondo; por momentos, incluso, llegaba a opacar la recaudación oficial del comisario Canelo. Pero tamaño éxito fue, precisamente, su partida de defunción: las actividades del grupo comenzaron a ser inocultables entre los efectivos de la División y el asunto no tardó en llegar, no sólo a oídos de Canelo, sino a los del propio Rossi.

La competencia no sólo representaba una sangría para la recaudación "oficial", sino que amenazaba con estallar en una disputa que podía ser difícil de controlar; nada menos deseado por el director.

En este punto, el Coco comprendió que había llegado la hora de mover sus fichas.

IV

La suboficial Mabel Juárez rozaba la treintena, tenía el cabello teñido de rubio y abusaba de sus curvas. Desde hacía un lustro integraba el elenco estable de Narcotráfico Sur y, al parecer, tenía planeado prolongar su estadía allí. Pero la llegada del comisario Canelo trastocó el esquema.

La mujer tenía antecedentes cuestionables; sus arreglos con los *dealers* de la zona eran más que una sospecha, y por tal motivo la estaba investigando el juez federal de La Plata, Manuel Blanco.

Una de las primeras medidas de Canelo al frente de la División fue sacarla del medio y, sin temblarle el pulso, firmó su traslado a la comisaría de San Justo, la misma que lo había tenido a él de comisario.

Pero no fue la mala conducta de Juárez lo que influyó en esa decisión. El Capitán Nintendo tenía motivos de índole personal: debía, sí o sí, trasladar a una mujer policía a San Justo, para así traer a Quilmes a su amante, la suboficial Beatriz Alves.

Mabel Juárez no tomó a bien el enroque. Puso el grito en el cielo e increpó al comisario con tal vehemencia que tuvieron que contenerla varios efectivos. Finalmente, desconoció la notificación del traslado y, en cambio, prefirió pedir la baja.

Fue Calzolaio quien labró el expediente de baja, enviándolo a la Dirección de Narcotráfico. Pero allí sucedió un hecho que Canelo no esperaba: el Coco Rossi y su segundo, el comisario Hugo Vacarezza, dejaron sin efecto la renuncia de la rubia y la reclutaron para cumplir tareas de Inteligencia en la Dirección de Narcotráfico.

La de Rossi no fue una jugada librada al azar. Le gustaba atacar por los flancos, una vieja costumbre que le había dado siempre buenos resultados.

Sus aspiraciones de llegar a la Jefatura seguían intactas. Pero la coyuntura había empeorado. En la cúpula no era un secreto el pronóstico de inminentes tormentas.

Transcurrían los primeros días de mayo y ya se hablaba de que los vínculos de La Bonaerense con el atentado a la AMIA que había establecido Galeano llegaban hasta Ribelli, el "pollo" del Jefe. El Coco no pudo menos que darse cuenta de que a ese escándalo seguirían otros, por efecto del famoso dominó. y si Klodczyk no quería asumirlo, él no estaba dispuesto a dejarse arrastrar. Decidió pasar a la acción. El plan para abrir su propio paraguas consistió en forzar un hecho de corrupción dentro del área a su

mando, denunciarlo él mismo y terminar enarbolando la bandera de la autodepuración, para así llevarse todos los laureles. De paso, le hacía un favor a la Fuerza. Al Jefe no le quedó más alternativa que sumarse, toda vez que la movida contaba con el aval de Piotti. El subcomisario Calzolaio encarnaba el blanco ideal para su operación: estaba sucio hasta el cuello, había montado una estructura de recaudación paralela y, para colmo, negociaba con los punteros sin la mediación de ningún abogado, lo que lo hacía increíblemente vulnerable. El Cocodrilo lo tenía todo planeado.

Frente a él, la sinuosa suboficial Juárez, hundida en un sillón, cruzaba una y otra vez las piernas y pestañeaba, sin entender demasiado.

I

El comisario general acababa de encomendarle su primera misión: i ofrecer la banda de Calzolaio en bandeja al equipo periodístico de *TeleI noche Investiga*, garantizando que Rossi apareciera como el impulsor de la investigación.

I Canelo también fue puesto al tanto de la maniobra.

I Lejos de sospechar la "cama" que le esperaba, el subcomisario Calzolaio no iba a la zaga: había decidido cubrirse las espaldas ante una

I eventual embestida de su jefe y, tal vez, guardarse un as en la manga. ! La noche del 20 de mayo, aprovechando que debía permanecer de , turno hasta el día siguiente, forzó con una "yuga" la cerradura del despa

cho de Canelo. No le resultó fácil deslizarse en la oscuridad. Primero, tropezó con una silla, causando un estrépito que lo habría delatado si en la oficina de guardia no hubiesen estado todos dormitando. Luego, durante largos minutos, estuvo tanteando a ciegas, mientras oía pasos que se le aproximaban.

El corazón le latía a ritmo de galope; maldecía para sus adentros, pensando que lo atraparían. Los pasos comenzaron a alejarse y él, bañado en sudor, recuperó el aliento. Finalmente encontró lo que buscaba: la lista de recaudación. Salió de allí agazapado, mirando a ambos lados del pasillo y, luego, cruzó la oficina de guardia ya con expresión segura de sí. En su bolsillo estaba el tan ansiado botín: un papel con anotaciones de puño y letra de Canelo, en el cual estaba asentada la nómina de los establecimientos extorsionados y, en otra columna, sus respectivos pagos.

Pero había algo más: el destino de la recaudación. Era la parte más explosiva del documento hurtado. El Calzo no podía creer lo que tenía ante los ojos. Nunca una caligrafía tan pequeña y trabajosa, casi de escolar, disparó información más contundente: Rossi: 5000 Vacarezza: 2500 Femández: 1000

Este último era el inspector Sergio Femández, jefe operativo de Narcotráfico. La lista era su salvoconducto.

Los negocios siguieron su curso. El sargento Florentín continuaba sumando punteros; no daba abasto. Iba de un lado a otro, cobraba, proveía y, encima, no descuidaba las relaciones públicas. "Lo nuestro es atención personalizada", solía decir con una somisa a sus "protegidos", impostando una mirada pretendidamente pícara. A mediados de junio, una de sus informantes, Lourdes Barboza, vinculada a Calix:to Godoy, el *dealer* proveedor del grupo, lo conectó con dos tipos que pretendían operar en la zona.

-Es un asunto de mucha guita; mueven grandes cantidades -le dijo la Barboza al sargento.

En ese instante advirtió en sus ojos el brillo de la codicia. Los dos tipos eran, precisamente, los "periodistas encubiertos" que Juárez había contactado. La oficial conocía a Lourdes de sus años en el negocio y sabía que ella los llevaría a Florentín.

El epílogo del nuevo "contrato" fue ampliamente difundido: la expresión poco feliz de Florentín, mientras daba rienda suelta a su lengua en un mercado de Berazategui; la mirada ávida del propio Calzolaio recibiendo un sobre lleno de billetes y! por último, el asombro

de ambos al ser esposados en un bar de San Justo, consumó uno de los papelonés más memorables cometidos en el marco del novedoso recurso de la cámara oculta.

Pero la trampa ideada por el Cocodrilo también arrastró a Canelo. Como dijimos, éste no lucraba con la banda de Calzolaio; pero los periodistas de Luis Clur tampoco eran parte consciente de la partida que jugaba Rossi y naturalmente se les ocurrió hurgar más allá del paquete ofrecido por la "informante" Mabel. Chequear en qué andaba el jefe de esos policías corruptos era algo elemental.

De ese modo se pudo saber que, además del yate y sus tres vehículos particulares, el titular de Narcotráfico Sur tenía a su nombre tres casas y cinco departamentos, y sus taxis en Capital eran en realidad una flota de treinta vehículos. Se habló de un patrimonio cercano a los diez millones de dólares.

Peor suerte corrió su Estado Mayor: los subinspectores Carlos Reynoso y Walter Fragueiro y el sargento Froilán Torres fueron a dar tras las rejas, pero por pocos días.

Los fiscales Quiroga y Sica, con quienes Rossi había buscado dar el necesario marco judicial a la celada, buscaron un magistrado audaz y decidido. El elegido resultó Martín Suares Araujo; tras excarcelar a los "recaudadores oficiales", el magistrado se inhibió y pasó las actuaciones al juez federal de Morón, Jorge Rodríguez.

Ajustada a derecho, la decisión de Suares Araujo sonó, para los neÓfitos, más a uno de aquellos pases mágicos de su "padrino" Piotti que al dictado del sentido común.

El comisario inspector Miguel Canelo fue separado de su cargo y se le abrió una causa por "enriquecimiento ilícito" ante la Justicia de Instrucción. De narcopolicía, nada.

Los únicos que permanecieron detenidos fueron Calzolaio y sus hombres, incluidos Lourdes Barboza y Calixto Godoy. En vano fue que el Calzo pataleara y arguyera que acababa de salir del hospital cuando le ordenaron prestarse a una "cama" supuestamente tendida a unos narcos recién llegados. En rigor, sabía que no tenía sentido mientras estuviera en manos de Quiroga.

Para colmo, poco después su primer abogado dijo haber traspapelado su "salvoconducto": el documento que el subcomisario habría sustraído del escritorio de Canelo, con la lista de la recaudación ilegal y la cuota para los jefes.

Por un par de días, casi horas, el Coco Rossi se dio el lujo de encarnar el rol de paradigma del policía cabal, que no duda en atacar las entrañas mismas de su tropa cuando es necesario sanearla.

De hecho, junto a Canelo, relevó á los cincuenta efectivos que integraban Narcotráfico Sur. Pero allí no terminó la "perestroika" del Coco; su guadaña también arrasó con cinco de las catorce divisiones que conformaban la Dirección de Narcotráfico. De ese modo, resultaron suprimidas las sucursales de La Plata, Dolores, Azul, Mercedes y Pehuajó.

Según Rossi, esa reestructuración nada tenía que ver "con los casos de corrupción que se han detectado", aunque reconoció que podría haber más casos de narcopolicías.

-Los cambios apuntan aun mayor aprovechamiento de los recursos humanos -había dicho ante un enjambre de cronistas.

Asediado por micrófonos y cámaras, el Coco Rossi sacaba pecho con la expresión gallarda de una estatua ecuestre. Había apostado a su propio caballo: el caballo del comisario.

V

Al hombre le falta poco para cumplir los cincuenta. Se llama Juan Domingo Araya, es divorciado y, a lo largo de su vida, supo conjugar los oficios terrestres con actividades de neto corte celestial. Lo primero lo llevó a recibirse de contador público en la Universidad de Morón y lo otro condujo su destino a ser obispo de la Comunidad Cristiana Misiofiera, un grupo religioso de escasos acólitos que funciona en Lomas de Zamora.

Precisamente en esa localidad, el estrecho vínculo de efectivos de La Bonaerense con el

tráfico de pócmias ilegales fue una de las situaciones que la purga del comisario Rossi no pudo subsanar. y de ella se vino a enterar el obispo Araya, gracias a otro policía, el ex comisario Héctor Anchipi, exonerado por diversos delitos.

Es posible que Araya intuyera que allí comenzaba su propio "vía crucis".

Anchipi regentaba un puesto en el Mercado Central, sin haber abdicado a una florida gama de actividades ilícitas, que incluían las drogas y el contrabando. El tipo tenía planes para el pastor y, en una ocasión, se despachó con una propuesta comercial: utilizar la estructura religiosa de Juan Domingo como punto de almacenamiento y distribución del polvillo blanco.

Ese día Anchipi fue locuaz; abundó en detalles sobre la red que comercializaba cocaína en la zona. La mercadería llegaba desde Bolivia -al parecer con cierta complicidad de un ex cónsul del país hermano al Mercado Central, en La Matanza. Desde allí, una parte era llevada a la Feria de la Virgen de Urcupiña, a la que señaló como el centro neurálgico de la distribución en Lomas de Zamora.

Ese enorme "shopping" sin muros, también conocido como la Feria de los Bolivianos, ocupa un enorme predio en el barrio Villa Albertina, al oeste de Lomas. Existe desde hace dos décadas, tiene más de 400 puestos y se hizo célebre tanto por sus bajos precios como por el hecho de que buena parte de la mercadería es de contrabando: desde ropa a televisores, pasando por casetes, anteojos y computadoras, todo traído de Ciudad del Este. Uno de los investigadores que caminaron por la feria cuando Galeano rastreaba los pasos de Ribelli percibió el clima caliente de la zona, pe

ro agregó: "Hay un sector claramente diferenciado del resto en el que, . desde hace un par de años, se han ido colando punteros y distribuidores con la protección de la policía".

Varios uniformados del Sur ampliaron en el tiempo la presencia de los narcos en la feria y coincidieron en señalar que desde allí sale una línea para la costa que cuenta con protección uniformada.

-La "merca" que se mueve en Lomas viene de la Feria -le había dicho Anchipi al obispo, con un tono que chorreaba confianza.

El ex comisario no sabía que esas palabras originarían un aluvión de denuncias, pero el obispo Araya también ignoraba que las mismas lo precipitarían en una situación eminentemente katkiana.

En los primeros días de febrero de 1995, el pastor se encaminó hacia la Comisaría 1 a de Lomas de Zamora para denunciar lo escuchado de boca de Anchipi. Estaba acompañado por dos de sus acólitos, una mujer y un policía evangelista.

En la oportunidad, fue atendido por el comisario Raúl Amado. Pero no le tomó la denuncia. En vez de eso, observándolo de reojo, con desconfianza, le dijo que debía certificar sus credenciales en la oficina de Culto; que volviera en dos días.

Lo hizo, esta vez junto al policía evangelista y su mujer, Viviana Prieto, dñaconisa de la comunidad. Lo atendió el subcomisario Domingo Roda, quien le dijo que el comisario no estaba y que sólo él podía tomarle esa denuncia.

En su tercera visita a esa seccional logró ubicar nuevamente al comisario Amado, pero no que le tomaran declaración. El motivo esgrimido fue aún más absurdo:

-No sabemos si esto nos corresponde a nosotros o a Narcotráfico de Lomas; tengo que consultarlo. En todo caso, cuando vuelva de mis vacaciones vemos qué vuelta le encontramos para hacerlo nosotros -le dijo Amado.

Pocos días después, en el patio de su casa, le dispararon un tiro en el estómago. La investigación oficial atribuyó el hecho a un intento de robo. Pero el obispo tenía la certeza de haber sido víctima de un atentado: sobre todo luego de la extraña visita de una comisión policial, cuya descripción se negaron a tomar los del patrullero que, más tarde,

respondieron oficialmente al llamado de su mujer.

Su única duda era si se había tratado de una advertencia o habían querido matarlo. Pero él sabía que no se trataba de una persecución religiosa; el móvil era más próximo al Código Penal que a las Sagradas Escrituras.

Una vez repuesto, se puso nuevamente en marcha. El asunto se le tornó una obsesión. De allí en más, formuló denuncias adiestra y siniestra, involucrando a policías en actividad y en retiro, funcionarios municipales y magistrados del Departamento Judicial de Lomas de Zamora.

Las denuncias de Araya, que inicialmente habían derivado al juez en lo Penal Económico Guillermo Tiscornia, comenzaron a acumularse en el despacho del juez federal de Lomas de Zamora, Alberto Santamarina. Todo quedaba en manos de dos íntimos amigos de Alberto Piotti.

Para ese entonces, Araya había pasado de acusador a acusado. La Comisaría 1 a de Lomas había abierto "de oficio" una causa por "usurpación de títulos y honores", que actualmente tramita el juez Emilio Villamayor. En esa causa se plegó como "particular damnificado" el Obispado Católico de Lomas de Zamora.

Algo parecido había ocurrido con un par de funcionarios de la Municipalidad del intendente Bruno Tavano, separados de sus cargos luego de denunciar el monumental perjuicio al fisco que significaban las irregularidades toleradas en la Feria de los Bolivianos.

Paralelamente, irrumpió otra organización evangelista que, curiosamente, también se llamaba "Comunidad Cristiana Misionera", A diferencia de la congregación acaudillada por Araya, ésta era en realidad una organización de punteros de cocaína.

Sin embargo, Araya no cejó en su intento y siguió adelante con las investigaciones personales que sostuvieran sus presentaciones judiciales. Según el obispo, en ocasión de una de esas denuncias, el comisario Eduardo Rafalowski le prometió protección, a cambio de que mencionara al personal policial involucrado en los ilícitos.

El 16 de agosto del '95, el obispo se presentó en la Delegación Judicial II de Lanús e imputó a los comisarios Amado y Jorge Pestik, a los subcomisarios Roda y Bravo ya los inspectores Raúl Peralta y Díaz, de las seccionales de Budge y Lomas de Zamora. También mencionó aun pez gordo: el comisario Delicia, jefe de la División Narcotráfico de Lanús.

La protección ofrecida por el comisario Rafalowski nunca se efectivizó y las amenazas e intimidaciones estuvieron al orden del día.

Las causas abiertas a raíz de las denuncias del obispo fueron depositándose en los cajones del juzgado del atareado Santamarina. Al hombre le llegaban críticas por haber impulsado el nombramiento de su esposa, Ana Sotomayor, como jueza en primera instancia, y Cavallo lo había acusado por sobreseer en dos oportunidades a los directivos de Ecdadassa, la sociedad de Yabrán y de la Fuerza Aérea.

En la mañana del 6 de octubre de 1996, horas antes de que presentara una recusación contra Santamarina por haber ordenado archivar todas sus denuncias, tres estruendos simultáneos hicieron saltar de la cama al líder religioso.

El portón de su templo, ubicado en Giacomo Puccini 335, exhibía las huellas del ataque: madera astillada, la cerradura hecha añicos y una nube negra que invadía el pasillo. Fueron tres bombas lanzadas desde un auto que abandonó precipitadamente la Zona. En dos años, el obispo Araya había sumado nombres, descripciones, números de patentes, movimientos, relaciones, fotos, lugares, recorridos, todo un archivo desparramado en distintas dependencias judiciales y policiales cuya síntesis se volvía tan difícil de realizar que cualquiera que lo escuchara por primera vez, tranquilamente, podía pensar que se

trataba de un loCO delirante.

Para colmo, a esa altura el hombre tenía terror de cruzar el umbral de su puerta.

Sin embargo, muchos de loS que él denunciara habían terminado envueltos con la Justicia por causas diversas, y otroS, como loS concejales de Lomas de Zamora, lo serían meses después.

Hasta la Feria de los Bolivianos -en realidad, La Virgen de Urcupiña SA fue allanada por el titular del otro juzgado federal de Lomas de Zamora, Carlos Ferreiro Pella, quien, junto a su par Guillermo Tiscomia, dispuso un gigantesco operativo: decomisaron mercadería de contrabando por valor de 160 mil dólares.

Del Mercado Central, de los viajes a la costa y desde Bolivia, de drogas, ni hablar.

VI

Al mismo tiempo que la caída del capitán Nintendo ponía en jaque al rey del propio Rossi y el maremoto provocado por las revelaciones de Galeano sobre La Bonaerense convertía la "autodepuración" en un bumerán que se volvió contra su inspirador, las grabaciones de las charlas telefónicas de Ribelli y sus muchachos sacaban a la luz la verdadera relación de los Patas Negras con el narcotráfico.

A través de sus celulares, los hombres del Patrón Ribelli discurrían sobre el monto a cobrarles por "no molestarlos" a Gaby Romero ya Aníbal Morguensten, por quienes habían ido a hablar Chipolla, "un ex gordo de la Federal" y el "doctor" Ruiz. El propio Juancito, por su parte, mostró en una de esas charlas especial preocupación por ubicar a "Paola". Gabriel Romero era un conocido pirata del asfalto, hijo de un policía que fuera exonerado por matar a otro uniformado. Junto al ex suboficial de la Policía Federal Antonio Chipolla ya los hermanos Aníbal y Elsa Morguensten ya su padre Almirio, integraban una banda dedicada a "doblar" vehículos que luego cambiaban por cocaína en Bolivia y por marihuana en el Paraguay.

Todos ellos poseen frondosos prontuarios y causas en numerosos juzgados de la provincia, pero sólo Almirio Morguensten se encontraba detenido, en la cárcel de Caseros. Hacía ya tres años que los hombres de Inteligencia de Gendarmería Nacional habían logrado armar un amplio organigrama de la red que integraba esta banda que, en su momento, vincularon con Guillermo Cópola. Tal vez porque entre sus últimos eslabones aparecía Diego Corzo, un carilindo traficante de drogas y motos que supo vincularse a Zulemita Menem y al manager de Maradona, ya quien Carlos Koloszko -un hampón cercano a los servicios que purga una condena por robo de automotores acusó por los asesinatos de Poli Armentano y Miguel Aboud, el proveedor de motos de la agencia de la hija del Presidente.

Koloszko dijo basarse en los dichos de Hugo Manuel Giménez poco antes de ser asesinado. "Gim", como todos conocían a Giménez, figuraba en el esquema realizado por los gendarmes junto al propio Koloszko, y había sido detenido con Corzo en un oscuro procedimiento realizado en Campana, cuando traían sesenta kilos de cocaína desde Bolivia. Tres meses después, en marzo de 1994, su cadáver apareció con catorce balazos en la espalda, en un descampado de El Palomar.

La investigación de Gendarmería se remontaba a mediados de la década del '80 cuando, según el informe, la organización comenzó a formarse en Córdoba y estableció contacto con el capitán Henri Linares, miembro de los servicios de Inteligencia del narcogeneral boliviano Arce Gómez. Pero los guardianes de las fronteras nunca lograron que juez alguno investigara a la banda como tal.

A los de verde las cosas no les habían sido más fáciles que al obispo Araya: el titular de Inteligencia pidió su retiro y desapareció del mapa; mientras que su segundo, el comandante Chávez, falleció junto a parte de su equipo cuando el helicóptero que los transportaba se estrelló contra la roja tierra misionera.

Para la época en que el Coco Rossi concentraba sus esfuerzos en depurar a Calzolaio, un "testigo protegido" aportaba sus conocimientos sobre la misma banda en el marco de la causa N° 1498 por infracción a la Ley de Estupefacientes, instruida por el juzgado federal N° 2 de Morón, a cargo de Oldano Rodríguez.

La suya era una versión actualizada y, por supuesto, también parcial. de la red detectada por Gendarmería, con alias y funciones de sus integrantes, direcciones, teléfonos, automóviles utilizados, áreas de influencia, puntos de entrada de las drogas y zonas de comercialización, lugares de reunión y hasta el croquis de algunas casas.

El testigo y los gendarmes parecían hacer foco en la zona Oeste, en el Morón de Juan Carlos Rousselot, más precisamente. Pero mientras los de verde parecían conocer mejor las ramificaciones en la zona Norte, el testigo extendía sus datos hacia el sur del Gran Buenos Aires, verdadero nudo de la red cuyas rutas bajaban por Córdoba y el Litoral para luego .- seguir camino hacia la costa atlántica: por agua desde el Tigre y por tierra desde La Matanza y Lomas de Zamora.

El "testigo protegido" agregaba un dato que las escuchas de Galeano habían vuelto casi redundante: la protección policial. Claro que, según el testigo, no era Ribelli el único que la brindaba, sino varios jefes de unidades regionales y de la propia Dirección de Narcotráfico. Desde las brigadas de Lanús y Quilmes, pero más ampliamente desde la estratégica División Sustracción de Automotores, los "hombres de confianza" del comisario Ribelli se ocupaban, precisamente, de la banda de los Morguensten y los Romero, cuyo abogado Carlos Ruiz era el mismo que asistiera en vida al difunto Gim.

! Los Morguensten y Romero poseen una empresa de transporte de ... cargas con sede en Córdoba, en sociedad con Andrés "Sapo" Barrientos, un puntero del PJ de La Matanza que matizaba su militancia con el robo de autos y motos. Según el testigo y los gendarmes, los camiones de la firma poseían una particularidad: solían ser "mellizos" de los que, tras reducir la mercadería que les robaban, la banda utilizaba para ingresar marihuana por las fronteras argentinas con el Paraguay, el Brasil y el Uruguay.

La magnitud de los negocios del grupo y su impunidad no parecen viables sin, por lo menos, la protección de los policías y fluidos contactos políticos y judiciales. Muchos de los cuales proporcionaban Barrientos y su amante, la licenciada en ciencias políticas Leonor Mandado, viuda y prófuga desde mediados del '96.

Su marido era Omar Naya, director de Instituto Asegurador Mercantil del gremio de Armando Cavallieri, quien apareció asesinado el 27 de julio en las cercanías de Luján. El tipo tenía marcas de sogas en sus muñecas y cinco balazos calibre 38 en la cabeza. Su primo Alberto Naya es el ex agente del Servicio Penitenciario que figura bajo el legajo 7170 en los archivos de la CONADEP y se desempeña como directivo de las empresas Aylmer y Lanolec, propiedad de Alfredo Yabrán.

Pero según el "testigo protegido", dos de los "hombres de confianza" de Ribelli fueron más allá de la "protección" habitual: los comisarios César Córdoba y Roberto Mantel, ambos involucrados en la Masacre de Wilde, estarían vinculados a la empresa de los Morguensten, la cual también se dedicaría al transporte de caudales.

Fuentes ligadas ala AMIA aseguraron que Mantel, actualmente con destino en el Tigre, desempeña su "actividad paralela" en una de las agencias de seguridad del omnipresente Yabrán.

El esquema esbozado por el testigo reservaba un lugar de preferencia aun tal "Rubio", al que señalaba como "mano derecha" de Ribelli. El Rubio estaría casado con Sara Noriega, y su hija Paola era la compañera de otro Giménez, de nombre Miguel Angel, un pirata del asfalto, vinculado a Leonor Mandado, que cayó detenido en San Martín el 10 de setiembre

de 1996.

Esa Paola sería la misma "Paola" por la que Ribelli preguntaba con insistencia en una de las conversaciones grabadas por Galeano. y el "Miguel" que aparece mencionado en esa charla, su marido Giménez. Inmediatamente por encima del Rubio, en la cúspide de uno de sus organigramas, el "testigo protegido" ubicaba a un tal "Coco Rossi", un apodo y un apellido muy comunes.

Del director de Narcotráfico, en cambio, Ribelli se encargó de enfatizar ante Ibarra "lo bien que hizo" al desbaratar la banda de Calzolaio. Ese día, Juancito se comunicó con uno de los "depuradores" del Coco.

-Lo felicito -dijo Ribelli con tono jovial. -Redondito, redondito -le contestó su interlocutor, satisfecho. Los amigos combinaban para ir a un asado en el campo que Ribelli acababa de comprar en Azul; pero el tema Calzolaio salía una y otra vez en la conversación:

-Con la mujer y todo, con la nena de ocho años... -se indignó Ribelli.

-¿ Te imaginás, Juan, vos pidiéndole a Alicia que vaya a cobrarle a fulano? -subió el tono el depurador.

-Es un gurka. ...opinó el Patrón en alusión a Calzolaio, días antes de cruzárselo por los pasillos de la Unidad 16.

-Mirá, que yo cobre guita de la droga y no le diga a nadie es una cosa, pero que la abra a la familia, es otra -disparó el hombre de Rossi.

-Más bien -remató Ribelli con su latiguillo preferido. Los esfuerzos de Piotti por resaltar la propuesta de reestructuración de la Fuerza presentada por el comisario Rossi en los últimos días de su permanencia al frente de la Dirección General de Narcotráfico resultaron un intento vano por rescatar al hombre que soñara con la gloria.

El Coco había quedado mal parado después de su fallida maniobra depuradora; los efectos diferenciadores 'que esperaba producir se diluyeron en la tormenta en que terminó sumida la Policía luego de las revelaciones de Galeano. Sus "narcopolicías" no hicieron más que sumar otra mancha al prestigio de la Institución.

La multiplicación de casos similares en distintos puntos de la provincia, especialmente en La Matanza de Pierrí y en Lomas de Zamora, los pagos de Duhalde y su *a látere* Osvaldo Mércuri, evidenciaron la existencia de rutas de ingreso y distribución de cocaína - especialmente hacia la costa atlántica articuladas por los Patas Negras. Ese cuadro hablaba a las claras de una encrucijada policial que no podía quedar en manos de quienes estaban sospechados de pincelarlos.

La necesidad de Duhalde de dar señales de renovación en la cúpula de La Bonaerense echó por tierra las aspiraciones de Rossi, quien quedó dentro del paquete de jefes condenados al relevo. el ascenso de Adolfo Vitelli a la jefatura lo puso definitivamente a la vereda del retiro.

Superado por los acontecimientos, el coco Rossi se resignó a "enterrar la gorra" el 21 de septiembre. Pero permanecería en el mismo ramo, aunque dentro del marco de la actividad privada: al día siguiente comenzó sus tareas como gerente de seguridad de la transportadora de caudales Juncadella – Prosegur, una de las empresas que Domingo Caballo adjudica a Alfredo Yabran.

EL JEFE

Hasta que la foto de José Luis Cabezas ilustró la tapa que la revista *Noticias* tituló "Maldita Policía", Klodczyk era "Don Pedro":

"Parecía un abuelo bueno yendo con sus nietos al jardín; un tipo capaz de anunciarse por mesa de entradas. Uno podía sentir que se pasaba de humilde, porque nadie llega a jefe de Policía siendo un abuelito bueno. Hay que tener temperamento para moverse entre la ferocidad de la intemas, las ambiciones cruzadas, aunque más no fuera para manejar una brigada. Daba la impresión de un tipo hipercontrolado. Pero cuando vi esa foto me quedé duro, me impactó esa expresión: era como si le hubieran descubierto una faceta escondida, que nunca había terminado de aparecer, al menos delante mío".

El comentario fue efectuado a los autores por un juez provincial sorprendido de haber recogido entre muchos de sus colegas la misma

impresión. Antes de aquella tapa, pero cuando ya habían sido publicadas algunas fotos de esa producción en otra nota de la revista, el Jefe deslizó su comentario: "La imagen es el lenguaje de la prensa; un poco subliminal".

Esa capacidad de transmitir dos imágenes distintas, esa duplicidad, parecen tener un correlato en diversos aspectos de la vida de Pedro Klodczyk.

Hasta sus nombres y su apellido se han prestado a confusiones fundacionales: "el Polaco", como lo llaman sus camaradas de armas, es en realidad de origen ucraniano y su segundo nombre, Anastacio, se escribe con "s", pero como él se equivocó al renovar su documento de identidad, en todos sus diplomas y tarjetas figura con "c".

Casi un k arma.

En su casa de La Lucila del Mar, por ejemplo, se lo suele ver en el apacible jardín de su coqueto chalet, donde comparte las tardes de verano con su mujer Alicia Naveiras y otros muchos policías y amigos de la costa.

Detrás, cercado por un alambrado alto que rodea una enorme "cucha", descansa su amado ovejero alemán, separado a su vez de su otra perra, porque "no pueden convivir".

-En el auto tengo que llevarlos separados porque si se juntan, se matan -cuenta.

También fue doble su vida laboral. A lo largo de sus treinta años en la Fuerza, siempre mantuvo una actividad paralela. Desde los primeros tiempos, cuando "culateaba" camiones de la fábrica Gurmendi, hasta la sociedad que formó en 1994 con "Ciroco, un muchacho de buena familia", con quien se propuso "levantar" una fábrica de bulones que bautizaron Cí-klo.

Durante su estadía en dependencias de la Dirección de Asuntos Judiciales, llegó a tener tres trabajos, mientras estudiaba en la Facultad de Derecho: armaba "tapocintos" en la casa para la firma Sica, correteaba para una imprenta y además mantenía "un puesto de venta de carne de cerdos, en la feria de Lanús", su actividad comercial más perdurable.

Con empeño y esfuerzo loables para un hombre que sostiene que "el policía está las veinticuatro horas *full time*, muchas veces relegando a la familia", en otras épocas conjugó sus momentos de uniforme con los que dedicaba a hacer informes para compañías de seguros: actas de robo, de siniestros, de accidentes, "como si fuera un empleado de seguros libre".

-Eso es lo que permite la función de policía; si no, esta gente (por los empresarios) no lo conocería a uno. Es un trabajo muy particular, que nos brinda muy buenas relaciones.

Cualquier comisario las tiene, es comÚn que le ofrezcan -explicó el Jefe.

Con los años y los ascensos, claro está, los ofrecimientos mejoran y "los ahorros de toda la vida, juntados pesito tras pesito" -como le gusta decir a Klodczyk tienen su premio.

-Nosotros podemos estar en una villa y una hora después en una embajada, nos codeamos con toda la sociedad. Después le ofrecerán o no posibilidades. Claro que no siempre sale bien, pero como es una actividad paralela y uno no saca de ahí, uno invierte -dijo, didáctico.

A él las cosas parecen haberle salido bien: a lo largo de su carrera, a la casa que construyó "ladrillo por ladrillo, entre muchos domingos", en la calle Estados Unidos al 4460, en Lanús, pudo sumarle el chalet de tejas negras donde se lo suele ver, valuado en unos 250 mil dólares, en La Lucila del Mar; ocho dúplex más sobre la Calle 56, entre Costanera y Calle I, en Mar del Tuyú, y el "chalet grande" que estaría construyendo en Aguas Verdes. Un patrimonio edilicio que, como en el caso Qe Naldi, no aparece en los certificados de dominio que expide el Ministerio de Economía bonaerense.

Tal vez alquilando en temporada esos inmuebles el Jefe llegó a poseer una Traffic, un Suzuki Samurai, un Honda Civic, su parte en la fábrica de bulones Ci-klo y el Cessna de 120 mil dólares que planeaba contratar como avión sanitario al hospital de Lobos, la ciudad de su amigo Ribelli.

Guardado en su hangar particular del Aero Club de Ezpeleta bajo el cuidado de una oficial de apellido Silva, el "avioncito" con que Klodczyk despunta su afición a las alturas tenía reservado un destino muy distinto al salvataje de vidas que finalmente le tocó. La nave fue especialmente diseñada en los Estados Unidos para trasladar muertos en sus cajones.

Para eso lo había comprado el Jefe y estaba por cerrar trato con una funeraria de Avellaneda cuando su esposa puso el grito en el cielo.

-A esta altura uno está acostumbrado, pero vio como son de impresionables las mujeres; que el olor, que esto, que lo otro y bué. ...-se resignó.

Mientras, le daban vuelta en la cabeza varios "emprendimientos" que pensaba acelerar luego de su retiro:

-Ya llevo cuatro años en este cargo, se imagina que tengo muchas relaciones públicas. Hay muchos tratos que tengo a media máquina -dijo, mostrando unos folletos que tenía arriba del escritorio.

Estaba entusiasmado con ampliar las actividades de su "fabriquita de bulones" ala comercialización de espejos convexos "para colocar en las esquinas sin semáforo".

Pero su partida no acabó con esa dualidad existencial que parece perseguirlo.

Amante del bajo perfil que Duhalde exige de sus funcionarios, el Polaco pasó a retiro envuelto en el IIIar de escándalos que involucraban a la Fuerza. Después de haber puesto la cara por el Gobernador tantas veces, tantas veces haber declamado su admiración y lealtad "hasta la muerte", terminó salpicado por el crimen político que puso al borde del precipicio la máxima aspiración de su amigo.

II

Con fama de hombre meticuroso y prolijo, sin antecedentes graves, dueño de una parsimonia rayana en el aburrimiento, de buenos modos, el Jefe supo ganarse un buen concepto entre los jueces.

Respetuoso de los códigos policiales y con amigos en los distintos sectores internos, Klodczyk conoció a Duhalde a principios de la década del '80, cuando el actual gobernador era un simple empresario inmobiliario de Lomas de Zamora y el uniformado combinaba sus tareas de policía administrativo con sus actividades comerciales en Lanús, su ciudad de toda la vida.

El Polaco era muy amigo de Marito Rodríguez, el Chorizo, nacido en General Belgrano, un pequeño pueblo de ~0 más de quince mil habitantes de donde también es oriunda Hilda Beatriz González, la maestra que se enamoró del pequeño guardavidas que años después llegaría a Vicepresidente. Pronto, Chiche haría buenas migas con Alicia, la mujer de Don

Pedro.

En 1984 al Polaco le tocó bajar a la costa atlántica, ese territorio de "exiliados" interiores donde suelen ir a dar los policías con algún "problemita", para hacerse cargo de la comisaría de Santa Teresita.

-Acá, el ochenta por ciento de la gente llegó con alguna cuenta pendiente en otra parte; otro diez por ciento son los hijos de aquellos y el diez por ciento restante es el que no tiene plata para volverse -bromea un vecino de San Bernardo, con mucho humor.

Allí, Klodczyk no sólo hizo muchos amigos sino que compró su primer "departamentito" veraniego y "adoptó" aun oficialito recién salido de la Vucetich: Juan Carlos Salvá, a quien ya por entonces le decían "el Cabeza".

Don Pedro lo protegió y alentó al punto de ponerlo a cargo del subdestacamento de Las Toninas, a pesar de su juventud. Pero algo salió mal. Según el periódico *La Opinión de la Costa*, a mediados de 1986 los intendentes Juan De Jesús y Eladio Zuetta (del Municipio de la Costa y General Lavalle, respectivamente) habrían solicitado al entonces ministro de Gobierno, Raúl Portesi, el relevo del comisario de Santa Teresita debido a "irregularidades" y "actos de corrupción" en su comisaría.

Uno de los ex intendentes confirmó que abogados vinculados a la seccional habían montado sus oficinas en una habitación del Hotel Internacional de esa comuna -al lado del cual posee un departamento Salvá-, donde recibían a diversos damnificados para "arreglar" la posibilidad de que sus denuncias fueran "investigadas". Una vieja práctica cuya extensión quedó en evidencia una década más tarde, cuando estalló el escándalo de la venta de sumarios en Campana.

Según *La Opinión*, su salida de Santa Teresita fue inmediata, pero lo suficientemente ordenada como para dejar sus asuntos en manos del Cabeza; sobre todo el cuidado de su casa a media cuadra de la playa y sus seis primeros dúplex, en la intersección de las calles 42 y 6.

Lo cierto es que, luego de ese oscuro episodio, al año siguiente el Polaco reapareció al frente de la flamante Brigada de Investigaciones de Almirante Brown, a donde también llegó Juancito Ribelli con su grupo operativo de la División Homicidios de Banfield. Por entonces, su amigo Duhalde dejaba de ser un mero intendente para convertirse en el caudillo menemista del primer distrito electoral del país. En esos años, el Chorizo Rodríguez había estrechado lazos con Alberto Pierri, el papelerero de San Justo que terminaría subiéndose al carro duhaldista luego de muchas volteretas entre masseristas, menemistas de la primera hora y cafieristas de la derrota.

Los vínculos se estrecharon y el círculo se cerró. La suerte del comisario Klodczyk cambió de la mano del triunfo menemista en la interna bonaerense, y Duhalde consiguió que reconocieran sus méritos para trasladarlo nada menos que a la Brigada de Quilmes, junto a Juancito y al Cuñado Ojeda.

En la ciudad cervecera el matrimonio Klodczyk ató sólidos lazos, sobre todo con el comisario retirado Antonio Giles y su mujer, Teresa Tepper. Teresa se hizo muy amiga de Alicia Naveira y de la esposa de otro viejo amigo, Domingo Lugos, a través de quienes estableció una excelente relación con Chiche Duhalde.

Con el inicio de la nueva década, Mario Rodríguez, Klodczyk, Lugos, Jorge Idiáquez, el Coco Rossi, Enrique Forgione, Juan Carlos Bottini, Norberto Padilla y la Rana Irrazábal formaban un grupo de afinidades discernibles dentro de la interna de los Patas Negras, especialmente por su cercanía a Pierri y Duhalde. El Gordo Naldi andaba siempre cerca, pero nunca del todo.

En 1990, ya vicepresidente, Duhalde lo catapultó aun puesto clave: la sub Jefatura de la Dirección General de Narcotráfico, más conocida como "Narcotráfico"; aunque hasta

entonces jamás había trabajado en ella. Al año siguiente, accedió a la titularidad de esa repartición.

La afinidad entre Duhalde y Klodczyk no se agotaba en cuestiones afectivas: era extensiva, entre otras cosas, a la necesidad de poner el acento en la "lucha contra las drogas". y ése era un puesto decisivo para todo aquel que aspirara a gobernar la Fuerza.

La alianza de Duhalde con la DEA tenía como punto clave la cooperación con la Policía Bonaerense. El Cabezón necesitaba ahí un hombre de confianza y el Jefe pronto se persuadió de la conveniencia de captar los favores de los yanquis: cursos de perfeccionamiento, viajes, recursos, equipos, información, congresos, protección, innumerables oportunidades para el enriquecimiento de sus hombres. Klodczyk entabló una excelente relación con la agencia antinarcóticos norteamericana y con los jueces "antidrogas" de la provincia; especialmente con el hiperactivo Piotti, con el marplatense Pettigiani y con Alberto Durán, quien desde el Juzgado Federal de Lomas de Zamora fue el primero en apoyar su nominación a la Jefatura. Cuando el 11 de diciembre de 1991 desembarcó en La Plata, Duhalde no tuvo mayores inconvenientes en barrer con la cúpula anterior para entronizar a su amigo: Klodczyk era un jefe con consenso; conocido para la DEA y con sólida apoyatura interna, tenía además excelentes relaciones con los dos hombres que manejarían la relación del Gobernador con la Justicia: Piotti y Pierri. ! Con el solo trámite de darle un sentido ambiguo ala mención de su cargo anterior, la Gobernación lo presentó como "el jefe antidrogas". En el cenit de su gloria, el Polaco no olvidó a sus amigos. Por el contrario, supo rodearse de ellos en los puestos clave. Su traslado aLa Plata tampoco interrumpió su profunda amistad con Teresa Tepper, una persona a quien le gustaba jactarse de su "influencia" en la Policía, aun luego de su separación de Tony Giles. -Recién me llamó el Negro Acevedo para agradecerme porque no le cortaron la cabeza. Si no fuera por mí. ...¿Sabés lo que me había dicho Pedro?: "No existen caballos verdes ni negros buenos" -comentó un día Teresa, dándose dique. La mujer, que recorría las comisarías y brigadas en un Escort bordó vendiendo mercadería apagar en cuotas descontadas del sueldo de los policías, solía ser visitada no sólo por Don Pedro. Comisarios como el subjefe Padilla, Quic~ Pérez Rejón, Lugos, Carlos Degano, Abraham, Vivianco, el Mingo Bianchi, eran asiduos concurrentes a su casa de Húsares y Pérez Galdós, en Quilmes. En el acto que Neustadt organizó en el Luna Park por lo~ "derechos humanos" policiales, se la pudo ver de campera celeste y conversando animadamente con Chiche y el subsecretario Pérez Cárrega, mientras se colgaba del cuello de Piotti. Sus amigos la llaman cariñosamente "Sor Teresa". O "la Evita de la Policía".

III

A poco de asumir, el Jefe dejó en claro su estilo. Suprimió las habituales reuniones semanales de la plana mayor y pr~firió el "diálogo directo con los distintos jefes" para "consensuar" las decisiones. El y Pettigiani manejaron del mismo modo la renovación de La Bonaerense, privilegiando las compras directas por sobre los llamados a licitación cuando la discusión se hacía muy larga.

Casi al mismo tiempo que creaba su famoso Comando Patrullas, Klodczyk suprimía la Dirección General de Inspección y Control de Gestión, encargada de evitar y prevenir actos de corrupción, coimas, indisciplina y violencia en las dependencias policiales.

Contrariando la costumbre de n9mbrar a un comisario general al frente de la Dirección de Logística -por donde se canalizan, precisamente, las compras de equipos de la Fuerzael Jefe designó al comisario ma. yor Oscar Alberto Tacchi, quien en 1989 había sido detenido y procesado por "asociación ilícita, robos de automotor reiterados, falsificación de documento público y violación a los deberes del funcionario público".

La causa, que había provocado un escándalo mayúsculo en La Plata, tramitaba en el

juzgado en lo Criminal N° 8, y en ella también había sido detenido e imputado el subcomisario Oscar Canales, a quien Klodczyk eligió como su secretario privado. Con Canales, Tacchi, Pettigiani y el hijo de éste, viajó en junio del '92 a distintos países de Europa, a Israel ya los Estados Unidos en busca de los equipos y armamentos que buscaba para re equipar a La Bonaerense, cuyas condiciones de compra fueron cuestionadas por la oposición.

Lo mismo que el trato que el comisario Tacchi cerró con la firma Torello Hnos. de Bahía Blanca, para la confección de nuevos uniformes por un total de 27 millones de dólares, cuando existía otra oferta diez millones más barata.

No fueron las únicas demostraciones de cuál sería el "estilo" con que el Jefe llevaría adelante su gestión.

Al frente de la estratégica Dirección General de Seguridad, Klodczyk había nombrado al comisario Marcelo Ferreira y al Pulpo Idiáquez, otro oriundo de General Belgrano. Ferreira se encontraba involucrado en una causa por "falsas denuncias de robos de mercaderías supuestamente efectuados por piratas del asfalto, sumarios fraguados, sellos y firmas falsificadas", radicada en el juzgado en lo Criminal N° 8 de San Martín.

El producido de estos robos era guardado en un depósito de la Capital Federal por la supuesta banda, con la cual estaba implicado el abogado Carlos Alberto Bahl, apoderado de la firma La Parrala SA, que sería propiedad de Ferreira y el Tano Forgione, a la sazón segundo del Coco Rossi en la Brigada de La Matanza.

El Pulpo Idiáquez, subdirector de Seguridad, enfrentaba por su parte un sumario por "enriquecimiento ilícito" iniciado por la Fiscalía de la Cámara de San Martín, donde se investigaba el origen de los fondos con que había adquirido su casa de Villa Ballester, valuada -según las denunciasen alrededor de 500 mil dólares.

Es que en el estilo del Jefe, sólo los uniformados de menor rango eran pasibles de ser separados de sus cargos. Entre los primeros 2.130 integrantes de su cacareada lista de exonerados y cesanteados, que llega

hasta 1995 inclusive, no hay un solo "jefe", es decir, ningún comisario inspector, mayor, ni mucho menos general.

El noventa por ciento de los expulsados por Klodczyk habían hecho lo "abandono del servicio por más de 72 horas" o "perjudicado la imagen de la Fuerza". En ese listado se cuentan apenas siete comisarios, siete subcomisarios y unos ciento noventa oficialitos de menor yaducción. Los otros dos mil son suboficiales, en su gran mayoría cabos! agentes. Algo similar ocurrió con las "más de cien sanciones" que dijo haber ordenado a lo largo de sus casi cinco años al frente de La Bonaerense.

Un dudoso mérito que, eso sí, significó un ahorro para la Institución dado que el policía en "disponibilidad preventiva" cobraba el cincuenta por ciento de su salario y, en muchísimos casos, seguía prestando el servicio al amparo de sus jefes.

También dejó en claro que no toleraría oposiciones. y el comisario inspector Edgardo Mastandrea le sirvió para ejemplarizar. La disputa entre Klodczyk y Mastandrea se remontaba a 1991, cuando el Polaco dirigía Narcotráfico y el Gordo Mastandrea estaba a cargo de la Delegación Berazategui de esa Dirección General.

Ese año, Klodczyk trasladó a Berazategui a uno de sus "hombres de confianza", el subcomisario Carlos Cruces, quien había trabajado bajo sus órdenes en las brigadas de Almirante Brown y Quilmes. No pasó mucho tiempo antes de que Mastandrea acusara a Cruces de vender "protección" a boliches y punteros y de realizar procedimientos sin su conocimiento. y lo sancionó.

Cruces devolvió las acusaciones y se quejó a Klodczyk, quien arrestó y relevó a Mastandrea. Este apeló ante el entonces titular de la Jefatura, David Samohano, que dejó

sin efecto las medidas y apercibió al Polaco.

Cuando Klodczyk se convirtió en el Jefe, la relación de fuerzas en la interna había cambiado sustancialmente y Mastandrea, que había ido a parar a Mar del Plata, perdió su ascenso.

Abogado, profesor en la Universidad de La Plata y en la Escuela Superior de Policía, un tipo con predicamento en la Fuerza, el Gordo Mastandrea denunció ante el juez Fortunato al jefe de la unidad regional mar platense, comisario mayor Constantino Fernández. Lo acusaba de haber roto su hoja de calificaciones para reemplazarla por otra con malas notas, ¡ por orden de Klodczyk. I

.I Fortunato procesó a Fernández, quien hubo de ser relevado de su cargo junto con otros oficiales. Pero el Jefe no inició siquiera un sumario: por esos días, Mastandrea era denunciado ante la Justicia por brindar "protección" a varios casinos clandestinos de La Plata y pasado a "disponibilidad preventiva" por Klodczyk.

Para la misma época, como segundo jefe de la Brigada de Quilmes, el ya comisario Carlos Cruces ganaba fama no sólo por la "protección" que brindaba "La brigada del Jefe" -como se la conocía internamente sino por la confusión reinante en ella, donde dos por tres en el registro de detenidos se anotaba como "capitalista" a un borracho o a un albañil como "pasador de juego".

Antes de que concluyera el año del debut, Pedro Klodczyk creó la Sub-brigada de Mar del Tuyú en el ámbito de la Municipalidad de la Costa, la única en todo el territorio provincial. y puso al frente a uno de sus protegidos: su "ahijado" Cabeza Salvá, un oficial inspector. Todo un estilo.

IV

En 1993, cuando ya era evidente el descontrol en las filas de La Bonaerense y los casos de brutalidad y corrupción policial explotaban en todo el Gran Buenos Aires, Klodczyk demostró su muñeca.

En octubre de 1990, La Bonaerense había implementado un "plan de seguridad" para toda la provincia emanado de la orden 78/90, entre cuyos siete puntos figuraba la creación de oficinas de Inteligencia en las regionales y comisarías.

La persecución ideológica en ámbitos estudiantiles, profesionales y laborales en que derivó esta práctica, propia de la dictadura, tomó estado público recién en junio del '93, a raíz de la denuncia de los padres de un alumno de una escuela primaria de Florencio Varela.

Obviamente, Klodczyk y su cúpula no sólo estaban al tanto, sino que la implementación de la orden llevaba la firma del director de Seguridad, el comisario Marcelo Ferreira.

El Jefe acusó enseguida al titular de la comisaría de Varela, Mario Gamarra, quien le echó la culpa a un suboficial. Pero Don Pedro separó al comisario del cargo por su responsabilidad en ese "hecho aislado", mientras el todavía diputado Piotti alertaba sobre el "uso político" que la oposición querría darle al asunto; como si no se tratara de un hecho eminentemente político.

Estaba en eso cuando se conocieron otros casos en el ámbito de la Unidad Regional de Quilmes y, antes de que el juez interviniente allanara la dependencia, Klodczyk relevó a su comandante, el comisario Alberto Carnavale, ya su jefe de Inteligencia, Hugo Bardone.

A tono con las declaraciones de Duhalde, Don Pedro negó que desde el gobierno se autorizara u ordenara tamaña "barbaridad y despropósito propio de la década pasada", pero poco después quedó en evidencia que el hecho nada tenía de "aislado" ni de "exceso" y el escándalo amenazó directamente la estabilidad del Gobernador.

El Jefe demostró entonces su muñeca para capear situaciones ásperas y dejó en claro cuál era su rol allado de Duhalde. Decidió apostar fuerte y asumió públicamente la responsabilidad del asunto: "El Gobernador no tiene nada que ver con este hecho

desgraciado", dijo, y prometió sumarios e investigaciones "hasta las últimas consecuencias", como le gusta a su amigo. Poco después, Ferreira pasó a retiro. Aunque jamás se dieron a conocer los resultados de la investigación, no pasó mucho tiempo hasta que el comisario Mario Gamarra asumiera en la Comisaría 68 de Claypole y el responsable de la pesquisa, comisario Carlos Degano, fuera nombrado en el mismo puesto que había dejado vacante Ferreira.

Años más tarde, Klodczyk minimizaría hasta el rango de "pavada" lo que calificó como "un error de un subalterno", convertido en una "crisis gravísima" por la susceptibilidad social y "la necesidad de la prensa de vender noticias".

La pavada tuvo sus coletazos poco después cuando, a caballito del descontento policial por las arbitrariedades de la Jefatura y los bajos salarios, los "ultras" del Movimiento Policial (Mopol) agitaron a los uniformados de Quilmes, que se acuartelaron en distintas dependencias. El comisario Mastaridrea cometió el error de ponerse al frente del alzamiento.

El Jefe no sólo logró conjurarlo sino que terminó de sacarse de encima a su detestado enemigo, quien fue pasado a retiro. Pero además, salió fortalecido a tal punto que en febrero del '94, después del lapidario informe del Departamento de Estado, el reemplazado fue Eduardo Pettigiani, su jefe.

La salida de Duhalde a la crisis dejó boquiabiertos a los que seguían de cerca el tema de la seguridad en el mayor Estado argentino:

-Klodczyk supo vender que él era el único capaz de gobernar a la Policía y sus internas - opinó el ex subsecretario de Seguridad de Armendáriz, Héctor Bertoncello.

Cabe preguntarse por qué, entonces, Duhalde compró tan mal, tan caro, un ladero a quien por esos días invistió con el título de "El mejor jefe de Policía de la historia de la provincia de Buenos Aires".

Pero si las cosas se miran con detenimiento, no hubo errores. Para ventura de Klodczyk, el Gobernador designó en la Secretaría de Seguridad a su antiguo "colaborador" Alberto Piotti, toda una garantía de trabajo mancomunado. Les esperaba un año difícil; y pusieron manos a la obra.

Ya para esta época el Cabeza era oficial principal y con su hermana Sandra Valeria habían hecho caja con Wolff Service SRL, la agencia de seguridad abierta el mismo año que Salvá se hizo cargo de la Sub-brigada. casi todos los boliches de Santa Teresita y buena parte de las casas y comercios importantes de la costa pagaron su protección; incluidas las del Jefe. Fue Sandra Valeria quien tuvo la idea y se asoció con el comisario general retirado Hugo Vázquez, José María Eiguren y "otras tres personas que ya no están", según especificó Salvá a la prensa cuando su nombre adquirió notoriedad por el asesinato del fotógrafo de *Noticias* José Luis Cabezas. Pero no quiso dar a conocer sus identidades.

Según Salvá, siempre fue Vázquez quien dirigió la agencia; él sólo sacaba unos pesos como "asesor", mientras se dedicaba a estudiar periodismo en Mar del Plata.

Siguiendo las lecciones de su "padrino", el muchacho desarrollaba las "relaciones públicas": sus tardes en el Café de la Paz, donde se juntaba a charlar con amigos como el médico Rodolfo Distéfano, el contador Raúl Suazo y su socio "el Conejo" Fernández, el abogado Hugo Zamora, el juez José Luis Macchi, su hermano Duilio, ex intendente de Dolores, y Díaz, el gerente local de la empresa de ómnibus Río de la Plata. Cuando andaba por la zona, Don Pedro solía darse una vuelta.

Con el porcentaje que le daba su tercio del bar, el "sueldito" de su otra actividad paralela y la ayuda de los suboficiales de la Sub-brigada, construyó un chalet valuado en 200 mil dólares en el barrio Parque Golf de Santa Teresita y pudo comprar los tres autos en los cuales se movilizaba con su mujer. También el departamento para su madre.

Los hermanos Salvá se llevaban tan bien que hasta los gustos tenían parecidos: aunque poco tuvieran que ver con el ladrillo a la vista de su flamante casa de dos pisos; el Cabeza eligió el mismo tipo de vidrios espejados que Sandra Valeria hizo colocar en las ventanas y puertas de Wolff Service.

Ya para entonces los uniformados de la zona le decían "el Patrón", pero de la costa.

.V

Desde aquel aciago verano del '94, la tarea de Pedro Klodczyk había sido agotadora.

Aunque él quisiera negarlo, la cercanía de los oficiales Mario Bareiro y Diego Barreda a Carlos Telleldín puso a la Fuerza en el centro de las sospechas sobre "la conexión local" del atentado contra laAMIA. Los dirigentes de la mutual judía y de la DAIA no parecían fáciles de convencer, y para colmo ese "judío piojoso", como Pierri llamó al periodista fRomán Lejtman, parecía emperrado en apuntar a sus hombres.

De todos modos, confiaba en su capacidad de mando y su cintura

política. Tenía para desarrollarlas todo el apoyo político de Piotti y de su jefe máximo, el Gobernador.

Hasta entonces, había logrado pilotear los grandes frentes de tormenta.

La causa por el asesinato de Sergio Durán seguía acotada a un par de oficiales: nadie había disparado sobre Domingo Lugos ni sobre Adolfo Vitelli, los jefes de la Unidad Regional de Morón bajo cuya jurisdicción ocurriera el crimen.

El Cuñado Ojeda, Córdoba y los demás muchachos de Ribelli involucrados en la Masacre de Wilde estaban en libertad y camino de ser sobreseídos definitivamente por la Cámara de Lomas de Zamora.

A pesar de la insidiosa insistencia de la abogada Témpera y del hallazgo del cadáver de Andrés Núñez en el campo de General Belgrano que se atribuyó al Chorizo Rodríguez, el sobrino de Marito y sus compinches no parecían gravemente amenazados por la causa que llevaba adelante Szelagowski.

En el caso de Bru ni siquiera tenían un cadáver y hasta los misiles que *Edición Plus* y López Echagüe le tiraron al Chorizo ya Pierri habían quedado en el olvido.

Tampoco había pasado mucho con la denuncia efectuada en 1994 por "enriquecimiento ilícito" contra el comisario mayor Julio Gómez Sánchez, hasta entonces director de Finanzas de La Bonaerense.

Se lo acusaba de diversas irregularidades en el manejo de los viáticos del personal y en las compras de la repartición. En la causa estaban involucrados el subdirector Luis D' Agosto, la jefa de Personal, Nélide Lencinas, y la comisario Ana María Sosa, jefa de la División Contable.

También, el secretario del Jefe, Oscar Canales, investigado por desviar ladrillos pagados por la Jefatura para la construcción de su chalet platense. Las tejas negras que iban hacia la casa de la oficial Débora Castro, en la Calle 70 de la ciudad de las diagonales, no habían trascendido las paredes del juzgado de Guillermo Atencio, hombre con grandes amigos entre la Policía.

Tampoco los otros materiales, que llegaban a la calle Estados Unidos al 4460, de Lanús, ya ciertos chalets del Municipio de la Costa. Sólo por esas casualidades de la vida, la casa que el Polaco posee en La Lucila tiene techo de tejas negras, un detalle que lo apasiona: miles de ellas podían verse guardadas en su casa veraniega hasta abril último.

Por otra parte, Klodczyk podía exhibir "sus" éxitos en la lucha contra el narcotráfico, que mostraban un sustancial aumento en la cantidad de estupefacientes secuestrados, coronado por las dos operaciones récord de la historia argentina: Tormenta Verde y Café Blanco.

Si hasta el Gordo Naldi había logrado acallar la ira de algunos jueces con aquel operativo que el Jefe consideró "redondito, una maravilla".

De todos modos, en ese 1995 el Polaco se había dado cuenta del desgaste. No sólo personal sino también de cara a las ambiciones de los muchachos que esperaban sucederlo. Nadie como él para comprender que la amistad suele sucumbir a las ansias de poder. Algo se estaba descomponiendo en La Bonaerense, más allá de su control.

El deterioro de la situación económica no sólo hacía cada vez más violento al Gran Buenos Aires, sino que afectaba la "caja" y el presupuesto. Tanto como la voracidad creciente de los caudillos Patas Negras y sus socios políticos.

Cada día se robaba más y más descaradamente, cada día se consumía más droga, aunque él insistiera en que las "rinoscopías sorprendivas" daban un índice del 0,07 por ciento de adictos en la Fuerza.

Gracioso numerito.

No había repuestos para aquellas patrullas que le dieran gloria, ni siquiera combustible.

Faltaban municiones, el armamento era cada vez menos eficaz y el deterioro salarial lograba que se multiplicaran los "polis" que saltaban de vereda.

Sin lubricación en sus ruedas, el gigante que había armado con Duhalde cuatro años antes comenzaba a crujir.

Pero su preocupación mayor estaba centrada en la amenaza que significaba la investigación de Galeano. Aunque había logrado sacarle a Verón y confiaba en el Mono Salguero, temía que la presión sobre Bareiro y Barreda terminara complicándolo todo.

Desde que Telleldín había abierto la boca, las cosas se habían puesto bastante oscuras en ese flanco, el más difícil de todos.

Para colmo, el '95 se despedía con el escándalo de los sumarios por accidentes que los policías negociaban con los abogados de los involucrados. El asunto había explotado en Campana, pero él sabía que podía multiplicarse y, de hecho, pronto saltaron casos similares en San Isidro y Lomas de Zamora.

Klodczyk hubiera preferido no tener que pagar esos ingratos costos ya fines de ese año le había planteado al Gobernador la necesidad de un recambio, "porque pensé que lo iban a agredir diciéndole que mantiene una jefatura a la que le van a endilgar responsabilidad en estos casos".

Había conducido la Fuerza según los lineamientos de Duhalde y de Piotti y estaba en condiciones de entregar el mando aun equipo homogéneo, cohesionado como nunca antes a pesar de los duros tiempos que les tocaba vivir. ¿Qué más se le podía pedir?

Los muchachos que quedarían al frente eran todos amigos. Pero Duhalde insistió en que se quedara un año más. y el Polaco consintió.

VI

Pedro Klodczyk nunca se arrepintió tanto de un compromiso. En esos pocos meses de 1996 se habían apilado: el escándalo por la venta de expedientes; el descontrol represivo en La Plata, y los asesinatos de Campos, Roldán y Cicovicci, que aumentaron a 35 los muertos por balas uniformadas en cuatro meses. Milagrosamente, la muerte del inspector Ricardo Sosa a manos del médico policial Oscar Flores, con su trama de corrupción cotidiana detrás, no había tenido mayor repercusión.

-Llevo en este cargo cuatro años y medio y en los últimos seis meses se me desmoronó el mundo. Explotó una sucesión de hechos de corrupción, de homicidios cometidos por policías, que antes se daban distanciados y, como tales, medianamente se digerían. Ahora parece una Policía que se volvió loca -dijo en abril de 1996 a dos periodistas de *Noticias*, con su mejor cara de abuelo.

El número creciente de policías asesinados por policías -como el inspector Sosa o el cabo Gustavo Hernández- también lo tenía a mal traer. El Jefe se mostraba preocupado porque la prensa no resaltaba la abnegación de los muertos de uniforme, aunque en realidad estaba

verdaderamente harto de tener que poner su cara de abuelo ante tanto periodista zumbón. Tal como supuso entonces, las cosas empeoraron. Primero, tuvo que relevar de la jefatura de la Unidad Regional de La Plata a Julio Gómez Sánchez, apuntado por el suboficial Daniel Ramos de haber sido quien llevó el cadáver de Andrés Núñez hasta el campo de los parientes de Mario Rodríguez. Klodczyk sabía que se estaba ganando un enemigo con ascendiente dentro de la Fuerza.

La apuesta del Coco Rossi contra los "narcopolicías" de Quilmes se había complicado con lo del enriquecido comisario Canelo y, en medio de la crisis, el golpe terminó volviéndose en contra de los Patas Negras, que no lograron instalar lo de la "autodepuración".

-El otro día comentábamos con Calabró, a propósito de Canelo, cómo lo que uno cree no siempre es así, ¿no? -deslizó Klodczyk a la prensa, con aire entre sorprendido e inocente. A la misma conclusión llegaría unos días después. Aun en el peor momento, se había convencido de que las responsabilidades ante la Justicia por el "tema AMIA" no pasaba de "un Leal, presionado por Barreda y Bareiro, jamás aun Ribelli".

Cuando el 12 de julio el juez Galeano le llevó la lista encabezada por Ribelli, se derrumbó. Comprendió que su despedida estaba cerca y no sería como él la soñara. Quería perderse entre los bulones de su "fabriquita" de Lanús, irse a volar en su Cessna mortuorio, a descansar en su chalet de La Lucila.

Klodczyk acusó el golpe. El de Galeano y el de Duhalde. Porque el Gobernador se había quedado sin respuestas y pocos días después anunció su pase a retiro "a fin de año, cuando termine la reestructuración en marcha desde hace tiempo y se produzcan los relevos habituales".

El Jefe se enteró por la radio. Con su mejor cara de abuelo, siguió hablando de "casos aislados" y de "pícaros", de "autodepuración y colaboración con la Justicia", de los exonerados y las rinoscopías, de la carga que significaban "las tareas administrativas y judiciales que debían cumplir sus hombres", de la proliferación de armas entre los civiles y de la imposibilidad de sus muchachos de sustraerse al "deterioro de toda la sociedad".

Fiel a su estilo, consideró innecesaria la creación de una oficina de Asuntos Internos.

"¿Para qué? Acá nos controlamos entre nosotros, no hace falta", dijo.

Pero su desazón era inocultable cuando tocaba el caso de su amigo Ribelli. "Hay que esperar, tal vez todavía nos llevemos una sorpresa", decía antes de que Galeano le dictara el procesamiento por el atentado contra la AMIA.

Lo otro, lo del robo de autos y la extorsión a delincuentes, era menor: -Tengo mucho personal involucrado en este tipo de delitos; cosas de

esta sociedad. Mucho más comprensible era lo del dinero por los detenidos en Wilde:

-Hay que ver si Ribelli sacó para pagar a los abogados, a las familias. El problema es cómo se colecta plata con nuestros sueldos, ¿no? Por ahí, entre cien tipos juntamos diez pesos cada uno y hacemos un sueldo. Pero si hablamos de otras cifras..., eso es en lo que tenemos que pensar un poquito en esto, ¿no?

La carestía de la vida y el espíritu de cuerpo como justificación del delito a gran escala. Ni más ni menos. En privado, sus hombres repetían sus conceptos con llamativa uniformidad: admitían que tal vez Ribelli se "excediera" en sus "picardías", pero negaban rotundamente que pudiera estar involucrado en el 'atentado ala AMIA y acusaban a "los políticos" por la corrupción imperante.

-Nos hicieron hacer "caja" y ahora nos tiran de las bolas -le dijo con bronca, y seguramente mucha razón, un jerarca de la Jefatura aun legislador bonaerense.

Cuando Galeano finalmente procesó a su "hombre de confianza" y amonestó a las cúpulas de la Secretaría de Seguridad y La Bonaerense por su "ineficiencia", supo que las cartas estaban echadas.

En privado, uno de los pesquisas de la investigación sintetizó lo que atravesaba la cabeza de casi todos ellos: "No podemos acusar al jefe de Policía sin tener pruebas; pero nos cuesta creer que, con la relación que tenía con Ribelli, él no supiera del atentado".

Pero él ya se había puesto la cara de abuelo y permaneció inmutable.

Apenas unos días más tarde, se dio el lujo de corregir a su amigo

Duhalde, que se había despachado con el anuncio del pase a "disponibilidad preventiva" de todo el personal de La Bonaerense.

-Lo que el Gobernador está evaluando es la formación de un tribunal que estudie los casos de oficiales sumariados o cuestionados dentro de I.a Fuerza -dictó.

El Jefe parecía haber recobrado fuerzas y miraba al futuro. Habló hasta cansar de "la reestructuración en marcha": del escalafón único, de la reforma de los planes educativos, del Instituto Universitario, de nuevos métodos de selección, de los cursos obligatorios, del nivel secundario.

Como si no hubieran pasado casi cinco años desde que asumió la Jefatura.

La sucesión parecía su otra gran obsesión. "El Gobernador anunció que voy a tener injerencia en el armado de las ramas, por lo menos de la Jefatura. Yo le alcanzaré los antecedentes de quienes están en condiciones de seguir. El tendrá que tener en cuenta que hay una tradición ética por la cual el más antiguo se retira si se promueve a otro más joven. Tendrá que evaluar."

Aunque no lo decía, sabía que existían tres variantes posibles y que la de su sucesor "natural", el Coco Rossi, era la menos traumática. No lo disgustaba.

Lo entusiasmaba más la carta de Pérez Rejón, también de los pagos de Mario Rodríguez y Chiche Duhalde, un "pollo" con futuro a quien hacía poco había llevado a la Secretaría General; pero era consciente de su juventud, que obligaría a pedir el retiro a demasiados jefes.

Si el descabezamiento debía implicar a toda la cúpula, su carta era Domingo Lugos; Duhalde lo compraría con los ojos cerrados. Incluso, si el Gobernador insistía con Adolfo Vitelli -una variante aceptable aunque él no le veía pasta de jefe-, se podía encontrar la manera de mantener al Pinocho Lugos en la cúpula.

En cualquier caso, la continuidad estaba asegurada. y si a su "ahijado" se le habían complicado un poco las cosas en la costa, con el traslado a Judiciales de Dolores que había ordenado no sólo lo ponía a buen recaudo sino que, de paso, le serviría de experiencia.

Como a él.

El viernes I.O de agosto, Klodczyk se levantó sabiendo que debería enfrentar una muestra más de "la avidez de la prensa por la corrupción y la violencia, porque están de moda". La revista *Noticias* preparaba desde hacía un tiempo una nota sobre la Policía Bonaerense, pero le parecía que en la Gobernación le daban más importancia de la que podía tener. Sabía que hablaría de algunos de sus bienes y de los temas que estaban en boca de todos, tal vez con un poco más de detalle. El había hecho lo humanamente posible por defender a cada uno.

Esa tarde, cuando Duhalde lo convocó, Piotti ya estaba en el despacho de su amigo.. El Secretario le mostró la tapa de la revista, que en un rato más ganaría los kioscos. Lo golpeó el título: "Maldita Policía".

Pero el Polaco se quedó mirando la foto; era como si le hubiesen robado algo muy íntimo. Trató de hacer memoria, desesperadamente. Entonces se acordó del gracioso ese que le pisó todo el escritorio para hacerle una foto. No había sido en las últimas entrevistas, no. Fue en marzo, cuando contó el episodio aquel en que, fuera de sí, le vació el cargador de su 45 a un ladrón en pleno centro de Quilmes.

Sintió que un ramalazo de ira lo atravesaba. Por unos segundos, estuvo apunto de perder

otra vez el equilibrio.

EL SECRETARIO

La decisión de Eduardo Duhalde de sustraer de la órbita del Ministerio de Gobierno -vector político de la provincia a la Policía Bonaerense convirtió a la superestructura política del área en "Secretaría con rango de ministerio", pero no en ministerio. Su jefe, por ende, quedaba fuera del alcance directo de la Legislatura, cuyo reglamento la autoriza sólo a interpelar ministros. O gobernadores.

"Uno no puede andar llamando a cada rato al Gobernador por problemas policiales; ése es el criterio", comentó un diputado del Frepaso bonaerense.

De este modo, Duhalde no sólo puso bajo su mando directo a los 48.000 efectivos de su Policía, sino que le brindó a la Fuerza una cobertura adicional.

Sus secretarios de Seguridad fueron entonces meros transmisores, tenedores de paraguas, apoyaturas del accionar policial delineado por el Gobernador.

La Fuerza es un arma que no se comparte. En vano reclamó la oposición una "política de seguridad". La política era ésa: la "Policía del siglo XXI".

Para ponerla en marcha buscó hombres que compartieran a pie juntillas su pensamiento, sin inserción en el aparato partidario y con buena relación con la embajada norteamericana, verdadera sombra detrás de cada movimiento del delfín menemista en la materia.

Coherente con su concepción mediática, casi publicitaria de la política, Duhalde eligió para encamarla a dos jueces federales, dos "antidrogas" con buen rating. En realidad, tres.

Su primer candidato fue el juez federal de Lomas de Zamora, Alberto Durán, quien avaló a Pedro Klodczyk para la Jefatura y propuso al comisario mayor Darlo Delfín Rojas como subjefe. Ascendido por Camps a raíz de su participación en el caso Graiver, Rojas tenía una larga carrera como torturador y represor durante la dictadura.

La presión de los organismos de derechos humanos abortó su candidatura y Durán declinó el ofrecimiento de Duhalde. El hombre elegido resultó ser Eduardo Pettigiani, quien aseguraba cierta comunión ideológica.

El juez federal de Mar del Plata había comenzado su militancia política en la agrupación filonazi Tacuara junto a otros notables como el referente carapintado Enrique Grassi Susini o el ex ministro de Justicia de la Nación, Rodolfo Barra. Según Ignacio González Jansen en su libro *La Triple A*, se lo cuenta entre los fundadores de la Confederación General Universitaria (CGU) que apoyaba al nazi confeso Oscar Ottalagano, el rector de la Universidad de Buenos Aires que cerró las aulas y organizó la persecución política en masa de docentes y estudiantes, en tiempos de Isabel Perón.

La temida CGU estaba vinculada a las bandas criminales y mafiosas que operaban desde el Ministerio de Bienestar Social que conducía José López Rega y con sujetos de la catadura de Juan Martín Ciga Correa, un paramilitar con historia como "asesor antsubversivo" en El Salvador, narcogolpista en Bolivia y uaficante de armas y drogas para los muchachos de la P-2.

Los militares del Proceso le dieron un lugar en la Justicia, y en tiempos democráticos, ya desde el Juzgado Federal marplatense, supo labrarse fama de "duro antinarcóticos".

También supo hablar por sus sentencias; como la que firmó sobreseyendo a Ciga Correa, detenido luego de años en fuga.

Más moderado que su colega de San Isidro, Alberto Piotti, Pettigiani fue un precursor entre los jueces que incursionaron en el manejo de las cámaras de televisión. Ya Duhalde se ve que le gustó.

Le duró dos años. La crisis en la que terminó envuelto no fue menor. y comenzó el 23 de junio de 1993, cuando quedaron al descubierto las tareas de Inteligencia a las que estaban abocadas las comisarías de La Bonaerense, que se dedicaban a detectar preferencias

ideológicas en todos los ámbitos de la vida provincial, por orden emanada del gobierno. Las cinco cabezas que rodaron cayeron mal entre los Patas Negras, y el acuartelamiento de los uniformados del Comando Patrullas de Quilmes y Avellaneda, acaudillados por los "carapintadasde azul" del Mopol, resultó toda una paradoja para Pettigiani, enfrentado por primera vez en su vida a la extrema derecha.

De sobrepique, en los primeros días de enero del '94 llegó el informe anual sobre derechos humanos del Departamento de Estado norteamericano, y Pettigiani se tuvo que ir. Tal vez se fuera en verdad por lo "desgastante" del cargo, como dijo.

Le quedaron ínfulas, pese a todo, para candidatearse por el PJ a la intendencia de Mar del Plata, donde había pasado mejores momentos. También a Duhalde, para darle su apoyo. Las elecciones serían en marzo del '95 y se llevó como asesor de campaña nada menos que al comisario general Marcelo Ferreira.

Más allá de una notoria falta de tacto político, Pettigiani demostraba una coherencia digna de mejor causa: el conocimiento que tenía Ferreira de Mar del Plata provenía de su paso por la Brigada de Investigaciones local y su libertad de acción para acompañarlo en la parada del retiro al que se había visto forzado como responsable del "espionaje ideológico".

Ningún error. Pese a ser "caballo de comisario", la esquiiva Ciudad Feliz le dio la espalda y el ex juez se quedó contando las olas.

Hasta que lo rescató su amigo Duhalde, otro tipo coherente. En marzo de 1996, el Gobernador propuso al ex Tacuara amigo de La Bonaerense como ministro de la Corte Suprema de Justicia provincial.

Los radicales impugnaron su designación ante la Comisión de Acuerdos del Senado bonaerense. Además de los reparos que le provocaban los antecedentes del candidato y su claro alineamiento político con el gobierno, habían recibido un dato que los inquietaba. Por eso, el senador provincial. Bertoncello denunció el asunto ante la jueza Pía Pava de Solana, del fuero criminal de Bahía Blanca, su ciudad. Bertoncello pidió que se indagara acerca de la veracidad de un mensaje que habían dejado en el contestador telefónico de su casa, el 17 de abril.

La voz anónima afirmaba que la causa N° 2860, caratulada "Glyn y otros" y que tramitaba ante el Juzgado Federal N° 1 de Mar del Plata, había sido "archivada en forma sorpresiva" por Pettigiani cuando era titular de ese tribunal. Según la cinta que el radical adjuntó a su denuncia, en ese expediente "sobre tráfico de drogas" estaba "involucrado, entre otros, el señor Gobernador".

La jueza Fava se inhibió el 24 de junio del '96 y remitió la denuncia a la Cámara de Mar del Plata. la cual, en febrero de 1997, todavía buscaba la causa 2860, sin dar resolución al expediente.

Pettigiani, claro está, asumió como juez de la Corte.

II

Para entonces, el que bailaba con la más fea era Piotti, un hombre que --como su amigo Klodczyk parece transformarse según las circunstancias. De aquel "brillante" fiscal que ganó renombre en los primeros años del alfonsinato, ya nada quedaba en el secretario de Seguridad que hablaba de "errores" y "excesos" para justificar la bestial represión de los Patas Negras en La Plata en febrero de ese .1996.

Contradicciones aparentes. Aquel juez federal de San Isidro que adquirió un protagonismo avasallante persiguiendo grupos de ultraderecha como el Clan Puccio, que arrasaba --con gran repercusión mediática con cuanto caso resonante anduviera suelto y que se convirtió, durante la rebelión carapintada de la Semana Santa del '87, en poco menos que "El Defensor del Orden Constitucional", era el mismo que, por las noches, se sumaba junto al

Loco Rebono a las correrías de los parapoliciales y carapintadas del Prolatin. Casi al mismo tiempo que un jurado de insospechable raigambre democrática lo consagraba como "El hombre del año" versión 1988, Piotti ganó otro galardón, más informal, pero no menos importante: el de "juez amigo" de los Patas Negras. Fue el 5 de diciembre, después de los sucesos del cuartel de Villa Martelli, escenario sangriento del tercer alzamiento carapintada.

Mucho tuvo que ver en ello su amigo Rebollo, a quien Piotti había nombrado "adscripto" a su juzgado ya cuyo hijo Pedro empleó en el tribunal. El Loco habría llamado al juez cuando un infortunado disparo militar provocó una balacera entre policías y sublevados que acabó con la vida de varios uniformados y civiles inocentes.. A la mañana siguiente, el lugar apareció sembrado de balas calibre 22 y otros no reglamentarios. La Policía culpó a "civiles armados".

El mismo Piotti que hasta fines de 1988 denunciaba que los bajos salarios del Poder Judicial 10 habían retrotraído a sus años adolescentes -cuando dependía del dinero de su madre forzado a sacar una hipoteca que ya no podía pagar, con el consecuente peligro de desalojo, mostraba poco después su chalet de 200 mil dólares en las Lomas de San Isidro. Seguramente, el aporte de su esposa Luisa Saavedra, contadora de la financiera Macro, fue decisivo a la hora de cerrar las cuentas. Y, como en el caso de Naldi, sus amigos fueron la fuente financiera de su creciente protagonismo en las fiestas del *jet set* vernáculo y los veranos en Punta del Este.

En los pasillos de Tribunales, nadie comprendía cómo hacía Piotti para sostener ese tren de vida y llevar adelante un megajuzgado como el suyo.

Así nació el mote de "Súper Piotti". En San Isidro, en cambio, lo llamaban "el Actor", quizá porque conocían otros entretelones: en marzo del '88, la Cámara Federal de San Martín llamó su atención y la del fiscal Martín González del Solar por "las excesivas dilaciones" en sus causas. Según tres expedientes de Superintendencia, se verificaban demoras de hasta un año en otorgar libertad a inocentes, en declinar competencia o, aunque más no fuera, en mover un papel en algunos trámites.

Impertérrito, Piotti siguió buscando excusas jurídicas para entrometerse en competencias ajenas, como la de los autos truchos, actividad que llegó a su apogeo a partir del '89. Los procedimientos que hacía junto al Gordo Naldi a lo largo de los "desarmaderos" de la Ruta 8 eran la comidilla de empleados, jueces y abogados.

Todos los días surgía una nueva anécdota sobre la Secretaría N° 5 del Juzgado Federal, ocupada por Alejandro Guillot y más conocida como "el Kiosco". A otro de los secretarios de Piotti, Manuel Mougán, lo insultaron a los gritos mientras manejaba por el centro de San Isidro: quien gritaba era el propietario de ese vehículo, que Piotti había recuperado en un procedimiento y cuya devolución demoraba hacía meses.

Con el advenimiento del menemismo, aquella imagen de impetuoso justiciero parecía haber sido ganada por su costado frívolo. Sin embargo, era parte de su estilo; el de un *bon vivant* audaz, aunque un tanto descuidado.

"Siempre bronceado, con un físico masajeador por una hora diaria de deportes y por el roce de trajes sin defectos", lo describió una periodista. Piotti nunca abandonó su perfil menos publicitado, el que lo llevó a abrazarse con el coronel carapintada Mohamed Alí Seineldín o el que le valió, en 1989, una nueva reconvención de la Cámara de San Martín por no declinar su competencia en la causa contra el Clan Puccio, que en casi tres años no había pasado de la etapa sumarial.

La sanción de la Ley de Estupefacientes y la nueva alianza de la DEA con el entonces vicepresidente Duhalde y con La Bonaerense le brindaron a Piotti, no sólo un nuevo escenario para sus shows judiciales, sino también la herramienta para preparar el gran

salto. y un nuevo amigo: el subjefe de Narcotráfico, Pedro Klodczyk.

Fue un romance breve, pero apasionado. Gracias a un paciente trabajo de Inteligencia de la DEA, entre el 25 octubre de 1990 y el 29 de abril de 1991 el Tano dio tres grandes funciones: las operaciones fueron bautizadas Carbón Blanco, Viento Norte y Flamenco, donde se decomisaron unos cuatrocientos kilos de cocaína en total y fueron detenidos Ricardo Nayib Pabón Jatter y Oscar Duque García, miembros del Cartel de Medellín, y Juan Pelikan, un argentino vinculado a la mafia italiana, entre otros.

Dos meses más tarde, el 18 de junio del '91, el juez Héctor Acuña, I del Juzgado en lo Penal Económico N° 7, le remitió una investigación iniciada conjuntamente con la DEA en 1988. Se trataba de una banda COFi mandada por un sobrino del ex dictador boliviano Hugo Banzer, que explotaba la mayor planta de procesamiento de cocaína de Bolivia: Huan

chaca, una tonelada y media por semana. El Tano Piotti montó su última función: la Operación Tambor. Siete días después de recibir la causa, utilizó doscientos policías, helicópteros y cámaras de televisión para quince allanamientos. Detuvo a la banda, "quebró" a un par de bolivianos, secuestró bienes y anunció que se trataba de una "enorme red de narcolavadores".

El 3 de agosto, Duque García y Pabón Jatter -un tipo cuyo currículum incluía la fuga de una cárcel estadounidense- escaparon de las celdas que Prefectura les había asignado por orden del juez.

En diciembre de ese 1991, la Cámara Federal de San Martín liberó a los detenidos en la Operación Tambor porque el juez no había probado delito alguno ni secuestrado un solo gramo de droga. Entre otras deficiencias, el tribunal de alzada señaló la "falta de investigación" de delitos "confesados" por sus autores, como falsificación de documentos "de personas, vehículos y aeronaves".

Años más tarde, "la falta de un cierre adecuado" de la causa permitió que la Cámara Federal de La Plata liberara a Pelikan y otros procesados.

Pero Piotti ya había renunciado a la Justicia.

III

El 2 de mayo de 1991 marcó un punto de inflexión en su carrera pública. Ese día, con el simple trámite de la usual denuncia anónima, bajo el cargo de contrabando y sospechas de narcotráfico que él mismo se ocupó de difundir, volvió a meterse en un tema fuera de su competencia. Detuvo a Juan Carlos Delconte, el cuestionado jefe de la Aduana alfonsinista hasta 1988. Luego de procesarlo, declinó su competencia y remitió las actuaciones al fuero Penal Económico.

La excusa para relacionar a Delconte con el narcotráfico se la había dado la agenda de Carlos Segura, propietario del Circo Rodas detenido en la Operación Viento Norte. En ella figuraba el nombre de Roberto "Oreja" Fernández, a quien se vinculó vagamente con el ex director de la Aduana. Sin embargo Fernández aclaró que en realidad había trabajado a sueldo de Alfredo Yabrán cuando Ecdadassa reemplazó a LADE en el manejo de la bodega fiscal de Ezeiza.

Pareció una innecesaria declaración de guerra. Los radicales que le habían dado el cargo así lo entendieron. Y denunciaron que Piotti era parte de una operación política para desviar la atención de los escándalos que sacudían al gobierno de Menem y Duhalde, doblemente jaqueados por el "Swiftgate" y el "Yomagate". Sin embargo, la ofensiva que montaron contra el juez en Diputados terminó en un escandaloso fracaso.

Pero la estantería del remodelado juzgado de la zona Norte se caía, irremediablemente.

El 25 de mayo la Cámara en lo Penal Económico mandó investigar las razones por las

cuales Piotti había tardado dos años y medio en remitir a ese fuero la causa Aranguiz, y otros tres meses en remitir la prueba, 2,2 kilos de cocaína. La Cámara también reprendió al magistrado por sus "excesos publicitarios" y el fiscal González del Solar recibió lo suyo por no haber hecho cumplir la competencia.

En la misma acordada, la Cámara presentó una demanda que fue a parar a manos de la jueza Romilda Servini de Cubría para que indagara por qué, cuando por fin Piotti remitió "la prueba", en lugar de los dos kilos de cocaína había tres kilos de ácido bórico envueltos en una pingosa bolsita de supermercado.

Al día siguiente, otra cámara, la Federal de San Martín, abrió un sumario contra Piotti luego de recomendarle mayor cuidado, dada "la deficiente individualización de las sustancias estupefacientes secuestradas" en "gran cantidad de sumarios", lo cual ya había dado lugar a "planteos de nulidades y carencia de valor probatorio".

En medio de tanta paliza, el Actor tuvo un respiro: el 30 de mayo Servini de Cubría, ocupada como estaba con la defensa de Amira Yoma, le remitió la denuncia de la Cámara Penal por "sustracción o sustitución" de la cocaína en la causa Aranguiz. Piotti designó a uno de sus secretarios como juez subrogante, quien encontró inocente a su jefe.

Pero a mediados de julio, el diputado Juan Armagnague preparó un nuevo pedido de juicio político donde acusaba a Piotti de haber sobreesido definitivamente a unos contrabandistas y enviado de regreso al Uruguay la mercadería secuestrada, en el mismo avión que la trajo, para recién luego declararse incompetente. La causa era la N° 1569 de 1986, y el método, un clásico del blondito magistrado.

El escrito planteaba también las sospechas de soborno que pesaban sobre el juez a raíz de la denuncia de la hermana de Rubén Croci, un detenido por narcotráfico, ante la Cámara de San Martín. La mujer y su abogada, Mónica Taretto, presentaron una grabación en la cual les decían que "se podría arreglar la causa pagando 70.000 al juez Piotti".

Por último, Armagnague acusaba a Piotti de haber encarcelado al armero Sergio D'Onofrio sin fundamentos y de no haberle devuelto la totalidad de las armas incautadas, de conceder a terceros el uso de automóviles secuestrados y de haberse metido por la ventana en causas de otros fueros para luego dejarlas languidecer hasta declinar su competencia, método que seguía sin practicar con la del Clan Puccio.

Jorge Cupeiro, el amigo que Naldi le presentara tiempo atrás, le había tirado una soga en medio del maremoto: encabezar la lista bonaerense de Nueva Mayoría, el partido nacional del correntino Antonio Romero Feris. Pero Roberto García, número dos de *Ambito Financiero* y amigo de toda la vida de Piotti, hacía rato que lo había acercado a Eduardo Duhalde.

El 25 de julio, Piotti anunció su renuncia al cargo para secundar a Alberto Pietri en la lista de diputados duhaldistas, desairando a Cupeiro. El corredor comprendió las apetencias y necesidades de su amigo. Armagnague protestó en vano por lo que entendió una maniobra del juez para sustraerse al juicio político. Pero el Tano se sustrajo. Consustanciado con su nuevo papel, el Actor retrucó que los radicales querían desprestigiarlo porque se lanzaba a la política con otro partido. El 6 de agosto, tres días después de que Pabón Jatter y Duque García se escaparan de la picnita de Prefectura, Piotti denunció "maniobras" de los narcotraficantes para "manchar" al candidato a gobernador del PJ.

En realidad, Duhalde ya había quedado en el limbo después del Yomagate.

El 25 de agosto, Piotti colgó su maltrecho disfraz de "Súper". Cuando su sucesor, Roberto Marquevich, llegó a San Isidro, no daba crédito a sus ojos: además de la superpoblación que implicaban los ciento cincuenta empleados que lo recibieron, en el juzgado se apilaban 6.500 expedientes, decenas de paquetes de polvo blanco y pasto verde, pistolas, fusiles, granadas y "algo que parecía un lanzamisiles".

Veinte hombres de la Corte Suprema de la Nación tardaron varios meses en poner el tribunal en orden. y muchos años más para contarlos.

En diciembre, Duhalde, Pettigiani y Klodczyk asumieron en La Plata.

El Actor, en el Congreso.

IV

El Tano Piotti no parece haber "cajoneado" ninguna causa que comprometiese a Eduardo Duhalde con el narcotráfico. Pero sí demostró un compromiso enorme con el Gobernador. Además de los mutuos favores cruzados durante el año electoral, el ex juez cumplió en tiempo récord con el rito iniciático: defendió por ATC a Miguel Angel Vicco ya Jorge Triaca, acusados de corrupción, con el atiguijo de la "campana orquestada"; adhirió a "la necesidad de implantar la pena de muerte", y, pese a su promesa electoral de "adhesión independiente", en marzo de 1992 se afilió al Partido Justicialista.

En la Cámara de Diputados, el llamado "Grupo Rating" lo recibió con los brazos abiertos. Todas las mañanas, Jorge Matzkin, Oscar Lamberto, Eduardo Amadeo, Miguel Angel Toma y el Actor se reunían con Eduardo Bauzá para unificar el discurso y diseñar estrategias frente a los medios de comunicación en defensa de los planes oficialistas.

Al juez que logró escapar al juicio político, el estilo menemista no podía menos que darle un lugar en la Comisión de Juicio Político, otro en la de Drogadicción, y la vicepresidencia de la Comisión de Justicia. Miembro informante de la Ley de Implementación del Juicio Oral, el Actor profetizó: "Durante mucho tiempo los argentinos vamos a tener que tragarnos grandes sapos de impunidad".

Poco antes, una camioneta-bomba había volado por los aires el edificio de la embajada de Israel en Buenos Aires, causando decenas de muertos y heridos.

Desde su lugar de poder, Piotti profundizó sus ya fuertes vínculos con el Poder Judicial, acercando al Ejecutivo nombres de magistrables, aportando su amistad con jueces y fiscales para aceitar el diálogo entre poderes, "apadrinando" el nombramiento de otros.

Uno de los primeros que se le atribuyeron fue el de Martín Suares Araujo, quien a fines de ese 1992 inauguró el Juzgado Federal de San Martín donde poco después el comisario Naldi puso en marcha Café Blanco.

Por esos días habían tomado estado público las declaraciones de Mario Noguera Vega, un ex agente de la Sedronar, contra su titular, el duhaldista Alberto Lestelle. Refugiado en el Brasil, el tipo acusó a Lestelle de haberle encargado el asesinato de un desconocido llamado Francisco Di Fiori.

El escándalo se resolvió con el trámite habitual: sospechas arrojadas sobre la salud mental y los intereses del denunciante, desmentidas y una causa abierta que morirá de inanición años después. Por una de esas ironías de la vida, el amigo de Lestelle que le habría dado el encargo a Noguera era un tal Carlos Segura, homónimo de aquel a través del cual Piotti vinculara a Delconte con el tráfico de drogas.

Irónico porque, casi como consecuencia del encargo de este Segura, Noguera terminaría vinculando al Actor con el narcotráfico.

El ex agente había pedido a la Justicia brasileña que lo contactara con distintos jefes de la DEA, quienes jamás le respondieron. Desesperado, el tipo escribió una carta aun colaborador del diario carioca *O Globo*.

Allí hablaba de un arreglo entre Lestelle y "algunos hombres de la DEA" sobre "los porcentajes de distribución de la droga que se incauta en la Argentina, sobre todo en la provincia de Buenos Aires, donde existe un cartel controlado por la Policía, cuya cabeza más importante es el comisario Rebollo, contacto del ex juez Alberto Piotti".

Noguera Vega citaba tres supuestos ejemplos de cómo trabajaban los Patas Negras bajo las órdenes de Piotti. El primero se refería aun operativo realizado en Salta en octubre del '86

por la Brigada de San Martín: Piotti anunció el decomiso de setenta kilos de cocaína, "pero -afirmó Noguera en realidad eran 125".

Los otros dos se referían a las operaciones Tía María, de agosto de 1989, en Beccar, ya la antes mencionada Flamenco. Según Noguera, en la primera "el comisario dijo que había incautado 50 kilos de cocaína pura pero en realidad fueron 110 kilos". Respecto de la segunda, el ex agente aseguraba que de los 283 kilos quemados en presencia de Duhalde, Piotti y Lestelle, "la mitad era ácido bórico", una sustancia que parecía perseguir al Tano. Pero esta carta alcanzó una difusión muy limitada, mucho después, y jamás llegó a la Justicia.

Sí, en cambio, llegó a oídos del Gobernador. Lejos de distanciarlos, Duhalde pareció más cerca que nunca del ex juez y, por pedido de Piotti, rescató a Rebollo de su ostracismo para darle el Comando Islas, en el Tigre. El Loco tenía su mansión allí y conocía como nadie esa zona, clave para el tráfico de todo lo traficable.

En su nueva casa de 300 mil dólares de la calle Intendente Neyer, siempre en San Isidro comprada gracias a los "mayores" ingresos de su mujer, contadora del ya Banco Macro-, Piotti recibió en el otoño de 1993 dos buenas noticias: sus amigos Jorge Urso y Jorge "Pati" Ballestero, cuyo "padrinazgo político" se le adjudicó, habían sido nombrados jueces federales.

La Justicia Federal, ese mundo tan particular del que llegó a convertirse en emblema, era ya para el Actor casi un club. De hecho, la Orden del Martillo -que reúne a jueces en actividad y en retiro de fuerte identificación con la embajada de los Estados Unidos- lo cuenta entre sus fundadores. Los magistrados federales encargados de combatir el narcotráfico son, por supuesto, su columna vertebral.

Pero más allá de esa camaradería, jueces como Martín Irurzun, Alberto Santamarina, Guillermo Tiscornia y Héctor Acuña, con quien se reconcilió luego de tanto disputarse la "competencia", o los fiscales Raúl Plée, Germán Moldes, Sica, Quiroga y González del Solar -por citar a los más notorios- comparten con Piotti una amistad profunda.

Por eso, la llegada al club de Pati Ballestero fue una alegría enorme para Piotti. Los cuatro hermanos Ballestero, todos ellos vinculados al Poder Judicial, eran grandes amigos suyos. Desde los tiempos de aventuras junto a Rodolfo Cuiña -el dueño de Casa Rodó-, otro gran amigo que en las buenas épocas había llegado a regalarle a Pati su viejo BMW.

Ellos no se habían quedado atrás y supieron brindarle su apoyo cuando Cuiña tuvo que enfrentar un proceso por subfacturación contra el negocio que le daba de comer. Al hombre se lo sospechaba de vender mercadería comprada a bandas de piratas del asfalto que contaban con protección de la Brigada de Mercedes.

En todo esto se fijó Eduardo Duhalde cuando, en el verano siguiente, la debacle anunciada de los Patas Negras lo obligó a darle una nueva mano de pintura a su política de Seguridad.

V

Las encuestas le mostraban que Piotti conservaba un buen porcentaje de imagen positiva entre la gente, que todavía recordaba aquellos shows del "juez antidrogas"; lo cual reforzaba que el Tano no era ningún improvisado en el arte de la política.

Además, nunca había dejado de cultivar sus amistades en La Bonaerense y mantenía inmejorables lazos con la embajada del país que acababa de bajarle el pulgar a su Policía. Su conocimiento del Poder Judicial, además, sobrepasaba los límites del estratégico fuero federal, sobre todo en la zona Norte del Gran Buenos Aires, lo que convertía al Actor en el candidato perfecto para suceder a Pettigiani.

La política de "mano dura" de Duhalde necesitaba de una Justicia adicta. Máxime cuando no contaba, como Menem, con una Corte "propia", y Piotti había dado sobradas pruebas de lealtad al compromiso que los unía desde aquel '91.

Ya con el nombramiento bajo el brazo, renovó sus votos. Todavía humeaban las pistolas policiales que habían matado a Walter Galeano en Guernica ya otras cuatro personas en el centro de Wilde, cuando Piotti dejó en claro cómo sería su gestión al frente de la Secretaría de Seguridad.

-En estos dos años, Pettigiani hizo una muy buena labor -comenzó. Luego recordó los muchos exonerados por su amigo Klodczyk, estimó "probable" la creación de nuevos criterios de selección del personal uniformado y se explayó acerca del "acento" que pensaba poner en la prevención: "Hay que colocar más policías en la calle y mejores móviles".

-¿ Qué le aconseja a la gente que tiene miedo de hacer una denuncia en una comisaría o señalara algún policía sospechoso? -le preguntó un periodista de *Clarín*.

-Mire, la gente sabe que de alguna manera puede hacerse oír. Ya sea yendo directamente a la Justicia o, incluso, por los medios de comunicación -respondió, sin que su bronceado empalidesciera.

Ese mismo 18 de febrero de 1994, el Jefe Klodczyk enviaba a la Justicia las fotos de los once policías prófugos en la causa Núñez, cuya vigencia en la prensa llevaba tres años. Se los veía demasiado jóvenes, casi imposibles de identificar; las de sus legajos, actualizadas, habían desaparecido.

El 14 de marzo de 1994 Alberto Piotti asumió formalmente en la Secretaría de Seguridad. Ante los funcionarios bonaerenses, sus ex compañeros de bancada y sus camaradas de leyes, Duhalde aprovechó el acto para bautizar a La Bonaerense como "La mejor policía del mundo". Parecía una fiesta.

Más atrás, varios jefes policiales habían formado un animado grupo: el Coco Rossi, Verón, el Noño, Forgione, Bottini, la Rana Irrazábal y Rebollo estaban de jarana. Con el "juez amigo" como jefe, los Patas Negras se sentían respaldados.

y él se ocupó de que así fuera. Una de sus primeras gestiones al frente de la Secretaría fue trasladarse hasta Lomas de Zamora para interceder ante la jueza Silvia González por los detenidos en Wilde. Piotti hizo valer una acordada de la Corte Suprema que otorga a los uniformados la prerrogativa de no ser alojados en un penal. Los hombres de Ojeda y Ribelli permanecieron en dependencias policiales.

No fue la más grata de sus representaciones, porque la jueza dejó asentado por escrito su pedido. Pero el Actor se ganó la confianza de los muchachos de la zona Sur.

Piotti llevó a la Secretaría a sus hombres más cercanos. Especialmente a Alejandro Pérez Cárrega, ex gerente de la empresa Fate y secretario del fuero federal durante la dictadura. Allá por 1988, su quinta de Pilar sirvió de lugar de reunión para militares y miembros del Poder Judicial que trabajaron denodadamente por la Ley de Punto Final. Piotti y el periodista Enrique Llamas de Madariaga eran dos invitados indispensables a esos cónclaves.

En 1989 Pérez Cárrega también colaboró con el juez de Mercedes... Zito Soria, el magistrado procesado por repartir entre sus amigos los autos que secuestraba en sus procedimientos. La pickup "melliza" que Cárrega tenía en custodia por entonces se debió, en cambio, a unas "tareas de Inteligencia" que le encomendara Zito Soria.

Desde su lugar de subsecretario de Seguridad, Pérez Cárrega se entendió de maravillas con el Borracho Padilla. Por la delimitación de funciones, a ambos les tocaba manejar toda la parte administrativa de la Secretaría de Seguridad bonaerense, que abarcaba desde la "caja" hasta los pases y traslados.

El Actor también se llevó a La Plata a dos de sus ex secretarios de San Isidro, que ya lo habían acompañado en Diputados: Mougán y Guillot, aunque luego tuvo que prescindir de los servicios de este último, un muchacho a quien se lo veía exaltado las veinticuatro horas

del día.

Ya no eran los tiempos de la pizza y el champán y, en su búsqueda por diferenciarse de Menem, Duhalde exigía de sus funcionarios una absoluta distancia de todo lo que sonara a farándula y ostentación.

Aunque siguió veraneando con su familia en Punta del Este acompañado por Julio Ramos y Roberto García; compartiendo asados en La Mansa con el Ñoño, con Marito Rodríguez o el Conde Bottini; visitando a su querido Bernardo Neustadt, y navegando en los yates de Cupeiro, el Actor pronto desapareció de los boliches y revistas que solía frecuentar. Consustanciado con su nuevo rol, comenzó a participar junto a Pérez Cárrega de otras reuniones y asados a los cuales no sólo iban Naldi, Bottini o el Chorizo, sino el comisario Lugos, Calabro, el subjefe Padilla, Juancito Ribelli, el Coco Rossi y Pérez Rejón, entre otros.

Pero los lugares de encuentro variaban tanto como el número de invitados: la casa de Ojeda en Lobos, un campo en General Belgrano, otro en Capilla del Señor, una casona a la entrada de Luján, un par de haras en

la zona de Pilar, una quinta en Garín, las islas del Tigre. A juzgar por algunos pocos testimonios recogidos, el tema de las reuniones giraba en torno de la seguridad y los trabajos de cada uno; pero la consigna parecía ser la reserva, nada de cámaras, casi el secreto.

VI

Los triunfos electorales del Gobernador y sus cotidianas encuestas demostraban que la mayoría de los bonaerenses percibían como "positiva" la formidable inversión en armas y vehículos efectuada por Duhalde. Aunque las blancas patrullas de Klodczyk aumentaban la "sensación de seguridad" de la gente, en la Secretaría de Seguridad había inquietud.

El otoño del '94 trajo consigo una seguidilla de secuestros extorsivos sufridos por los empresarios Pablo Gowland, Raúl Santamarina y Ricardo Ospital. La ansiedad de Piotti quedó expuesta cuando negó lo evidente, contradiciendo al propio Duhalde: "No existe una ola de secuestros, como se quiere hacer aparecer ahora".

Por suerte para todos, los sabuesos de La Bonaerense lograron esclarecer los dos últimos casos, en los que tuvo activa participación el comisario Naldi. Sin embargo, poco después, los hombres que se desvelaban por ayudar a sus compañeros comprometidos en causas como las de Núñez, Bru o Wilde, tuvieron nuevos motivos de preocupación.

Según Pedro Avio, la caída del neonazi Alejandro Sucksdorf -quien fuera detenido con un verdadero arsenal en su isla del Tigre-convino al Patrón Ribelli ya Mario Rodríguez: "Estaban muy nerviosos cuando cayó el muchacho ese, porque ellos guardaban los fierros ahí, los fierros grandes", dijo, años más tarde.

Vinculado a la Casa Militar que custodia La Rosada, Sucksdorf vivía justo frente a la isla del empresario menemista Mario Falak, íntimo de Naldi y vecino del Loco Rebollo, quienes todos los jueves se trenzaban en interminables partidos de truco con Jorge Cupeiro y Alberto Piotti. Seguramente a esta cercanía geográfica se referían los senadores radicales que denunciaron que Sucksdorf "tendría relación" con el grupo de amantes del truco.

Un mes más tarde, el Secretario tuvo que abandonar antes de tiempo el campeonato mundial de fútbol que disfrutaba en los Estados Unidos, junto a Fernando Galmarini y el Ñoño, para cubrir las espaldas de Mario Rodríguez: Storani y Bertoncello acababan de presentar ante la Justicia el anónimo que lo acusaba de organizar los atentados contra Hernán López Echagüe y desnudaba el tipo de vínculo que lo unía al diputado Alberto Pierri.

"No es muy serio hacer acusaciones en base a informaciones anónimas", contraatacó el Actor haciendo gala de su bronceado cinismo. Piotti sabía mejor que nadie que a los

"policías honestos" les estaba prohibido por reglamento hablar con la prensa y conocía el valor que suelen tener las denuncias "anónimas", gracias a las cuales inició decenas de investigaciones "antidrogas".

El Tano calificó a Rodríguez de "prestigioso y reconocido funcionario policial", pero perdió los estribos cuando se le mencionó la vinculación de Tribilín Leguizamón con Gustavo Pierri, el hermano del diputado. "¡No es así, no es así!", gritó. En su defensa, el Actor olvidó que los legisladores de la UCR habían chequeado previamente buena parte del anónimo, y ese lazo estaba probado.

Cuando en octubre la investigación de *Edición Plus* sobre La Matanza pudo por fin sortear las presiones del presidente de la Cámara de Diputados, las razones de los nervios de Piotti quedaron a la vista.

Según el trabajo ~odístico, en el fortín de Pierri se traficaban más de cien kilos mensuales de cocaína ante los ojos de los hombres del chorizo Rodríguez, quienes además extorsionaban a los comerciantes a cambio de "protección". También en la Intendencia se cometían irregularidades de todo tipo. Entre ellas, el cobro de un peso extra a cada contribuyente destinado a la Policía Bonaerense, que sólo en Laferrere recaudó 250 mil dólares en un mes. "Se trata de un convenio de complementación", afirmó el Actor frente a cámaras, sin ruborizarse.

Al fin y al cabo, los duhaldistas acababan de ganar el plebiscito que su inesperada alianza con el carapintado Aldo Rico les había permitido convocar, y ahora celebraban su pasaporte a la reelección.

y Piotti tenía otros asuntos que atender. El 13 de diciembre de 1994 quedó inscripta en la Dirección Provincial de Personas Jurídicas una Fundación Pro Hospital de la Policía Bonaerense, un esfuerzo de dudosa prioridad pero que constituía una cara reivindicación de los Patas Negras: detestaban depender de la Federal para atender a sus heridos en el Churruca. Para el Actor constituía otro avance en el proyecto duhaldista de convertir a la Policía en una fuerza autosuficiente.

La entidad "sin fines de lucro" contaba con un capital inicial de 12 mil pesos aportados por sus fundadores-directivos. Alejandro Pérez Cárrega y Alberto Piotti, presidente y secretario respectivamente, pusieron, cada uno, mil pesos de su pecunio.

Al socio mayoritario, claro está, le correspondió la Tesorería del desinteresado emprendimiento: Alberto Argibay Molina, el abogado de Alfredo Yabrán que por entonces también representaba a Carlos Menem. El trío nombró como apoderada a la abogada Laura Wencelblatt.

El 10 de enero de 1995, el Jefe Klodczyk por La Bonaerense y su superior Pérez Cárrega, pero en calidad de presidente de la Fundación, firmaron el convenio para la obra que se levantaría en los terrenos del Lazareto de Caballería de la Vucetich, en el medio de Parque Pereyra Iraola. .

El "convenio de cooperación" estimaba -sin explicar en base a qué datos- que la construcción insumiría tres millones y medio de dólares. Cárrega se comprometía a cubrir la cifra con el difuso recurso a las "donaciones privadas". El anteproyecto, el proyecto y la ejecución de la obra quedaban en manos de la Fundación, "única autorizada a determinar los profesionales y empresas que participarán".

El convenio se firmó "ad referendum" de la aprobación del Ejecutivo provincial, es decir de la Secretaría de Seguridad que encabezaban el secretario de la Fundación, Alberto Piotti, y su presidente, Pérez Cárrega. El disparate no resiste el menor análisis pero, convertido ahora en interesado comediante, el Actor continuó con los enredos.

El convenio recibió el obvio apoyo de las distintas reparticiones a las cuales se les requirió dictamen, pero el más desopilante fue, precisamente, el de la Asesoría Letrada de La

Bonaerense, que consideró que "tan noble iniciativa reposa en un marco jurídico sumamente potable". Luego se extendía acerca del carácter de las fundaciones como la de Piotti y Argibay: "son un resultado del cristianismo, una emanación de caridad", decía, citando a un tal Donfante.

El 20 de marzo, el fiscal de Estado Ricardo Szelagowski (p) arruinó la comedia. Aunque quizá dudara a quién debía dirigirse y en carácter de qué, optó por decirle al secretario de Seguridad que, para dar vista al tema, necesitaba la opinión del Ministerio de Salud y del de Economía; además de conocer los estudios de factibilidad realizados sobre el terreno elegido.

Así pudo enterarse el fiscal de que no sólo no existían tales estudios, ni red cloacal, ni gas natural, ni agua potable en la zona, sino que ya se habían desmalezado dos hectáreas de parque que estaban siendo niveladas, "previéndose futuros crecimientos edilicios y un amplio sector para la construcción del helipuerto".

Szelagowski pidió auxilio a la Escuela de Patología Ambiental de la universidad platense. Su director le contestó el 10 de mayo: el destino histórico del Parque Pereyra era de "reserva forestal" y el mismo constituía una "importante barrera ambiental", por lo cual le sorprendió "la ausencia absoluta de una evaluación del impacto ambiental" que produciría la obra, sobre todo en atención a la vigencia del Pacto Ecológico Bonaerense.

Seis días después, recordándole que en la provincia la preservación del medio ambiente tiene rango constitucional, el fiscal escribió a Piotti que "no corresponde acceder a lo solicitado" y ordenó la "inmediata paralización" de las obras.

Nada dijo de establecer responsabilidades por las dos hectáreas de la "importante barrera ambiental" taladas ilegalmente por orden de Klodczyk y Piotti, al mismo tiempo particular interesado en el asunto. La oposición, atenta también a la vinculación de Argibay Molina con Yabrán -cuyo supuesto nexo con las "mafias enquistadas en el poder" había vuelto a ser denunciado por Cavallo-, exigió una investigación.

No lo logró. El Secretario disfrutaba en esos días del éxito de su amigo Naldi en la Operación Café Blanco y todo el duhaldismo festejaba el triunfo electoral del Cabezón.

VII

Para la primavera del '95, el panorama pintaba considerablemente más oscuro, atravesado por la disputa entre Menem y Cavallo y el fantasma de la reelección agitado desde los sótanos de la Casa Rosada. Mucho antes de asumir su segundo mandato, Eduardo Duhalde comprendió que su camino hacia el sillón de Rivadavia sería aún más difícil de lo que había imaginado.

El Secretario también. El hallazgo del cadáver de Andrés Núñez en un campo del comisario Mario Rodríguez y la dirección que tomaba la investigación por el atentado contra la AMIA volvían a poner a La Bonaerense en el centro de la tormenta, agitada por el número creciente de casos de violencia policial.

Como dijo Klodczyk un año después, desde que Telleldín habló con Riva Aramayo, los Patas Negras y la Secretaría de Seguridad sabían que el nombre de Ribelli figuraba en las anotaciones de los abogados de la AMIA y en las del juez Galeano. La confianza del Jefe en lo que pudiera hacer el comisario Salguero, a Piotti le pareció excesiva.

El Secretario sabía desde hacía tiempo que la relación de Bareiro y Barreda con Telleldín era de larguísima data y oscuros términos. También lo sabía su amigo Naldi, bajo cuyas órdenes habían trabajado los dos oficiales cada vez que recaló en San Martín, territorio que -según sus propias palabras- conoce como ninguno.

Por otra parte, en un reportaje publicado por Román Lejtman y Raúl Kollmann en *Página 12* el 2 de octubre del '95, el Petiso Telleldín afirmó que Bareiro y Barreda habían sido empleados suyos en los saunas que regenteaba desde hacía una década. También que

los dos oficialitos eran "los perejiles de esta historia" y que él tenía una larga lista de amigos en la Policía, "pero ellos están muy arriba y nadie los toca".

-¿Qué significa que tenga tantos amigos en la Policía Bonaerense? -preguntaron los periodistas.

-Que trabajo con ellos. Yo doy y ellos me dan -respondió el Petiso. Ya vimos en qué términos. Y como sostuvo Galeano en su auto de

procesamiento, era un negocio tan redituable como para poder afrontar el pago de extorsiones por un total de 70 mil dólares en el lapso de tres meses.

Telleldín no era un malandrín sino un pequeño empresario de lo ajeno: poseía "locales nocturnos" y saunas, manejaba dinero falso, viajaba constantemente y su negocio de robo y doblado de autos implicaba toda una organización, con socios, proveedores, clientes y empleados.

Desde que dejara Córdoba a principios de los '80, el centro de su ámbito laboral siempre fue la Capital Federal y la zona Norte del Gran Buenos Aires; en particular, el partido de San Martín.

En agosto de 1987, la zona era parte del amplio radio de acción del Juzgado Federal de San Isidro. Por i,~SO, cuando Telleldín fue detenido en el centro de Olivos por la división I~Iomicidios, las actuaciones fueron a parar amanos de Súper Piotti. Junto al ex policía cordobés habían caído una uruguaya, Mercedes Peltinari, y su fiel compañera, Ana Boragni: en su poder se encontraron decenas de billetes falsos de los australes de entonces. Peltinari declaró que había conocido a Telleldín dos días antes y que le había prometido trabajo. El Petiso dijo que los billetes se los daba Boragni. Esta, a su vez, declaró que trabajaba para él en el local nocturno Ana y Gaby, y que el dinero era de un uruguayo de apellido Waisman, responsable de la falsificación.

La policía allanó la vivienda de Telleldín en Sáenz Peña, dos departamentos de Boragni en el barrio de Belgrano, Ana y Gaby y otros "locales nocturnos" del cordobés en San Martín. Graciela Ojeda, la recepcionista del local que funcionaba en la calle Uruguay 1733 de esa localidad, declaró que Telleldín y Boragni traían los billetes de Belgrano y los distribuían en sus locales.

La policía rastreó al tal Waisman pero sólo encontró un homónimo, empleado administrativo, que nada tenía que ver con el tema. En apenas dos meses, la pareja cambió varias veces de abogados. Muchos de ellos conocidos en el expediente de la AMIA: Semorile y Spagnuolo, que intervinieron en las negociaciones con las brigadas de Lanús y Vicente López -no se sabe trabajando para cuál parte-. También Pérez Ferro y Stinfale, sus defensores frente a Galeano.

En aquel '87 fueron eficaces pese a todo: el juez Piotti le devolvió a Telleldín su libertad el 3 de setiembre, por "falta de antecedentes", pese a que, en el prontuario N° 128326, el Petiso registraba un pedido de captura del '82 por lesiones en Córdoba, figuraba como imputado en una causa por "defraudación" del '85 en Capital y había sido detenido en el '80 por la División Moralidad de la Policía Federal.

Boragni salió poco después. Ala uruguaya Peltinari nunca más se le vio el pelo.. Nunca se ubicaron las máquinas con que fabricaban los billetes falsos. Con el tiempo, la causa llegó a acumular veintiocho infructuosos cuerpos y se convirtió en una de las 6.500 con que se encontró Markevich al reemplazarlo a Piotti.

Deportista nato, Piotti no se privó en lo sucesivo -quizás como un aporte personal ala reeducación de delincuentesde incluir al Petiso Telleldín para quejugara de arquero en el equipo de fútbol que armaba todos los veranos en Punta del Este, donde el Ñoño descollaba como defensor.

El mismo lo de octubre de 1995 que publicaron el reportaje a Carlos Telleldín, Kollmann y

Lejtman entrevistaron a Barreda y Bareiro, acorralados por las evidencias que los apuntaban. Se sentían abandonados por la Fuerza: "Nos usan para tapar grandes negocios que tienen que ver con las putas y el escolaso. Nos quieren entregar para que este hecho no termine perjudicando esos negocios que mueven millones", dijeron. y agregaron:

-Nosotros no podemos descartar las vinculaciones (de Telleldín y sus negocios) con oficiales superiores. Pero no nos constan.

Como demostró Galeano, era sólo una parte de la verdad.

El Actor ya sabía lo que ocurre cuando la lucha política se tensa. Esa vez, la recalentada interna justicialista lo encontraba sentado sobre el polvorín de La Bonaerense. .

Los "nariguetazos", el último exabrupto del duhaldista Alberto Lestelle, acabaron con los días del farmacéutico al frente de la Sedronar.

Piotti vio la oportunidad de salirse de la tormenta que agitaba a la provincia, sin dejar de ser útil a Duhalde. El duhaldismo agitó los contac

.tos del Actor con los norteamericanos, su pasado de "Súper" y su cuota parte en Tormenta Verde y Café Blanco para hacerlo aparecer como el "candidato natural".

Su designación como nuevo titular de la Sedronar llegó a ser anunciada; pero algo pasó y, de la noche a la mañana, Gustavo Green le arrebató la silla.

A Piotti le tocaba bailar con la más fea.

VIII

Ese verano fue una pesadilla. Mientras Green paseaba el Operativo Sol sin Drogas '96 con Cópola y Maradona por la costa, LaBonaerense parecía "haberse vuelto loca". Cuando su guión sobre los "errores" y los "exces's" se le volvió en contra, el Secretario dejó que Pérez Cárrega y Klodczyk pusieran la cara ante la prensa y se refugió en el silencio de su despacho.

También dejó que Cárrega nombrara a una íntima amiga suya, Claudia Balbín, al frente de la Fundación pro Hospital, a la cual nunca renunció. Como tampoco a dotar a La Bonaerense de mejores recursos. Uno de sus últimos aportes fue el acuerdo con Lo Jack, la empresa de Oldemar Barreiro Laborda dedicada al recupero de autos robados que publicitan Daniel Scioli y Diego Maradona.

La negociación duró seis meses y una comisión de Patas Negras viajó a Londres para ver el sistema en acción.. Klodczyk también se entusiasmó. El convenio le reportaría ~ la Policía un porcentaje sobre la cuota que pagaban los afiliados al sistema y un extra para los efectivos que tripulan los móviles de Lo Jack.

Un negocio redondo porque Lo Jack ofrece su sistema a través de aseguradoras como Numancia y Omega, la compañía cuyo presidente es Carlos Fucito. amigo de Duhalde. Además, Barreiro Laborda es yerno del asesor presidencial Alberto Díaz Abeijón, y su hija Marisol, ahijada de Carlos Menem.

Hombres de acción, ni a Piotti ni al Jefe se les ocurrió perder tiempo hurgando en los antecedentes del nuevo socio de La Bonaerense. De haberlo hecho, el Secretario se hubiera acordado del hombre.

Pocos meses antes de aquella detención de Carlos Telleldín en agosto de 1987, Piotti había allanado la quinta San José, en Bella Vista, propiedad de José Luis Agostino, investigado por integrar una supuesta banda dedicada a falsificar australes junto a Antonio Carabajal y Barreiro Laborda, a quien todos llaman "Cuqui".

Igual que en el caso del arquero Telleldín, en el lugar no se encontró ni la imprenta ni el papel ni la tinta con que se falsificaba el dinero.

.Sí, un arsenal de catorce armas de guerra debidamente declaradas y dos Patas Negras que las custodiaban. El procedimiento lo encabezó el entonces subcomisario Domingo Sergio, pariente político de Mario Naldi.

Carabajal y el Cuqui habían sido detenidos en noviembre de 1986 por la división Homicidios junto a una banda dedicada al robo y doblado de autos, que luego vendían en el Paraguay. El juez Miguel Pincirolli secuestró al grupo "un sofisticado equipo de comunicación, una avioneta y poderosas armas de fuego, cortas y largas", además de varios Mercedes Benz.

Para esa época, Barreiro Laborda poseía un amplio prontuario por estafa y encubrimiento, registraba un pedido de captura por estafa en San Luis y estaba acusado ante el juez Nelky Martínez por el "vaciamiento" de un frigorífico de Mataderos. Aunque fue sobreseído provisoriamente, años después terminó envuelto junto a Agostino en la quiebra de la Cooperativa de Servicios Eléctricos de Pehuajó, con otra causa por "estafa y usurpación de títulos y honores".

Probó entonces con los seguros, el ramo de su mujer Mónica Díaz, funcionaria de la Superintendencia de Seguros. En 1988 quebró con la aseguradora Excelsior y luego terminó involucrado -a través de la pesquera Arpemaren la quiebra de Resguardo Seguros, cuya liquidadora fue Mónica Díaz.

El escándalo fue mayúsculo cuando la Justicia determinó que Resguardo había sido mal liquidada y sus accionistas entablaron una demanda por 120 millones de pesos contra el Estado, aún pendiente.

La mujer consiguió trabajo en el despacho del hipermenemista César Arias en Diputados, hasta que ingresó en Numancia Seguros, la firma que empezó a vender los servicios de Lo Jack. Barreiro Laborda se dedicó a negociar bonos de la provincia de Corrientes que todavía nadie lo "gró que los Romero Feris se decidan a consolidar.

Unos que se salvaron de aceptarlos fueron los últimos propietarios de Acuario Seguros, a quienes el Cuqui tentó para "salvar" a la empresa de la bancarrota. Para la época en que La Bonaerense firmó el convenio con Barreiro Laborda, los liquidadores de Acuario lo buscaban infructuosamente para cobrarle un pagaré por 340 mil pesos que olvidó saldar. Barreiro Laborda negó conocer a Piotti, lo cual descartaría que haya integrado su equipo de fútbol. Pero sí comparten el gusto por los almuerzos en el restaurante Morena Beach, de la costanera porteña, y la cercanía del Ñoño.

Es que las vueltas de la vida quisieron no sólo que Naldi vendiera pólizas de Excelsior y Resguardo hasta que fueron liquidadas, sino que también fuera destinado en Homicidios y en Pehuajó casi para la misma época en que Laborda dejó sus huellas por allí. Y en el '96 ofrecía los servicios de Lo Jack junto a las pólizas de Omega.

Otra Mónica, la escribana Candás -actualmente procesada por cohecho-, quien desde hace más de tres años date de las sociedades en que participa Barreiro Laborda, es la misma que actuó en por lo menos una de las operaciones inmobiliarias que los narcos de Café Blanco efectuaron a través del Gallego Alvarez en 1994, mientras Naldi no les perdíapitada.

IX

Claro que en julio de 1996 el Actor tenía problemas mucho más serios que las andanzas de Oldemar Barreiro Laborda, Mónica Candás y sus coincidencias con Naldi.

Cuando Juan José Galeano le entregó a Klodczyk las órdenes de detención contra Ribelli y sus muchachos, escuchó los pataleos del Jefe como si se tratara de una película en la cual él no actuaba. Estaba pálido..

Con sólo verlo, el juez debe de haber pensado que, de ser cierta la afirmación de Telleldín acerca de los 300 mil dólares que "la gente de Piotti" le habría ofrecido por su silencio, todo indicaba que los emisarios resultaron indigestamente inoperantes. O timados.

Cuando "Juanjo" -como llama Piotti al magistradose fue, se tiró en un sillón, sin pronunciar palabra..

Recién reaccionó horas después, cuando un abogado que lo conocía de sus años de

estudiante de Derecho lo llamó:

-Mirá, Tano, no es nada personal, pero vas a quedar muy mal parado. Es cierto que la ley los asiste, pero son oficiales de la Policía: no pueden negarse a declarar en un caso como éste -le aconsejó.

El Actor salió entonces a buscar micrófonos para amenazar con la exoneración a quienes se negaran a declarar. Duhalde se plegó en seguida y amplificó sus palabras.

Pero él regresó al silencio. Estaba claro que no era ése el escenario donde sabía moverse; esta vez, los flashes herían su bronceado.

La investigación de Galeano no sólo acababa de implicar al comisario mayor más cercano al Jefe en el más cruento atentado terrorista de la historia argentina, sino que desnudaba el estado de corrupción en que se encontraba La Bonaerense.

Sin embargo, Piotti insistió en el Senado de la Nación, presentando el caso AMIA como "uno de los ejemplos de autodepuración aplicados en la Policía Bonaerense". La prensa le recordó los reclamos de Galeano y las instituciones judías para que fueran sus policías los que investigaran y detuvieran a los implicados en el atentado.

La oposición, por su parte, no perdió la oportunidad de mencionar las decenas de víctimas y los diversos organismos no gubernamentales que denunciaban esa situación desde hacía años, sin que él, su responsable político, moviera un dedo para evitarlo.

Todo lo contrario. Había defendido una y otra vez a hombres como el comisario Mario Rodríguez, a quien por esos mismos días sus propios colegas acusaban de proteger a los asesinos de Andrés Núñez, el primer desaparecido de la democracia.

Su posición rozaba el encubrimiento.

En una de las conversaciones grabadas por Galeano, Ribelli y otro policía de Sustracción de Automotores evaluaban la posibilidad de un "trueque" por unos camiones decomisados:

-Después conseguí fotos de esos camiones que vos considerás que pueden ser rescatables, viste. Porque como a mí me están pidiendo de la Secretaría los cuatro 405 que tengo secuestrados, yo voy a ir con ese pedido -decía el comisario Ribelli en referencia a un camión que quería usar de "oficina móvil" para su división.

Pero mientras guardaba silencio mediático, el Secretario se comunicó con una periodista de la revista *Noticias* que trabajaba en la investigación sobre los Patas Negras: quería ver si ella podía adelantarle el original de la nota. Paralelamente, los amigos de Piotti estaban ansiosos por protegerlo, por saber qué se escribía sobre él. Sobre todo, algo acerca de un cheque por 300 mil pesos.

El viernes 9 de agosto, antes de que la revista ganara la calle, el fiscal Plé saludó a un par de conocidos en un bar de la zona de Retiro y se sentó solo. Minutos después, llegó otro amigo de Piotti, el Coco Rossi,

con una revista en la mano. Antes de pedir el café de rigor, los dos hombres estaban enfrascados en la lectura de "Maldita Policía".

Esa tarde, a la misma hora que la edición llegaba a los kioscos, Duhalde anunció el relevo de Alberto Piotti en la Secretaría de Seguridad.

El Actor mantuvo el silencio de radio. Un mes después, sonriente y seguro, a la salida de uno de sus habituales almuerzos de los viernes en el restaurante Morena Beach, se permitió un brevísimo paréntesis en su mutismo, para relativizar los dichos de su jefe:

-Eso está por verse -afirmó, en relación a su salida del gobierno provincial.

Es que Piotti se había convertido en uno de los más importantes hombres del duhaldismo en lo que atañe a las relaciones, no siempre públicas. Durante sus casi tres años en La Plata, el Secretario extendió considerablemente sus lazos con el Poder Judicial: el juez federal porteño Carlos Branca; su par de Campana, Osvaldo Lorenzo; los magistrados platenses, y el camarista de San Isidro, Fernando "Pipi" Mancini, se habían sumado a su

larga lista de contactos.

Junto con Pierrri -quien por esos días era señalado, junto al comisario Mano Rodríguez, como el gran influyente para las designaciones en los flamantes tribunales de La Matanza-, Piotti era considerado el principal nexo de Duhalde con el Poder Judicial.

Pero además, el Secretario aportaba vitales contactos con el empresariado y, sobre todo, con la Embajada. Tal vez no los mejores, pero sí los únicos que posee el Gobernador, un hombre carente de los vínculos necesarios Pilfa quien pretende convertirse en "el Candidato".

-Nunca quedó claro si realmente Piotti tiene tanta llegada a la embajada o es Duhalde el que se los mete siempre a los norteamericanos. Pero, de hecho, el Tano es el único miembro del gabinete que tiene asistencia perfecta a las reuniones y recepciones que organizan los yanquis -explicó un veterano analista político platense.

Un mes más tarde, Duhalde volvió a hablar de Piotti: había decidido premiarlo con un ascenso a la Secretaría General de la Gobernación, por donde pasan las resoluciones administrativas del poder y la vital relación con los intendentes. Un puesto clave, desde donde podría desarrollar su labor al reparo de flashes y micrófonos.

El Actor ya Do volvió a posar para las cámaras.

LA SUCESION

La crisis policial posterior a la detención de "Los doce apóstoles" ordenada por Juan José Galeano el 12 de julio de 1996 y su procesamiento, dictado veinte días después, puso en evidencia el estado de corrupción generalizado de la Policía más numerosa del país. Por toda respuesta, Duhalde adelantó la partida de Klodczyk para setiembre y anunció el relevo de Piotti, y sus hombres lanzaron el "globo" del desembarco de Luis Patti en la Secretaría de Seguridad, fieles a la costumbre del Gobernador de testear de esa manera la reacción de la gente sobre sus candidatos.

Pero en esta oportunidad, parecía más una provocación que un ensayo.

La iniciativa obtuvo el solitario respaldo de Carlos Menem para que depurase "las bandas mafiosas que operan desde hace tiempo en la Policía Bonaerense".

Sospechado de haber asesinado a los dirigentes péronistas Miguel Angel Cambiasso y Oscar Pereyra Rossi en las postrimerías de la dictadura militar, Patti es un torturador confeso, con causas por "apremios ilegales" aún abiertas en la Justicia.

Más que oposición, su posible designación despertó estupor. El "globo" del subcomisario intendente duró apenas dos días en el aire y el propio Duhalde lo desmintió. Rápidamente, sus operadores de prensa hicieron correr la versión de que la designación de Patti era, en realidad, una jugarreta de Menem para poner al Gobernador en apuros.

Sin embargo, el 21 de agosto Duhalde aprovechó un acto compartido con Patti en Escobar para anunciar oficialmente las reformas que sus funcionarios repetían desde hacía un mes: creación de la figura del "Controlador Ciudadano", la exigencia de estudios secundarios para los futuros aspirantes, la desaparición o reducción del número de brigadas, la descentralización de la Policía en seis grandes jurisdicciones y el pase a situación de "disponibilidad" de todos los efectivos de La Bonaerense.

Casi paralelamente, el decano de los magistrados sanisidrenses, Juan Makintach, exigió un "plan de seguridad concreto" para el caótico conurbano y no "sólo patrullas y más patrullas". Duhalde aceptó cortésmente la crítica, aunque señaló que San Isidro era, por su opulencia, una "vitrina" que tentaba a la delincuencia.

El secretario general de La Bonaerense, Pérez Rejón, fue más directo: "Hace tres años que hay un Plan de Seguridad", dijo.

Ningún exceso. Mientras, Piotti elogiaba a los miembros de la plana mayor que habían presentado planes de reformas y Klodczyk los anunciaba alegremente.

Por debajo, los aliados del Jefe parecían haber desatado la guerra. En rigor, se trataba de operaciones de "posicionamiento" al mejor estilo Rossi; o de golpes contra posibles aspirantes a la sucesión que estaban fuera de sus planes.

Así, Calabró le había caído al jefe de la Regional de San Martín, Jorge Guzmán -"el Sucio" como le llaman sus pares-, por cinco casinos clandestinos de los que hay cientos en el Gran Buenos Aires. "Esto es gravísimo", dijo Klodczyk. Guzmán fue aparar al Comando Patrullas.

El juez de Morón Jorge Rodríguez, por su parte, desbarató sin aviso una banda que extorsionaba comerciantes del Mercado Central, encabelada por el jefe de la división Defraudaciones y Estafas, Juan Carlos Lagos, lo que fue leído como un tiro por elevación contra el director de Asuntos Judiciales, comisario Carlos Saba, postulado por los opositores internos al Jefe.

Los muchachos usaban órdenes de allanamiento firmlnadas por la juefa Morris Dloogatz, a quien nunca sorprendió que todos los procedimientos dieran "negativo". A los pocos días, todos los policías estaban en libertad, y el prestigio de Saba, por el piso.

A medida que se acercaba la fecha del recambio, las especulaciones giraban en torno de

Pinocho Lugos, Quico Pérez Rejón, Verón y el Coco Rossi. Más rezagados aparecían Calabró y su segundo en la dirección de Seguridad, Adolfo Vitelli, casi un tapado. Saba era casi una ilusión, y el comisario Marcelo Ferreira, el fantasma de "el retirado" que se había agitado desde un principio.

Para la Secretaría de Seguridad se hablaba del senador y ex minisimplicaba además el pase a retiro de los nueve comisarios generales, era demasiado para los Patas Negras. Aunque en lugar de ellos hubieran quedado sus segundos y toda la plana mayor pudiera considerarse "propia tropa".

Esperaron, pero agazapados.

II

Eduardo De Lázzari no estaba para nada convencido de la propuesta que le hacían. Militante peronista desde su juventud, ex renovador, no era un hombre del riñón duhaldista. Su obsesión por su propia imagen y cierta displicencia intelectual cuadraban a la perfección con su cargo al frente de la Procuración General de la Corte bonaerense. Sus referencias de riguroso procesalista eran excelentes y su nombre había surgido, precisamente, de las negociaciones de Duhalde con los magistrados y legisladores. El hombre sabía que la Secretaría de Seguridad era un desafío enorme y peligroso para su carrera, pero no pudo negarse.

Para vencer sus resistencias, Duhalde habría llegado a ofrecerle un futuro como ministro de la Corte Suprema. El pidió dos cosas: conservar su lugar en la Procuración y carta blanca para operar a fondo sobre la corrupción policial.

El Gobernador le dio garantías y sólo le aconsejó "prudencia" en el uso del bisturí. Una vez a solas, respiró aliviado. Aunque sabía que la apuesta era difícil, si De Lázzari lograba sus objetivos, el rédito sería suyo. Si no, podría decir que había jugado la carta que le exigieran opositores y jueces. Por otra parte, Lugos le había prometido "mano dura y buena letra", como a él le gusta.

De Lázzari asumió el 9 de octubre de 1996. El nuevo secretario de Seguridad estaba convencido de que, sacando a los casos más cuestionados y por todos conocidos, mostraría la firmeza necesaria para cortar las prácticas corruptas. Así podría profundizar las reformas anunciadas y dirigirlas, no hacia una mayor militarización de la Fuerza como estaban orientadas, sino a una mejor inserción social.

Para él, de todos modos, el punto clave era la reforma del Código Procesal Penal de la provincia, para sacar de manos policiales la instrucción de los sumarios judiciales. Impulsó entonces la reforma del Código y la promulgación de la Ley de Prescindibilidad, ya anunciada por Duhalde, que le permitiría operar con firmeza.

Pero De Lázzari era un enemigo para los jefes que seguían controlando la Fuerza desde afuera y para sus aliados de adentro. Su dictamen rechazando el sobreseimiento de la Cámara de Lomas a los muchachos de Wilde y su apoyo al juez Szlagowski -que llevaba adelante las causas de Núñez, Bru y Díazcuando estaba al frente de la Procuración lo habían puesto en la vereda de enfrente.

El sumario abierto poco tiempo antes por el Procurador contra el juez de Dolores José Luis Macchi, donde se ponía en tela de juicio sus relaciones con cuestionados policías de la costa, tampoco le había granjeado simpatías entre la gente de Klodczyk.

A De Lázzari lo incomodaba terriblemente tener que ponerse al frente de los policías, asumir su defensa, que es lo que los Patas Negras exigen de su jefe político. Pero eso no iba con él. Optó entonces por hacerse fama de duro, del más malo entre los malos.

-Le gustaba decir que él era el único capaz de cortar cabezas -recordó una periodista que conoce los entretelones del poder platense.

Pero los policías no estaban dispuestos a tragarse la Ley de Prescindibilidad ni a perder el

poder que emana del control de los sumarios. Mucho menos a entregar más cabezas. Desde estas posturas, hasta los primeros y tímidos pasos de De Lázari resultaron cuchillazos para los Patas Negras.

Su desembarco se produjo en medio de los fragores farandulescos del caso Cóppola, donde Diamante y Gerace competían en protagonismo con Samantha y Natalia. De Lázari comenzó por separar de sus cargos al personal que era descubierto o sospechado de nuevos delitos. De entrada, ordenó a Vitelli terminar con la "recaudación" ilegal.

El Jefecito transmitió la orden en una reunión con los comisarios mayores con funciones operativas. Los caudillos protestaron y arguyeron que eso se había intentado muchas veces, sin ningún resultado. Vitelli se encogió de hombros. El jefe de la regional de Tigre, Mario Naldi, aprovechó para felicitar a su antiguo camarada.

-¡Bien, Adolfo! Por fin llegamos al poder -le habría dicho el Ñoño.

-No se confunda, compañero -lo cortó Vitelli. El Gordo Naldi fue uno de los primeros en caer, precisamente, en manos de Nu y Eve.

El Mono Salguero tuvo que dejar su lugar como jefe de la Brigada de La Matanza después de las sospechas en que terminó envuelto tras la profanación al cementerio judío de La Tablada, ubicado en su jurisdicción.

La "patinada" de Mario Rodríguez en la Masacre de Andreani sacudió a la Fuerza y fue la excusa para desempolvar la renuncia que el Chorizo había presentado al otro día de la publicación de "Maldita Policía" y la acusación del comisario Costilla en la causa Núñez. Los rumores empezaron a crecer junto con los intentos de agitar entre la tropa el temor a la Ley, a la cual parecían oponerse todos los sectores de La Bonaerense, sin excepción. Cada oficial con quien De Lázari intentaba establecer cierta alianza se veía envuelto inmediatamente en un mar de denuncias anónimas, zancadillas y versiones.

Y en la Fuerza "nadie conserva el culo limpio hasta llegar a la Jefatura", como se encargó de explicar uno de los damnificados. Parafraseando al ex secretario privado de Klodczyk, el comisario Canales, "en este oficio, si cumplís los treinta años de servicio vivo y en libertad, te podés dar por hecho".

La cosa no daba para más. El jueves 21 de noviembre, el mismo día en que se promulgó la Ley, De Lázari llamó a Vitelli a su despacho y le comunicó la decisión de empezar la "purga" por donde correspondía: la cúpula diseñada por el Jefe. El Jefecito intentó una protesta, pero sabía que era en vano. Prefirió ganar tiempo pensando cómo transmitiría la novedad a los muchachos.

De Lázari empezó por el escalón posterior al intocable subjefe. Quico Pérez Rejón -"el ideólogo" de Klodczyk, como lo definió la prensa y tercero en la cadena de mandos dejó la Secretaría General. También se fue el Cuñado Ojeda de la dirección de Finanzas y el "pollo" de Rossi, Hugo Vaccarezza, que comandaba Narcotráfico.

La escoba alcanzó a Miguel Angel Fuster, el amigo de Padilla que Lugos dejara a cargo de Ciencia y Técnica, ya otros cuatro directores generales, entre ellos el de Investigaciones, Guillenno Riviere, seguido de su coordinador, el Conde Bottini.

"Caudillos" como el Sucio Guzmán y el Loco Rebollo pasaron a una elegante "jubilación", junto a una treintena de comisarios y comisarios inspectores que obtuvieron el "retiro voluntario". Las unidades regionales quedaron prácticamente descabezadas por unos días.

Los últimos días de noviembre marcaron un punto de inflexión en la guerra declarada por Los Porongas, que no pasaba solamente por la feroz interna sino por el aumento en el nivel cotidiano de violencia de los Patas Negras, algo que notaron en muchos juzgados del Gran Buenos Aires. De Lázari no otorgaba demasiada credibilidad a lo que juzgaba un "alarmismo paranoide" de sus amigos de leyes.

Vitelli ya había ingresado en la lista de "traidores" cuando el 3 de diciembre pidió "hacer

una autocrítica, mirarnos al espejo y hacer un sinceramiento", al mismo tiempo que avisaba que separaría de las filas azules "a todo aquel que no merezca confianza". Los magros aumentos de sueldo anunciados por De Lázari no alcanzaban para contrarrestar la usina de temores.

Mientras los comisarios decían que no podían funcionar sin la "recaudación" ilegal, por falta del más elemental presupuesto, los ex criticaban abiertamente la "falta de personalidad" de Vitelli y los "errores" de la Secretaría como si siguieran dentro de su órbita. El abogado de Naldi, Roberto Ger, opinó que la "vejación" que el Ñoño sufrió amanos de Bernasconi "no hubiera sucedido si estaba Klodczyk".

.-Lo que pasa es que De Lázari y Vitelli son chicos buenos, que toman toda la sopa -dejó caer un comisario pasado a retiro.

Tampoco ocultaban su bronca hacia la prensa, a la cual seguían culpando de una buena parte de sus desgracias. Mario Rodríguez increpó con dureza aun periodista de América, acusándolo de "complicidad" con un colega de *Noticias*.

-Si ya nos sacaron a todos de la Policía, che, no jodan. ¿Por qué no nos dejan en paz? -se quejó Naldi.

Desde la cárcel de Caseros, Ribelli se declaraba "chivo expiatorio" de las urgencias políticas -recurso que figura en la página dos del *Manual nunca escrito de la Policía Bonaerense*.

-A mí me metieron en esto porque conmigo picaban más alto y le pegaban directo a la Jefatura y al gobierno de la provincia. Si cuando hablábamos del sumario por la AMIA había miedo en la Fuerza, hoy hay terror -alarmó.

Por esos días, en una quinta del Gran Buenos Aires, Los Porongas y una multitud de policías en actividad y en retiro se reunieron para despedir a Mario Rodríguez. Tantos, que en varios juzgados se quejaron de que no encontraban un comisario en su seccional.

El poder de convocatoria del homenajeador fue una clara muestra de la influencia que ejerce sobre los Patas Negras un hombre que, sólo entre sus amigos de General Belgrano, sumaba una quincena de comisarios en actividad, además de Idiáquez, Pérez Rejón y su primo hermano Alberto Gómez, "la Liebre", titular de la comisaría de Pinamar.

Los celulares y los *handys* expandieron velozmente varios detalles de ése ágape, en el cual el Chorizo anticipó, en un aparte, que dejaría pasar un tiempo y se lanzaría ala arena política. Mientras tanto, se entretenía colaborando con el diseño de los recién creados tribunales de La Matanza.

Su aspiración última era, justamente, la Secretaría de Seguridad; pero cuando Pierri asumiera la gobernación en el '99, según relataron dos de los invitados civiles al convite, íntimamente ligados al ex comisario.

-Esto tiene vuelta -dicen que dijo en la multitudinaria fiesta el Chorizo, refiriéndose a su pase a retiro justo cuando aspiraba a una dirección general de importancia.

Esa noche, como en todos los días de ~sos días, el malestar se concentró en De Lázari, aunque no eran pocos los que mascullaron en voz más baja su bronca contra Duhalde.

Días después se habría realizado otra reunión, mucho más íntima, de la cual habrían participado sólo algunos de los amigos que acababan de sufrir los efectos de los cambios impulsados por Duhalde y De Lázari. La oficina del secretario de Seguridad supo de este encuentro y de algunos de sus detalles.

Un funcionario bonaerense relató la especie que recorrió varios juzgados:

-Todos lo que estaban ahí habrían jurado vengarse de De Lázari y sellaron el juramento con una especie de rito: antes de irse, cada uno de los comensales meó un muñeco que habían puesto en la entrada de la casa y al que le pegaron en la cabeza la foto del secretario de Seguridad.

De Lázzari no supo si tomarlo como una pendejada o como el producto de la paranoia de sus hombres.

Hasta el 25 de enero de 1997.

III

En rigor, durante la última mitad de noviembre habían comenzado una serie de silenciosos movimientos entre los Patas Negras de distintos puntos de la provincia.

El torturador de La Perla, Héctor Vergez -cuyos vínculos "extraoficiales" con la smE nunca fueron desmentidos-, llamó a la redacción de *Noticias* afines de noviembre preguntando si allí no tenían información de que se estuviera "preparando algo" contra directivos de la revista, "por los palos que le vienen pegando a la Policía Bonaerense". En Mar del Plata, un oficial retirado de importante participación en la resolución de un sonado caso de brutalidad policial denunció haberse enterado para esa época de cierto "reclutamiento" de personal, para "algo que pensaban hacer en la costa".

Para la misma época, el 'ex funcionario del Ministerio de Defensa nacional, Horacio Rodríguez Larreta, comentó ante empresarios y periodistas su hipótesis de posibles atentados contra un ex ministro y dos escribas. *En~mbito Financiero* -el diario que conducen los amigos de PiottiGustavo Fahler López (seudónimo que suele utilizar Julio Ramos) señalaba la existencia de una versión similar en "las oficinas del gobierno".

Poco después, el sargento primero Avio, que había llegado a Las Toninas huyendo de las balas de Mario Rodríguez, escuchó de boca del otro "pollo" del Jefe una amenaza que sólo podía indicar que el principal Juan Carlos Salvá y el inspector José Luis Dorgan planeaban, o estaban al tanto, de algún "hecho" a realizarse en la costa atlántica.

Según fuentes de la Secretaría de Seguridad y de los tribunales provinciales, en un día impreciso de diciembre Alfredo Yabrán recibió la visita del sucesor de Ribelli en la división Sustracción de Automotores, el comisario José Alberto Jofré, aquel ladero de Mario Rodríguez en las brigadas de La Matanza y Lanús.

A mediados de diciembre, en Pinamar, un asesor del intendente Bias Altieri se topó con José Luis Cabezas, quien acababa de llegar al balneario para cubrir la temporada como todos los años:

-Gente de Yabrán estuvo preguntando por tu dirección en Buenos Aires -le contó, tocándose el hombro con los dedos, como quien se refiere alas jinetas.

Unos días antes, la oficial Silvia Belawsky de Prollezo, de la dirección de Servicios Sociales de La Bonaerense, le pidió a su asistente, la cabo Margarita Formigo, que solicitara al Departamento de Antecedentes los de "alguien de apellido Cabezas, de 35 años, que era fotógrafo".

El propio Duhalde habría admitido luego, en privado, que "en diciembre yo sabía que me estaban preparando algo muy pesado".

Ya en los primeros días de enero, en la zona de Quilmes, el suboficial Oscar Vauches, que se encontraba en "disponibilidad", recibió varias visitas de un policía exonerado de apellido Almirón, a quien hacía tiempo no veía. Trabajaba para una agencia de seguridad y le propuso sumar su capacidad como volante a un "trabajo grande" que se preparaba en la costa.

Pero diciembre había terminado con la escandalosa estafa en el Concejo Deliberante de Lomas de Zamora, el pago chico del Gobernador, y tal vez Duhalde haya pensado que de eso se trataba, tan propensos como son los políticos menemistas atildar de "operación" a cuanta investigación muestre la corrupción que los rodea.

La causa abierta por la jueza Silvia González involucró a varios de los concejales de sus amigos, el intendente Bruno Tavano y el senador Osvaldo Mércuri, a su otro amigo el imprentero Raúl Menéndez ya un par de íntimas colaboradoras de la ya por entonces no-

candidata Chiche Duhalde.

Preocupado por el alcance del proceso contra sus amigos de Lomas, Duhalde preparaba sus vacaciones. En Pinamar podría disfrutar un poco del aire marino y de su pasión por la pesca; pero la ferocidad con que venía jugándose la interna con Carlos Menem, las discusiones con Pierri por la interna bonaerense y los preparativos de un año electoral clave para sus aspiraciones presidenciales las volvían poco aptas para el rélax.

La propia interna pinamarense tampoco pasaba por su momento más calmo. Se hablaba de una negociación que implicaba la inclusión del intendente "Biaggio" Altieri en la lista de diputados del PJ, a cambio de que el duhaldista Rafael De Vitto, "el Rafa", ocupara el gobierno de la ciudad balnearia. Pero las cosas no eran tan simples.

La pelea de fondo parecía jugarse con el poderoso y sospechado Alfredo Yabrán, cuya supuesta intención de aportar a la campaña del PJ bonaerense habría estado condicionada - según varias fuentes del gobierno provincial - la candidatura de Alberto Pierri.

Al margen de las preferencias que Yabrán pudiera tener por el Muñeco, era un secreto a voces en la costa su puja con los hermanos Gualtieri, de Lomas de Zamora, proveedores de mano de obra barata de muchas de las mayores obras de la provincia.

Estrechamente vinculados al eterno contrincante de Pierri, Osvaldo Mércuri, los Gualtieri no sólo administran varias cooperativas de servicios de la costa sino que poseen las tierras al norte de Pinamar, en la zona conocida como Montecarlo.

Los planes de Yabrán y Altieri de convertir al balneario en "la Punta el Este argentina" ya habían chocado con la negativa de las dos grandes familias terratenientes de Cariló y Pinamar, los Guerrero y los Bunge.

La proyectada urbanización de Montecarlo está funcionalmente unida al proyecto de puerto deportivo que interesa al no-propietario de Oca, cuya realización -al igual que la del aeropuerto- había sido frenada por la Fiscalía de Estado, esta vez de acuerdo con el Gobernador. La cosa veía complicada para Duhalde y, para colmo, sus operadores manejaban rumores de que el Rafa De Vito estaba más cerca de Yabrán de lo que parecía. Por esos días, el periodista Edi Zunino rescataba del olvido, en una nota publicada por *Noticias*, a la vieja sociedad anónima SMC, constituida en 1982 por dos ex generales asesinos y un conocido escribano: Carlos Suárez Mason, Ramón Camps y Wenceslao Bunge, el hoy apoderado y asesor mediático de Alfredo Yabrán.

IV

Para ese entonces, Eduardo De Lázari se había abroquelado en el 9° piso de la torre que alberga a la Secretaría, junto al grupo de colaboradores que llegó con él desde la Procuraduría y al pequeño núcleo de policías que consideraba leales a su mando e integraban su Equipo Especial, con los comisarios Juan Carlos Amengual y Luis Vicat a la cabeza.

Desde allí, había redoblado la apuesta anunciando que continuaría con la depuración de la Fuerza, que ya le había costado el puesto a dos centenares de policías. Los cerca de mil ochocientos sumariados y procesados por la Justicia serían el próximo blanco.

Además, tenía en la mira a varios oficiales de la costa atlántica, a quienes sospechaba de estar vinculados a las bandas que asolaban los balnearios robando autos y chalets, además de la "protección" que brindarían a narcotraficantes y proxenetas.

En los primeros días de enero de 1997 Eduardo De Lázari no terminaba de sorprenderse del nuevo brulote disparado por el fiscal del caso Bru, Octavio Sequeiros, contra el juez Ricardo Szelagowski, cuando le explotó en las manos el primer gran escándalo de su gestión: la silenciada profanación de las tumbas judías del cementerio de La Tablada, ocurrida tres días después de la llevada a cabo el 19 de octubre.

Sequeiros había vuelto a pedir el sobreseimiento de los policías acusados por la desaparición de Miguel Bru, atacando a su madre, Rosa Schonfeld, y alegando que algunos testigos "estaban al tanto de las internas policiales y judiciales" y de ciertas "anécdotas sexuales" de sus protagonistas.

Este último punto se refería aun intento de los "padrinos" policiales de los procesados por involucrar a Szelagowski en un escandaleta al estilo Bernasconi, que la Secretaría había logrado conjurar.

De Lázari tuvo que esforzarse por convencer de sus buenas intenciones a los escaldados representantes de la AMIA y la DAIA. *Páginall2* acababa de destapar la segunda profanación: dos suboficiales de la Brigada de La Matanza habían contratado aun par de "borrachines" para que pintaran esvásticas en el cementerio y luego servirle en bandeja el "esclarecimiento" a su jefe, el Negro Salguero.

Nada menos que Salguero, el comisario que había sido separado de la investigación de la AMIA, amigo de Telleldín y de Leal, y que por esos días afirmaba que no creía que Ribelli tuviese nada que ver con el atentado.

Pero lo más sospechoso de este sospechoso episodio era la falta de aviso a la colectividad interesada.

De Lázari respondió con la información que tenía: "Los suboficiales fueron detenidos, están procesados y van a ser sancionados", dijo. Salguero, como dijimos, fue separado de su cargo "por falta de mando", algo raro en él. El secretario arguyó que no había dado aviso porque "todo estaba bajo control, no había nada que avisar".

El argumento era más que discutible, sobre todo teniendo en cuenta que la profanación anterior seguía sin resolverse y también podía estar vinculada a los muchachos de Salguero.

Pero los dirigentes de la comunidad judía no sólo se dieron por satisfechos, sino que salieron impresionados por los cambios impulsados por De Lázari. El funcionario se había explayado sobre la creación de su Equipo Especial dedicado a investigar las actividades antijudías, y de la nueva dirección de Asuntos Internos de la repartición, al frente de la cual estaba el comisario Arturo Del Guasta.

Para todos los participantes resultó shockeante, sin embargo, enterarse, dos días después, de que el juez Jorge Rodríguez -el "ahijado" de Pierri otra vez había dictado la "falta de mérito" a los dos suboficiales, luego de haber afirmado públicamente exactamente lo

contrario.

Pero, por si no quedaba claro quiénes manejan los hilos de la corrupción policial y de los poderes que la apañan, el 12 de enero Horacio Verbitsky lo expuso sin atenuantes al denunciar la burda maniebra de la por entonces acéfala Brigada de La Matanza, que había intentado involucrar en un inexistente atentado contra el intendente pierrista Héctor Cozzi al maestro Luis D'Elía, militante del Frepaso.

La operación había sido llevada adelante por el subinspector César Hidalgo y el principal Sergio Ostrowsky a partir de otro de los recurrentes "llamados anónimos", supuestamente recibido el 18 de diciembre. y dos fueron los medios que se ocuparon de dar aire a la noticia del falso atentado: la agencia oficial Télam y el Canal 26 de San Justo, propiedad de Alberto Pierri.

Cuestión de zonas, áreas libres. Como la puerta que alguien le habría franqueado a dos "ex altos jefes" de La Bonaerense, sin dejar registro en el libro de entradas, para visitar a su amigo Ribelli en la Unidad 16 de Caseros. Fuentes vinculadas a la causa AMIA afirmaron que Pedro Klodczyk habría sido uno de ellos. El Coco Rossi negó ser el otro.

En esos mismos días de mediados de enero, Avio llamó desde Las Toninas a E Iba Témpera. Estaba alborotado, se le enredaban las palabras.

Le hablaba de un "cazador de noticias", le preguntaba si ella sabía de algún periodista recientemente amenazado, pidió que lo contactara con *Crónica*, con algún medio.

La abogada de las familias Núñez y Bru pensó que la situación del sargento con los policías de la costa se habría complicado y el hombre buscaba prensa para protegerse. La mujer estaba con un pie en sus vacaciones y no veía cómo ayudarlo. Tampoco terminaba de entender lo que le había pasado.

-Mire, Avio, no sé a quién llamar. ¿Qué les voy a decir? ¿Que está en peligro un periodista que usted ni siquiera sabe quién es?

Cuando cortó, Témpera le dijo a su marido: -Che, este Avio aparece con cada historia. y se olvidó del tema. Hasta el 25 de enero.

NINGUN CASO

A José Luis Cabezas A Candela y Cristina

-Se lo cargaron a Cabezas; parece que nos declararon la guerra. Era la tarde del sábado 25 de enero de 1997. Los teléfonos de la Argentina ardían hacía ya rato transmitiendo la noticia del crimen, que los canales de televisión comenzaban a difundir.

La frase fue una de las tantas con que ese día los periodistas comunicaron esa rara mezcla de estupor y furia, de desconcierto y mala espina que los atravesó a medida que se enteraban del horror de esa muerte: la cava, el auto, las esposas, el balazo.

y el fuego. El nombre de Yabrán fue la respuesta casi pavloviana que quienes conocían su trabajo repitieron sin excepción, inmediatamente antes o después de preguntar por la suerte de Gabriel Michi, quien estaba trabajando con él. Las amenazas veladas, las neumáticos cortados, los vidrios rotos, los aprietes y las balas, eran ya casi una forma de comunicación del empresario con la prensa.

Y en la redacción de *Noticias*, un lugar común. Como las fotos de Cabezas a Yabrán, en Pinamar.

Desde que el menemismo convirtió al balneario fundado por los Bunge en la capital política del estío, ninguna ciudad del país cuenta con su densidad de custodios por metro cuadrado. En Pinamar los vigilantes se multiplican, además, por el aluvión de "ricos y famosos", empresarios de pocas pulgas y funcionarios temerosos de vaya a saber qué. Son miles de policías en actividad paralela, ex policías, exonerados muchos de ellos, viejos torturadores de la Escuela de Mecánica de la Arfiada, carceleros del Proceso, los expulsados del sistema estatal que cuidan el descanso de cientos de miles de turistas. Resultan hasta una extravagancia del paisaje.

A una cuadra del parador CR, literal arena política permanentemente controlada por un patrullero de La Bonaerense, las casas veraniegas del consuegro de Eduardo Menem, la del empresario postal Oscar Andreani, la del diputado Alberto Pierrri y la del Gobernador se arraciman en tan pocos metros que los custodios de azul y los privados parecen vigilarse unos a otros.

Allí fue visto por última vez el fotógrafo Cabezas, poco después de las cinco de la mañana, luego de abandonar la fiesta anual del cartero privado. Esa noche Miguel Bogado y Horacio Zonetti, los custodios que Andreani contratara para la ocasión, y Gabriel Lorenzo, su agente de relaciones públicas, habían tenido que lidiar con la inquietante presencia de varios desconocidos y media docena de autos merodeando.

-Son como diez -dijo Bogado pasadas las tres de la madrugada.

El y Lorenzo decidieron dar aviso a la comisaría y al Comando Radioeléctrico.

Sus efectivos no llegaron nunca: no estaban.

Su jefe, el comisario Alberto Gómez, les había dado franco y en la seccional sólo había personal del Operativo Sol '97, novato en la zona, que tampoco acudió.

El área estaba libre.

Dos horas más tarde el cadáver fue hallado por el paisano Pedro Guevara, todavía humeante, poco más allá de una curva, a cinco kilómetros de andar por el camino de tierra que lleva a la laguna Salada Grande.

Eduardo Duhalde pasó minutos más tarde por allí, de paso a su jornada de pesca. Pero no supo de qué se trataba hasta que Michi reconoció el cuerpo, horas más tarde.

-Me lo tiraron a mí -dijeron sus hombres que dijo el Gobernador. Para ese entonces, los policías de Gómez y del comisario Mario

Aragón, de General Madariaga, junto a los peritos del SEIT habían convertido el escenario del crimen en un confuso predio sin acordonar, pisoteado y ofrecido a los turistas.

Todo ese cuadro, en realidad, era el más brutal mensaje contra la prensa formulado en

tiempos democráticos.

Al día siguiente, un alto funcionario de la Secretaría de Seguridad que había viajado a Pinamar para supervisar lo ya imposible, exaltado, casi fuera de control, instaló la sospecha que sobrevolaba sobre la policía.

-Fueron ellos -aseveró, en alusión a los jefes desplazados por el secretario De Lázari

II

Si en un primer momento esa aseveración sonó como otro eco de la interna que ahora preocupaba a Duhalde, los indicios no tardarían en demostrar que los Patas Negras no habían sido ajenos al asesinato.

-Mirá que yo no soy ningún santo, eh. Yo tengo treinta y seis homicidios, pero todos de frente -se presentó Pedro Avio la noche del lunes 27, ante dos periodistas de *Noticias*. Estaba en su pequeño dúplex de Las Toninas y mostró las marcas de los catorce balazos que atajó con la piel.

Cintura, lo que se dice cintura, no parece haber tenido. Exiliado del Gran Buenos Aires donde vivió toda su vida, en situación de "disponibilidad preventiva" por un dictamen demorado, el sargento contó que se ganaba la vida comerciando encendedores y artículos de limpieza en la costa; además de vender a "la poli" los datos que seguían aportándole sus soplonos.

-Tengo ocho buches, posta, todos de Sierra Chica; y los formé yo solo, eh -explicó-. En mi familia somos nueve "polis".

Según sus palabras, de uno de ellos salió el dato de la activación de una línea de cocaína de Lomas de Zamora. Los tipos querían pasar sesenta kilos y el primer envío sería de catorce. Su cabeza era un tal Gordo Aníbal, un tipo de Lomas de Zamora que trabajaba en el Mercado Central. El sargento conocía el paño desde sus años en la Brigada de La Matanza. Viajó a Merlo y allí se contactó con el tal Aníbal y con unas "primas" suyas que harían las veces de mulas. Así, se habría enterado de los detalles y, ya de regreso en la costa, ofreció el trabajo ala Sub-brigada de Mar del Tuyú. Con ellos trabajaba José Luis Dorgan, un inspector que conocía de Morón, que por entonces estaba a cargo del subdestacamento de Las Toninas:

-Dorgan se había tenido que ir de Morón por un ruido que tuvo con la jueza Morris Dloogatz -abundó.

Juan Carlos Salvá se presentó como el jefe de la Sub-brigada; escuchó en silencio y le pidió los nombres. A su lado estaba Rodolfo Distéfano, "Roli", galeno de la salita de Primeros Auxilios de Las Toninas, donde se realizó el encuentro, y médico policial en La Matanza. Según Avio, : el Cabeza le propuso mejicanear el cargamento, a lo que él se negó. Quería hablar con un juez.

Al día siguiente, Salvá y Dorgan lo pasaron a buscar en el VW Polo rojo del primero. A media mañana llegaron al juzgado federal de Dolores, donde Hernán Bernasconi comenzaba a ahogarse en su propia salsa. Avio se quedó aguardando en el pasillo junto a Dorgan, mientras Salvá desaparecía con el juez tras una puerta. Así estuvieron una hora, hasta que el principal volvió por él.

El ex Tacuara Bernasconi se presentó extendiendo una mano blanda. -Déme los nombres - le dijo, imperativo.

El Negro Avio entonces pidió hablar a solas con él. La conversación no fue larga; el sargento relató su historia con pocas palabras y en cuanto dijo quiénes eran los involucrados Bernasconi hizo pasar al "pollo" del Jefe y recitó los nombres que el sargento acababa de darle. El juez volvió a mirarlo y dio por concluida la audiencia con un consejo: -Deje de hacerse el detective con la droga. Usted no sabe nada. No vio nada, ¿estamos? Después, indicó al principal: -Llévalo como lo trajiste -le dijo y señaló al sargento la salida. Bernasconi volvió a encerrarse a solas con Salvá, pero ahora sólo por unos minutos. Al salir del juzgado hicieron escala en la Unidad Regional de Dolores y, ya en la ruta, pararon en una Esso para tomar un café.

Avio sentía que lo habían entrampado. Fue allí donde Salvá dijo sin rodeos la frase que, un tiempo después, volvería a sonar como un eco:

-Negro, te tenés que ir de Las Toninas. Si no, te va a pasar lo mismo que le va a pasar al cazador de noticias que viene a romper las pelotas en la temporada.

Había sido como un pronunciamiento bélico. Las hostilidades no tardaron en comenzar. Al sargento no le quedaban muchas ganas de seguir huyendo: "Me vine acá porque el Lagarto Vargas y Tribilín me fueron a cortar, tuve que malvender mi casa en Merlo, no me iban a echar otra vez", dijo.

Al otro día Avio notó mucho movimiento en la salita de Primeros Auxilios que está frente a su casa y cuando vio que el Cabeza y el médico Distéfano se iban juntos, decidió seguirlos por la ciudad hasta el Café de La Paz, en el centro de Santa Teresita, hasta que tuvo que volver sobre sus pasos para que no lo descubrieran.

Pero Salvá y Distéfano ya lo habían advertido. Al día siguiente fueron hasta su casa, en el auto del médico. No bajaron; Distéfano tomó la palabra:

-¿Que hacías vos anoche en Santa Teresita? Mientras lo decía, apuntaba a Avio con una ametralladora recortada, un ejemplar poco común, dijo el Negro, que se jacta tanto de su puntería como de sus conocimientos sobre armas. El ya había descolgado la carabina de la pared.

-Te vas a tener que ir de la costa, porque si no te vamos a hacer la vida imposible. Te vamos a cortar.

No supo nada de ellos hasta algunos días después. En tanto, el Gordo Aníbal había dado señales de vida por vía telefónica. Al día siguiente llegarían las dos "primas" a las que Avio se había comprometido a acompañar en Las Toninas.

El sargento relató con lujo de detalles los movimientos de las mujeres al llegar, el viaje de ida y vuelta que hizo con ellas hasta Villa Gesell y cómo descubrió que esa primera parte del periplo terminaba en Distéfano. También, cada uno de los lugares que recorrieron hasta llegar a una enorme casa blanca en el barrio Parque Golf, de Santa Teresita, donde los esperaba Salvá.

Al momento de su relato, Avio sólo sabía que el dueño de la casa era "un tal Suazo o algo así, un Poronga de la costa; el tipo es político o está vinculado a la política, me parece".

Allí les perdió el rastro. y decidió cubrirse.

Aunque los mira de abajo, sus muchos años en la Policía y su experiencia con el juez Olivieri en la causa que lo tuvo dos años en la "tumba" no le dejaban mucho margen para

confiar en los jueces. Bernasconi tampoco le dejó ánimos para volver a Dolores. Antes de las fiestas viajó a La Plata para contarle todo a Ricardo Szelagowski, a quien había terminado por tomarle cierto aprecio. El juez le explicó que no podía actuar, por una cuestión de jurisdicción. Estaba en plena batalla con el fiscal Sequeiros y lo derivó a su secretario Guzmán.

Este le aconsejó que por lo menos hiciera la denuncia por las amenazas en el juzgado de turno, el de Ricardo Melazzo, pasillo de por medio. El sargento lo cruzó y radicó su denuncia. Si hubiera sabido que Melazzo fue el primer fiscal del caso Núñez, la poca tranquilidad que sintió al salir se hubiese transformado en pavora. Volvió a Las Toninas. Por unos días, el sargento gozó de la calma que suele anunciar las tormentas.

En la tarde del 31 de diciembre, Dorgan lo fue a visitar, acompañado por treinta uniformados y una orden de allanamiento del juez Daniel Filomeno, de Dolores. Revisaron toda su casa sin encontrar nada con qué inculparlo. El subinspector Dorgan estaba nervioso.

-No hagás trampas, Negrito, vos sabés que estoy limpio. Mirá que conmigo no se jode -lo patoteó Avio.

-Vos sos un boludo, Negro, sabés que tenés un ruido por bocón y seguís jodiendo -se atajó Dorgan.

Entraron a otro dúplex, dos de por medio con el suyo, que el suboficial tenía a su cuidado; antes de revisar nada los uniformados se dirigieron al jardín del fondo. Allí, a la intemperie y junto a unos cubiertos viejos, había "plantado" un paquetito con etiqueta y todo, que contenía una plaqueta de videojuegos supuestamente robadas días atrás a un comerciante amigo de Salvá.

Avio recibió el '97 en un calabozo de Santa Teresita.

-Mire, Avio, yo no tengo nada que ver en esto. Hay una orden de allanamiento, acá nadie le va a pegar, no es un procedimiento nuestro -le dijo un "subcomisario petisito" que le alcanzó sidra y pan dulce, "del que comía él, eh, no el de los presos; el tipo se portó bien". El 2 de enero declaró ante Filomeno, quien se negó a recibirle una denuncia por acoso y amenazas. Pero salió en libertad. No muy convencida, la secretaria de la jueza Yaltone, del juzgado vecino, le tomó la denuncia contra Dorgan y Salvá.

Avio sabía de sobra cómo arman las camas los Patas Negras y temió que, pese a sus recaudos, terminara otra vez envuelto en un ruido ya la sombra. Empezó a recopilar datos sobre sus enemigos y se fue enterando de las "treinta y seis propiedades" que se le atribuían al oficial principal, de sus negocios turbios y de la agencia de seguridad Wolff Service.

Cuando supo de la relación de Salvá con el Jefe Klodczyk comprendió que había vuelto a meterse en graves problemas.

-Es medio pariente; su ahijado, hijo natural, algo así; él lo protege -contó aquella noche del 27 de enero. Pero parece que venía acumulando quilombos y Klodczyk le consiguió el traslado a Judiciales antes de irse.

Estaba preocupado. Las ideas se le mezclaban con esa extraña frase que le había disparado Salvá en la Esso.

-Primero pensé que me hablaba de uno de esos que filman cosas, *viste*, que los de Telefé compran; no entendí muy bien de qué me hablaba.

Cuando comprendió que podía tratarse de un periodista, llamó a la abogada Témpera, para ver si ella sabía algo. Pensó que la información que tenía podía ser útil y, de paso, darle prensa. La exposición le brindaría cierta protección en su pelea con el Patrón de la Costa, como llamaba a Salvá.

Pero no tenía, en realidad, más que una frase, absurda como amenaza e inservible como

advertencia.

-Salvá no me dijo "de la revista *Noticias*", eh. Ojo. El dijo "el cazador de noticias". ¿Cómo iba a saber yo? Pero cuando escuché en la tele del pibe este y que venía siempre a Pinamar en los veranos, dije "ahí está, la puta que los parió" -repitió, por enésima vez, la noche del lunes 27.

Cuando se enteró, por boca de los periodistas, de que Dorgan y Salvá eran los segundos del comisario inspector Carlos Rossi en la instrucción del sumario por el crimen de José Luis Cabezas, Avio se quedó con la boca abierta.

III

E Iba Témpera no es la abogada de Pedro Avio. Nunca lo representó. Lo conoció en abril de 1996, luego de su primera declaración en el caso Núñez ante Szlagowski y, tiempo después, cuando empezó a dar crédito a sus dichos mantuvo con el sargento un par de charlas informales, hasta que al hombre le balearon la casa y desapareció. Meses después volvió a llamarla.

-Pasa mucho con esta gente; después que hablan se sienten muy desprotegidos. y cada tanto llaman, por algún lío en el que se metieron, por algún otro dato que tienen. Avio también aportó datos en el caso Bru, así que seguimos en contacto -explicó Témpera. Aquella noche del 27 de enero, Avio pidió que no se publicaran sus dichos. Seguía sin confiar en la Justicia de Dolores y lo que pedía era apoyo para investigar por su cuenta. Fue imposible dárselo. Pero una semana bastó para corroborar lo que podía chequearse de sus afirmaciones.

Salvá era conocido en La Plata como el "pollo" de Pedro Klodczyk, quien lo había trasladado de la Sub-brigada a la sección Judiciales de la regional de Dolores cuando las sospechas por irregularidades y enriquecimiento comenzaron a acumularse en su contra. En la zona todos lo conocían como el Patrón de la Costa y un comisario reconoció su vergüenza por el trato casi servil que le brindaban sus colegas al oficial principal. Dorgan venía con causas pendientes de Morón, y Distéfano viajaba varias veces por semana para prestar servicio en La Matanza, además de trabajar como forense para la policía de la costa.

Retirado como teniente de corbeta del escalafón profesional de la Armada, a Distéfano se le conocían varias propiedades en la zona, cuatro autos y una clínica privada en Santa Teresita, en donde trabajaba la suegra de Dorgan, Graciela. Fuentes policiales del Gran Buenos Aires confirmaron su relación con el Chorizo Rodríguez y con el caudillo de La Matanza, Alberto Pierri.

Roli y el Cabeza eran íntimos amigos y solían reunirse con Suazo, con el director de Wolff Service, el comisario Vázquez, y con otros en el Café de La Paz, del cual era dueño Salvá, entre varios boliches que se le atribuían, como las discos Systema's, Vértigo, Casablanca y el cabaret Simrnons.

Todos ellos compartían el mismo abogado, Hugo Zamora, habitual defensor de policías - ¡incluido el ex jefe de la Fuerza, Norberto Padilla.

En Dolores, en Santa Teresita, en Las Toninas, una docena de personas confirmaron que en el pueblo se comentaba desde hacía años que ambos estaban vinculados al narcotráfico, al robo y doblaje de autos, a la prostitución. También, que Salvá seguía manejando a todos los policías del municipio, muchos de los cuales trabajaban en Wolff Service.

A Salvá, al oficial Gustavo De Sozi ya Suazo se les endilgaba, además, haber tenido una participación cuanto menos dudosa en el asesinato de la adolescente Valeria Cerbadio en el verano de 1994, por el cual se acusó, con pruebas hartamente amañadas, a un joven apellidado Labonia. Sobre el Cabeza también pesaban sospechas por la muerte de una prostituta en un local cuya propiedad se le atribuyó.

También existía el "armero alemán" que, según contó Avio, proveía de armas ilegales a Salvá y sus muchachos: un ex oficial de la Armada de apellido Jorga vivía en el número 8.1 de la calle 128 de Santa Teresita y se dedicaba, por lo menos, a fabricar silenciadores en el taller de su casa.

y en la estancia La Borrascosa, el paisano Etchandi y su familia confirmaron que Salvá, Roli y el Negrito Dorgan iban a cazar seguido a ese campo, cuyos "fondos" lindan con el que cuida Pedro Guevara y con la cava. No sólo a ese campo, sino a otros de la zona de la laguna Salada Grande. Muchas veces los acompañaba un trío mal entrazado que se movilizaba en un Fiat Duna blanco.

La "casa blanca" en la que Avio había visto entrar al Cabeza, Distéfano y las "primas" del Gordo Aníbal, era la mansión de Raúl Suazo, dueño del mayor estudio contable de la Municipalidad de la Costa y del canal de cable ABC. El tipo había sido interventor municipal en tiempos del Proceso, candidato a intendente por un partido vecinal y concejal por la UCR más tarde.

Su socio era el dirigente radical Enrique "el Conejo" Fernández, un personaje querido en la costa, con quien compartía, además, una vieja amistad con el intendente Guillermo Magadán. A Suazo ya Alejandro "Tuto". Magadán, hermano del anterior y presidente de la UCR local, también se los había relacionado con el narcotráfico, sin que nunca se les probara nada.

Cuando Hugo Zamora asumió la representación legal de Candela Cabezas en la causa que se instruye por el homicidio de su padre, los teléfonos de los periodistas que investigaban el crimen sonaron una y otra vez desde distintos puntos del Municipio de la Costa:

"Avísenle a esa chica (por Cristina, su madre) que se metió en la boca del lobo; ése es amigo de los policías".

Todas y cada una de las relaciones y direcciones proporcionadas por Avio existían, incluido el lujoso chalet en donde vivía Salvá, en el número 868 de la calle 27, en el barrio Parque Golf de Santa Teresita. También una quinta en la zona del cruce de Etcheverry, a pocos metros de la Ruta 2, y un campo sobre la Ruta 11.

Según el sargento, la primera propiedad pertenece a Distéfano y la banda guardaba allí, en el galpón, varios Peugeot 405 robados. El campo -que Avio también adjudicó al médico se encuentra ubicado a la salida de Las Toninas, a poco de andar en dirección de la Capital, sobre la mano izquierda, y SII casco está cubierto de miradas molestas por un denso monte. Desde el aire, sin embargo, podían observarse no menos de seis containers grandes, del tipo de los que se apilan en el puerto de Buenos Aires. Un atemorizado legislador duhaldista confirmó las palabras del sargento: los containers habían salido de los depósitos de la Aduana porteña y cada uno contenía dos camionetas 4x4 importadas. Pero corrigió un dato: en un principio, al menos, eran nueve.

Las denuncias en los tribunales de La Plata y Dolores habían sido efectuadas y las conversaciones con Szelagowski y Guzmán fueron confirmadas por ellos. Incluso, existía una querrela contra Gustavo Pelluzo, cuñado de Salvá, por la apropiación de una camioneta Fiat Weekend roja presentada en el juzgado de José Luis Macchi.

Pero Témpera seguía de vacaciones y era la única persona que podía dar fe de que Avio había mencionado la extraña frase, con anterioridad al crimen de Cabezas.

La letrada regresó el sábado 1° de febrero a las dos de la madrugada. El domingo al mediodía, en el comedor de su casa, trataba de ponerse al día con los pormenores del homicidio que había sacudido al país.

-¿Doctora, usted lo vio a Avio antes de irse? -le preguntó el periodista de *Noticias* que llegó hasta City Bell para confirmar la información. -No, yo me lo había cruzado en diciembre en Tribunales y me contó que tenía problemas con unos policías, ahí donde vive

ahora. La noche del 31 me llamó, que estaba preso, a ver si podía ayudarlo. Después me volvió a llamar, que todavía le comenté a mi marido porque el día anterior él se había enterado que lo habían dejado libre. Esta mañana hablábamos si Avio no tendría alguna información que pudiera servir, como está cerca. -¿Cuándo fue esa llamada? -Y, alrededor del 10 o 12 de enero, por ahí; antes de que nos fuéramos a Miami -empezó a hacer memoria. -¿Para qué la llamó? -Me pareció que estaba asustado, lo habían amenazado. ..Ay, la puta que lo parió, no te puedo creer, de un periodista, me dijo algo. .. Por un segundo, a la mujer se le enrojecieron los ojos. Al día siguiente, el sargento Avio declaró ante la Procuraduría General de la Corte bonaerense lo mismo que había dicho a *Noticias*. Alrededor de las dos de la madrugada se alojó en un hotelucho del centro de Buenos Aires. El martes tenía que ir a cobrar su medio sueldo a la Brigada de General Sarmiento, pero no se animaba: -¿Sabés qué pasa? A las siete de la mañana ellos ya van a saber que declaré y me van a querer poner. La editorial pidió ala SIDE que lo custodiara. A las siete de la mañana, el teléfono despertó al periodista que lo había acompañado; era el sargento, notoriamente alterado. -Estoy acá en el auto de la gente de la SIDE. Cuando salimos del hotel los muchachos detectaron un Falcon que nos seguía, ¿sabés? , y se armó un bolonqui bárbaro. Ahora lo perdieron, pero, y te lo digo delante de ellos, estos están más cagados que yo, hermano. Quiero volver ami casa. Los hombres de Anzorreguy confirmaron el episodio y explicaron que ellos sólo garantizaban la vida de Avio dentro de los límites de la General Paz. -Te pido una cosa: decíle que se calle. Este tipo no para de hablar y yo no quiero enterarme de lo que dice, ¿entendés? Es una bomba de tiempo -dijo al periodista el espía encargado de custodiar al sargento. A esa altura, Témpera también había declarado ante la Procuración, y la Secretaría de Seguridad conocía el tenor de las afirmaciones del sargento. De Lázari envió su custodia personal a buscar al policía. Espías y uniformados bonaerenses partieron en procesión hacia La Plata; y de allí, en dos aviones, a Dolores. Durante ocho horas, seis funcionarios de la Secretaría de Seguridad tomaron puntillosos apuntes de los dichos del suboficial al juez Macchi.

-ConfIrmó muchas cosas de las que estábamos investigando y aportó datos importantes - dijo uno de los directores de la Secretaría en referencia a la red de policías delincuentes de la costa y su vinculación con el narcotráfico.

Avio salió tan entusiasmado con la gente de De Lázari como descontento del juez. Volvió de Dolores en el auto del comisario Víctor Fogellñan, a cargo de la investigación del crimen. Los dos hombres estaban exhaustos.

-No doy más, Avio; hay mucho "poli" metido y no puedo avanzar, me tiran todo podrido - le habría dicho el jefe, según contó más tarde el sargento.

Al otro día, el comisario Carlos Rossi era relevado como instructor de la causa por la "ineficiencia" de su labor. Con él, también se fueron Dorgan y Salvá, a quien se le inició un proceso por "enriquecimiento ilícito".

IV

Carlos Rossi era el responsable del Operativo Sol en la Ruta II y desde el primer día fue designado al frente de las actuaciones por el asesinato de José Luis Cabezas. El asiento de su gente estaba, hasta entonces, en la Sub-brigada de Mar del Tuyú. Según dijo, él eligió a Dorgan y "alguien" le mandó luego a Salvá.

Los tres se trenzaron en sorda puja -de la que fueron testigos los periodistas de *Noticias* para desplazar al comisario Mario Aragón, a quien correspondía el hecho por una cuestión de jurisdicción. Como aliado del trío aparecía el comisario de Pinamar, la Liebre Gómez, primo hermano del Chorizo Rodríguez, que mantenía una relación de íntimo respeto con el comisario retirado V ázquez, el director de Wolff Service.

En esos primeros días, clave para toda investigación, Gómez y estos Tres Mosqueteros

condujeron erróneamente los interrogatorios, apretaron testigos e intentaron ocultar hechos tan importantes como la compra de dos bidones de querosén detectada en una estación de servicio de Pinamar.

También, se desesperaron por capturar un teléfono celular, a cuyo titular los periodistas de *Noticias* intentaban identificar. El aparato había sido encontrado por un desconocido en la calle de Andreani, al lado de donde estuvo estacionado el auto de Cabezas, y fue entregado a Juan Alberto Badía, quien lo alcanzó a la revista.

Un fotógrafo se lo comentó a la gente de Gómez. Cinco minutos después, Rossi y Dorgan exigieron su entrega inmediata. Nunca más se supo qué pasó con ese celular, ni a quién pertenecía.

Gómez y Dorgan también habían presionado al custodio Bogado para que se "olvidara" del llamado a la comisaría y de los autos que rondaron la fiesta. Obviamente, ni Dorgan ni Rossi ni Salvá preguntaron al comisario Gómez con qué datos contaba cuando negó rotundamente, ante la pregunta del principal Hugo Federici, la posibilidad de que los asesinos hubieran confundido a Cabezas con Michi.

-Perdí cuidado que no se confundieron -dijo la Liebre frente al auto calcinado del fotógrafo, antes de desaparecer velozmente.

Después del inusual lapso de siete años en la comisaría de Pinamar, Gómez también fue relevado. Había llegado allí tras recorrer las comisarías del Tigre y Quilmes. La diáspora de la Liebre de su General Belgrano natal había comenzado doce años atrás, en 1986, cuando se vio involucrado en la muerte de un adolescente, por la cual terminó siendo acusado el hermano mayor del muchacho; injustamente según vecinos del pueblo.

En Pinamar, los memoriosos recuerdan a Gómez llorando frente a la televisión local por unas amenazas recibidas por su esposa. Eran los albores de la década y, al parecer, el comisario recién llegado había olvidado pagar la "cuota" correspondiente. Pero pronto se reveló como un hombre confiable para el poder emergente en la ciudad de los Bunge, especialmente para el intendente Blas Altieri y el inversionista Alfredo Yabrán.

Dueño de una "personalidad flojita, medio timorato", Klodczyk afirmó que "no jorobaba, no había quejas; entonces lo fui dejando". Extraño criterio el del Jefe, propio de su estilo. Sin embargo, Gómez había acumulado una respetable cantidad de días de arresto por irregularidades varias, incluida su confusa participación en el asesinato de unos policías a manos de otros uniformados, en la entrada de la ciudad balnearia.

También logró acumular no pocos bienes, si se tienen en cuenta sus negocios inmobiliarios, que salieron a la luz después de su baja de la Fuerza, y el campo que posee en General Belgrano.

En la docena de relevos y traslados ordenados por De Lázzari a principios de febrero, a Gómez lo siguieron sus amigos Héctor Colo y Sergio Camaratta, los oficiales principales que comandaban los destacamentos de Cariló y Valeria del Mar, respectivamente, bajo el mando de la Liebre. También el inspector Gustavo Prellezo, quien durante dos años fuera el segundo de Gómez, hasta que lo trasladaron a Mar de Ajó en noviembre del '96.

A esa altura, Colo, Camaratta y Prellezo estaban siendo investigados por su vinculación con los robos de casas y autos y con el tráfico de drogas en la costa. El 6 de febrero, el oficial ayudante Cristian Pastore, del Operativo Sol, declaró que Camaratta lo había enviado a un "aguantadero" en la calle Granville 206 de Valeria, donde se encontraban cuatro delincuentes que se movilizaban en un desvencijado Dodge 1500 celeste, con un mensaje para Prellezo.

El oficial ayudante sabía que los cuatro hombres se dedicaban a vender drogas en Pinamar y estaban implicados en varios de los robos cometidos contra las casas de políticos y famosos efectuados en enero. Según su testimonio, protestó ante su jefe por haberlo

mandado a ese lugar: "Si yo quedo pegado, vos caés conmigo", le habría dicho. Pastore relató también que Camaratta le había expresado, poco después del crimen de Cabezas: "Uy, ahora vamos a parar todos a la ruta", y que Camaratta, Colo, el inspector Jorge Gómez y la Liebre Gómez se habían reunido en el destacamento de Valeria durante las cuatro noches posteriores al asesinato; cuando Colo y Camaratta habían desaparecido de los demás lugares que solían frecuentar

Lo que tal vez Pastore no supiera era la relación de Prellezo con Alfredo Yabrán. El ex número dos de la comisaría de Pinamar guardaba una tarjeta con su nombre y durante el verano se había comunicado varias veces con una de sus agencias de seguridad privada, Yabito SA, y con Brides SRL, la agencia del ex represor Víctor Hugo Dinamarca que custodia al empresario postal.

Pero para Macchi, Pinamar seguía estando tan lejos de Dolores como el día en que se encontró el cadáver de Cabezas, cuando tardó veinte horas en llegar.

De Lazzari dispuso también el traslado del inspector Jorge Gómez; el principal Jorge Mendoza, ambos de Pinamar, un hombre estrechamente vinculado a Mario Rodríguez; y el subcomisario Jorge Menno, de la Sub-brigada de Mar del Tuyú, el mismo que avisara a Juan Ribelli la fatídica noticia de su pronta detención, aquel 12 de julio de 1996.

Puntas que se tocan. Salvá y Dorgan lloraron frente a las cámaras de televisión por la injusticia que se cometía con ellos. Colo y Camaratta optaron por el silencio. De Prellezo, ni siquiera se publicó el nombre.

Gómez, en cambio, afirmó a *La Nación* que "el crimen fue planeado por directivos de la revista *Noticias* para vender más". El tipo estaba seguro: tenía nuevo conchabo como jefe de seguridad del hotel Arapacis, de Alfredo Yabrán -donde ya trabajaba como chofer su hijo Maximiliano-, y el intendente Altieri le alquiló un departamento para que no sufriera por la pérdida de su residencia oficial.

Para el juez Macchi, las palabras de Avio no llegaban siquiera a ser indicios: "Sólo presunciones", dijo. Según el sargento, el magistrado se había mostrado muy preocupado por la mención de su amigo Suazo en la denuncia. Recién dos días más tarde de la declaración de Avio en La Plata, fueron ordenados los primeros procedimientos que, obviamente, dieron "negativo".

Entre ellos, el allanamiento a la casa del armero Jorga. Macchi jamás llamó a declarar a la abogada Témpera, un testimonio clave a la hora de evaluar el peso de los dichos del sargento.

El juez se limitó a abrir una causa paralela referida a la conexión de los carteles de Lomas y La Matanza con los policías de la costa y la giró a la Cámara. Cuando Salvá, Dorgan y Distéfano decidieron presentarse para negar las imputaciones de Avio y acusarlo a él de narcotraficante, los escuchó y los envió de vuelta a sus hogares.

Para él, la conducta de los policías durante la instrucción era un problema de la Jefatura y, por ende, dejó que se ocupara del tema la flamante Dirección de Asuntos Internos, del comisario Del Guasta. A los policías de Pinamar ni siquiera los llamó a declarar.

El magistrado esperaba otro tipo de testimonio, algo que tuviera que ver con un arrepentido. Los investigadores lo repitieron en varias ocasiones: con el embarre inicial de la instrucción, sólo alguien que abriera la boca permitiría cerrar el caso.

Entre las pistas que Macchi dejó en el cajón de los pendientes estaba también la que señalaba a los custodios de Yabrán, Juan Carlos Cociña, Rubén Pesaresi y un ex agente del Servicio Penitenciario de apellido Carmona, cuyo prontuario fue confundido con otro de igual patronímico.

Aunque Yabrán y sus lugartenientes se contradijeron, en público y en el expediente, respecto de la verdadera situación contractual de Cociña, los dos primeros trabajarían para

Bridees, que custodia la mansión del "humilde cartero". Al frente de Bridees está el torturador Víctor Hugo Dinamarca, socio del capitán de navío Miguel Donda -un ex represor de la ESMA en Tecnipol SA, una empresa que provee de esposas y chalecos antibalas a La Bonaerense.

Ni Cociña ni Pesaressi fueron invitados al tribunal de Dolores. El juez también desestimó las sospechas que los hombres de Fogelman abrigaban sobre la extraña desaparición del suboficial mayor Carlos Stoghe la noche del crimen a bordo de un móvil policial de la Sub-brigada de Mar del Tuyú, donde prestaba servicios.

Stoghe es propietario de una camioneta similar a la que los testigos vieron cerca de la cava la mañana del 25 de enero. Una vez más, el juez escuchó su descargo, le creyó y, sin chequear su coartada, lo envió de nuevo a casa. Pese a todo, días después el vehículo fue llevado a periciar. Varios vecinos de Santa Teresita aseguraron que Stoghe lo había modificado.

Mucho menos iba a tener en cuenta el testimonio de Oscar Vauches, aquel suboficial a quien habían querido contratar como chofer para "algo grande en la costa". Vauches relató que Almirón le había hablado de una "fiesta" y que no le quiso dar los nombres de "Ios políticos que los iban a proteger".

Tal vez Macchi ni siquiera supiera que el Romero que Vauches dijo que acompañaba a Almirón era el mismo policía exonerado por el homicidio de otro uniformado, padre del pirata del asfalto y narcotraficante Gaby Romero, a quienes protegían Ribelli y otros policías.

Coincidencias. Tampoco debe de haber averiguado que Vauches es pariente de Carlos Stoghe, ni chequeado si era cierto que, como afirmó el cabo, luego de tomar contacto con un periodista de América 2, su domicilio fue baleado por los desconocidos de siempre. Según Vauches, "alguien" le había dicho que "la cosa salió mal" en la costa.

Para aclarar las cosas, el Jefe Klodczyk salió entonces de su silencio. Defendió a rajatabla a su "pollo" Juan Carlos Salvá y explicó que mantuvo siete años en el mismo destino al comisario Gómez "porque lo pedía el intendente Altieri y no traía problemas". También consideró "difícil creer que un policía mate con un arma calibre 32". También negó que el crimen fuera una venganza por "Maldita Policía".

-Si bien el personal estuvo muy dolido por la nota, y con justicia, veo eso como altamente improbable. Yo no guardo rencor a nadie y mucho menos para matar a alguien -dijo, al mismo tiempo que negaba que Cabezas hubiera hecho aquella foto de tapa.

Macchi se sintió comprendido.

V

Unos días después, por fin apareció lo que el juez esperaba: Carlos Redruello, presentado como un "arrepentido", se hizo oír a través de un periodista de Bahía Blanca reclamando para sí los 300 mil pesos de recompensa puestos por Duhalde. En una declaración plagada de imprecisiones obviadas, Redruello invocó una frase "al estilo Avio" y una supuesta extorsión del fotógrafo asesinado, para involucrar a Margarita Di Tulio, una madama marplatense con antecedentes de múltiple homicidio, a su marido Pedro Villegas ya otros tres delincuentes de La Feliz.

Entre ellos, al uruguayo Luis Martínez Maidana y su herrumbrado Colt calibre 32\ entregado por su esposa a un comisario del equipo de Fogelman quien, en lugar de guardarlo en la habitual bolsa que debería preservar sus huellas inculpativas, lo calzó al cinto, como quien piensa darle uso.

-No hay políticos ni policías involucrados con esta banda -dijo Redruello.

Tan entusiasmado estaba Macchi que levantó por un rato el secreto sumarial para confinar a Carlos Corach ya Alberto Kohan -quienes volaron a Dolores por orden presidencial que

el 32 hallado era el "arma homicida".

El uruguayo Martínez Maidana se desesperó en vano cuando vio al patético dúo anunciando la primicia por televisión, mientras el viejo Colt 32 estaba frente a sus narices, sobre una mesa en la Brigada de Dolores, sin que ninguna pericia le hubiera sido efectuada.

Desde entonces, Macchi se entretuvo y entretuvo a todo el mundo con las pericias y peripecias de sus cinco detenidos.

Con una vasta experiencia como denunciante profesional y prontuario por estafador, Redruello había dejado el penal de Bahía Blanca en noviembre de 1996. El tipo no pudo con su genio y empezó a irse de boca. Pronto se supo que había sido buche del Jefecito Vitelli, y que Fogelman le había dado 30 mil dólares, un celular y un auto para "infiltrarse" entre los que ya a esa altura la gente identificaba como "los Pepitos", en alusión al sobrenombre de Pepita la Pistolera impuesto a Di Tulio.

Una ex compañera de celda de la procesada, que supo noviar con el buchón, declaró en la causa que, antes de su liberación por la jueza Pía Pava de Solana -prima de la testigo-, Redruello recibía frecuentes y largas visitas de "varios jefes policiales", fuera del horario de visita. Otro testigo, ex presidiario de Bahía Blanca, refirió a la Cámara de Dolores las mismas visitas, agregando que Redruello llamaba "diputado" aun par de ellos, siempre elegantemente vestidos de traje.

El testigo, de identidad reservada, juró haber escuchado que le ofrecieron a Redruello miles de dólares para colaborar en un asesinato que se cometería en el verano. No pasó mucho antes de que se hablara de ciertas llamadas entre Bahía Blanca y las comisarías de Pinamar y de Mar de Ajó.

Macchi ignoró estos testimonios, como el de otros quince testigos presentados por los marplatenses, que ni siquiera escuchó, hasta que, en abril, la Cámara de Dolores lo conminó a hacerlo. Le bastaron el revólver 32 y los cuatro testigos que reconocieron a Villegas como el ocupante del Fiat Uno blanco estacionado frente a la puerta de Diana Solana.

Cerca, muy cerca de la mentalidad con que la Liebre Gómez acusara a *Noticias* de asesinar a su fotógrafo, luego de investigar inútilmente las "cuentas bancarias" de Cabezas y de Michi, el juez acusó a la víctima de extorsionador, para procesar a Di Tulio, Villegas, Steck, Dominichetti, el uruguayo Martínez Maidana y su Colt 32.

No hubo errores. José Luis Macchi no había podido deshacerse todavía de la lentitud que Eduardo De Lázari le había endilgado en aquel sumario que le inició cuando todavía era procurador. Tampoco de su tendencia a no profundizar en las irregularidades cometidas por sus amigos de azul.

Paralelamente al sainete de los Pepitos, siguiendo el testimonio del ayudante Pastore y los datos aportados por Graciela Funes, cuñada de José Luis Auge -que llamó a la Secretaría en busca de la recompensa-, los sabuesos de La Bonaerense detuvieron a los cuatro albañiles que los oficiales Prellezo y Camaratta habían llevado a robar casas y vender drogas a Pinamar a principios de enero.

El propio Auge, junto a Hugo Retana, Sergio Gustavo González y Horacio Braga, había caído en un espectacular operativo "antidrogas" en Los Hornos, donde viven, en las afueras de La Plata, a mediados de febrero.

El operativo arrojó magros nueve gramos de cocaína y algunos cigarrillos de marihuana, pero otra mujer, pariente de Retana, confesó que, "fumados", los muchachos habían hablado del homicidio cometido en Pinamar, mostrando una cámara fotográfica parecida ala de José Luis Cabezas.

En rigor, en el barrio el cuento era casi tan conocido como que militaban en la Liga

Federal, la agrupación interna de Alberto Pierri, cuyo referente local era el senador provincial Carlos Martínez.

El asunto se mantuvo en el mayor de los secretos.

VI

Aunque apoyó la farsa montada por sus hombres, Duhalde no abandonó la medida ni se entregó al exitismo que alentaba la Casa Rosada cuando aparecieron los Pepitos en escena. A principios de marzo, sin dar mayores razones, anunció que en abril se pondría personalmente al freno de la investigación. La poca confianza en sus sabuesos que el anuncio implicaba no amedrentó a Víctor Fogelman.

Para la misma época, el comisario y sus hombres comenzaron a pensar que el "Cabezas" que figuraba en una agenda de los Pepitos podía no ser José Luis ni el sobrenombre de algún cabezón y dirigieron sus pasos sobre el ex inspector Jorge Alberto Cabezas, exonerado en noviembre de 1996 por su vinculación con reducidos de autos robados. Proveniente de Valentín Alsina, este Cabezas había pasado por la comisaría de Villa Gesell y el final abrupto de su carrera lo sorprendió en el destacamento de Mar de Ajó. Desde entonces se asoció a un frigorífico de la zona y trabajaba ocasionalmente para la agencia de seguridad San Bernardo.

Jorge Cabezas era muy amigo de Salvá y estuvo relacionado al Ideólogo Pérez Rejón, quien había hecho gestiones por él ya cuyo hermano le vendió su casa de Valentín Alsina. Dos testigos lo reconocieron como uno de los ocupantes del meneado Fiat Uno blanco que rondaba la casa de Andreani la noche del 25 de enero y dos meses después, el 25 de marzo, fue detenido.

El comisario retirado Horacio Rodríguez -propietario de la agencia San Bernardosostuvo su coartada y aclaró que su empresa nada tenía que ver con Salvá: se declaró "competidor" de Wolff Service en la zona. Sin embargo, a los investigadores les pareció poco convincente que un empresario contratara al amigo de la competencia.

-Si vos fueras el Patrón de la Costa, ¿dejarías que te salga un grano tan importante en tu territorio, que se queda, por ejemplo, con los 180 mil dólares de la seguridad de la Cooperativa Telefónica de San Bernardo? ¿O te asociarías a él para captar los clientes que por una razón u otra se te escapan? -deslizaron.

Al mismo tiempo, insistían en la vinculación del ex inspector Jorge Cabezas con los Pepitos, especialmente con Juan Dominichetti y Flavio Steck, a través del negocio de los automotores y por una llamada telefónica efectuada el 2 de febrero entre la comisaría de San Bernardo y el celular de Dominichetti.

Nada se dijo, en cambio, del resultado de las nuevas preguntas al puestero rural Juan Correa, que los hombres de Fogelman anunciaron por entonces. Ni de la posible relación de sus patrones con Jorge Cabezas y la supuesta amistad entre uno de ellos y el comisario Horacio Rodríguez.

Correa era el encargado del campo cuya tranquera linda con la cava, y su rancho se encuentra a no más de cien metros del lugar. Desde allí, hubiera sido imposible no ver o escuchar algo la madrugada del crimen. Pero justo ese día, a eso de las dos de la mañana, el hombre se fue arreando una tropilla de caballos viejos para Mar de Ajó.

Con fama de borrachín y de hombre violento cuando se entona, Correa tiene tatuadas en su brazo izquierdo unas montañas con una inscripción que dice "RIM 26", la misma que guarda dentro de un corazón pequeño, en su brazo derecho, y que no puede significar otra cosa que Regimiento de Infantería de Montaña N° 26. Sin embargo, el tipo negó haber pertenecido al Ejército Argentino.

Según Correa, fue su patrón quien le ordenó llevar la caballada esa noche, aunque no

aclaró cuál de los dos. Porque el campo pertenece a un carnicero de apellido Quintana ya un abogado, ex concejal, Raúl Costeletti, ambos de Mar de Ajó. La amistad entre Costeletti y Horacio Rodríguez no es algo que se ande ocultando en la costa.

Es posible que Fogelman no haya tenido tiempo de leer diarios en los agitados meses de la investigación. Si lo hubiera hecho, tal vez se hubiese preguntado a qué se referiría Correa cuando le dijo a *Ambito Financiero*, después de repetir la historia del arreo:

-Lo que pasa es que si yo hablo. .. La Cámara de Dolores acababa de ordenar a Macchi que citara a los testigos de los Pepitos y efectuara un reconocimiento fotográfico de Salvá y Dorgan -a quienes ya habían implicado otros testigos cuando, en Mar de Ajó, finalmente; le cayeron las huestes de Fogelman al sumariado inspector Gustavo Prellezo. Esa misma mañana, gente de la Secretaría detuvo también a los albañiles Retana y González. Braga y Auge se les escaparon.

Era el miércoles 9 de abril y el jefe de gobierno de la provincia se había puesto "al frente de la investigación".

No fue por las evidencias de la investigación ni por la sagacidad del juez Macchi.

Oficialmente al menos, la pista la dio un buche, que marcó al "arrepentido" Héctor Retana, cuyo testimonio -según Duhaldese lo arrió un "comerciante amigo" de identidad protegida.

Otras versiones emanadas de altísimas fuentes de la Gobernación señalaron en cambio que, luego de aquel operativo "antidrogas" en Los Hornos, "la pista" comenzó a armarse a partir de las gestiones de Graciela Funes y de Martínez para que Auge hablara.

Estos lo habrían acercado a la quinta de Duhalde en San Vicente, donde el mandatario escuchó y grabó lo que el ladrón tenía para decir. Desde entonces y hasta su presentación en Dolores, Auge habría sido "guardado para protegerlo", hasta que otro de sus compañeros se "quebrara". A Retana le tocó ese papel. El Gobernador en persona le llevó al juez las grabaciones resultantes de su debut como investigador policíaco.

Había llegado la hora de los "Prellezos". Pero esta vez, el maestro de ceremonias no fue Macchi sino Duhalde. Con una insólita vocación de presidio, los albañiles parecían empeñados en autoincriminarse, en medio de flagrantes contradicciones y sospechosas confusiones. Los hombres de Fogelman se quejaban de que los habían dejado fuera del "festín".

El Gobernador recordó su promesa de conmutación de penas para los partícipes secundarios y se embarcó en negociaciones con Fernando Burlando, defensor de Retana y de los prófugos Auge y Braga. En realidad, hacía rato que venían conversando y el abogado, famoso en La Plata por defender prófugos, se ocupó de resaltar la "altura y la habilidad" del mandatario en "todo esto".

Burlando está involucrado en dos causas por "extorsión" junto al ex secretario del juez federal Carlos Branca, Alejandro Moltone, ambos de gran empatía con Alberto Piotti, el gran ausente. Mientras, el país se entretenía en una polémica por los alcances de las facultades de Duhalde para conmutar penas cuando ni siquiera había un solo procesado. Ni una maldita prueba. Pero el Gobernador exudaba optimismo. Para él, se había llegado a los autores materiales del asesinato y, aunque primero estimó un plazo de dos meses para llegar a los autores intelectuales, poco después sostuvo que "en la mayoría de los homicidios coinciden los autores materiales e intelectuales".

Primero Auge y por último Horacio Braga, los prófugos dejaron de serlo.

El argumento de la nueva película se reducía a cuatro "malandras", como los llamó Fogelman, que se autoincriminaron como partícipes de lo que iba a ser una paliza y terminó cuasi involuntariamente en un crimen, cometido por Gustavo Prellezo, quien anunció que mantendría su silencio hasta el día del juicio oral.

Al principio se adjudicó el motivo del crimen a los datos que José Luis Cabezas pudo haber poseído sobre las actividades de esta banda, una posibilidad -la de la información que supuestamente manejaba el fotógrafo Fogelman y sus chicos intentaron adjudicar a cuanta pista se les cruzaba. Pero la versión se cayó pronto, por su propia inconsistencia. Se volvió a hablar entonces del "encargo": de un "candidato", según Sergio González; de un "empresario"; de "alguien" que hablaba con Prellezo por el celular, que terminó siendo el oficial subinspector Anibal Luna, de la comisaría de Pinamar, un "peón" de Camaratta y Gómez. Yaunque Braga y algún otro de los cantarines detenidos señalaron al también apresado Camaratta como "el autor intelectual", el único que supuestamente sabe la identidad del eslabón siguiente en la cadena es, justamente, el mudo Prellezo.

A fines de abril, luego del raid investigativo de Duhalde, el juez de Dolores tenía una banda de ladrones en La Plata comandada por el supuesto asesino, a más de cuatrocientos kilómetros de la otra banda de maleantes, con su otro supuesto "autor material" y el supuesto revólver homicida, ubicados en Mar del Plata.

El único nexo que se le ocurría era el inspector Jorge Cabezas, situado a distancia equidistante de ambos grupos, en Mar de Ajó. Pero, por razones incomprensibles para el neófito, Macchi lo dejó en libertad el 24 de abril, porque los pesquisas decidieron sospechar que la llamada a Dominichetti la había efectuado en realidad el comisario de San Bernardo, Mario Brizzi, un hombre de escasas simpatías con Klodczyk y Salvá.

En esos días se conoció que, según una denuncia efectuada en el juzgado de Bernasconi en la borrascosa primavera del '96, una camioneta supuestamente robada de Oca -el correo privado que no-controla Yabrán solía dejar a la vera de la Ruta 11 una misteriosa bolsa que más tarde era recogida por alguien a bordo del Peugeot 504 del ex inspector Jorge Cabezas. Del reconocimiento de los testigos que dijeron ver al policía en el Fiat Uno la noche del asesinato, pareció haberse olvidado.

En un clásico de su estilo, Macchi también liberó a la oficial Silvia Belawsky, esposa de Prellezo, la misma que pidiera los antecedentes de José Luis Cabezas, allá por mediados de diciembre del '96. Su actuación, aquel pedido conffillado por la suboficial encargada de efectuarlo y por el informe de Asuntos Internos, era tal vez la única prueba seria con que contaba el juez para que Gustavo Prellezo se sintiera en apuros.

A la mujer le bastó con decir que "una persona del interior" le había pedido que averiguara los antecedentes "del oficial Jorge Cabezas, porque este le había pedido un préstamo personal", para que Macchi la mandara de regreso a casa. Cuando fue detenida. Belawsky tomaba un curso en el Instituto Universitario de La Bonaerense, junto al subjefe Domingo Lugos.

En tanto, parado sobre la caja de una pick-up policial, con la mano derecha cubriendo sus ojos del sol, Víctor Fogelman recorrió 60 kilómetros de banquina buscando los restos de la cámara fotográfica de José Luis Cabezas, que los albañiles dijeron haber desparramado a la vera de la ruta, luego de partir en "varios pedazos" un artefacto que sólo admite su división en dos.

Cabezas se hubiera desternillado de risa fotografiando al comisario. Seguido por una bandada de periodistas, Fogelman parecía el guía indio de alguna de las reservas que visitan Marlon Brando y Paul Newman.

-Seguimos mañana, porque me olvidé los anteojos -dijo el jefe de los investigadores de Duhalde, cinco horas después.

Al día siguiente, las autoridades provinciales organizaron una publicitada batida banquinera y para ello no trepidaron en usar niños, estudiantes primarios de la zona. Sólo faltaba Pierri con su vocecita diciendo: "Así da gusto hacer política", como en sus avisos de campaña. y Duhalde, cortando la cinta.

Pero la cámara no apareció.

En el juzgado habían pasado del entusiasmo a la preocupación sin entender muy bien por qué la puesta en escena de los Prollezos se había vuelto algo tan confuso. No tenían pruebas, no tenían motivo del crimen y ni la más remota idea de qué hacer con los Pepitos. El revólver y sus pericias, defendidos a rajatabla por Duhalde y todo el elenco oficial, no encajaban por ningún lado, y el sitio por donde encajaban -la sustitución del arma era peligroso.

Como si fuera poco, el examen psiquiátrico practicado a Redruello a pedido de la Cámara determinó que el buchón del Jefecito Vitelli era, en realidad, un "mitómano". De la noche a la mañana, todas las certezas que Macchi defendiera durante dos meses se derrumbaron; sus "olvidos" pasaron a ser elementos incriminatorios y el "testigo protegido" se convirtió en el gran sospechoso.

Carlos Redruello fue aparar otra vez a la cárcel en medio de la algarabía de los Pepitos. Como corresponde a la dinámica del caso, la testigo Diana Solana lo "sentó" a bordo del -a esta altura multitudinario Fiat Uno blanco.

Era el 25 de abril de 1997 y se cumplían tres meses del homicidio de José Luis Cabezas. Tres meses de un bochornoso espectáculo que cada vez se parecía más al set del programa de Mauro Viale.

VII

La conmoción agitó a Pinamar y al Municipio de la Costa, no sólo por el crimen. Como ocurriera ya en Budge, en Wilde, en La Plata, en Morón, en Zapala, en Catamarca, sus habitantes se convirtieron en detectives de su propia cotidianeidad. La confirmación de los datos privados

de cada uno los va convirtiendo en públicos, y los fragmentos comienzan a unirse ya explicar el todo.

Algo de eso disparó la muerte de José Luis Cabezas en el país. Pero en la costa fue revulsivo.

Su clase dirigente apareció atravesada por un haz de sospechas y, lejos de tratar de elucidarlas, se abroqueló junto al poder político en una defensa cerrada de sus integrantes cuestionados por los distintos testigos. Los teléfonos de las redacciones y los oídos de los corresponsales, en cambio, no dejaron de recoger testimonios que aportaban precisiones, correcciones en algunos casos, nuevas ramificaciones y, sobre todo, un comentario: "Esto lo sabíamos todos".

Cada flash que se disparó en esos tres meses, cada linterna que alumbró un rincón, cada reflector que encendió una cámara, iluminó un nido de víboras, aunque no tuvieran que ver finalmente con el crimen investigado.

La misma Secretaría de Seguridad, la gente de Fogelman, se cansaron de revolver entre las tripas de la "línea de la costa", como ellos mismos la bautizaron. Una banda de policías y civiles dedicada al tráfico de drogas, el robo de casas y automóviles, la prostitución y el juego clandestino; con "jurisdicción" en toda la costa, desde San Clemente hasta Villa Gesell, con necesarias conexiones con otros puntos del país, como Mar del Plata y el Gran Buenos Aires, y con evidentes vínculos con el poder político local y provincial, y con la anterior cúpula de La Bonaerense.

Ninguna investigación seria avanzó sobre el asunto. La pesquisa sobre la larga docena de policías sospechados, que llevaron adelante Asuntos Internos, por una parte, y el Equipo Especial de De Lázzari, por la otra, se volcó en sumarios administrativos y un par de causas penales por delitos puntuales como el "enriquecimiento ilícito".

Fogelman, entre tanto, rebotaba como bola sin manija entre Pepitos y Prollezos, sin poder despegar del ras del piso, de los últimos orejones de un tarro del que todos los frutos que

importaban quedaban fuera. La causa que se topó con la banda navega entre sus conexiones como tratando de esquivar los cables maestros.

Cada vez que pueden, los pesquisas vuelven a insistir en la búsqueda de un motivo personal e inmediato para el crimen, cuando las evidencias sobre su planificación desde, por lo menos, principios de diciembre, lastiman los ojos de tan groseras. Ni siquiera las pistas, todavía sostenidas por el juzgado de Dolores, resisten el más mínimo análisis si se descarta el sostén brindado ala operación por la "línea de la costa".

La propia Cámara de Dolores se ocupó de resaltarlo en su resolución del 29 de abril decretando la libertad de Margarita Di Tullio y Flavio Steck, cuando afinó que la participación de policías en el asesinato "se visualizó desde un principio como consecuencia de la actividad de un grupo organizado, a la vez determinado desde fuera". El párrafo encierra, de paso, una manera muy distinta de concebir "la banda mixta" de la sostenida por las hipótesis oficiales de Pepitos y Prollezos. Ninguno de estos grupos ni sus circunstancias encuadran dentro de la imagen de "un grupo organizado, a la vez determinado desde , fuera".

El tribunal de Alzada zarandó a Macchi por el universo de irregularidades cometidas en la instrucción, dejándolo al borde de un pedido de jury. y marcó un camino: "Llama poderosamente la atención que el señor magistrado no haya tomado las medidas procesales pertinentes con los funcionarios (policiales) involucrados".

El dictamen de la Cámara de Dolores trajo una brisa de dignidad a la causa. y obligó a sus instructores a levantar la vista de los payasos para empezar a buscar al gerente del circo. Sobran los indicios para sospechar que Salvá y Gómez conocían lo que iba a suceder, los dos fueron parte esencial del desastroso tramo inicial de la instrucción y Gómez fue el responsable del "área libre" que, de hecho al menos, existió en Pinamar la noche del Qomicidio.

Ninguno de los dos jefes pudo desconocer los movimientos de Gustavo Prollezo, Sergio Camaratta y Aníbal Luna, implicados en el asesinato de una u otra manera, más allá de albañiles y proxenetas.

y la verdad no puede obviar que tamaña organización, con tanta actividad y ramificaciones como parece, durante tanto tiempo y con tan amplio radio de acción, no pudo depender de oficialitos como Camaratta, Prollezo, Jorge Cabezas, Colo o Dorgan; ni de un comisario "florejito" como Gómez o un patroncito como Salvá. Ni es capaz de funcionar autónomamente dentro de la Policía.

Es más, la sola enumeración de los nombres sospechados por las propias autoridades provinciales se parece demasiado al organigrama de la Institución en la zona.

Para durar siete años al frente de una comisaría "rica" como la de Pinamar hace falta algo más que no molestar y tener "buen consenso". También para encabezar la única Subbrigada de Investigaciones de La Bonaerense cuando se es un simple oficial inspector. Y, en términos policiales, ese algo más sólo puede encontrarse en el apoyo de las jerarquías. Tampoco es creíble que el enorme poder de recursos que implicó preparar el crimen, ejecutarlo, apoyarlo, encubrirlo, embarrar su investigación y desafiar a la sociedad toda, pueda ejercerse sin una fuerte apoyatura externa a la Fuerza.

Salvá tiene ambas cosas a través de políticos-empresarios, como Suazo y Magadán y de su "padrino" Pedro Klodczyk, el hombre de mayor confianza que tuvo Duhalde en materia de seguridad. Gómez las encontró en Yabrán y Altieri, en su primo Mario Rodríguez, el hombre de mayor confianza que tuvo Pierri en el mismo tema.

Son sólo algunos, acaso los más notorios y directos. Gómez y Salvá parecían grandes y solidarios amigos hasta que, a mediados de marzo, el Cabeza dijo, en un reportaje

publicado por *Clarín*, por qué la prensa no preguntaba más en Pinamar, acerca del asesinato. También Klodczyk y el Chorizo fueron grandes y solidarios amigos hasta que el Jefe declaró ante los legisladores nacionales.

-Es un individuo que hace su propio manejo, anda bien con Dios y con el diablo; es el tipo que siempre cae en pícaro para acomodarse. En consecuencia, tampoco tiene una línea como para que alguien diga que se puede confiar en él -dijo, de Mario Rodríguez.

Algo se rompió. Casi al mismo ritmo en que pareció fracturarse la relación entre Du. halde y quien hasta poco antes se sentía su delfín, el Muñeco Pierri.

La automática defensa de Alfredo Yabrán qqe hicieron Corach, Kohan y el intendente Altieri no pareció muy distinta de la inopinada presentación de Juan Carlos Sena ante el juez Macchi, cinco días después del crimen.

También militante de la Liga Federal de Pierri, en su voluntaria declaración Sena sembró sospechas sobre Domingo Cavallo, asegurando que bien pudo el ex ministro haber mandado matar al fotógrafo para sostener sus denuncias de mafias en su guerra contra Yabrán -palabras más o menos.

Y sin que tuviera absolutamente nada que ver con el tema, afirmó que las acusaciones efectuadas casi tres años atrás contra Mario Rodríguez por el atentado contra Hernán López Echagüe habían sido una maniobra para perjudicar a Pierri.

Diferencias metodológicas. Involuntariamente, el ignoto activista de la Liga Federal reunió tres nombres que se repiten una y otra vez a lo largo de la investigación y eslabonan algunas de las hipótesis sobre los mandantes del crimen de José Luis Cabezas: Mario Rodríguez, Alberto Pierri y Alfredo Yabrán.

Y fue después de conocer este brulote testimonial y la militancia de los cuatro albañiles de Los Hornos en la Liga Federal, cuando Eduardo

Duhalde decidió consultar a Cavallo acerca de las razones que llevaron al ex ministro a vincular a Pierri con Yabrán a fines de 1996. Fue el 26 de febrero, en el Hotel Alvear. Y la reunión se mantuvo en secreto durante varias semanas.

Cavallo repitió los detalles de la compra de Papel Tucumán en diciembre de 1994: Yabrán, que había ofertado 25 millones de dólares por la empresa, retiró la postura cuando Pierri apareció ofreciendo magros 14 millones. El papelerero de La Matanza se quedó con la firma, y los argentinos, con las dudas.

Pero Duhalde quiso saber algo más. Y el Mingo prometió averiguarlo.

Las relaciones entre el Muñeco y Duhalde venían en franca declinación desde que, en octubre del '96, los diputados duhaldistas estuvieron a punto de abortar la novena reelección de Alberto Pierri como presidente de la Cámara de Diputados.

Las cosas empeoraron aún más cuando, en noviembre, el Gobernador promovió la competencia entre el diputado y el senador Antonio Cafiero en la interna del PJ bonaerense. Para esa época, Duhalde recordó al país que Pierri "tiene un capital de 200 millones de dólares".

El acto en el estadio de Racing Club el 16 de noviembre, tras el cual muchas "manzaneras" de Chiche denunciaron que se habían visto obligadas a concurrir para no perder los favores de los "punteros" duhaldistas, marcó un punto de enfrentamiento.

Lo que, al menos en términos políticos, aparecía como la disputa de fondo era la intención de Duhalde de postular a su esposa como cabeza de la lista de candidatos a diputados del PJ. En unas elecciones tan importantes para Duhalde como para Pierri, cuyo proyecto personal apuesta todas las fichas a capturar la Gobernación en 1999.

Pero en enero la ferocidad de la puja entre Duhalde y el re-reeleccionismo de Menem postergó aun segundo plano la sorda batalla entre Pierri y el Gobernador. Un mes y un crimen después, en cambio, el secreto encuentro entre el mandatario provincial y Cavallo

provocó la ira del caudillo de La Matanza, quien increpó duramente a su jefe. Voceros de ambos bandos en disputa confirmaron en los días siguientes que el choque había terminado en insultos cruzados. En el principal distrito electoral de la provincia fueron terminantes:

-En público todo sigue estando bien, pero si me preguntás sin grabador, te digo que están peor que nunca -afirmó una incuestionable fuente pierrista aun periodista provincial.

A mediados de abril, Duhalde y Cavallo volvieron a encontrarse, esta vez a la luz del día, durante la carrera de fórmula Uno realizada en el autódromo de Buenos Aires. El ahora procesado ex ministro le entregó a Duhalde un dossier "con los datos sobre un político muy cercano al Gobernador que él le había pedido", dijo a la prensa un íntimo colaborador de Cavallo.

El político era Pierri. Pero, para entonces, Duhalde repetía su "íntima convicción" de que los asesinos de José Luis Cabezas ya estaban detenidos en Dolores.

EL TERROR

En la cárcel de Caseros, la Vieja, como se conoce a la Unidad 16 en donde están alojados los policías con causas penales, se improvisó una macabra "batucada" cuando se conoció la noticia del asesinato del reportero gráfico. El enorme impacto simbólico de aquel festejo puso de relieve la crisis terminal entre los uniformados y la sociedad civil.

El propio gobierno provincial señaló en voz alta a los expulsados jerarcas de La Bonaerense como los principales sospechosos del crimen. y en voz baja, como a los únicos capaces de llevar adelante un crimen tan osado. y tan cruel. Varios de los policías que participaron de la investigación llegaron a la misma conclusión.

Desde ese día, los Patas Negras semejaron un gigantesco hormiguero al cual se acababa de patear y su acelerado resquebrajamiento ponía las cosas al borde del caos.

El omnipresente comisario retirado Naldi ofreció a *Noticias* sus servicios: "Hombres, dinero, lo que necesiten", a nombre de "la gente de la calle 25 de Mayo". No sólo los ofreció, insistió ante la negativa de la revista a tal punto que llegó a enviar, inútilmente, a uno de sus hombres a Pinamar para presionar al grupo de periodistas que investigaba la muerte de su compañero.

El Ñoño insistía en que había que dirigir los esfuerzos hacia "los novios que tuvo esta chica Cristina antes de conocer a Cabezas".

-Este fue un crimen pasional, querido -dijo. Naldi descartó de plano cualquier posible complicidad de Los Porongas y se ocupó de hacer creer en todas partes que colaboraba con *Noticias* en la investigación. La misma burda hipótesis del crimen pasional fue proclamada *off the record* por allegados al también retirado comisario Mario Rodríguez, y hasta Pedro Klodczyk la dejó entrever.

En la Pinamar copada por los hombres de Carlos Rossi y Víctor Fogelman, una caja con esposas de juguete apareció en el sub suelo del edificio donde se alojaban los periodistas de *Noticias*.

Desde la cárcel del festejo, los policías Diamante y Gerace llamaron a los medios para que intercedieran por ellos ante la Gobernación:

-Si nos dan libertad para actuar, en una semana resolvemos el caso -dijo Daniel Diamante, dispuesto a todo.

En toda la provincia de Buenos Aires aparecieron decenas de policías y ex policías pasando viejas facturas a otros policías, relatando disparates interesados o no, sumando teorías, puntos de vista, consejos. Muchos pidieron dinero por supuestas pistas. Algunos, aportaron datos comprobables, puntas concretas.

Entremezclados, aparecieron "Los Proferidores de Amenazas a Periodistas", profesionales del miedo que tomaron a Santo Biasatti como víctima central y lo multiplicaron por decenas de colegas. Duhalde también se anotó en la lista de amenazados. El comisario-abogado Mastandrea salió a recordar las muchas veces que había denunciado el estado de "corrupción y desamparo" en que se había sumido La Bonaerense, atacó por igual al Jefe caído ya Ley de Prescindibilidad, hasta apuntar directamente a la responsabilidad de Eduardo Duhalde por la crisis.

Las huestes del Mopollevantaron la vieja bandera de un Sindicato Unico de Policías y, con ella, las nunca escuchadas reivindicaciones gremiales de los azules.

Pero, una vez más, fueron los anónimos el camino elegido por los uniformados para expresarse. Los hubo de todos los colores y tamaños. El tono amenazante fue, sin embargo, común a la enorme mayoría.

Con el sello de la repartición y firmando por "Personal de la Policía Bonaerense", uno de ellos -comenzado a redactar antes del asesinato de José Luis Cabezas- sirve para ejemplificar el clima imperante.

Dirigido a Duhalde, el documento constaba de ocho carillas tamaño oficio "redactadas en reuniones periódicas", cuando se produjo el homicidio de Cabezas. En ellas, sus autores acusaban al Gobernador de ser el culpable de la crisis policial, hacían un pormenorizado análisis de sus razones y proponían una serie de medidas urgentes "para normalizar". Estas medidas consistían en derogar la Ley, cerrar todos los sumarios administrativos que no tuvieran imputación penal, anular los dictámenes de la última Junta de Calificaciones y llamar a una nueva, aumentar los salarios, autorizar la asociación gremial y sumariar a los comisarios generales retirados en setiembre.

"Se dieron el gran banquete y nos dejaron la factura sin pagar", decía el escrito.

Para los policías anónimos, el asesinato de Cabezas era repudiable, pero "desgraciadamente confirma todo lo dicho acá y en notas anteriores. Si se confirma que los autores fueron policías, sería el inicio de la sublevación que viene fermentando", decía, y anticipaba que su esclarecimiento sería muy difícil: "La crítica virulenta y generalizada de opositores y prensa en general hace que se vaya desmoronando la voluntad de los investigadores".

El documento fue dado a conocer el 17 de febrero, cuando ya habían sido separados de sus cargos Carlos Rossi, la Liebre Gómez, Aragón, Salvá, Prollezo, Camaratta, Colo, Dorgan y otros uniformados de la costa. Las últimas dos páginas del escrito, posteriores al crimen, se resolvieron en la defensa encendida de Gómez y sus muchachos y en cada vez más gruesas advertencias.

El anónimo "personal" de La Bonaerense acusaba de "hipócritas y traidores" a los legisladores que votaron la "asquerosa ley de prescindibilidad" y responsabilizaba a "gobernantes, políticos y periodistas" de haberlos forzado a una declaración de guerra, amenazando con "sembrar de muertos la pr~vincia".

Señalaban a los "políticos que metieron la mano en la repartición, digitando traslados, promoviendo ascensos" por aceptar coimas del juego clandestino, convirtiendo a "los capitalistas de quiniela en personajes poderosos que se mueven con los códigos mafiosos. Los valores fueron subvertidos. La disciplina se quebró".

La prensa era culpable porque "habla de policía corrupta". Luego de recordarle a Duhalde que el año electoral se le haría "resbaladizo", el documento finalizaba así:

"Tendrá que echamos a todos y aun así no tendrá paz. El despecho por la pérdida de lo que se ama será su guillotina política y no pararemos hasta verlo salir por la ventana de la Gobernación con todos sus legisladores".

Ese 17 de febrero, poco después de las 22:30, "una falla fortuita" de la mecha que debía detonar una libra de trotyl impidió que la casa del corredor automovilístico Rubén Valentini en Pinamar volara por los aires. Minutos antes, un gigantesco apagón había dejado al hipervigilado balneario en la oscuridad.

Valentini, antiguo copiloto de Carlos Menem y de su hijo Junior, estaba al frente de un equipo de competición auspiciado por los colores violáceos de Oca, la empresa que no es de Alfredo Yabrán. El asunto, como

el anónimo, se ocultó a la prensa hasta que el propio Valentini lo hizo público dos días después.

Para ese entonces, la costa era un hervidero. El comisario Amadeo D' Angelo, cuya afinidad con Mario Rodríguez no es un secreto para nadie en La Bonaerense, fue designado como titular de la seccional de Pinamar en lugar del primo hermano del Chorizo. El tipo venía de ser sumariado en San Nicolás pero el propio Fogelman lo avaló y defendió.

Días después, alguien que se presentó como informante de D' Angelo y ofreció sus dudosos servicios "para desenmascarlo", dijo que el Lagarto Vargas ya se encontraba en

Pinamar. La propuesta fue rechazada, pero una altísima fuente civil de la Secretaría de Seguridad confirmó la especie.

-Está con Tribilín y otros dos, se movilizan en un auto azul. Los tenemos detectados y estamos esperando que hagan algo mal para caerles, dijo, desnudando la esquizofrenia que vivía el gobierno bonaerense.

No eran los únicos hombres vinculados al comisario Rodríguez que pululaban por la costa: los comisarios Cabello y Gastaldi, de notoria actuación en la Masacre de Andreani, trabajaban en la Brigada de Dolores.

La "comunidad de seguridad" asentada en las playas bonaerenses hacía su propio juego. Ex policías, ex agentes de inteligencia, ex torturadores de la ESMA, se alineaban según su conveniencia e intentaban "operar" a los periodistas ya eventuales testigos.

Las versiones policiales de que los hombres del Equipo Especial de la Secretaría aprovechaban el río revuelto para "pasar facturas personales" arreciaron, y el comisario Luis Vicat fue el blanco preferido. Mientras unos afirmaban que Klodczyk lo había tenido nueve meses en "disponibilidad" con un sumario por supuesta extorsión contra el Citibank cuando estaba a cargo de la Seguridad Bancaria, otros decían que el Polaco le había "limpiado" la causa.

A principios de marzo, de regreso ya de un murmurado viaje por el Caribe, el Jefe Klodczyk habló ante la Comisión Bicameral del Congreso. Llamativamente, coincidió en varios puntos con el "personal" del anónimo.

"La Fuerza en su conjunto todavía no asumió el descalabro que significó esta Secretaría (por la de De Lázzari); me parece que se equivocaron de cabo a rabo. Han roto cosas que para nosotros eran sagradas como el escalafón, la antigüedad, las calificaciones, la conducta, etcétera. Se está creando en la Fuerza un malestar terrible y no sé en qué puede terminar esto."

El tipo no sólo insistió con que los corruptos dentro de la Fuerza eran "excepciones y están presos", sino que circunscribió la corrupción en La Bonaerense a "dos o tres patrulleros que pasaban a cobrar a cierto lugar donde se vendía droga".

Defendió a Bemasoni, caracterizó a Salvá como "el mejor policía que tenemos en la zona" de la costa, exculpó al "pícaro" Ribelli una vez más, sostuvo su decisión de mantener durante siete años a Gómez en Pinamar y lamentó que no hubiera nadie en la Fuerza "que salga a dar la cara y quemarse como un fusible", en lo que pareció un virtual pedido de renuncia a Vitelli.

Klodczyk comenzó negando la vinculación de policías con el crimen de Cabezas y terminó envuelto en una macabra y contradictoria descripción de hipótesis que contemplaban la participación de personal policial: "Por ahí lo detienen, se encuentran con que no es a quien deberían haber detenido y deciden matarlo", especuló.

El Jefe volvió a descartar que el asesinato tuviera relación con la nota "Maldita Policía", a la que calificó como "un insulto" por haber "transmitido a la población que se cobran determinadas cosas".

"Estoy terriblemente dolido. Si yo fuera violento querría matarlo", dijo, para agregar que "como sé que no se puede hacer y está la vía legal, prepararé la demanda". Poco después se autodenunció ante el juzgado de su amigo Daniel Llermanos para que investigue su situación patrimonial.

Pero no fueron estas afirmaciones las que más sorprendieron a los legisladores y, en especial, a De Lázzari y sus hombres. Klodczyk no sólo hizo propias las viejas sospechas sobre la situación patrimonial de Mario Rodríguez y el Ñoño Naldi; también reconoció que la Jefatura conocía desde hacía tiempo lo que había pasado en la Brigada de La Plata con el albañil Andrés Núñez y afirmó que la Operación Café Blanco siempre le había parecido

"que no era seria".

Acusó al Chorizo de hacer su propio juego y de no ser confiable y disparó contra Naldi:

-Es un gordo bocón y vehemente, porque no tiene tino. Algo había pasado. La extraña cohesión que Los Porongas mostraron desde su desplazamiento, que se acentuó luego del asesinato, de pronto volaba por los aires nada menos que por boca del Jefe.

-Klodczyk se creyó lo del "mejor jefe de la historia" -sentenció el Coco Rossi, convertido ahora en gerente de seguridad de Juncadella.

Eduardo De Lázzari, que estaba metido hasta las orejas en un berenjenal que no atinaba a resolver, de pronto vio la hendidura.

y apuntó.

II

Ya a fines de febrero el Gobernador había dejado languidecer su idea de que el homicidio de Cabezas fuera un mensaje contra él. "Fue contra ustedes", dijo a dos periodistas de *Noticias*. Acaso agotado por el estrés del momento, no recordaba dónde quedaba la comisaría de Lomas que había ayudado a construir, ni el nombre de Mario Rodríguez, y hasta pidió que le explicaran qué era una unidad regional.

Si el asesinato fue o no parte de la grotesca interna oficialista, todavía está por verse, aunque en una provincia donde el ochenta por ciento de los crímenes permanecen impunes, sería ingenuo creer que este se resolverá. Sí, en cambio, queda claro que las distintas partes en pugna no dudaron en utilizarlo para herir al adversario o mejorar la propia imagen.

Las escaramuzas iniciales entre la Casa Rosada y La Plata fueron la muestra más repugnante. Mientras Duhalde asumía el papel de víctima, al punto de especular con que "la próxima vez puede ser alguno de nosotros", Menem deslindaba responsabilidades con el gobierno provincial al mismo tiempo que trataba de apropiarse de los fugaces "éxitos" del juez Macchi.

La interna del PJ bonaerense se entremezcló con las batallas entre los hipermenemistas de la re-reelección y los duhaldistas de la sucesión. Radicales y frepasistas dudaban entre investigar al cuestionado Yabrán o dejarlo pasar para no "hacerle el juego" a Cavallo. Un cretino oficialista llegó a decir que el ex ministro de Economía había llegado tarde "al reparto del rédito político del caso Cabezas".

Duhalde inauguraba plazas con el nombre del reportero gráfico y Menem bautizaba salas de prensa ya bautizadas. Hacia fines de febrero, el periodista y filósofo Miguel Wiñazki escribió en *Noticias*:

"Hoy, cuando en tiempos democráticos los magistrados no se ocupan de castigar a los que derraman la sangre de los otros, cuando los gobernantes -como sanguijuelas- beben de esa sangre para alimentar su avidez irrefrenable, cuando mojan sus misérrimos dardos portadores de chicanas y de intrigas para hacer tiro al blanco con sus adversarios, cuando mienten y juramentan en vano, cuando hablan 'pour la gallerie' y para su propio beneficio, enferman a la democracia y sus contornos, la hieren, la desgarran y la matan".

Pero la clase política, salvo honrosas excepciones que no se encuentran en el poder, sólo lee los párrafos que la mencionan con nombre y apellido.

La guerra tuvo su correlato entre los investigadores de ambos bandos, tan divididos entre sí que por momentos se tomaba imposible discernir quién jugaba para quién y con qué objetivo. Pero no faltó nadie. Empezando por el torturador Vergez, el tipo que hiciera su *rentrée* pública en tiempos menemistas tratando de licuar el "efecto Scilingo", allá por marzo del '95.

Aunque nunca explicó cómo supo, en noviembre del '96, que se estaba preparando un atentado contra alguien de *Noticias*, el ex capitán del Ejército terminó envuelto en las

sospechas por el atentado sufrido por Rubén Valentini, también impune.

Hasta el operador menemista Luis Beldi hizo su pequeño show afirmando que el crimen de Cabezas había sido ordenado por Juan Bautista. Yofre -primer jefe de la SIDE menemista en venganza por la nota que la revista había sacado en tapa el mismo día de la muerte de su reportero gráfico.

También a la SIDE se le atribuyó -al menos en los mentideros políticos de la costa el sostén que parecía tener Pedro Avio desde que encontró un fugaz medio de vida en los programas de Chiche Gelblung y Mauro Viale, impedido como estaba -por lo precario de su seguridad de ejercer otro oficio que el de denunciante.

En muchos aspectos, Avio es la quintaesencia de los Patas Negras. Con treinta años en la Fuerza y el grado de sargento primero, el Negro forma parte de ese grupo numeroso y estratégico de altos suboficiales que sirven de bisagra al andamiaje de la corrupción policial: generalmente menos preparados que los oficiales, les sobra experiencia y conocen todas las mañas para sobrevivir en la Policía.

Y él mismo se ocupa, a lo largo de sus relatos, de dejarlo en claro. Cuando habla de sus "homicidios", cuando se ve obligado a colocarse como un "perseguidor" de policías para contar lo que vivió desde adentro, para no "quedar pegado". Incluso, cuando recuerda cómo sus superiores y los militares de Camps y Suárez Mason arrojaban cadáveres a una fosa común cercana a El Vesubio.

Como suele ocurrir con los policías, al sargento le gusta agrandar su participación en lo que considera actos heroicos: como los "homicidios", cuyo número eleva cada vez que los menciona; o los policías corruptos que desenmascaró; o los hechos que "esclareció". Pero, a diferencia de la mayoría, sus palabras tienen mucho de verdad.

-Mirá, vos sabés que si a alguien quisiera ver yo entre las rejas es a Mario Rodríguez. Ese tipo me cagó la vida, me dejó afuera de la policía, me echó de mi casa y hasta acá me persigue. Yo sé que me quieren poner. Pero en verdad, en lo que yo investigué, no hay nada que lo apunte por ahora -dijo el sargento dos días después del asesinato de Cabezas. Avio no resolvió el caso Núñez ni mucho menos. Tampoco la desaparición de Miguel Bru. Pero aportó, a su confusa manera, datos certeros. Lo mismo sucedió con la "línea de la costa" y la muerte que se le preparaba a José Luis Cabezas: la complicidad de Salvá y Dorgan en alguna faceta del crimen ya no sólo se sustenta en sus dichos, y la existencia de esa organización es innegable.

A varios periodistas y políticos del Municipio de la Costa les pasó lo mismo: lo que los sorprendía del inesperado denunciante era, precisamente, que describía con precisión lo que algunos sabían y muchos sospechaban desde hacía tiempo. La verdad jurídica de sus palabras habrá de probarse cuando alguien se decida a investigarlas. Igual que en lo que se refiere al crimen del fotógrafo.

Aunque algunos de los funcionarios de la Secretaría comenzaron pronto a sospechar que Avio había sido cómplice de los narcopolicías de la costa, otros no sólo lo siguieron consultando sino que pasaron a considerarlo parte de su equipo. y fueron ellos los que lo convirtieron en patética estrella del periodismo basura. Por más que lo negaran en público. Para entonces, la administración estadounidense de Bill Clinton ya había acusado públicamente su preocupación por la corrupción evidenciada en la Policía Bonaerense y sus nefastas consecuencias para la lucha contra el narcotráfico. Era la segunda vez que desde el Norte le sacaban la tarjeta amarilla a los Patas Negras.

y ya se sabe lo que ocurre cuando se acumulan dos amarillas. Entre marzo y abril, una seguidilla de operativos antidrogas se llevó a cabo en territorio bonaerense pero a cargo de efectivos de la Policía Federal, la Gendarmería y la Prefectura. El más significativo fue el llamado Madera Verde que, con casi dos toneladas de marihuana decomisadas, bajó del

podio ala Tomlenta Verde del Gordo Azzaro.

El camión que las traía desde el Paraguay fue abordado por hombres de la Federal mandados por el juez federal de Campana Osvaldo Lorenzo. El cargamento -detenido en las inmediaciones de la localidad de Limaiba destinado aun empresario de La Matanza que, según se dijo, también construía escuelas para el gobierno de la provincia. Su nombre nunca fue dado a conocer.

Contra la costumbre gubernamental de rodear estos operativos de un enorme despliegue publicitario, el caso sólo permaneció un día en los diarios. Dos días después, las agencias de noticias no transmitieron más cables sobre el tema.

Apenas un recuadro perdido informó que el juez federal Carlos Ferreiro Pella se había declarado incompetente en una causa que investigaba el tráfico de marihuana y remitía nueve personas, detenidas meses antes, a su par de Campana.

Era el mismo magistrado de Lomas de Zamora con quien el cabo Jacinto Tufaro colaboraba en la investigación de la banda de narcos que acopiaban marihuana en la zona Sur del Gran Buenos Aires. Aquel esfuerzo resultó cuasi abortado cuando lo hombres del comisario Mario Rodríguez detuvieron a Tufaro en oscuras circunstancias, el 10 de octubre del '96.

III

Si las revelaciones de Galeano sobre La Bonaerense fueron el punto de inflexión de la crisis de "La mejor Policía del mundo", el asesinato de Cabezas marcó la debacle, tal vez, su palada final. Pero el profundo impacto que causó en la sociedad también obligó a salir de la cueva al misterioso Alfredo Yabrán.

Más allá de los intereses que muevan a Domingo Cavallo en su larga pelea con el empresario postal, los datos aportados por él y por diversas investigaciones periodísticas lo convierten en un personaje digno de mayor atención. En especial, por su propia insistencia en esconder los alcances reales de sus negocios.

Los vínculos no específicamente comerciales de los directores de distintas empresas, especialmente los familiares, hace ya mucho tiempo que son tenidos en cuenta en todo el mundo como una de las maneras de establecer los lazos de un grupo económico.

Aunque Yabrán insista en ignorarlo. ..y el ex procurador menemista Angel Agüero Iturbe haya preferido desestimarlo.

Según esos datos que el gobierno se niega investigar, Yabrán acumuló y busca acrecentar un sorprendente poder en rubros que afectan fundamentalmente a la circulación: de cartas y encomiendas, de cargas, de documentación, de dinero, de mercadería de importación y exportación.

Si todas las empresas que se le atribuyen fueran realmente suyas, Yabrán contaría para ello con una formidable flota de aviones, blindados, camiones y camionetas; amén de la estratégica confección de pasaportes y documentos nacionales de identidad, papel moneda, padrones electorales, registro de armas y permisos para portarlas.

Un verdadero Estado dentro del Estado. De ser así, es difícil creer que Yabrán sea sólo Yabrán. Más lógico parece pensar que se trataría de la cara visible de la tan mentada mafia. Pero, además, por lo menos cinco grandes empresas de seguridad privada -un rubro que en el país ocupa legalmente las manos de 60 mil custodios, y más del doble en forma ilegalestán vinculadas a sus movimientos. Empresas cuyos empleados son, por supuesto, gente de uniforme, retirados o en actividad.

Lo problemático de este rubro tan mal regulado y sin controles efectivos en la Argentina no es sólo la posible existencia de "ejércitos privados". La acumulación de poder económico en esta actividad implica una fuerte influencia sobre la Policía que supuestamente debe vigilar su funcionamiento.

Y también sobre la circulación, en cuyo control a la Policía le corresponde un papel fundamental.

De vital importancia en cualquier parte del mundo, en un país como la Argentina, donde el tránsito de drogas y su producido monetario aumenta con ritmo alarmante, amenazando con desbancar por primera vez en su historia el endémico contrabando de bienes e influencias, la circulación es un tema decisivo.

Y el punto es que en las agencias de seguridad privada, vinculadas de una u otra manera a Yabrán, conviven-o mejor dicho, se agrupan-los reciclados torturadores de la dictadura de Camps y Massera con policías leales a Juan Ribelli, a Mario Rodríguez, a Pedro Klodczyk. Policías que tienen estrecha amistad con políticos de la influencia de Alberto Piotti o su tocayo Pierri y estuvieron al frente de reparticiones tan importantes como la Dirección General de Prevención y Lucha contra el Narcotráfico de la Policía Bonaerense, hoy por hoy la mayor fuerza de seguridad del país.

El comisario general retirado Oscar Alberto Rossi, el Coco, reúne todas esas condiciones. Y desde su pase a retiro, como dijimos, es el gerente de seguridad de Juncadella-Prosegur, una de las empresas que Yabrán niega poseer. Su pensamiento es esclarecedor:
-El general Camps fue el mejor jefe de Policía que tuvimos. Todo un ejemplo.

IV

Duhalde no estaba convencido de la conveniencia de continuar la depuración que proponía De Lázari y prefirió reunirse con el Polaco para conocer en detalle el parecer de su viejo amigo. Los resultados de esa charla entre el Gobernador y el hombre que condujo a La Bonaerense a su estado de desintegración y virtual amenaza para la sociedad no tardarían en verse.

Paralelamente, las presiones arreciaban sobre la conducción de la Secretaría de Seguridad y el descrédito de Vitelli aumentaba a medida que crecían los rumores de levantamientos, rebeldías y huelgas.

La relación de De Lázari con la nueva cúpula fue girando hacia un callejón oscuro y sin salida. El secretario, desbordado por los problemas que enfrentaba, no dejaba de reprochar que la recaudación no se hubiese cortado. y sobre todo, de preguntar adónde iba el botín si ya no pasaba por la Secretaría ni por las manos del Jefecito.

Ya el anónimo del "Personal de la Policía Bonaerense" denunciaba que "nos obligaron a 'arreglar' nuevamente el juego clandestino", pero a~ora "en beneficio solamente del gobierno". Y agregaba: "Nuevamente aparecen las trenzas, las líneas de amigos, los privilegiados, la mafia".

Un informe interno elaborado por los hombres de la Secretaría daba cuenta por entonces de una "red de protección institucional que realimenta el círculo vicioso de la corrupción", y señalaba que siete direcciones generales respondían directamente a Lugos, más allá de la cadena de mandos.

Según el informe, los jefes leales al subjefe ya Los Porongas ejercían presión sobre sus subordinados forzándolos a trabajar para Lugos y sus intereses, "independientemente de los órdenes emanadas a través de la línea orgánica correspondiente".

Las amenazas de De Lázari de continuar con la "purga" encontraban la oposición decidida de los hombres fieles a la vieja conducción, abroquelados en torno del subjefe Domingo Lugos. No eran pocos ni su poder era exiguo: la lista incluía a ochenta jefes de La Bonaerense: Los Pinochos, los llamaron.

A la cabeza estaba el más íntimo colaborador de Pinocho, el comisario inspector Carlos Miqueleitz, quien por esos días era apuntaoo por la Cámara Federal de La Plata por la escandalosa protección brindada a Ribelli, Leal, Ibarra, Rago, Huici y sus muchachos en el

momento de su detención, en 1996, por la "causa AMIA".

También los comisarios Bretschneider y Delicia y el ex secretario 1 privado de Klodczyk, Oscar Canales, quien seguía prestando servicios en (la Jefatura. El comisario Pablo Vercesi, segundo del Chorizo en Lanús e íntimo amigo de Salguero, y su par Basilio Holo, cuyo pase a retiro se había anunciado en noviembre pero continuaba al frente de la Brigada de La Plata, eran otros de los apuntados.

Tampoco faltaban los comisarios mayores Raúl Omar González, Raúl Machuca y el comisario general Alberto Félix Sosa, director de Narcotráfico, todos ellos procesados - junto al ya retirado comisario Jorge Bianchieri la misma causa en que se cuestiona a Miqueleitz.

Aquel 12 de julio, después que el subcomisario Menno le avisó de la reunión de Los Porongas con Galeano, Ribelli habló con Alberto Félix Sosa (el de los 34.900 pesos) quien, cariñosamente, le avisó: "Juancito, vos también tenés problemas". El Patrón coordinó con Sosa la presentación de sus compinches y éste le pasó con Ibarra, teóricamente detenido e incomunicado.

Machuca, implicado en la desaparición de dos estudiantes en 1977 cuando trabajaba en la Brigada de La Plata bajo las órdenes de Camps y Etchecolatz, había jugado un papel clave en la causa con la cual se forzó en 1995 la detención del ex marino Adolfo Scilingo, por la emisión de cheques supuestamente sin fondos.

Horacio Verbitsky acababa de dar a conocer, en su libro *El vuelo*, las espeluznantes revelaciones de Scilingo acerca de los métodos de exterminio de la dictadura, algo que, insólitamente, Menem sintió como un ataque a su gestión indultadora e inmediatamente buscó desacreditar y silenciar.

A fines del '96, Machuca se había convertido, además, en el "héroe" de la investigación del hoy suspendido juez Carlos Branca sobre las irregularidades en la Aduana. A tal punto era reconocida su labor por el gobierno que, cuando se denunció que la mercadería decomisada en la "aduanas paralelas" estaba siendo robada del depósito custodiado por Machuca, Branca y Menem participaron de un "asado de camaradería" en la Brigada de Quilmes comandada por el obeso comisario.

La puja en la conducción de la Seguridad bonaerense incluyó dos amagues de renuncia por parte del comisario Vitelli.

De Lázzari era consciente de que en esa actitud del jefe policial había una suerte de vocación escénica. Sin embargo, cuando en el marco de un tenso desayuno de trabajo el Jefecito enarboló otra vez la bandera de su propia abdicación, los ojos del procesalista se encendieron. Por primera vez, le aceptó la renuncia. Era la mañana del 19 de marzo.

El resto de la historia pareció haber sido escrito por un dramaturgo isabelino.

El encargado del saneamiento policial se puso en marcha con un entusiasmo inusitado. Su primera escala sería el despacho del Gobernador, para anticiparle que había llegado el momento de poner a un civil al mando de la Fuerza.

La vida entonces le deparó una de las peores sorpresas.

Intranquilos con la novedad que les había comunicado el subsecretario de Seguridad, Alejandro Granillo Fernández -primo del embajador menemista Granillo Ocampo y alineado con Osvaldo Mércuri en la interna duhaldista-, los senadores provinciales Reynaldo Pieui y Horacio Román se le habían adelantado.

Tras abrir la puerta del despacho desde donde se rige el destino de la provincia, tres miradas lo recibieron con cierta hostilidad; la más grave era la de Duhalde, pero no menos intensa fue la de sus acompañantes: Adolfo Vitelli y Domingo Lugos.

El Gobernador, con gesto ofuscado, había pasado por alto la condición renunciante del jefe policial y, en cambio, decidió concederle "una última oportunidad". La cumbre de ese día

concluyó con una ambigua separación de De Lázari de la Secretaría. Su 'puesto fue ofrecido al ex senador José María Díaz Bancalari, quien comenzó a armar su equipo de colaboradores.

En el transcurso de esa mañana, el tornillo de la crisis policial se había incrustado con una nueva vuelta. Tal vez otro pacto había sido firmado con el pulso tembloroso de un manotón de ahogado.

La decisión, sin embargo, quedó en suspenso gracias a la intervención de dirigentes de la comunidad judía en defensa de De Lázari. Cuando *Páginall2* dio cuenta del episodio y Duhalde negó el relevo del secretario. Pero dejó abierta la puerta para su regreso ala Procuración.

Era el 23 de marzo. El fracaso de la huelga policial anunciada por los "carapintadas de azul" para el día siguiente, nada menos que el vigesimoprimer aniversario del golpe de Estado de 1976, dio nuevo aire a De Lázari.

Pero le duró poco.

Luego de ponerse "al frente de la investigación" como había anunciado y presentar en sociedad a los Prellezos que supuestamente mataron a Cabezas, el Gobernador parece haber dado por concluidos sus problemas con los Patas Negras.

Se plegó al "rebrote antisubversivo" del presidente Menem y acercó aun más sus posiciones con el ex ministro de Convertibilidad: los conflictos provocados por las apetencias personales de cada uno nada tienen que ver con el proyecto político que sostienen juntos desde hace ocho años.

.En unos cuantos días, decidió sacar a Eduardo De Lázari de la Secretaría de Seguridad y devolverlo al lugar que, para los Patas Negras, nunca debió haber abandonado: la Procuración General de la Corte. En su lugar nombró al "hiperduhaldista" Carlos Brown, el hombre a través del cual había fogueado la no-candidatura de Chiche.

Brown, ex intendente de San Martín y viejo amigo del Pulpo Idiáquez, dejó pronto en claro los términos en que manejará su gestión: "Lo fundamental es que la comunidad se reconcilie con 'su' Policía", repitió ante todos los micrófonos.

En el edificio de la Calle 2 hubo festejos. Alfredo Yabrán, por su parte, denunció una supuesta extorsión. Según el "cartero", una voz grabada en su contestador le pedía dos millones de pesos para no implicarlo en el crimen de Cabezas. El juzgado elegido para radicarla fue nada menos que el del doctor Carlos Olazar y su secretario Quadró, aquel donde se tramita el expediente del médico Oscar Flores.

Pocos días después, cuando Yabrán fue citado a declarar por la vinculación de Gustavo Prellezo con su agencia de seguridad, no lo hizo ante el juez Macchi, en Dolores: se presentó ante la Brigada de Lanús, a cargo del comisario Miguel Angel Garello, el amigo de Ribelli.

Al mismo tiempo que Chiche Duhalde aceptaba finalmente encabezar la lista de diputados del PJ bonaerense, Pierrri se sometía a secundarla, vaya uno a saber a cambio de qué. A Piotti, sacado de su letargo por la difusión del video robado a Galeano por el abogado de Juan José Ribelli, le reservó un sitial en la misma lista que le garantizará los fueros parlamentarios que puede llegar a necesitar.

-Este hecho es un quiebre de la recuperación de la democracia. Nada nos dice que no pueda volver a repetirse -había dicho el Gobernador inmediatamente después del asesinato de José Luis Cabezas.

Y tenía razón. En sus cinco años al frente de la Gobernación, Duhalde sólo reaccionó cuando su proyecto personal se vio amenazado por los desmanes de su "ejército" de uniformes azules. Y lo hizo siempre de la misma manera: agitando reprimendas, prometiendo más y más medidas correctivas y dejando que todo siga su curso.

Esta vez, gritoneó a los jefes de los uniformados y hasta admitió haberse equivocado en su apreciación al calificar a La Bonaerense como "la mejor Policía del mundo".

Un mea culpa que no alcanzó a tapar su enorme responsabilidad en la saga de corrupción y muerte que sembró la bonaerense.

La que llevaron adelante Pettigiani y Piotti, la que implementó Klodczyk, la que continúan Lugos y Vitelli es la política de seguridad de Eduardo Duhalde.

Sin errores ni excesos

FIN